



Víctor Rosselló

Del Perú a Europa: relación de un viaje

Dedicatoria a mis queridas, inolvidables y difuntas hermanas Dolores y Mariana

A vosotras, que habéis pasado rápidamente por este océano de tribulaciones y amargas; a vosotras, inocentes criaturas, que sólo habéis bajado a esta lóbrega cárcel para hacernos admirar el candor de vuestros corazones y sentir el indecible encanto de vuestros fraternales afectos; a vosotras, que cual bellos ángeles apenas habéis rozado la superficie de la tierra con vuestras finas y nevadas alas; a vosotras, pues, dedico la primera de mis obras; a vosotras ofrezco las primicias de mi entendimiento.

¿Qué importa que no os tenga en este momento a mi lado para demostraros toda la extensión e intensidad de mi cariño? ¿Qué importa que viváis en un mundo mejor que el mío? ¿Qué importa que forméis parte de ese innumerable cortejo de vírgenes que rodean y siguen siempre al Cordero sin mancilla? ¿No veo acaso vuestros queridos nombres esculpidos en mi memoria? ¿No pienso a menudo en vosotras? ¿No me basta el que recuerde las angelicales virtudes que reflejaban vuestros juveniles y simpáticos rostros? ¿No se inunda mi espíritu de gozo al creeros felices, infinitamente felices? ¿No late en este instante mi corazón por vosotras

como cuando estabais conmigo? ¿No existe un lazo de íntimo indisoluble afecto entre vuestras almas y la mía? ¿No puedo hacer subir hasta vuestra incomparable morada las plegarias de mi pecho dolorido? ¿No me es dado todavía alcanzar por vuestra intercesión las gracias espirituales del divino Sol que os alumbra e inflama en llamas de purísima e inextinguible luz? ¿No espero, por ultimo, de vosotras que a mi salida de este mundo, bajéis, como palomas, a posaros sobre la cabecera de mi lecho de agonía, y me prestéis vuestro vuelo para remontarnos juntos hacia la patria de inefables delicias, hacia el eterno Edén que nos fue abierto y prometido por Jesucristo?

¡Pues si tantos y tan inmensos favores espero de vosotras, justo, justísima es que os pague este pequeño e insignificante tributo, que arroje siquiera un ramillete de marchitas y descoloridas flores sobre la losa fría de vuestra tumba!...

¡Ah! Bien sé que sois acreedoras a mucho más; bien sé que he contraído otras obligaciones más elevadas para con vosotras; bien sé que no hay ni puede haber paridad de correspondencia entre vuestras dádivas y las mías!... No se me oculta que los sufragios que mis labios articulan para vuestras almas adolecen de la debilidad y miseria inherentes a mi ser y suben penosamente hacia lo alto; ¡mientras que los vuestros, partiendo de las gradas del trono del Omnipotente, caen sobre mi pobre y desgarrado pecho como manso y benéfico rocío, cual hermosos rayos de sol sobre las inmundas y cenagosas aguas de los pantanos! ¡Oh! ¡Bien sé que vuestras voces puras, frescas y virginales son más melodiosas que el gorjeo de los pintados pajarillos, que vuestros ropajes son más blancos que el lirio de los valles, que vuestro cuerpo resplandece con más mágica poesía que las estrellas del firmamento, que las diádemas que orlan vuestras castas frentes ofrecen más hermosos cambiantes que las mariposas en sus alas, y que su riqueza es mucho mayor que las que ciñen las emperatrices de la tierra!

Pero aunque conozca mi inferioridad respecto de vosotras; con todo permitidme, queridas hermanas, que haya entretejido a vuestra memoria y obsequio una modestísima guirnalda literaria, para que la aceptéis con ojos propicios desde vuestra celeste mansión, y os acordéis que en esta tierra de dolor y lamentos habéis dejado un hermano que llama a vuestro socorro en sus amarguras, cuyo afecto ha robustecido vuestra separación, y que, mecido en la firme y hermosa nave de ha esperanza católica, flota aún sobre el mar tempestuoso de esta vida, pero abriga la indestructible confianza de que algún día ha de participar de vuestra gloria, ¡y disfrutar eternamente de vuestra amabilísima compañía!...

A mis lectores

Ha transcurrido un año desde que di la última plumada a la obrita que tengo el gasto de ofrecerlos.

Los doce meses transcurridos, lejos de mejorar el tristísimo estado social y político de nuestra amada patria, han ennegrecido, por el contrario, más y más las sombras del cuadro desolador que por doquier

conturba y aterra nuestra vista. Entonces, como ahora, ideas anárquicas y desgarradoras infestaban la atmósfera de los espíritus; entonces, como ahora, la sociedad se sobresaltaba de espanto al oír las profundas y recias sacudidas del cráter revolucionario.

He aquí por qué si entonces eran de suma necesidad las obras que tendieran a corregir las extraviadas inteligencias, y sanar los emponzoñados corazones, con las verdades católicas, son mucho más necesarias hoy en que parece que nuestros pies van a deslizarse en el pavoroso derrumbadero; hoy en que el edificio social, socavado en todos sentidos por la zampa demagógica, bambolea con más fuerza que nunca, amenazando desplomarse y envolvernos bajo sus escombros.

La cortedad de mis conocimientos, lo escaso de mis fuerzas, y las circunstancias especiales en que escribí mi novela, no me darían por cierto derecho a que yo pretendiese llamar la atención pública hacia sus páginas, si no fuera porque al través de su escasísimo mérito literario y científico resalta en ellas una cualidad que las hace recomendables a mi ver, y es que su primordial y exclusivo objeto consiste en el bien de la humanidad; pero no en un bien egoísta, quimérico o utópico, como el que en nuestros días suelen proclamar a son de trompeta algunos pseudo-Hipócrates del mundo intelectual y moral, sino en un bien real, positivo y único capaz de endulzar las amarguras de nuestro mísero, mortal y fugaz pasaje en el bajel de nuestro planeta.

Es verdad que en ciertas regiones ilustradas y despreocupadas se corre el riesgo de hacerse impopular, y aun de caer en ridículo, sustentando en pleno siglo XIX las bellezas y armonía del dogma católico, y demostrando hasta la evidencia que es el solo verdadero, el solo digno de la adoración y sumisión del hombre, el solo dique que puede contener los desbordamientos populares, haciendo, en cuanto cabe en este mísero suelo, la felicidad y dicha de pobres y ricos, sabios e ignorantes.

Mi vida ha sido una larga y no interrumpida cadena de sufrimientos físicos y morales; y aunque mis creencias religiosas germinaron en mi espíritu desde mi más tierna niñez, con todo, mi penosísima existencia y las escenas que he presenciado sobre el teatro del mundo han robustecido mi fe en la Religión de mis padres; de modo que así como la verde hiedra, a causa de su debilidad e impotencia, se enrosca en el nudoso tronco de la secular y pomposa encina, así también la adversidad y la experiencia me han hecho adherir siempre más al frondosísimo y eterno árbol del Catolicismo.

Dadas las precedentes explicaciones, creo que el lector erudito y desapasionado se persuadirá de las rectísimas intenciones que han movido mi pluma al confeccionar mi novela: de ahí que confíe en su indulgencia acerca los lunares que pueda encontrar en mi primer trabajo literario; puesto que lo desaliñado y ampuloso del estilo, la pobreza de ideas y conceptos, y lo frío y descolorido de algunas escenas que entretejo en mi obra son excusables, hasta cierto punto, ante la grandeza y sublimidad del objeto a que aspira.

Y sin embargo, a pesar de consignar de un modo tan franco y explícito el blanco a que apunta mi designio, y vehemente deseo, al pisar por primera vez el palenque literario, siempre temo que alguien, ofuscado por los errores predominantes de la época, dé una interpretación torcida y

diametralmente opuesta a mi laudable propósito; temo que si llega el caso de que el engendro de mi entendimiento sea sometido al crisol de la crítica filosófica racionalista; de esa crítica que de la razón parte, con la razón camina, y a la razón aspira, tilde mi obra de fanática e incompatible con los adelantos intelectuales del siglo.

Pero si por fanático y retrógrado entienden los apóstoles del falso progreso (como de ello estoy íntimamente convencido) todo hombre que forma parte del antiguo, inmenso, numeroso y selecto rebaño católico, en vez de darme por ofendido por los epítetos más o menos retumbantes y gastados que me prodiguen, les doy sinceramente las gracias por engalanarme con la librea de fanático, porque veré desde luego que reconocen tácitamente en mí un miembro de una universal asamblea que abraza todos los tiempos, cautiva todas las inteligencias, y atrae, embelesa y alienta a todos los corazones. Con lo cual quedará sentado que mis principios y creencias no flotan en la nebulosa atmósfera de las cavilaciones humanas, sino que tienen un firmísimo, eterno, indestructible y consolador punto de apoyo.

Quizá alguno de esos filósofos de que voy hablando, al recorrer las páginas de mi producción literaria diga en sus adentros: «Ya se ve; ese escritor no habrá leído los sublimes partos de esos colosales genios alemanes, franceses e ingleses: ese escritor no ha saboreado las bellas y profundas elucubraciones de los príncipes de la filosofía moderna; no se ha embriagado con el néctar de la ciencia...». Y si bien es verdad que me confieso bastante lego en la materia, con todo, acérrimo partidario de las doctrinas y teorías prácticas y concretas, los hechos me demuestran tan claro como la luz del mediodía que todos los sistemas filosóficos del mundo no contienen en su esencia un germen bastante vigoroso para avasallar todos los entendimientos, y satisfacer e identificar todos los corazones; pues ello es que la razón pura no ha logrado resolver hasta ahora de un modo preciso y satisfactorio el origen y destino del hombre en la tierra; y siendo este cabalmente el asunto más vital e importante, y el que ataja nuestros pasos al alborear la razón, de ahí que siempre haya mirado al soslayo todas las obras que se desvían de la senda de la revelación divina para divagar por el intrincado laberinto de las teorías humanas. Porque, ¿quién es el que en el decurso de su vida no se ha planteado y buscado la solución, no digo una sino mil veces, del siguiente problema?: ¿de dónde vengo? ¿dónde estoy? ¿y a dónde voy a parar?...

He aquí, pues, por qué convencido de la insuficiencia de los conocimientos humanos para aclararnos tan terribles enigmas, prefiero vivir y morir en la comunión católica, que alumbra, guía y fortifica mis pasos desde la cuna al sepulcro. No es culpa mía si el más pequeño rayo de sol hace palidecer todas las luces de artificio. No es culpa mía si los encantadores y animados cuadros que nos ofrece la naturaleza exuberante de poesía, colorido, frescura y belleza, desmerecen notabilísimamente al ser trasladados al lienzo por el pincel del más aventajado artista.

Infinitas son hoy las novelas que andan en manos de todos con honores de más o menos aceptación y popularidad; pero también es preciso convenir en que sólo un corto número de ellas se encamina derechamente a la moralización de la sociedad. En general, los novelistas contemporáneos sólo parece que aspiran a hacer gala de una narración peregrina salpicada

de escenas palpitantes o inesperadas, de rasgos poéticos y fascinadores, y esmaltada de una riqueza asiática de fantasía; y si bien aparentan, o quizás intentan, cicatrizar las llagas sociales con los desenlaces, con todo antes de llegar al término suelen entretener al lector en medio de charcos cenagosos y mefíticos, y basta diríase que afectan cierta complacencia en introducirle en lo más profundo de las horribles y asfixiantes cavernas del vicio y del crimen, con lo cual en vez de depurar el corazón humano de todos los afectos viles y rastreros, sólo consiguen con frecuencia un fin radicalmente opuesto. Esto sin contar que no faltan escritores que explotan el grosero materialismo, que en la actualidad supedita, por desgracia, no sólo a las masas incultas, sino aun a inteligencias perspicaces y privilegiadas.

Enhorabuena que se me acuse de pesado, de insulso, de haberme echado a cuestras una tarea muy superior a mis fuerzas; pero abrigo la profunda convicción de que nadie que proceda de buena fe podrá echarme en cara que en las páginas que he trazado se note siquiera un átomo de inmoralidad. Dejo a otros la innoble y criminal tarea de esparcir el cieno en sus deslumbradores escritos: ¡dejo a plumas ajenas el escanciar en dorada copa el veneno de falsas y demoleadoras doctrinas, el manchar la riquísima alfombra de la virtud, el enlodar el níveo manto de la pureza!...

Podría extenderme todavía en otras importantes consideraciones; pero la natural impaciencia del lector, para pasar a la novela por una parte, y la demasiada extensión que ha tomado mi prólogo por otra, me inducen a ponerle término. Por lo tanto sólo me permitiré añadir que me daré por muy satisfecho, y tributaré infinitas gracias al Altísimo si mi producción literaria, lanzada al océano de la publicidad en estos momentos en que reina la mayor zozobra por el porvenir de la sociedad, y el indiferentismo religioso invade millares de espíritus, logra devolver la calma a los conturbados ánimos, la pureza a las conciencias y la luz a los ofuscados entendimientos.

Del Perú a Europa

- I -

Era a primeros de febrero de 1854: en aquella estación del año que en la parte occidental del continente americano equivale en Europa al mes de agosto. Por consiguiente, el calor que a la sazón se experimentaba en la grande y hermosa ciudad de Lima (capital del Perú) era insoportable; pues el aire que allí se respiraba estaba tan caldeado, que parecía haber sido elaborado en un ardiente horno.

Para colmo de males, el horrible avechucho de la fiebre amarilla -cerniéndose sobre aquella desventurada ciudad- batía sus negras y mortíferas alas, ahogando entre sus afiladas garras a gran número de sus habitantes.

El cuadro que en la época precitada ofrecía la populosa capital de la república peruana era sumamente aflictivo; una sombría gasa cenicienta

circuía la emponzoñada atmósfera; el pánico estaba retratado en todos los semblantes: en [16] los trajes así como en los corazones reinaba el más riguroso y melancólico luto. Un enjambre de familias abandonaron la ciudad; de modo que cesó de repente la animación y movimiento que en tiempo normal se advertía en el inferior de la misma: las tiendas, cafés y demás establecimientos públicos se cerraron en su mayor parte. En las calles apenas se veía un alma viviente.

La triste monotonía del silencio sepulcral que reinaba en el interior de Lima, sólo era interrumpida de vez en cuando por las ligeras pisadas de algunos pequeños grupos que se distinguían, de trecho en trecho, en toda la larga extensión de las espaciosas y bien delineadas calles, los cuales podían considerarse como otras tantas procesiones fúnebres que se deslizaban misteriosamente, conduciendo a su última morada a las numerosas víctimas del azote epidémico.

La muerte (como suele decirse en lenguaje mercantil) hacía operaciones en grande escala, acaparando en su vasta bolsa necrológica fabulosas cantidades de papel de la vida humana; pues sin parar mientes en que el fruto estuviera o no sazonado, devoraba con un hambre canina centenares de personas, sin distinción de sexos, edades ni categorías.

El tinte sombrío del cielo y de la vegetación; el canto lúgubre de las compactas nubes de aves que revoloteaban por los aires, y el quejumbroso murmullo de las aguas, daban inequívocos indicios de que la naturaleza entera, lamentándose [17] de la presencia de la exterminadora plaga, se asociaba al universal llanto y consternación.

Es tan contingente y efímera la felicidad en este valle de lágrimas, que a menudo basta el más leve soplo de la veleidosa fortuna para crearla o disiparla como si fuese una burbuja de aire. He aquí por qué la ciudad de Lima, ayer todavía tan sonriente y bulliciosa, se había trocado ¡ay!, ¡en una vasta y solitaria necrópoli!

Es muy cierto que si durante la epidemia un aeronauta procedente de remotos países hubiese caído con su globo de improviso sobre Lima, su estupefacción le hubiera sugerido la creencia de que era una ciudad encantada, y que su construcción debió de encomendarse forzosamente a las hadas.

La fiebre amarilla obra sobre el cuerpo humano con una actividad incomparablemente mayor a la del cólera; pues a lo menos, este invisible y misterioso agente suele otorgar al hombre, comúnmente, algunas horas de tregua entre el mundo y la eternidad; mientras que aquella, hiriendo como el rayo, causa la muerte casi instantáneamente.

Entre la infinidad de emigrantes de la capital de la república peruana que volvieron la espalda al terrible contagio, debemos contar al héroe de esta historia, con la salvedad de que muchos de aquellos prófugos creyeron haber evitado el peligro trasladando sus reales a algunas leguas de la infecta capital, al paso que el último, impulsado [18] acaso por una dosis regular de instinto de la conservación, quiso interponer grandes moles de agua entre su persona y la desastrosa plaga. De modo, que al tener noticia de que un buque inglés aparejaba para zarpar del puerto del Callao con rumbo a Europa -y sin otro preliminar- resolvió tomar pasaje en él.

Despejemos ya la incógnita, es decir, trabemos conocimiento con el

protagonista de nuestro relato. Al efecto, introduzcámonos en uno de los vagones arrastrado por el tren que salió de Lima en una tarde de principios de febrero, en dirección al puerto del Callao, que dista tres leguas escasas de aquella capital, y recorriendo dicho intervalo en media hora, veremos apearse del coche a un joven de veinte años, de moreno y agraciado rostro, de gallarda figura y distinguidos ademanes. Su traje, aunque despojado de ridículas pretensiones, le daba un aire de verdadero dandy. Sin embargo, la palidez que esmaltaba el semblante de nuestro héroe, y la inquietud que relejaban sus grandes, brillantes y expresivos ojos de azabache, al girar en sus órbitas con inusitada viveza, hubieran dado a entender al fisiólogo más miope, que nuestro personaje hacía impotentes esfuerzos para sofocar la pena que atormentaba su corazón y desvanecer las negras ideas que rebullían en su mente.

Llegar al Callao, saltar en una lancha y deslizarse en la cubierta del buque inglés, fue obra [19] de pocos minutos para nuestro pensativo y apresurado joven, el cual se llamaba simplemente Eduardo P..., y era español y natural de un pueblo del reino de Aragón.

Para internarnos con más seguridad en el laberinto de los sucesos que vamos a describir, no podemos dispensarnos de decir en este lugar cuatro palabras acerca la familia de Eduardo.

Los padres de éste eran unos honradísimos y modestos hacendados, de edad bastante avanzada, y cuya fortuna había sufrido rudos golpes y quebrantos en los terribles y sangrientos azares de la guerra civil. Así y todo, no perdonaron medio alguno para que el primogénito de sus hijos recibiera una brillante instrucción; por manera, que siendo aún muy niño le mandaron al colegio, donde su talento precoz secundado por su asidua aplicación le valió algunas notas de sobresaliente. Posteriormente Eduardo estudió en la universidad la carrera de jurisprudencia, hasta el cuarto año inclusive, con lisonjero éxito. Mas, en resumen: sabiendo el padre de nuestro joven que en todas las ciudades de la Península ibérica hormigueaban los abogados en ciernes, y que a muchos de los que se hallaban en pleno ejercicio de la facultad, ésta les reportaba poco o ninguno provecho positivo, pensaron que la carrera mercantil, si no tan honorífica, sería acaso más lucrativa para su idolatrado hijo.

Cuando éste supo la intención de su padre, y a pesar de sentir vivamente el tener que abandonar [20] la república de las letras en la cual cifraba su sueño dorado, accedió con la mayor sumisión y respeto a los deseos del autor de sus días. Empero, como Eduardo partía del vulgar adagio, de que en su propia patria nadie es profeta; arrastrado por otra parte por su acendrada afición al conocimiento práctico del mundo, su ardiente imaginación le estaba indicando sin cesar que necesitaba regiones más vastas y desconocidas donde campar libremente.

-Padre, dijo a este un día Eduardo; ya que os parece más útil que abandone mi carrera literaria para dedicarme al comercio, ¿no creéis que sería muy acertado el proyecto que abrigo en mi pecho?

-¿Y cuál es tu proyecto, Eduardo?, preguntó el anciano con sorpresa y examinando de pies a cabeza a su hijo.

-Mi proyecto consiste, amado padre, repuso el joven con cariñoso acento, en que con vuestro beneplácito iría a explotar el rico suelo peruano, donde es probable que en pocos años adquiriera cuando menos un

pequeño capital, como acaba de verificarlo Juan A..., nuestro pariente de Zaragoza que hoy está hecho un pigmeo capitalista.

El bondadoso padre de Eduardo se contristó en gran manera al oír la atrevida e inesperada resolución de su hijo, y derramó abundantes lágrimas al pensar que aquel hijo modelo, que nunca le había causado la menor pesadumbre y [21] en quien vislumbraba el báculo de su vejez, quisiese exponer su vida en una larga y peligrosa navegación. Así sucedió, que como si hubiese asaltado a la mente del buen anciano algún fatal presentimiento, exclamó exhalando un profundo suspiro y echando sus trémulos y descarnados brazos al cuello de Eduardo:

-¡No te vayas, hijo de mi alma! ¡El Perú está demasiado lejos, y... quizás... (tiemblo al pensarlo) te perderíamos para siempre!

Esa idea angustiaba mortalmente el atribulado corazón del buen anciano.

-Nada temáis, querido padre, se apresuró a responder Eduardo; Dios me asistirá. ¿No recordáis que en mi niñez, tanto vos como mi cariñosa madre me enseñasteis a ponerme de rodillas delante este Crucifijo (prosiguió el joven, designando a su padre la imagen del Redentor que había encima la mesa), haciéndome repetir una y mil veces, con mis balbucientes labios y en lenguaje sencillo, aquellas sublimes máximas cristianas que conservaré eternamente grabadas en mi memoria? ¿Habéis por ventura olvidado (añadió Eduardo, dirigiendo con modestia sus llorosos ojos al rostro de su padre) que una de aquellas máximas dice que Dios bendice y remunera en la vida presente y en la venidera los sudores y afanes del buen hijo cuando se encaminan a alcanzar el sustento y consuelo de aquellos que le dieran el ser? Sí; padre de mi corazón, añadió Eduardo con entusiasmo, besando con frenesí [22] la arrugada y huesosa mano de su padre regándosela con lágrimas, Dios que ve la pureza de mi amor filial, ¡no me desampará, no!..., antes bien protegerá mi santa empresa.

El padre de Eduardo estuvo un minuto indeciso y como agobiado bajo el peso del dolor; mas por último, haciendo un heroico esfuerzo para dominarse y lanzando una mirada de dulzura a su hijo, dijo con voz trémula y profundamente conmovida:

-¡Pues, bien!, ya que te impulsa un fin tan santo y laudable, ¡parte, Eduardo, parte!... Tu madre, tu hermana y yo rogaremos a Dios por ti durante tu ausencia; y si a tu regreso de América, prosiguió entre sollozos, la muerte hubiese helado ya mis miembros y los de tu madre, y en lugar de volvernos a encontrar en esta morada, nuestras almas hubiesen volado al cielo y nuestros cuerpos estuviesen sepultados en la triste mansión del olvido... ¡ah! Al pasar por delante de la cruz del cementerio del pueblo, detente y ruega a tu vez por nosotros... ¡Dios te lo premiará!

-¡No! ¡No!, se apresuró a contestar Eduardo con tono de indecible angustia y con ademán de rechazar la fatídica suposición de su interlocutor; no, padre mío. El Omnipotente conservará vuestra interesante vida y la de mi buena madre, para que a mi regreso del Nuevo Mundo pueda endulzar con mi presencia y consuelos los achaques o enfermedades que la divina Providencia [23] tenga a bien enviaros en vuestra ancianidad.

Pocos días después del tierno y patético coloquio con su padre, Eduardo emprendió su viaje al Perú.

Es imponderable el sentimiento que causó la partida de Eduardo a la

madre y hermana de este, en cuyo momento ambas estaban anegadas en llanto.

-Querido Eduardo, dijo el venerable anciano, echando su bendición paternal sobre su hijo que estaba humildemente postrado a sus plantas; al alejarte del techo paterno, ten siempre presentes nuestros cristianos y saludables consejos. Sobre todo pon toda tu confianza en la radiante estrella de la fe: ella será tu mejor guía y consuelo en todas tus aflicciones.

-¡Adiós, padres y hermana de mi alma!, exclamó nuestro joven, estrechando entre sus brazos a los tres individuos que constituían su familia, con una voz entrecortada por los sollozos que destrozaban su corazón, y que en vano trató de sofocar hasta que perdió en lontananza el campanario de su pueblo.

Eduardo permaneció dos años en el Perú, en una respetable casa de comercio de Lima, donde se granjeó el aprecio de todo el mundo con su afable trato, su profunda erudición y ejemplar comportamiento.

Reanudemos ya el roto hilo de los sucesos referentes al regreso de Eduardo a Europa, y volveremos a encontrarle en el acto de pisar nuestro [24] héroe el puente de la fragata bajo la presión de tétricos pensamientos según se desprende del lastimero monólogo que vamos a escuchar:

-¡Ah!, exclamaba el infortunado joven, mis pobres padres se impusieron grandes sacrificios pecuniarios a fin de reunir la cantidad necesaria para que viniera a este país a labrar mi bienestar y el de mi familia. Mas, ¡oh desdicha! Cuando la veleidosa fortuna empezaba a sonreírme; cuando alboreaba para mí una era de posteridad, la maldita fiebre amarilla infundiendo en mi pecho un miedo pueril, me rechaza de esta tierra de promisión donde he contraído ya tantas amistades. ¡Soy un cobarde e ingrato!, proseguía con tono de desesperación ¿qué dirán mis amados y ancianos padres cuando vuelva a abrazarles más pobre que al salir de mi pueblo? ¡Ah! Llorarán sí; pero sus lágrimas no serán de ternura y alborozo, sino... ¡de pesadumbre! Y como si no hubiese apurado hasta las heces el cáliz de amargura que corroe mis entrañas, el fatal destino me obliga a cobijarme en este momento bajo el odioso pabellón británico que tan funesto ha sido siempre a mi amada patria. Además de esto, poseo superficialmente el áspero y difícil idioma inglés, y tanto conozco al capitán y a la tripulación de esta fragata, continuó paseando una mirada extraviada en torno suyo, como al mismísimo sultán de Marruecos.

Infiera el juicioso lector por el precedente soliloquio de nuestro joven, cuán embelesadora era [25] la perspectiva del largo y arriesgado itinerario marítimo que éste iba a empezar.

Si Eduardo hubiese sido escéptico en materias de religión, era más que probable que, atendida su fogosa imaginación, hubiera resuelto el triste y complicado problema que se presentaba ante su vista levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo. Mas nuestro héroe era cristiano de corazón, y si bien la índole de su monólogo parece estar en contraposición con nuestro aserto, diremos que a veces acontece, aun a las personas más virtuosas, que la fuerza de la desgracia les arranca alguna momentánea expresión de orgullo o de impaciencia (como si no se conformaran con los males y tribulaciones que la divina Providencia les envía para que su virtud sea más acrisolada y su fe más viva); empero ese estado anómalo y

fugaz del alma verdaderamente cristiana (que no se explica más que por nuestra fragilidad) nos impone el estricto y saludable deber de vigilarnos continuamente, para estar prevenidos contra cualquier ataque del enemigo; y si por desgracia éste consigue alguna vez abrir una pequeña brecha en la ciudadela de nuestra alma, imploramos enseguida con fervor el perdón y auxilio de lo alto, para que a la marea fétida de las pasiones suceda pronto el benéfico reflujó de los pensamientos y afectos cristianos.

Esto fue lo que experimentó Eduardo, quien, a poco de haber desahogado su pecho con expresiones de embozada rebeldía contra los designios [26] de la divina Providencia, se acordó que era cristiano, y pidió perdón a Dios del fondo de su alma suplicándole que le inspirara y le asistiera en su angustiosa situación.

Dejemos a nuestro joven por un momento entregado a sus cristianas reflexiones.

La fragata inglesa que debía conducir a Eduardo a Europa era un buque de colosales dimensiones. Por poco que se fijara en ella la atención, se adivinaba que su partida de bautismo debía de haber pasado al estado fósil. La oxidada capa de cobre que envolvía su casco, como cansada ya de su dilatado servicio, se caía a pedazos; su proa al revés de las modernas que casi terminan en ángulo agudo, era muy achatada; su quilla obtusa; debajo de su beauprés sólo se veían restos de cariátide. Agréguese a esta suma de imperfecciones una arboladura nada esbelta, y obtendremos un conjunto que rayará en lo diforme: en resumen la silueta de nuestro buque destacándose sobre el lienzo plomizo del horizonte, tenía alguna analogía con las antiguas galeras romanas.

El repulsivo aspecto de aquella gran masa flotante no era ciertamente el más a propósito para tentar a ningún armador a fletarla por su cuenta, y mucho menos halagar a nadie para lanzarse con ella a una larga y arriesgada navegación. Así fue que la mala catadura de aquella vetusta y antiestética embarcación anubarró más y más la frente del meditabundo joven que, como llovido [27] del cielo, acababa de poner en ella sus pies.

Réstanos hacer ahora una minuciosa descripción del interior de la fragata, que iba cargada de guano desde el fondo de su cala hasta la línea de flotación. Debajo del puente no quedaba más que un pequeño vacío en la obra muerta.

En el extremo de proa se tropezaba con una cámara baja de techo, sucia, nauseabunda y de tan mezquinas dimensiones, que sin tener la más ligera noción de geometría se comprendía desde luego que los veinte marineros que debían de albergarse en ella estarían poco menos que en prensa.

Continuando nuestro paseo por el puente de la fragata inglesa, hallaremos el palo de mesana, y pegada a este mástil, mirando a popa, una pequeña cocina. Desde allí no se veían en medio del puente más que cuatro grandes pipas de agua colocadas en sentido longitudinal y formando una doble hilera. En la mitad del intervalo que separaba el palo mayor del de popa, se levantaba un segundo puente a unos diez palmos de altura sobre el primero, al cual se subía por dos angostas y simétricas escaleras adheridas a ambos costados del buque. Cada escalera tenía a su lado, y a cosa de un metro más adentro de su respectiva base, una puerta que conducía al comedor. En el centro de éste se destacaba una mesa en cuyo

torno cabían holgadamente diez personas. Esta mesa estaba sujeta al tercer mástil por medio de una muesca semicircular practicada en su [28] extremo transversal y que se amoldaba exactamente a la semicircunferencia del árbol: un banco enclavado en el suelo en ambos lados de la mesa completaba el mueblaje del comedor, en cuya pieza había cuatro grandes camarotes; dos a babor y otros dos a estribor. En ellos dormía la plana mayor de la tripulación, esto es, los dos pilotos, el contra maestre, el carpintero, y aun el despensero; porque aunque parezca que este personaje excede nuestro cálculo, en la hipótesis de que cada camarote estuviese ocupado por un solo individuo, con todo creemos que podremos justificarnos de nuestra inconsecuencia numérica a los ojos del lector, cuando le digamos que en cada uno de los cuatro camarotes había dos camas.

En el ángulo izquierdo del fondo del comedor se encontraba una puerta de comunicación con una escalera secreta encajonada entre el tabique del comedor y el de la espaciosa cámara del capitán. Enfrente de la antedicha escalera había un pequeño gabinete que servía a un tiempo de despensa y de depósito de vajilla.

En la cámara del capitán había igual número de camarotes que en el comedor: los dos de estribor estaban destinados exclusivamente al capitán, y los otros dos a los pasajeros. La puerta de la cámara era frontera a la del comedor, teniendo a su lado una estufa rodeada de una pequeña y elegante barandilla de hierro con pasamano de reluciente latón. Enfrente del calorífero [29] se levantaba una mesa con un tapete de charol floreado; y detrás de ella, y adosado al testero de la cámara, se veía un mullido, y cómodo sofá forrado de cuero negro: la cámara del capitán recibía la luz, perpendicularmente por una escotilla o abertura cuadrada que se cerraba con una precisión hermética.

Subiendo por la mencionada escalera interior, nos hallaremos en el puente rodeado de una barandilla de hierro embadurnada de amarillo, con la rueda del timón junto al extremo de popa; en la parte opuesta, o sea en el remate de la fachada del comedor y sobre la cara de proa, hubiéramos podido observar el escudo de armas de Inglaterra que figuraba apoyarse en una cornisa que se extendía en forma de ancha y ondulante cinta, en cuyas caprichosas sinuosidades se leía con letras doradas de relieve: «Lord Efigham». Éste era el nombre de la fragata.

Hemos dejado a Eduardo ensimismado e inmóvil en los umbrales del buque. La inesperada visita y enigmática actitud de aquel ente tan singular excitaron vivamente la curiosidad de las pocas personas que se hallaban a bordo en aquel acto, hasta que el misterioso, y al parecer petrificado desconocido, fue desencantado por un rubio marino que se acercó a nuestro joven, al cual demostró la potencia de su garganta con la siguiente frase que a los oídos de Eduardo hizo el mismo efecto que un rebuzno:

-¿What's the matter with you, sir?, que [30] equivale en español a: «¿Qué se os ofrece, caballero?»

La ininteligible, ruda y sonora interpelación del marino, proferida a boca de jarro, recordó a Eduardo que se hallaba a bordo de un buque inglés; de modo que haciendo un supremo esfuerzo para coordinar sus inconexas ideas, contestó casi maquinalmente y mirando a su interlocutor:

-I don't understand you sir, «No os entiendo, caballero?»

Pero el marino tampoco dio señales de haber entendido a Eduardo.

Entonces ambos personajes mirándose de hito en hito, y como quien ve visiones, repitieron cada uno a las barbas del otro su pregunta y respuesta respectivas, hasta la saciedad, sin dar tregua a la lengua y robusteciendo gradualmente la voz; en términos, que recorrieron toda la escala musical hasta llegar al do de pecho.

Sin embargo, después de su largo, empeñado y recíproco tiroteo de palabras en proporción ascendente, ambos interlocutores quedaron tan a oscuras como al principiar la lucha.

Quiso la mala estrella de Eduardo, que el marino que le interpeló (único visible en el puente a la sazón) era sueco, y hablaba mal y pronunciaba peor el idioma británico; y nuestro héroe tampoco descollaba en esta parte, como sabe ya el lector.

Es un principio inconcuso en mecánica, que dos fuerzas de iguales masas y densidades, actuando [31] en dirección encontrada, y con idéntica velocidad, al entrechocarse se destruyen recíproca y proporcionalmente, dando por resultado el reposo. Pues bien, si este axioma de mecánica lo aplicamos al fenómeno ideológico que nos ocupa, quizás daremos con la clave de su explicación.

Eduardo y el marino sueco poseían cada uno en su cerebro una pequeña dosis de inglés que expresaban ambos defectuosamente. De modo, que sin proponemos herir el amor propio de ninguno de nuestros dos personajes, podemos establecer que las fuerzas se equilibraban, resultando de ahí el quietismo intelectual.

Por fin, Eduardo viendo que con el pedernal de su lengua no podía sacar una chispa de mutua inteligencia, apeló a la mímica de persuasión universal, y extendiendo su brazo señalaba enérgicamente con una mano hacia el mar, mientras que con la otra sacó su portamonedas del bolsillo, y abriéndolo, deslumbró con algunas monedas de oro la vista de su interlocutor, quien, fascinado por el brillo del precioso metal, comprendió al momento que Eduardo quería dar oro para atravesar el mar con la fragata que iba a darse a la vela.

Entonces el marino hizo ademán de dirigirse hacia el interior del buque, y murmuró:

-¡Well! ¡Well! I shall say it to the captain, «¡Bien! ¡Bien! Voy a decirselo al capitán».

-¡Yes! ¡Yes!, «¡Sí! ¡Sí!», contestó Eduardo cruzando una mirada con su interlocutor, por cuyo [32] ademán, ya que no por sus incomprensibles palabras, traslució la intención de éste, que luego desapareció de la vista de Eduardo, internándose en el comedor.

Aunque Eduardo no había jamás hablado el inglés con los hijos de Albión, y sabía cuánto cuesta entender por primera vez la verdadera pronunciación inglesa a los que están poco versados en el idioma; con todo comprendió desde luego que su interlocutor no había nacido en la patria de John Bull.

- II -

A pesar de su precipitada marcha de Lima, Eduardo no olvidó comprar

al paso un diccionario de bolsillo, español-inglés, para que le sirviera de intérprete en los pugilatos lingüísticos que pudiera verse obligado a sostener durante su largo viaje marítimo. Desde los primeros días de navegación nuestro joven hojeaba incesantemente las páginas de su bibliográfico e inanimado cicerone, y con su asidua aplicación y talento consiguió comprender y hablar muy regularmente en tres meses el difícil idioma británico.

Cuando nuestro héroe llegó al buque, la tripulación estaba en cuadro, es decir, que a bordo sólo había los dos pilotos, los tres individuos restantes que ocupaban los camarotes de popa, y el marinero sueco que interpelló a Eduardo. [33]

Al terminar la cómica escena entre éste y su interlocutor, habían transcurrido diez minutos desde que Eduardo penetró en el buque: durante la primera mitad de este intervalo, nuestro joven estuvo hecho una estatua, y bien lejos de acordarse que se hallaba a bordo de una fragata inglesa, y aunque el desagradable aspecto de ésta había añadido una negra pincelada al sombrío cuadro de su imaginación; sin embargo esta idea quedó luego sumergida en el mar de tristes cavilaciones que ahogaban en aquel instante el pecho de nuestro joven.

La presencia de Eduardo en la fragata fue observada casi desde su aparición por los dos pilotos que saboreaban el humo de sus pipas en el extremo de proa (e indolentemente apoyados contra la cámara de los marineros), y por el contra maestre que estaba en el comedor, desde donde acechaba los movimientos y oía las palabras de nuestro joven, asomando su cabeza con frecuencia y cautela a la puerta de babor.

La inesperada visita y misteriosa actitud de Eduardo, y más que todo, su conversación con el marinero sueco, divirtieron en extremo a los dos pilotos, que examinaban impunemente, y a su sabor, la cómica escena que cerca de ellos se representaba. Empero no produjo el mismo efecto en el ánimo del contra maestre o boatswain, que era un hombre de cincuenta años y de complexión atlética, pero cuya superstición rayaba en lo increíble.

-¡Mister Mac-Kievet!, (así se llamaba el capitán), gritó en tono de alarma el contra maestre después de haber hecho un detenido y minucioso examen de nuestro joven, y en tanto que éste abría su portamonedas ante el marino sueco.

-¿Qué hay de nuevo?, preguntó fríamente el capitán desde el fondo de su cámara, donde miraba los derroteros trazados en un mapa extendido sobre la mesa, a la cual cubría como un tapete.

-Que a bordo tenemos un joven misterioso, que a primera vista creí que era mudo, sordo y paralítico, repuso el contra maestre.

-¿Qué decís?, replicó el capitán.

-¡Que ha caído sobre el puente un mochuelo de mal agüero, que quizás nos trae alguna calamidad!, dijo el supersticioso contra maestre con acento triste.

El contra maestre no vio a Eduardo precisamente en el acto de penetrar éste en el buque, sino que nuestro joven se ofreció a sus ojos como una aparición maravillosa cuando estaba entregado a sus sombrías reflexiones; añádase a esta circunstancia agravante la fiebre amarilla que hacía estragos en las tripulaciones de los buques surtos en las aguas del

Callao, y no nos sorprenderá que estos móviles fueran capaces de exaltar la imaginación del sencillo contraamaestre de suyo propensa a la nigromancia, hasta el punto de creer que la magia había intervenido en la presencia de nuestro héroe a bordo. [35]

Pero ¿qué mucho que el rudo y sencillo contraamaestre se dejara arrastrar por el vuelo de su imaginación, impregnada de ideas supersticiosas, cuando vemos con asombro que en nuestros tiempos, hombres que blasonan de despreocupados y de apasionados amantes de la cultura, del progreso y de la civilización, creen en las evocaciones de espíritus, en los estupendos efectos del sonambulismo, de los mediums, de las mesas giratorias, y en toda esa interminable retahíla de cuentos de vieja, de fábulas, de delirios y de aberraciones fraguados por la impiedad con infernal malicia e hipocresía para descaminar las inteligencias y pervertir los corazones?

Pues ¡qué!, (podría objetárseles a esos hombres incrédulos en las verdades positivas del Catolicismo, y crédulos en demasía en abominables fantasmas). ¿Tan gastado está ya el paladar de vuestro espíritu para que desechéis los manjares sabrosos y nutritivos con que os brinda la religión católica, posponiéndolos al insípido, indigesto y pestilente pasto que os ofrecen en vajilla de oro vuestros falsos apóstoles? Que, ¿tan debilitado está el órgano de vuestra visión para que os deslumbe el sol de verdad y justicia que reside en el seno del Catolicismo, y da vida, alegría y esperanza a cuantos abren sus ojos para recibir en ellos sus benéficos rayos?

Esperamos que la benevolencia del lector nos dispensara esta pequeña digresión, en gracia de la oportunidad e importancia del asunto, y que [36] han arrancado involuntariamente de nuestra pluma esas ideas erróneas y perniciosas que vemos flotar con tristeza en la superficie del océano intelectual de nuestra época.

El capitán, que estaba dotado de un temple varonil a toda prueba, sonriéndose y despreciando la fanática suposición del contraamaestre, se levantó tranquilamente de su silla, despidió una espesa bocanada de humo que acababa de aspirar de su pipa, y fue al encuentro del inopinado intruso.

En aquel momento, el rubio y rollizo marino sueco que había ido a avisar al capitán, tropezando con éste en la puerta de su cámara, le enteraba del objeto que trajo a bordo al desconocido extranjero.

Al apersonarse nuestro héroe con el capitán, y como si ambos hubiesen estado en contacto con la batería eléctrica, experimentaron una misma sacudida, es decir, el mismo sentimiento de benevolencia y satisfacción estereotipado en el cruzamiento de sus afectuosas miradas; aquellos dos nobles corazones que la casualidad había juntado, habían nacido evidentemente para identificar sus destinos.

La primera duda que tuvo el alma cristiana de Eduardo al ver al capitán, fue la siguiente: ¿Será protestante? La afirmativa le desconsolaba.

Mister Mac-Kievet era un robusto y consumado marino, de baja estatura y de rubicundo y simpático rostro (que representaba de cuarenta [37] y cinco a cincuenta años), adornado con las tradicionales patillas, características de los hijos de Albión: en los ojos del capitán se leía

una gran firmeza de carácter y dominio de sí mismo.

No tiene nada de particular, antes bien es muy natural, que atendido el calor sofocante que hacía en la época en que empieza esta historia, el capitán saliese en mangas de camisa; pero no sabemos si el lector dará crédito a nuestras palabras, cuando le digamos que nuestro personaje mandaba algunas veces la maniobra en el cabo de Hornos con tan sencillo traje, en una temperatura de veinte y cinco a treinta grados centígrados bajo cero.

A pesar de que el diario de su larga carrera náutica consignaba algunos viajes a los puertos hispanoamericanos del Pacífico, la dosis de español que poseía el capitán era tan microscópica y antiacadémica, que hubiera podido estremecer en su tumba al inmortal autor del Quijote.

-Sois limeño, ¿no es verdad?, preguntó cariñosamente el capitán en español al encararse con Eduardo.

-Soy español, respondió éste.

-Y queréis tomar pasaje en mi fragata para volver a vuestra patria, ¿no es así?, prosiguió mister Mac-Kievet, examinando al joven de pies a cabeza.

Eduardo hizo un ademán afirmativo. Pero viendo éste cuán grande era el embarazo que experimentaba [38] el capitán al hablar el idioma de Castilla, le dirigió tímidamente la siguiente pregunta en inglés:

-¿When shall we set sail for England? «¿Cuándo saldremos para Inglaterra?»

-¿You speak english, then? I am very glad of it. «¿Habláis, pues, inglés, caballero? ¡Cuánto me alegro!»», dijo el capitán estrechando la mano del joven español. We shall go away tomorrow evening. «Saldremos mañana por la tarde», continuó.

Entonces el capitán, creyendo sin duda que Eduardo poseía perfectamente el inglés, empezó a hablarle con tono familiar de varias cosas relativas al viaje que iban a emprender. Pero mister Mac-Kievet se convenció luego de que la mayor parte de sus tiros no daban en el blanco, pues nuestro héroe entendió tan pocas palabras de la conversación del capitán, que se quedó poco menos que en ayunas, y miraba a este con un palmo de ojos.

-¿Cómo os llamáis, caballero? preguntó el capitán a su interlocutor después de una corta pausa.

-Eduardo P...

-Pues bien, venid conmigo, mister Eduardo, dijo el capitán tirando blandamente a éste por el brazo e introduciéndole en su cámara. Aquí tenéis vuestro camarote, prosiguió designándole el camarote más próximo a popa de los dos que, como llevamos dicho, había a babor. [39]

Enseguida mister Mac-Kievet, con extremada amabilidad, hizo sentar a Eduardo en el sofá de la cámara, y al mismo tiempo vociferó:

-¡Steward!

Acudió al llamamiento del capitán un hombre de cuarenta años, en cuyas facciones estaba pintada la astucia, y cuyas anchas espaldas hubieran podido causar celos al mismo Hércules; en uno de sus musculosos brazos, que llevaba arremangados hasta el codo, se veía un mamarracho formado en la epidermis; tal era el steward o despensero de a bordo.

-¿Qué se os ofrece, sir?, preguntó el despensero con tono respetuoso

y mirando al capitán.

-Este caballero viene a tomar pasaje en la fragata, repuso el capitán designándole a Eduardo. Prepárale una cama en este camarote, añadió tocando con la mano el camarote que hemos mencionado.

-Está bien, sir, contestó el despensero lanzando una furtiva mirada a Eduardo, que parecía significar: «Cumpliré esmeradamente mi obligación para con vos; pero cuento para ello, con el auxilio de vuestro bolsillo.»

Mientras que el despensero se disponía a obedecer la orden del capitán, Eduardo satisfizo a éste el importe de su pasaje.

Había algún tiempo que el buque inglés, procedente de California, se hallaba fondeado en las aguas del Callao, y, como sucede comúnmente [40] en todos los puertos de América, los marineros europeos suelen dispersarse y rescindir sus contratos al llegar a ellos, por varios motivos.

La fiebre amarilla, cebándose en la gente de mar, había diezmado atrozmente las tripulaciones de los buques anclados en el puerto del Callao. Así aconteció que en la época que nos sirve de piedra cronológica fundamental para levantar el edificio de nuestra historia, los capitanes, sin reparar en la mayor o menor brillante de la hoja de servicios de los nuevos individuos que debían llenar las bajas de sus mermados equipajes, solicitaban por el contrario con avidez los pocos marineros cosmopolitas que podían reclutar hasta reunir el número indispensable para emprender el viaje.

Apenas nuestro héroe hubo satisfecho su pasaje al capitán, cuando se asomó a la cámara del último un joven marino de agradable figura, y cuyo cuerpo adornaba una chaqueta encarnada y de lana muy fina: este nuevo individuo era el primer piloto.

-Y bien, mister Benson, preguntó el capitán al divisar el piloto; ¿han llegado ya esos perros?

-Están izándolos a bordo, repuso el interpelado, creyendo que la pregunta del capitán era alusiva a la llegada de los marineros a bordo.

En efecto, la operación que se practicaba en la fragata en aquel momento, era la más repugnante que imaginarse cabe. [41]

Junto al costado de babor, y cerca del castillo de proa, había dos hombres que arrojaron un cable a los remeros peruanos que acababan de conducir en dos botes a la nueva tripulación, compuesta de veinte hombres, que, en aquel instante, representaban otros tantos borrachos. Los remeros daban una vuelta de cable en derredor de aquellos cuerpos, ebrios hasta la inercia, y los dos hombres de a bordo iban izándolos uno a uno, por medio de una polea sujeta a una gruesa barra.

Eduardo, que acababa de salir de la cámara del capitán, presenciaba aquel innoble espectáculo con amargura.

-¿Por qué se embriagan tan bestialmente?, preguntó nuestro joven a uno de los remeros peruanos que estaba sentado sobre la baranda del buque designándole los marineros que roncaban tendidos sobre el puente en diversas y no muy decorosas actitudes, y apartando la vista con asco y compasión de aquellos embrutecidos rostros que revelaban el más estúpido idiotismo.

-¡Bah!, exclamó el remero, ¿qué cosa más natural que los pobres marineros se diviertan al saltar en tierra después de tantos meses de sufrimientos y privaciones?... Sí, sí; conviene que los muchachos se

diviertan, añadió.

-¡Ah!, contestó Eduardo escandalizado, ¡llamar diversión a una de las más feas y asquerosas llagas del cuerpo social! No, no es posible que haya almas tan viles que a sangre fría hagan [42] la apoteosis de un vicio tan abominable dijo para sí.

-¿No sabéis acaso, repuso su interlocutor admirado de la estricta moral de Eduardo que mientras el buque navega, les está formalmente prohibido el probar siquiera una gota de vino? Justo es, pues, que los muchachos menudeen los tragos cuando la ocasión les brinda. Por otra parte, es mil veces preferible que les dé la borrachera estando en tierra, que no, como sucedía antes, que se les veía beodos en lo más recio de una tempestad, lo cual ocasionaba no pocos naufragios.

-De todos modos, replicó Eduardo, es atentatorio a la salud y a la sana moral el que se beba hasta perder el juicio, que es la más bella joya que adorna el entendimiento humano; pues la embriaguez transforma al hombre en un inmundo animal, haciéndolo odioso a Dios y a sus semejantes.

-¡Medrados estamos! ¡Querer enmendar los radicales e incurables vicios de los marineros! ¡Ah! ¡Eso es ladrar a la luna!, dijo el remero con ironía. Si vos hubieseis tratado más de cerca a esos hombres como yo, añadió con el mismo tono y señalando con la mano a los marineros borrachos, de seguro que no se os hubiera ocurrido semejante disparate: ¡qué cándido sois!

Dichas estas palabras, el remero peruano miró estúpidamente a Eduardo, y se separó de éste prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada. [43]

-¡Imbécil!, pensó nuestro héroe viendo alejarse a su interlocutor.

Aquella noche, que fue la primera que Eduardo pasó a bordo de la fragata Lord Efigham, nuestro joven no pudo conciliar el sueño por el ruido infernal que hacían los marineros, quienes, al cabo de algunas horas de estar tendidos sobre el puente, empezaron a despertar de su profundo letargo, y, a medida que los vapores alcohólicos iban disipándose de sus cabezas, corrían como unos locos de un extremo al otro del buque, derribándose mutuamente, revolcándose por el suelo, y aullando como tigres rabiosos.

Al día siguiente cambió la decoración: aquellos marineros eran ya otros hombres; y si sus corazones no hubieran estado tan encallecidos en el vicio, acaso les asomara el rubor a las mejillas al pensar en su vergonzosa orgía de la víspera... mas no: aquellos seres desventurados habían alcanzado el último grado de inmoralidad, y no debían sonrojarse, ni mucho menos arrepentirse, de sus báquicos y torpes festines.

Eduardo, en su corazón de ángel, no podía comprender que existiese en el mundo tanta degradación: esta desconsoladora idea embargó su mente por completo durante aquella noche.

La fragata inglesa debía zarpar del puerto en la tarde de aquel mismo día; en consecuencia, así que amaneció, Eduardo quiso volver al Callao para enterar de su marcha a Europa y despedirse de dos virtuosos y simpáticos religiosos [44] franciscanos españoles, a quienes nuestro héroe trató muy familiarmente en Lima.

-¡Buenos días!, dijo Eduardo al entrar en la casa de los dos eclesiásticos.

-¿Cómo va, Eduardo?, preguntaron ambos a un tiempo con interés.

-Mejor de lo que yo podía esperar; pues parece que Dios se complace en colmarme de inmerecidos beneficios. Figuraos que ayer, prosiguió Eduardo fijando la vista en sus dos interlocutores, que como no ignoráis fue uno de los más funestos días que consignan los anales necrológicos de la epidemia que aflige la ciudad de Lima, alimenté el fatal presentimiento de que permaneciendo en ella un día más hubiera sido víctima de la fiebre amarilla. Resolví, pues, regresar a Europa con el primer buque mercante que saliera para dicho punto, y luego supe que iba a hacerse a la vela una fragata inglesa. Pero mi situación es sumamente angustiosa, continuó el joven con voz entrecortada, y necesito todos los auxilios de la gracia para sobrellevar con resignación el pesar que ahoga mi pecho.

Entonces Eduardo, con triste acento, hizo a los religiosos una detallada relación, interrumpiéndola a menudo con lágrimas y sollozos, de todos los temores que exaltaban su imaginación, como hemos visto en su patético monólogo.

Las palabras de Eduardo interesaron y enternecieron vivamente a los dos religiosos, quienes a porfía se esforzaron en consolar al joven con [45] todas las reflexiones que les sugirió en aquel acto su mente cristiana.

-¡Cuánto sentimos vuestra marcha, Eduardo!, dijo uno de los religiosos. Pero no queremos desbaratar vuestro proyecto: ¿quién sabe si prolongaréis la existencia de vuestros ancianos padres estando a su lado, y rodeándolos de vuestro amor filial?

Después de una corta pausa, en que Eduardo dio expansión al llanto que le excitaron las palabras pronunciadas por uno de los religiosos, Eduardo habló a estos de la simpática fisonomía y afable trato del capitán.

-¿Sabéis si es protestante, Eduardo?, inquirió uno de los hijos de san Francisco.

-Lo ignoro positivamente, repuso el interpelado; pero si el capitán es protestante, será de seguro de los más devotos; pues como mi camarote está enfrente del suyo, anoche pude observar desde mi cama, que estuvo largo rato de rodillas, con los codos apoyados en una silla, y teniendo su cabeza oculta entre ambas manos: era evidente, añadió Eduardo, que el capitán ejecutaba algún acto religioso, lo que me sorprendió; porque según yo tengo entendido, los sectarios de Lutero y de Calvino no suelen cumplir en una actitud tan humilde sus prácticas religiosas.

-¡Así es! ¡Así es! Eduardo, respondió uno de sus interlocutores. Lo que nos acabáis de decir me hace sospechar que el capitán es irlandés, ¡y por lo tanto profundamente católico! [46]

-En este caso, dijo Eduardo, será una de las mayores dichas que Dios me habrá concedido; pues sentiría en el alma que una persona adornada con tan recomendables prendas como el capitán, estuviera sumergida en ese insondable y tenebroso piélago de absurdos, inconsecuencias vacilaciones a que dan el nombre de Protestantismo.

-¡Bravo, Eduardo!, exclamaron a coro sus dos interlocutores. Un teólogo no hubiera hablado con más propiedad que vos, añadió uno de ellos. Dios os premiará por vuestro ardiente celo en favor de nuestra Religión.

-¡Única verdadera!, observó su compañero con santo entusiasmo.

-Eduardo, dijo el otro hijo de san Francisco con gravedad; sois muy joven. Por Fortuna, vuestros religiosos padres han cifrado toda su felicidad en formaros cristianamente el corazón: las tiernas y fervorosas palabras que acaban de salir de vuestra boca son un argumento irrecusable de que la semilla cristiana está honda y sólidamente arraigada en vuestro pecho; pero a pesar de esta dichosísima circunstancia, debo advertiros que os halláis en una edad crítica rodeada de peligros; en una edad (prosiguió el religioso mirando con dulzura a nuestro joven) en que esas punzantes espinas que envuelven la delicada y bella flor del corazón proclaman despóticamente su imperio. ¡Ay de los que en el deshecho temporal de sus pasiones no se agarran [47] fuertemente a la única áncora de salvación, es decir, a la divina tabla de nuestra augusta Religión!...

Eduardo escuchaba, profundamente conmovido, las frases de elocuencia cristiana que brotaban de los labios de aquel venerable sacerdote, y se preguntaba a sí mismo: «si era posible que la sublime moral cristiana que inspiraba tan magnánimos sentimientos, estuviese casi relegada al olvido, y que muchos hombres despreciaran en sus tribulaciones el único lenitivo que podía hacérselas llevaderas».

-El prolongado ejercicio de mi sagrado ministerio, continuó el hijo de san Francisco, me ha familiarizado con todos los graves males y miserias que afligen a la humanidad. El gran teatro del mundo ha desplegado ante mis ojos muchas tragedias. Al abrir el voluminoso libro de mi vida religiosa, hallo una página para los moribundos en su lecho de dolor; otra, para los malvados en su horrible desesperación; otra, para los reos en su cadalso; otra, para los pecadores en el arrepentimiento de sus crímenes; otra, para los miserables en su hambre, orfandad y desnudez, y otra, finalmente, para los virtuosos perseguidos por las enfermedades, la pobreza y la calumnia. ¡Y en la actualidad!... ¡Ah!, continuó el buen religioso con lastimero acento, en tanto que acompaño con la caridad cristiana hasta los umbrales de la eternidad a muchas víctimas de esa gran hecatombe que esta haciendo ese [48] ángel exterminador invisible, ¡cuántas desgarradoras escenas no he presenciado! Ciñéndome sólo al día de ayer, que fue uno de los más aciagos de la epidemia, mi ministerio me hizo penetrar en un hogar doméstico: mas ¿cómo pintar al vivo las emociones que sentí?... Penetré, pues, en una reducida habitación, donde todos los objetos reflejaban la más espantosa miseria; allí vi tendido y agonizando sobre un humilde jergón a un hombre que con su módico salario sustentaba a su enferma mujer, y sus tres pequeños, escuálidos y medio desnudos niños, los cuales rodeaban el haraposos lecho del moribundo, alargando sus demacradas manecitas, y gritando cuanto les permitían sus infantiles voces: «¡Pan! ¡Pan! Tenemos hambre, papá!» Pero los lastimeros clamores de aquellos angelitos se perdían en el vacío. ¡Oh! Querido Eduardo, ¡si hubieseis visto las satánicas contorsiones del rostro de aquella infortunada mujer, o mejor dicho, de aquel esqueleto viviente, que, en el vértigo de su delirio, parecía una hiena; pues sus dientes rechinaban terriblemente, de su boca salían espumarajos, y sus ojos hundidos parecían dos globos de fuego fulgurando siniestramente en el fondo de dos cavernas! ¡Inocentes criaturitas, pensaba yo echando una mirada de compasión sobre aquellos infelices niños, es en vano que llaméis a vuestro padre, el calor de vuestras débiles voces es impotente para reanimar a sus heladas

cenizas! Empero, no desconfiéis... su alma, que [49] está gozando ya de las delicias de un opíparo y perpetuo festín, dejará caer, sí, ¡algunos restos sobre vuestras inmaculadas cabecitas!

¡Qué cuadro tan horroroso! ¡Dios mío!, exclamó Eduardo enjugando con su pañuelo las lágrimas que asomaron a sus pupilas.

-¿Qué nos enseñan, pues, esas tremendas catástrofes que inundan el mundo de miseria, de sangre y de dolor?, prosiguió el religioso. ¿Qué nos patentizan, sino que las terribles consecuencias del pecado original gravitan sobre el corazón humano como la marmórea losa del sepulcro sobre los cadáveres?... ¡Por más que se diga y por más que se haga, las huellas del primer delito no se borrarán jamás!

No faltan en nuestros días, por desgracia, aduladores que con sus escritos tan pomposos como huecos embaucan al pueblo, haciéndole creer que van a desvanecerse los celajes de color de rosa que le ocultan todavía el esplendoroso horizonte del porvenir.

El pueblo está tan obcecado, Eduardo, que no advierte que con la más refinada hipocresía le están robando su sangre, su dinero, y... lo que es peor, sus creencias religiosas; y que esas aromáticas flores con que se pretende alfombrar las escarpadas veredas de la vida humana, son barridas, cual liviana paja, por los irresistibles huracanes de la adversidad, y que en su lugar ¡ay!, sólo quedan espinas y abrojos.

¡Miserables!, prosiguió el religioso con tono [50] de indignación; basta ya de farsa; ¡caiga de una vez vuestro pérfido antifaz! Y, antes que manchéis el papel con la ponzoñosa baba de vuestros escritos que infiltran la hiel en los corazones de las masas... ¡ah! como si sintierais en vuestra mano la picadura de una víbora, ¡arrojad vuestra pluma a un inmundo muladar!

-¡Qué fotografía tan exacta acabáis de sacar del mundo social!, dijo Eduardo con ternura y clavando los ojos en el orador y apretándole la mano con efusión. ¡Gracias! ¡Gracias! (añadió el joven) por los excelentes consejos que me habéis dado con el más cristiano desinterés. Nunca olvidaré la interesante conversación que acabamos de tener.

Al decir esto, y con los ojos anegados en llanto, nuestro héroe, abrazó cordialmente a sus dos interlocutores.

-Eduardo, dijo el religioso que había exhortado al joven así que este traspasaba los umbrales de la casa del primero, ¡alerta, hijo! Hay muchos lobos con piel de oveja que ceban principalmente su voracidad en el tierno redil de la juventud. Traed continuamente a vuestra memoria las saludables máximas evangélicas que os han inculcado vuestros cristianos padres desde vuestra más tierna infancia. Con estos poderosos auxilios podréis bogar siempre sereno por el azaroso mar de la vida: en la bonanza, para no ensoberbeceros; en el infortunio, para no desalentaros. [51]

-¡Adiós, Eduardo!, exclamaron ambos religiosos. Dirigiremos nuestras humildes preces al Todopoderoso para que os conceda un feliz viaje.

Cuando el joven español regresó a bordo de la fragata inglesa, los marineros estaban cantando, o mejor aullando la cosmopolita canción acostumbrada al levar el ancla, acompañándola con los tirones que daban a la cadena a medida que amontonaban sus eslabones con estruendo sobre el puente.

Después que los marineros hubieron terminado su vocinglera y

estrepitosa cantinela, la fragata Lord Efighingam, desprendida de las ataduras de hierro que la aprisionaban en las aguas del Callao, desplegó majestuosamente las velas que luego impulsó la brisa.

En aquel momento el sol, sepultando su radiante disco de oro en la anchurosa y azulada tumba del océano, doraba con sus oblicuos rayos las puntas de los mástiles del buque y las cimas de las montañas, y la excelente música de una fragata de guerra norteamericana, fondeada en la embocadura del puerto, henchía los aires con las melodiosas notas del patético final de la Norma.

Eduardo contemplaba, mudo de asombro, aquel grandioso y sublime espectáculo, pensando en sus amados padres, en los amigos que había dejado en Lima, y echaba una última y tierna mirada a aquellas hermosas playas que un día [52] pertenecieron a su patria, y en donde la peste hacía tantos estragos.

Dejemos que la incansable aguja del tiempo recorra todavía algunos minutos de su cuadrante de seis mil años, y el negro telón de la noche caerá sobre el magnífico panorama que arrobaba el espíritu de Eduardo: la tenue luz crepuscular se extinguirá; un vasto paño mortuorio envolverá en sus millones de sinuosos pliegues a las hermosas y fértiles costas del Perú, ¡y los sentimentales y ya amortiguados ecos de la inspirada composición de Bellini espirarán en la inmensidad del espacio!

- III -

La fragata Lord Efighingam andaba tanto como era compatible con su chabacana estructura, abriéndose paso trabajosamente al través de la superficie líquida del océano.

En la primera noche de navegación el capitán y Eduardo estaban sentados en el sofá de la cámara, y el primero enseñó su libro de devoción al último, alargándoselo y diciéndole:

-Aquí tenéis mi libro de devoción, Eduardo.

-¡Es católico!, exclamó éste en sus adentros abriendo el libro y mirando afectuosamente al capitán.

Entonces Eduardo experimentó un gozo indecible viendo realizada la opinión de los dos buenos [53] religiosos del Callao, y se arrojó en los brazos del capitán; quien participando de la alegría de su compañero, rodeó con los suyos el cuerpo de este: ambos permanecieron un buen rato en aquella posición, derramando copiosas lágrimas de ternura al ver que sus corazones estaban unidos con los indisolubles vínculos de nuestra augusta Religión.

-¡Cuánto siento no poder en este momento expresar al capitán con frases tiernas toda la alegría que rebosa mi pecho!, pensó el joven. Empero la elocuencia muda y persuasiva que reflejan mis ojos suplirá la falta de mis palabras.

El camarote de babor contiguo al de Eduardo fue ocupado por un pasajero a quien aquejaba aquella noche una ligera indisposición, por cuyo motivo tuvo que acostarse temprano.

El predicho pasajero, que llamó vivamente la atención de nuestro héroe, era de talla elevada, enjuto de carnes, y, en contra del rasgo

peculiar de la raza anglosajona, tenía el cabello y los ojos de color de azabache: su frente espaciosa, su nariz prominente y afilada, y su traje negro, le daban el aire de un hombre pensador y de una gravedad estoica. No obstante, las miradas de este personaje (cuya edad frisaba en los cincuenta abriles) tenían una dulzura que cautivaba.

-¿Quién es aquel pasajero?, preguntó Eduardo al capitán, sucumbiendo a su viva curiosidad [54] designándole el camarote donde dormía el desconocido.

-Es un ministro protestante, contestó mister Mac-Kievet en voz baja.

-¿Qué objeto le habrá llevado a América?, dijo el joven para sí.

Al día siguiente Eduardo se levantó al rayar el alba y subió al puente, donde encontró ya al capitán paseándose de un extremo a otro en mangas de camisa y ostentando las hercúleas formas de sus espaldas y brazos. Mister Mac-Kievet era muy madrugador, en cuya higiénica costumbre le imitó también Eduardo, quien desde aquel día continuó acompañando al primero en su paseo matinal por el castillo de popa, excepto cuando el frío intenso del cabo de Hornos retenía en la cama, a pesar suyo, a nuestro héroe.

Así que éste llegó al puente la primera mañana de navegación, no pudo menos de alarmarse al observar la palidez mortal que esmaltaba el simpático rostro del timonero: joven de dieciocho años, ¡parecía un espectro!

-¿Estás enfermo, Cooper?, preguntó el capitán al joven que gobernaba la rueda del timón al reparar en sus cadavéricas facciones.

-Me duele un poco la cabeza y el pecho, sir, respondió el interpelado con melancólico acento.

-¡Contra maestre! Dad un campanillazo, gritó el capitán. [55]

-¿Qué se os ofrece, sir?, dijo un marino que acudió al llamamiento del capitán.

-Releva a Cooper; y tú vete corriendo a la cama, añadió volviéndose al timonero.

Hubiéramos suprimido este pequeño incidente en este lugar de nuestra narración, si no estuviera relacionado con alguna página fúnebre que nos suministrarán los sucesos ulteriores.

He aquí el orden que se siguió en las horas de comida a bordo de la fragata inglesa:

A las ocho de la mañana, mister Mac-Kievet almorzaba en su cámara, con Eduardo y el ministro protestante. A las dos de la tarde nuestro triunvirato comía en el comedor con los pilotos, el contra maestre y el carpintero; y a eso de las ocho y media de la noche, volvían a reunirse todos en el comedor para tomar el té.

Cuando el dispensero llamó al capitán para el almuerzo, en la primera mañana de navegación, el último tiró ligeramente del brazo a nuestro joven, y ambos se deslizaron por la escalera interior del buque.

-¿Os gustan los huevos con manteca?, preguntó el capitán a Eduardo así que estuvieron ambos sentados a la mesa, y mientras que con la punta de su cuchillo embutía un huevo con manteca.

-¡Yes! ¡Yes!, repuso Eduardo después de haber recurrido a su diccionario para buscar en él la palabra «manteca».

-¿Y el té, la hoja de ese precioso arbusto [56] oriundo del celeste

imperio?, continuó el capitán con su vista fija en el rostro del joven español.

-¡Oh! Very good, contestó éste creyendo que su interlocutor le hablaba del té.

Terminado el desayuno, mister Mac-Kievet encendió su pipa de barro blanqueado, provista de un largo y delgado tubo curvilíneo.

-Fumad, Eduardo, dijo el capitán con voz gangosa por el humo que obstruía su garganta.

Al propio tiempo el capitán alargó a su compañero una pipa henchida de tabaco.

Eduardo no había fumado nunca en pipa; con todo la tomó de la mano del capitán, y luego mirando a éste y metiéndose el tubo en la boca pensó:

-Lo probaré por complaceros.

Empero, a poco de estar aspirando el humo de la pipa, Eduardo sintió removérsele toda la bilis de su cuerpo; de modo, que soltando la pipa sobre la mesa, salió precipitadamente de la cámara, trepo por la escalera que conducía al puente, y allí, introdujo en sus pulmones el aire atmosférico puro que en poco tiempo restableció en su estado normal el mecanismo interior de su cuerpo.

-¿Qué os sucede, Eduardo?, preguntó el capitán sonriéndose al adivinar la causa del brusco movimiento del joven; pero éste, en su precipitada fuga de la cámara, ni siquiera oyó la interpelación de mister Mac-Kievet.

-Vamos; es preciso que Eduardo pague su aprendizaje: ya se irá acostumbrando poco a [57] poco al delicioso aroma del tabaco, pensó el capitán.

Cuando nuestro héroe bajó del puente, el ministro protestante acababa de salir de su camarote.

-¿How (1) do you do? ¿Cómo os encontráis?, preguntó Eduardo al ministro con acento de solicitud.

-Bastante mejor que ayer, gracias, contestó el interpelado lanzando una cariñosa mirada a su interlocutor.

-El aire marítimo es muy saludable, observó Eduardo consultando el diccionario.

-¿Habláis el francés?, dijo el ministro en aquel idioma, viendo el embarazo de su compañero de viaje para expresarse en inglés.

La pregunta del ministro causó un vivísimo placer a Eduardo, supuesto que, poseyendo perfectamente el francés, podía trabar desde luego conversación con el discípulo de Lutero. Así fue que Eduardo se apresuró a responder:

-¡Oh! ¡Cuánto me alegro de que podamos comunicarnos nuestras ideas en un idioma que me es bastante conocido!

-Vos sois italiano o español, ¿no es verdad?, dijo el ministro dirigiendo una penetrante mirada a Eduardo y juzgando por el acento meridional de este.

-Español, contestó Eduardo con altivez.

-¡Qué país tan hermoso y desgraciado es el vuestro!, exclamó el ministro. Puedo aseguraros [58] que nunca he mirado con indiferencia la espantosa anarquía que por tanto tiempo ha corroído las entrañas de aquella Península. ¡Cuánto desearía que se inaugurara para vuestra patria

una era de paz y prosperidad!

Eduardo, recordando en aquella ocasión los irrecusables datos históricos que censuran acerbamente la ambigua conducta de Inglaterra interviniendo en los asuntos políticos de España, se quedó con tanta boca al oír el lenguaje del ministro, y desde luego dudó de la sinceridad de sus palabras.

-Deseo tan de veras como vos la regeneración de mi amada patria, contestó nuestro joven con ironía, devolviendo la que él creyó pulla a su contrincante.

-¿Sabéis lo que ha producido principalmente la decadencia de la monarquía española?, dijo el ministro en tono enfático.

-¿Cuál ha sido el motivo? Explicaos, replicó Eduardo con viveza en su impaciencia por saber la opinión de su interlocutor.

-El fanatismo religioso, dijo el ministro, ha sido sin duda una de las mayores rémoras que han entorpecido en España la rueda del progreso; y si no (continuó mirando de hito en hito a su compañero y como si tratara de leer en la expresión de sus ojos el efecto que producían sus palabras en su ánimo) ¿qué significan ese gran número de conventos diseminados sobre la faz de vuestra nación, más que otros tantos edificios [59] erigidos a la vagancia, a la superstición y al oscurantismo? ¿Cómo queréis que un pueblo sumido en la más supina ignorancia sagazmente explotada por ese preponderante elemento teocrático, sea jamás un pueblo grande, un pueblo ilustrado? ¿Por qué la Inglaterra cubre hoy todos los mares con sus numerosas escuadras? ¿Por qué su comercio, industria y agricultura son tan florecientes? Porque en mi país no hay presión clerical: allí el pensamiento es absolutamente libre, y nadie tiene la osadía de entrometerse en el fuero interno y sagrado de vuestra conciencia para pedir os cuenta de vuestras ideas.

-Amigo mío, replicó Eduardo estupefacto, no deis vuestro fallo tan a la ligera, sobre los lamentables cuanto trascendentales acontecimientos de mi país; ante todo debo advertiros que habéis incurrido en un grave anacronismo al decir que el pueblo español se hallaba bajo la presión clerical; pues conviene que sepáis que en 1835 la hidra revolucionaria invadió el sagrado recinto del claustro, apagando allí su sacrílega sed de sangre, y con la tea incendiaria redujo a pavesas a muchos de los magníficos edificios, hijos del acendrado Catolicismo de mis ilustres antepasados.

Además, prosiguió el joven, los irrefutables hechos históricos dan un solemne mentís a vuestra aseveración. Guiado por el resplandeciente faro de nuestra epopeya, veo que el Catolicismo expulsó de su último baluarte el estandarte de la [60] media luna que ondeó en la Península Ibérica por espacio de siete siglos, que a la influencia del Catolicismo se debió en gran parte el descubrimiento de América, cuya portentosa hazaña dio inmarcesible brillo a los reinados de Carlos V y de Felipe II; y finalmente, ¿quién derribó al coloso del siglo? ¿Quién hizo trasmontar a las águilas francesas que clavaron un instante sus afiladas garras en el corazón de mi patria? ¡Ah!, fuerza es confesarlo... ¡un alarido exhalado del católico pecho de la nación española!

El ministro, que no esperaba por cierto aquella réplica de su imberbe compañero, se quedó mirándole con tanto asombro, como si Eduardo que poco

ha se ofrecía a sus ojos como un enano se hubiese transformado de repente en un gigante.

-España debe, por lo tanto, al Catolicismo las gloriosas páginas de su tradición, continuó el joven; y si hoy mi país es presa de un profundo malestar moral y político, no son ajenos a ello los metíficos miasmas filosóficos que nos han traído los helados vientos del Norte de Europa.

-Pues yo he leído algunas obras contradictorias a vuestro aserto, repuso el ministro con frialdad.

-¡Oh! Eso no me maravilla, se apresuró a responder su interlocutor; porque no fallan escritores que, conociendo el flanco vulnerable de la sociedad contemporánea y espoleados por su odio encarnizado al Catolicismo, han agotado los [61] más ricos filones del venero de su imaginación, para pintar con sombrío colorido muchos hechos esencialmente frívolos e inofensivos, con cuyo oropel han deslumbrado a un sinnúmero de ilusos. De esta suerte los hipócritas y farsantes del mundo literario han logrado vender sendos ejemplares de sus envenenadas obras. Ésta es la amarga verdad, añadió Eduardo con un acento de irresistible convicción.

A estas palabras, el ministro movió la cabeza en ademán de incredulidad, y tras una corta pausa dijo, evadiendo la contestación y lanzando unta escudriñadora mirada a Eduardo:

-Me alegro en el alma de haber encontrado a bordo una persona tan erudita como vos. La navegación será muy larga, continuó, y tendremos tiempo de sobra para abordar algunas interesantes materias.

-No podíais darme una noticia más agradable, murmuró Eduardo; sí, sí, no faltarán interesantes polémicas que amenicen el tedio y monotonía de nuestro viaje. ¿De qué ciudad de Inglaterra sois?, añadió.

-Nací en Edimburgo; pero ahora residio con mi familia en un pueblo de Escocia de cuyo templo soy el pastor.

En aquel momento el capitán bajando del puente interrumpió el coloquio de Eduardo con el ministro, diciendo a éste:

-¡Hola, mister Brooke! ¿Cómo está vuestra salud? [62]

-Me encuentro algo más aliviado que anoche; gracias, capitán.

Entonces el capitán y mister Brooke saliendo de la cámara penetraron en el comedor, sentándose en uno de los bancos que flanqueaban la mesa. Eduardo, pensando que podría comprender pocas palabras de la conversación de sus dos compañeros, se separó de estos retirándose a su camarote.

-¿Cómo se llama ese joven tan simpático?, preguntó mister Brooke al capitán así que estuvieron solos.

-Eduardo.

-¿Y por qué se ha marchado de Lima embarcándose en un buque inglés?

-Lo ignoro positivamente, contestó mister Mac-Kievet; pues como habréis podido conocer, Eduardo entiende muy poco el inglés; pero presumo que al tener noticia ese joven de que la fragata volvía a Europa, habrá dicho para su sayo: «huyamos de la fiebre amarilla».

-Acabo de tener con Eduardo una interesante conversación en francés, que me ha dejado pasmado. ¡Si oyerais, capitán, con qué calor y elocuencia defiende la causa del Catolicismo!

Ese español es una alhaja, murmuró entre dientes.

-¿Conque Eduardo posee el francés? Siendo así podréis hablar los dos largamente (dijo mister Mac-Kievet mirando al ministro), y el pobre

muchacho no se fastidiará tanto; aunque [63] teniendo talento como vos decís, y siendo estudioso como parece, -pues desde que entró a bordo no ha cesado de hojear su diccionario-, en poco tiempo aprenderá nuestro idioma, del cual ya comprende bastantes vocablos. ¡Cuánto deseo poder conversar con ese joven de tan finos modales!

El elogio que el capitán hizo del joven español no cayó en saco roto para el boatswain o contra maestre, que poco tiempo antes penetró en el comedor.

-Pues yo preferiría mil veces que ese pasajero no hubiese entrado en el buque, murmuró el contra maestre mirando al capitán y a mister Brooke.

-¡Callad, supersticioso!, contestó el primero con serenidad. ¡Habrase visto otro igual!

-Figuraos, mister Brooke, repuso el contra maestre con un acento que revelaba su alarma, que ese joven se ha colado misteriosamente en el buque; y a mí nadie me convence de que la magia no ha jugado un gran papel en la aparición de ese extranjero.

-¡Cerrad el pico mentecato!, vociferó el segundo piloto saliendo de su camarote y lanzando una desdeñosa mirada al contra maestre. ¿No os he dicho ya que yo había visto con mis propios ojos la lancha que condujo al pasajero a bordo?

El capitán y mister Brooke se desternillaron de risa al oír los fantásticos temores del sencillo contra maestre, a quien dijo entonces el ministro: [64]

-El joven español que tenemos a bordo es de carne y hueso como nosotros; y ¿qué tiene de particular que se haya marchado de Lima por miedo de la fiebre amarilla refugiándose en una fragata inglesa para volver a su país? ¿No hemos visto por ventura que en la dispersión general de los despavoridos limeños, algunos buques fondeados en las aguas del Callao eran tomados por asalto? Tranquilizaos, pues, buen hombre.

-Tal vez sea como vos decís, refunfuñó el contra maestre meneando la cabeza con aire de duda.

Cuando todos los circunstantes se hubieron reído hasta la saciedad de la candidez del contra maestre, el capitán se acordó del marinero enfermo.

-¿Cómo sigue el joven Cooper a quien esta mañana he mandado relevar del timón? preguntó el capitán al segundo piloto.

-Se está paseando cerca del castillo de proa, sir; pero está tan pálido y melancólico, que apostaría doble contra sencillo, que dentro de pocos días su cuerpo va a servir de pasto a los tiburones.

-Allá veremos, allá veremos, dijo el capitán: en mi botiquín no faltan excelentes medicamentos, y acaso sea posible salvar la vida de ese joven.

Eduardo, salió entonces de su camarote y fue a dar una vuelta por el puente de la fragata. Al [65] llegar delante de la cámara de los marineros, vio al joven enfermo que, sentado sobre la pared de estribor, acababa de pescar con el anzuelo dos pescados de matizadas y deslumbrantes escamas.

-¡Señor! ¡Señor!, exclamó el joven marino en español con una melancólica sonrisa, al divisar a Eduardo, señalándole con la mano los pescados que, conservando aún gran parte de fluido vital, azotaban el puente con sus plateadas colas.

-¡Pobre joven!, pensó Eduardo dando una mirada de compasión al marinero, ¡cuán presto la desapiadada parca tronchará con su negra guadaña el tallo de la tierna y ya marchita flor de tu vial! ¡Cuánto más te valiera no haber salido del Puerto! Pues allí, al menos no te hubieran faltado la asistencia y medicamentos necesarios; pero aquí... ¡Infeliz!... ¿Qué suerte te espera?... ¡Ah! Una enfermedad larga y horrorosa, y por último... ¡una sepultura en el insondable lecho de las olas!

- IV -

A los tres días de navegación entró el despensero muy azorado en la cámara del capitán.

-¿Qué sucede?, preguntó éste leyendo algo de aciago en el semblante del despensero.

-Que Cooper, el marino enfermo, ha caído desmayado sobre el puente, y al parecer le quedan pocos minutos de vida. [66]

Esta noticia produjo una impresión muy triste en los ánimos de nuestros tres personajes.

-Anda; trae volando el botiquín, dijo el capitán clavando los ojos en el despensero.

-Aquí está, sir, repuso éste poniendo el botiquín encima la mesa.

Entonces el capitán sacó un pomito de éter, y lo entregó al despensero diciéndole:

-Destápalo, y aplícalo un buen rato a las narices de Cooper: verás cuán pronto recobra los sentidos.

El despensero salió corriendo de la cámara para obedecer la orden del capitán; y transcurridos algunos minutos volvía a penetrar en ella, agitando el pomito de éter con aire de triunfo diciendo:

-Gracias al cielo, Cooper ha recobrado el conocimiento.

-Aunque no tengamos médico a bordo, dijo el capitán volviéndose a sus dos compañeros que estaban sentados enfrente de él, en mi botiquín hay remedios excelentes, y (no lo digo por jactancia) más de una vez he curado enfermedades que quizás los hombres de la ciencia hubieran calificado de incurables, añadió mister Mac-Kievet con acento socarrón.

-Pero ¿cómo os arregláis, capitán, para formular con acierto el diagnóstico de las enfermedades?, preguntó mister Brooke.

-¡Oh! En cuanto a eso, apelo a mi precioso opúsculo de medicina, y en él encuentro admirablemente [67] definidos los síntomas que caracterizan las enfermedades. Por lo demás, mi larga práctica me ha hecho adelantar mucho en el arte de Hipócrates.

-Según estoy viendo, se os podría conferir, sin previo examen, el grado de doctor en medicina, dijo mister Brooke con tono de chanza.

-¡Ah!, mister Brooke, ¡cuántos discípulos de Esculapio han recibido en plena academia el diploma de la facultad, sin tener más conocimientos médicos que yo!

-Es dolorosamente cierto, capitán, repuso el hijo de Escocia; y por eso vemos tan desacreditada una ciencia utilísima para la humanidad; pues buen número de facultativos ejercen su profesión, no tanto por amor a la medicina (añadió el ministro acercando su cabeza al oído del capitán),

sino por el lucro que puede reportarles. De modo, que metalizando la carrera, no se curan poco ni mucho de llevar su grano de trigo a los exiguos graneros de la ciencia.

¡Pobre humanidad doliente!, prosiguió el ministro. El campo de la medicina está hoy, más que nunca, dividido en dos distintos y encontrados grupos: según unos, la piedra filosofal de la ciencia estriba en el principio de *contraria contrariis curantur*; y según otros, radica en el axioma diametralmente opuesto de *similia similibus curantur*. Entre tanto, el paciente fluctúa perplejo entre esos dos formidables escollos: si opta por el primer sistema, se expone a que se [68] extinga la llama de la vida por falta de pábulo, y en consecuencia muere de inanición: si elige el sistema opuesto, corre inminente riesgo de que la máquina de su cuerpo haga explosión por exceso de calórico como una caldera de vapor, muere de ahíto.

-Yo entiendo poco de latín, ministro, contestó el capitán; pero tengo una vaga reminiscencia de que cuando (in illo tempore) estaba en el colegio de Dublín, al estudiar la historia antigua, se nos decía que en el mar de Sicilia había dos famosas y escarpadas rocas que se llamaban Scila y Caribdis, las cuales eran muy temidas por los navegantes; pues era sabido que cuando los buques, tomando inauditas precauciones, evitaban el chocar contra uno de aquellos dos peñascos, iban a estrellarse irremisiblemente contra el otro.

-Perfectísimamente, capitán, contestó el ministro aplaudiendo con estrépito las palabras del primero.

-Pues bien, prosiguió mister Mac-Kieviet; en el mar de la medicina, el desgraciado enfermo está condenado con frecuencia a naufragar entre Scila y Caribdis: esto es, que cuando logra milagrosamente escapar de la diamantina roca de la alopátia, va a estrellarse sin remedio contra el granítico peñasco de la homeopatía.

-¡Soberbio!, exclamó el ministro palmoteando con frenesí.

Eduardo había escuchado con una atención [69] superlativa el diálogo entre sus compañeros, y pudo sacar en claro que se increpaba a los médicos de lo lindo. Así sucedió, que dirigiendo su mirada a mister Brooke, nuestro joven exclamó en francés:

-¡Cómo os estáis burlando de los pobres médicos!

-¿Con qué habéis comprendido el tema de nuestra conversación, Eduardo? (¿No dije yo que era un niño muy precoz?) pensó el ministro mirando al joven con estupefacción.

-¡Toma!, repuso éste. ¡Pues si habéis hablado hasta en latín! Y me parece que en la anatomía que con el escapelo de vuestras lenguas acabáis de hacer del cuerpo de medicina, no habéis dejado hueso sano a los discípulos de Esculapio, ¿no es verdad?

El hijo de Escocia soltó una carcajada.

-¿Qué os ha dicho Eduardo para que os riáis tanto, ministro? preguntó a éste el capitán con una sonrisa en los labios.

-Nada; que ese joven con su perspicaz talento, respondió el ministro designándole a Eduardo, ha logrado atar los principales cabos de la, para él, enmarañada madeja de nuestra conversación.

-¡Parece mentira! ¡Esto es asombroso!, exclamó el capitán; y después de una corta pausa, durante la cual hubiérase dicho que devoraba con la

vista al joven español, añadió: ¿Creéis del [70] caso, ministro, que brindemos por la prosperidad de la medicina?

-Sí, sí: acepto de muy buena gana vuestra proposición, capitán, contestó el interpelado chanceándose.

En la pared del fondo de la cámara del capitán, y a cosa de dos palmos sobre el respaldo del sofá, había un armario con botellas de cerveza brandy y otros licores.

-¿Queréis cerveza o brandy?, preguntó mister Mac-Kieviet abriendo el armario y mirando al ministro.

-Me es indiferente, repuso este.

-¡Ea! Eduardo, bebamos, dijo el capitán con tono alegre y alargando al joven un vaso de espumante cerveza.

Pocos segundos después nuestro triunvirato se puso en pié, e hizo entrecuchar sus respectivos vasos con fraternal alborozo.

Al cabo de algunos días la enfermedad de Cooper fue empeorándose, y temiendo el capitán que resultara algún daño a los demás marineros de dormir, por decirlo así, revueltos con el enfermo, dispuso que le sacaran de la cámara de proa.

El capitán mandó entonces suspender una hamaca entre el palo de mesana y el mayor, y en ella se colocó al enfermo. Al efecto se ató una cruz entre los antedichos palos, a unos doce palmos de altura sobre cubierta, y desde allí bajaba una vela en forma de pabellón cobijando la hamaca [71] que se columpiaba a un metro del suelo.

Dos horas después de practicada esta operación, el pobre Cooper fue instalado en su nueva cama aérea.

Mientras la fragata se internaba lentamente en el fondo del Pacífico, nuestro héroe, siempre ávido de hacer progresos en el idioma inglés, no cesaba de dirigir preguntas con el auxilio del diccionario a sus dos compañeros.

Al cabo de un mes de haber zarpado del puerto del Callao de Lima, la fragata se hallaba a los 36 grados de latitud sur, o sea a la altura de las costas de Chile; por lo tanto la navegación no había sido muy rápida que digamos.

En aquella época Eduardo ya empezaba a terciar en las conversaciones entre mister Brooke y el capitán, lo cual dio margen a que un día éste dijera a nuestro joven:

-Vuestra cabeza adelanta más en el estudio de nuestro idioma que el buque en su carrera.

-Hago cuanto puedo, contestó el joven español con modestia a la lisonjera frase del capitán.

Una tarde Eduardo se paseaba solo y cabizbajo por el castillo de popa. Al poco tiempo fue sorprendido en su cavilosa actitud por mister Benson el primero, quien, saludando al joven español, le dirigió la siguiente pregunta:

-¿Cómo os prueba el viaje, mister Eduardo?

-Muy bien, gracias, repuso éste con amabilidad.

-Pues yo creo que dentro de pocos días no [72] podréis decir otro tanto, dijo el primer piloto con acento triste.

-¿Por qué?, preguntó Eduardo lanzando una mirada de ansiedad a su interlocutor.

-¿Por qué? ¿Por qué?... repitió mister Benson meneando la cabeza con melancolía. Ese por qué es tan horripilante, mister Eduardo, que no me atrevo a revelároslo.

-¡En nombre de Dios, mister Benson, disipad la duda que tortura mi corazón! Decidme francamente lo que hay, repuso Eduardo con acento y ademán suplicantes.

-Ya que insistís con tanto empeño en saber mi triste noticia, voy, pues, a participaros que dentro de quince días, lo más tarde, estaremos todos sepultados en las profundísimas entrañas del océano, dijo el primer piloto con voz baja, lúgubre y palideciendo.

Eduardo fijó entonces sus espantados ojos con persistencia en los de su interlocutor (como si hubiese querido leer en el corazón de éste la sinceridad de las pavorosas palabras que acababan de salir de su boca), y exclamó enseguida horrorizado:

-¡Dios de mi alma, apiadaos de mí! Enviadme cualquier castigo por terrible que sea; pero no permitáis que muera en medio del mar y sin que mis ancianos padres sepan lo que ha sido de mí... ¡No, no: Vos que veis la rectitud y pureza de mis intenciones, no consentiréis que mi cuerpo sea tragado por las olas! [73]

Al aperebirse de la impresión que sus palabras habían causado en el ánimo de nuestro héroe, mister Benson, como asustado de su terrible confidencia, miró con inquietud a éste diciéndole:

-Cuento con vuestro sigilo, mister Eduardo.

-Y ¿en qué fundáis vuestro funesto vaticinio?, preguntó Eduardo con terrorífico acento y como si no hubiese oído las palabras de su interlocutor.

-¡En qué lo fundo!, repitió éste aplicando sus labios casi al oído de Eduardo. ¿No veis que el buque no puede navegar de puro viejo? ¿Que por poco que se arrugue la superficie del mar, el agua entra por los embornales, y que la bomba debe funcionar casi sin interrupción? ¿Cómo queréis, pues, añadió, que la fragata luche contra las embravecidas olas del cabo de Hornos cuando hace tanta agua en la bonanza?

Eduardo escuchaba temblando como un azogado las, al parecer, invencibles pruebas que mister Benson alegaba en pro de su siniestra predicción; la cual adquiriría tantos más visos de verosimilitud y hacía tanta más mella en el ánimo de Eduardo, por cuanto, como llevamos dicho, la fragata, por su aspecto inferior y externo, parecía más a propósito para figurar en un museo como un raro objeto arqueológico, que para desafiar las tormentas del ceñudo e irascible cabo de Hornos.

Cuando el fatal mensajero se hubo separado [74] de Eduardo, éste, en el paroxismo de su terror tenía momentáneamente trastornado el juicio, y corría por el castillo de popa como un endemoniado.

-¡Se habrá vuelto loco!, dijo en sus adentros el marinero que gobernaba el timón al observar con sorpresa los movimientos y ademanes de nuestro joven.

El corazón humano (he leído en alguna parte) puede compararse, en sus grandes crisis, con una esponja; dado que se empapa de dolor o alegría hasta que no cabe en él una gota más, después... retrocede gradualmente a su estado normal.

Este fue por lo menos el caso con Eduardo; quien así que hubo llegado

al colmo de su amargura, empezó a serenarse insensiblemente, y a la hora de acostarse estaba ya bastante más tranquilo. Sin embargo, aquella noche tuvo nuestro joven atroces pesadillas; y su exaltada imaginación combinaba en el embotamiento de los sentidos, ideas incoherentes, ora risueñas, ora horrorosas: tan pronto le parecía que la fragata se hundía lentamente en el fondo del mar, y que una colosal ballena, abriendo su monstruosa boca, iba a engullirle como si fuera un bizcocho; como que la Virgen, adornada con un manto de púrpura salpicado de relucientes estrellas, mandaba a la nube de Ángeles que le servía de pedestal, que, batiendo sus alas de armiño, desprendieran una finísima lluvia de oro sobre su [75] cabeza; como, por último, que había llegado a su pueblo trayendo toda la riqueza del Perú, y que sus ancianos padres, estrechándole entre sus brazos, derramaban raudales de lágrimas de alegría.

El día siguiente, el primer pensamiento que cruzó por la mente de Eduardo al despertar de su pesado sueño, fue que, atendidos el carácter y religiosidad del capitán, era imposible que quisiese inmolarse con tantas víctimas en aras de un bárbaro e incalificable capricho. Impelido por tan sensato raciocinio, se vistió de prisa, y luego subió al puente por donde se paseaban el capitán y mister Brooke.

-¡Hola! Eduardo ¡Buenos días!, exclamaron ambos al divisar al joven dándole un apretón de mano. ¿Habéis padecido acaso de insomnio?, añadió el ministro apercibiéndose de las ojeras y del semblante descompuesto de Eduardo.

-No por cierto, repuso Eduardo; he dormido más de lo que podía esperar, continuó exhalando un profundo suspiro.

-Pues en vuestro rostro descubro alguna desazón, repuso el hijo de Escocia; ¿qué es lo que os acongoja? Yo a vuestra edad no tuve ni un segundo de real humor; y aún ahora que mi persona frisa ya en los cincuenta abriles, no doy nunca cuartel en mi corazón a ese enemigo moral que se llama melancolía.

-Seguid, pues, el saludable consejo de mister Brooke, Eduardo, murmuró el capitán. [76]

-¡Ah!, señores, repuso el joven. Hay ocasiones en que el corazón más varonil sucumbe aplastado por el enorme peso de la desgracia... y entonces... continuó con amarguísimo acento; ¡todos los esfuerzos humanos, aun los más heroicos, son impotentes para contrarrestar el golpe! Lo único que le resta al hombre en semejantes casos, es levantar al cielo sus ojos bañados de lágrimas e implorar en su favor la divina misericordia.

-Es muy cierto, Eduardo, replicó el capitán; pero Dios nos manda que nos amemos a nosotros mismos; y este precepto implica que no exageremos en demasía nuestros orales, haciéndonos por lo tanto más desgraciados de lo que somos en realidad.

Mister Mac-Kievet fue interrumpido por la voz del dispensero diciendo que el almuerzo estaba encima la mesa.

-Bajemos, pues, a la cámara, señores, dijo el capitán volviéndose a sus dos compañeros.

-¿En cuánto tiempo pensáis que haremos la travesía, capitán?, preguntó el ministro así que estuvieron los tres sentados a la mesa.

-Dios mediante, cuento que llegaremos a Inglaterra en cuatro meses y medio de navegación. Aunque todas las conjeturas que puedo hacer, serán

muy problemáticas hasta que habremos doblado al cabo de Hornos. Empero bastante hemos andado ya (atendidas las condiciones de la fragata) en los cuarenta y cinco días que llevamos [77] de navegación desde nuestra salida, del Callao; pues hoy hemos ganado el 50º paralelo sur, y por consiguiente no tardaremos en llegar al cabo de Hornos.

En tanto que el capitán hablaba con mister Brooke, a Eduardo se le anudaban los bocados en la garganta, y de vez en cuando llevaba con disimulo el pañuelo a su boca para sofocar sus sollozos y enjugar las lágrimas que se deslizaban ardientes y silenciosas por sus descoloridas mejillas.

-Por Dios, Eduardo, sepamos que tenéis, dijo mister Brooke tratando de sondear el corazón del joven.

-Tengo... tengo... balbuceó este.

-Querido Eduardo, dijo el capitán con acento de paternal solicitud, os suplicamos que nos participéis la causa de vuestra aflicción. Quizás mis pobres consejos lograrán apaciguar el estado de agitación que os consume. ¿Estaríais por ventura resentido de mi conducta para con vos? ¿Pensáis tal vez en vuestra familia?, añadió el capitán esforzándose por sonsacar a Eduardo alguna frase aclaratoria.

-¡Ah! ¡Mister Mac-Kievet!, exclamó el joven español anegado en llanto y arrojándose a sus pies; ¿cómo es posible que esté quejoso de vos, cuando me felicitaré toda mi vida de haberos conocido, y os quedaré eternamente agradecido por los inmerecidos beneficios que me prodigáis sin cesar? No; no es esta la causa de mi angustia, ni [78] tampoco estoy bajo la presión de la nostalgia.

-Pues desahogad vuestro pecho en nosotros, dijo mister Brooke con dulzura. No hay nada peor en el mundo que el sepultar un triste secreto en el corazón, cuando puede divulgarse a amigos verdaderos que compartirán con vos (no lo dudéis, Eduardo) el pesar que os acosa.

-¡Pues bien!, exclamó el joven levantándose, y cediendo a la persuasiva y amistosa elocuencia del ministro, reveló a sus dos compañeros la confidencia de mister Benson.

-¡Infame impostor!, gritó entonces el capitán con acento de ira y descargando fuertes puñetazos sobre la mesa. ¡Ya caerá todo el peso de mi autoridad sobre tu criminal cabeza!... ¡Engañar tan villanamente a ese joven!, continuó clavando sus centelleantes ojos en Eduardo. No, no; tu nefando delito no quedará impune.

-¡Perdonadle capitán, perdonadle!, gritaron la vez Eduardo y el ministro, tratando de aplacar el enojo de mister Mac-Kievet.

-¡Steward!, vociferó éste como un energúmeno.

-¡Sir!, contestó el despensero asomándose tímidamente a la cámara.

-Di a mister Benson que venga al momento, ¿lo entiendes?, continuó el capitán con el mismo tono.

Cuando mister Benson penetró en la cámara y vio la terrible expresión del rostro del capitán, adivinando el motivo, retrocedió hasta el [79] umbral de la puerta aterrado y lleno de confusión. Entonces mister Mac-Kievet, que estaba de pie detrás de la mesa, hizo un furibundo ademán de querer arrojarle como una fiera sobre el cuerpo del primero.

-¡Deteneos!, gritaron a la vez Eduardo y mister Brooke levantándose y sujetando con todas sus fuerzas los hercúleos movimientos del cuerpo del

capitán.

-¡Dejad que acabe con ese canalla!, vociferó éste lanzando una mirada de reto al piloto y forcejando de rabia por desasirse de los brazos de sus dos compañeros.

-¡Salid, mister Benson, o sois cadáver!, aulló el ministro viendo que apenas él y Eduardo podían contener los furiosos movimientos del capitán.

Mister Benson salió de la cámara maquinalmente; pues estaba sobrecogido de terror hasta el punto de que las choquezuelas de sus rodillas entrechocaban fuertemente. El semblante lívido del piloto traslucía el terrible pensamiento de que el capitán podía fulminar la sentencia de muerte sobre su cabeza.

-¡Pronto! ¡Pronto! ¡Cerrad la puerta con llave, Eduardo!, gritó mister Brooke viendo salir al piloto y haciendo un supremo esfuerzo para contener sólo la impetuosidad del capitán.

En un abrir y cerrar de ojos, Eduardo dio una vuelta a la llave de la puerta de la cámara, volviendo a sujetar el cuerpo del capitán, quien, [80] ebrio de cólera, descargaba sendos puñetazos a diestro y a siniestro: era evidente que si mister Benson hubiese caído bajo las formidables garras del capitán, no escapara vivo de ellas.

Por fin, Eduardo y mister Brooke, tras diez minutos de gigantesca lucha y rendidos de cansancio, pudieron lograr que su compañero volviera a sentarse en su blando sofá.

-¡Decir a ese pobre joven que el buque se iría a pique!, exclamaba mister Mac-Kieviet, haciendo sobre su asiento movimientos convulsivos de cólera. ¿Creía ese malvado que yo quería suicidarme sacrificando más de veinte inocentes víctimas?, añadió con sardónica sonrisa. ¡Sí, sí! Es preciso que ese miserable expie su crimen con un severo castigo.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas entre dientes, y apenas pudieron entenderlas los compañeros del capitán.

-¡Boatswain!, aulló éste enseguida.

-¿Qué se os ofrece, sir?, dijo el contraмаestre con tono respetuoso al entrar en la cámara.

-¿Hay esposas a bordo?, preguntó el capitán al recién llegado dando una rabiosa patada contra el suelo.

-Creo que sí, respondió atónito el contraмаestre.

-Pues tú y el carpintero, dijo el capitán mirando a su interlocutor con ceñudo entrecejo, atad sólidamente las muñecas de ese infame perro de mister Benson. Después metedle en su camarote, [81] y decid al despensero que no le dé otro alimento que agua y galleta.

Apenas hubo desaparecido el contraмаestre de la cámara, cuando Eduardo y mister Brooke exclamaron:

-¡Perdonadle, capitán, perdonadle!

-No, no, replicó el capitán con severidad. A bordo la disciplina debe ser inflexible, y sobre todo tratándose de una calumnia tan vil, continuó encendido de cólera.

Cuando el contraмаestre oyó las palabras suplicantes de los dos pasajeros, retrocedió hasta el umbral de la puerta de la cámara esperando recibir una contraorden del capitán; pero no obtuvo de éste otras palabras que las siguientes pronunciadas con voz terrible e imperiosa:

-¡Haced enseguida lo que os he mandado, contraмаestre!

Aquella semitrágica escena impresionó vivamente el sensible corazón de Eduardo, quien sacó de la refriega con el capitán el rostro ensangrentado y un chichón en la frente.

El joven español, pensando que por su causa el piloto se hallaba en una situación tan lastimosa, se acusaba a sí mismo de haberle delatado al capitán.

Pronto la tripulación hizo mil absurdos comentarios acerca el arresto de mister Benson; pero no tardó en saber la verdadera causa por el ministro, quien salió al puente y fue interpelado de esta manera por un marinero: [82]

-¿Qué ocurre, mister Brooke?

-Que el primer piloto ha jugado una indigna farsa al pasajero español, repuso con severidad el ministro refiriendo el caso a los marineros.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, exclamaron estos a coro.

-¡Qué modo de burlarse de la candidez de ese pobre español!, dijo un marinero. Ahora comprendo por qué ayer corría como un loco por el puente.

-¿Qué te parece, Freeman, de la maliciosa broma de mister Benson?, preguntó un mofletudo marinero haciendo una contorsión grotesca con su rostro. ¿Qué mueca pondríamos tú y yo, tomando un baño de agua helada en las cercanías del cabo de Hornos, eh?

-Ese pícaro de mister Benson bien merecería ¡voto al diablo!, que le hiciéramos morir de una hidropesía de agua salada, murmuró otro marinero.

-¡Silencio, muchachos, silencio!, exclamó mister Brooke, viendo que la conversación de los marineros tomaba un sesgo inconveniente. El capitán es quien debe castigar al culpable; y a fe que no anda en contemplaciones como sabéis.

-¡Es verdad! ¡Es verdad!, prorrumpieron a un tiempo los marineros.

-Sí, sí; dejemos que el pobre diablo, teniendo las muñecas atadas con esposas, ayune algunos días a pan y agua.

Transcurridos ocho días de encarcelamiento y rigurosa abstinencia, el capitán, cediendo a los [83] reiterados ruegos de sus dos compañeros, puso en libertad al piloto.

Aquel mismo día el capitán aprovechó la coyuntura de estar en su cámara con Eduardo, para decir a éste:

-Puesto que poseéis ya bastante bien el inglés, desearía que me enteraseis del motivo de vuestro regreso a Europa.

-Con mucho gusto, capitán, repuso el joven español refiriéndole todo lo que sabe ya el lector.

Durante el relato, más de una vez las lágrimas asomaron a los ojos de mister Mac-Kievet.

-¿De qué ciudad de Irlanda sois, capitán?, preguntó después el joven español con afabilidad.

-De Belfast, Eduardo, contestó el interpelado. Allí viven mi esposa y mi hija, quienes acostumbran acompañarme en mis viajes a América; pero como esta vez debía ir a San Francisco de California (pues hace dos años que salí de Inglaterra), les aconsejé que se quedaran en casa.

¡Pobrecitas! ¡Cuántas lágrimas habréis derramado durante mi larga ausencia!, continuó mister Mac-Kievet con enternecimiento.

-¿Qué edad tiene vuestra hija, capitán?, interrogó Eduardo con

interés.

-Mi idolatrada Mary tiene dieciocho años. Cuando Dios quiera que lleguemos a Inglaterra, tendré el honor de presentaros a mi familia, Eduardo.

-Os aseguro, capitán, que tendré en ello una [84] especial (2) satisfacción, repuso el joven. ¿Dónde estará ahora mister Brooke?, añadió.

-Supongo que se estará paseando por el puente.

-¿Sabéis por qué el ministro ha ido a América?

-¡Ah!, contestó mister Mac-Kievet, el objeto de su viaje es muy triste para los que somos verdaderos católicos, Eduardo.

-¡Cómo!, exclamó éste con sorpresa.

-El ministro es uno de las más furibundos propagandistas de la Reforma, y ahora vuelve de California donde ha sembrado con abundancia la mala semilla protestante. Pues (como acaso vos no ignoráis, Eduardo) en Londres hay una famosa asociación bíblica que cuenta con celosos e interesados emisarios en todos los puntos del globo: es increíble lo que trabajan esos hombres para propagar sus errores.

-¡Oh!, repuso Eduardo con acento de tristeza, ¡cuánto más les valiera a esos hombres dedicarse a cualquier otra tarea más noble, que esforzarse en propagar una secta, o mejor, un monstruoso conjunto de sectas que están heridas de muerte, y que si vegetan todavía, es porque, como las plantas parásitas, absorben la savia de frondoso árbol del Estado!

-¡Cuán cierto es lo que estáis diciendo Eduardo!, repuso el capitán. Pues si el protestantismo hubiese sufrido en Inglaterra los rudos golpes que el Catolicismo está sufriendo desde muchos [85] años en Irlanda, se encontrarían en el Reino Unido, en la actualidad, tantos adeptos de Lutero y Calvino como secuaces del Alcorán.

No podéis formaros una idea, Eduardo, prosiguió el capitán, de los medios que la diabólica astucia ha sugerido a los hijos de la pérfida Albión para arrancar de cuajo, en mi país, la semilla católica; pero todas las tramas urdidas con la más infernal hipocresía han sido de todo punto estériles para desarraigar las creencias religiosas de los corazones de los hijos de san Patricio: el fuego, el acero, el hambre, los encarcelamientos, en una palabra, ¡todos los instrumentos más bárbaros de suplicio han sido inicuaamente empleados para exterminar la fe del suelo de mi amada patria!... ¡Pero quizás no esté lejano el día que la Irlanda (esa nación mártir), expulsando de su seno a sus tiranos opresores, verá brillar la aurora de su independencia! Sí, sí, Eduardo, añadió el capitán con un acento de convicción y entusiasmo profundos: ¡el gran día de la emancipación irlandesa es un problema que se encargará de resolver el tiempo!

-¡Ah!, exclamó Eduardo, no dudéis, capitán, que Jesucristo, compadeciéndose de los males que aquejan a la desventurada cuanto virtuosa Irlanda, dará su merecido galardón al pueblo que ha arrostrado impávido las más terribles calamidades y persecuciones para conservar incólume en su seno el sagrado depósito de la fe católica. [86]

Aquella noche Eduardo se acostó preocupado con la idea de entablar algunas discusiones filosóficas y religiosas con el ministro protestante, cuyo entendimiento y corazón se proponía conquistar con las armas de la religión católica.

-¡Cuán dichoso sería yo, pensaba Eduardo, si pudiese atraer al sendero de la verdad a ese hombre que la divina Providencia me ha colocado al paso, para que, tendiéndole una mano caritativa, saque a su alma del lodazal de errores en que está sumergida!

Esa idea de sublimidad evangélica hizo palpar de esperanza el corazón de nuestro héroe hasta que el sueño vino a cerrar sus párpados y embotar sus sentidas.

- V -

Desde su salida del puerto del Callao, la fragata no había experimentado ninguna tormenta. Empero, hallándose a la sazón a 66° 15' grados de latitud sur, y a los 63° 20' de longitud oeste, o sea, ocho o diez grados al sur del cabo de Hornos; el buque Lord Efigham vio su existencia seriamente comprometida, conforme vamos a explicar más tarde.

-¡Cáspita! ¡Qué frío tan horroroso!, exclamó mister Brooke una tarde tiritando y soplándose sus ateridos dedos, mientras se paseaba aceleradamente de uno a otro extremo del puente de popa. [87]

-¡Bah! Eso es una friolera, ministro, respondió el capitán riéndose de las precauciones que tomaba el ministro para reaccionarse.

-No sé cómo podéis resistirlo, repuso mister Brooke pasmándose de la insensibilidad de su compañero. ¿No veis por ventura sobrenadando aquí cerca aquellos témpanos desgajados de aquel inmenso anfiteatro de bancos de hielo que se dice allá abajo?, añadió designando al capitán aquel punto del horizonte.

-¿Y Eduardo, preguntó el capitán evadiendo su contestación al ministro, dónde está? Apostaría que se está calentando junto a la estufa, añadió sonriéndose.

-Así lo creo, replicó mister Brooke, pues cuando el termómetro (ese juez infalible de la temperatura) da su terrible fallo con veinticinco grados centígrados bajo cero, es muy excusable y hasta natural que Eduardo tenga apego al calorcillo de la estufa; y para que no se fastidie estando allí solo, voy a hacerle compañía, añadió poniendo los pies en la escalera que conducía a la cámara.

-¡Qué hombres más flojos!, pensó el capitán no bien hubo desaparecido su compañero.

El continuo roce había engendrado la mayor familiaridad entre Eduardo y el ministro escocés, cuyo carácter era muy jovial. Así fue que cuando Eduardo vio entrar a mister Brooke medio helado en la cámara, le alargó una silla diciéndole con el mayor desparpajo: [88]

-¡Hola, flor y nata de la Iglesia anglicana! ¿Conque habéis vuelto también la espalda al frío?

-¡Sí, es tan intenso!, repuso el hijo de Escocia tiritando y sentándose al lado del joven. Dejemos que el capitán y su gente expongan sus curtidos cutis a la acción de esa temperatura glacial que cierra herméticamente los poros y entumece los miembros del cuerpo, mientras que nosotros gozamos viendo chisporrotear la vivificadora llama de ese calorífero. ¿Qué tal, Eduardo, tengo un gusto delicado?

-¡Magnífico!, exclamó éste inclinando ligeramente la cabeza en señal

de aquiescencia.

-Ahora comprendo por qué la campaña de Rusia fue tan desastrosa para el ejército francés, dijo para sí el hijo de Escocia.

-¿Sabéis en qué estaba pensando antes que vos bajarais aquí?, dijo Eduardo.

-¡Qué sé yo!, respondió su compañero. En el inmenso bazar del entendimiento humano hay hacinados tantos millones de ideas, que cuando no se tiene ningún antecedente, el querer adivinar un pensamiento es tarea más ardua que el empeñarse en quitar todas las cruces de un pajar.

-Pues bien, sí; tenéis razón, contestó Eduardo riéndose de la extravagante comparación metafórica del ministro. Voy a comunicaros mi pensamiento. Pero antes encendamos nuestras pipas; porque he observado que el delicioso aroma [89] del tabaco influye notablemente en la lucidez de los raciocinios.

Y al decir esto, nuestro héroe prendió fuego a un pedazo de papel en la llama de la estufa y lo aplicó sobre el orificio de su pipa, cuyo tabaco no tardó en entrar en combustión y en desprender arabescos de humo, merced a la enérgica aspiración del joven.

El ministro contestó con un «¡bravo!» a las palabras de éste, a quien dio una palmadita en el hombro; en tanto que con la otra mano se metía en la boca el tubo de su pipa.

-Mi pensamiento estaba concentrado en un culminante hecho del siglo XVI, dijo Eduardo atizando a un tiempo el fuego de la estufa y el de la conversación.

El ministro sacó maquinalmente la pipa de su boca, y fijó con asombro la vista en su interlocutor diciendo:

-¿Pensaríais, acaso, en el origen de la Reforma?

-Cabalmente.

-¡Qué idea tan sublime y humanitaria fue la que realizaron los primeros reformadores!, exclamó el ministro con entusiasmo. El clero había cometido muchos abusos y cohibía con su brazo de hierro la expansión indefinida de la inteligencia humana. Se necesitaba, pues, absolutamente una mano vigorosa que arrollara todos los obstáculos que se oponían al libre vuelo del pensamiento en su perenne gravitación hacia lo infinito. [90] Loor, pues, a Lutero y Calvino que emanciparon el entendimiento humano de la ominosa tutela teocrática.

-¡Qué aberración!, replicó Eduardo atónito. ¿Dónde estaba el protestantismo (ese hijo espurio del Catolicismo) cuando éste infiltraba su sana moral en las corrompidas costumbres del decrepito imperio romano? ¿Cuando vertía a torrentes la sangre de sus millones de mártires? ¿Cuando sin otras armas que la cruz y el Evangelio, resistía el formidable choque de la irrupción de los bárbaros? ¿Cuando abolía esclavitud y rehabilitaba a la mujer? ¿Y cuando, por último, en la edad media, escudaba al pueblo contra la tiranía del feudalismo?

A estas palabras, el ministro quedó tan perplejo y desconcertado, como aquel ejército que va a dar el asalto a una fortaleza creyendo hallar poca o ninguna resistencia, cuando de repente el enemigo descubre una terrible batería que ametrallando a los invasores siembra entre ellos el pánico, la confusión y la muerte.

Esta fue al menos la idea que hirvió en aquel momento en el puchero

intelectual de Eduardo al observar el rostro de su compañero, quien esforzándose en disimular su perturbación dijo:

-Es innegable que el Catolicismo ha reportado bienes inmensos a la sociedad; pero en el siglo XVI había degenerado tanto de su primitiva pureza, que fue absolutamente necesario que se introdujera en él una reforma saludable; que [91] se pusiera un apremiante y eficaz correctivo a los deplorables abusos que se cometan a todas horas en nombre de la Religión.

-Pero, querido mister Brooke, se apresuró a responder el joven; ¿qué tiene que ver la Religión con los abusos que hayan podido cometerse a su sombra? La religión católica no puede ser nunca solidaria de los desacatos que ella anatematiza. Y por otra parte ¿quiénes son esos apóstoles de la nueva idea? Abro las páginas de la historia y leo en ellas: «Martín Lutero, fraile apóstata, que violando sacrílegamente los umbrales del claustro, sedujo a una religiosa con quien se amancebó; que entregó la sagrada Biblia a la interpretación del espíritu privado; y que, arrastrado por su voluptuosidad y por su satánico orgullo, se indispuso por un pretexto fútil con la Santa Sede, la cual fulminó su excomunión contra los execrables actos del falso apóstol». Omito hablar del fogoso Calvino, porque ab uno disce omnes. ¿Y tales hombres tienen la osadía de arrogarse el pomposo título de regeneradores del humano linaje?... ¡Qué desvarío!

Hubo una corta pausa entre nuestros dos personajes, durante la cual el ministro miraba a su compañero con una expresión mezclada de disgusto y estupor, que un fisonomista hubiera traducido en estos términos: «No es posible que estas palabras hayan salido de su boca: es un sueño». [92]

-Veo que el fanatismo religioso está hondamente arraigado en España (replicó, por fin mister Brooke con severidad), y será muy difícil que nos entendamos, Eduardo. En nuestras discusiones debemos prescindir de algunos deslices (inherentes a la naturaleza humana) en que hayan podido incurrir los primeros reformadores; pues no son más que pequeños lunares cuando se tocan con el dedo de la razón, sólo que se abultan y desnaturalizan, mirados al través del prisma del papismo, y además, quedan enteramente eclipsados por el resplandor de la nueva idea, germen de la civilización y progreso de la sociedad.

-¡Jesús! ¡Cuánto incienso quemáis en aras del protestantismo y de sus corifeos, ministro!, exclamó Eduardo. ¿Con qué calificáis de insignificantes los indelebles borrones que afean la conducta de los primeros reformadores, juzgándolos ante el tribunal de la razón humana? Pues sabed, señor ministro, que el paganismo, a pesar de sus mil absurdos y barbaridades, divinizó la virginidad en sus sacerdotisas de Ceres y en sus vestales, castigando con la hoguera a las que mancillaban su pureza. Y en cuanto a la nueva idea, no concibo que pueda haber hombres tan miopes que sostengan, a despecho de lo que enseña la sana razón, acorde, en este punto, con la conciencia (ese sentimiento íntimo, árbitro con todas nuestras dudas), que dejando la interpretación de la sagrada Escritura al libre albedrío, [93] es abrir la puerta a todos los errores, lo que equivale a destruir la Religión en todos los corazones.

¿Qué sucede hoy en el mundo político?, continuó. Que todos hablan de libertad: sin embargo cada cual la entiende a su manera. Por lo tanto, no es raro encontrar dos hombres (sedicentes amantes apasionados, y aun

mártires de la libertad) dirigirse mutuamente amargos reproches porque la definición individual que dan de la libertad conduce por vía recta a la más cruel tiranía.

-¿Adónde vais a parar con vuestro circunloquio?, preguntó el ministro con admiración.

-Lo que pretendo demostraros es, que sin un robusto núcleo, sin una autoridad infalible e inatacable que sirva de norte a la debilidad del entendimiento humano en materias de religión, el hombre no hará más que extraviarse lastimosamente en el intrincado laberinto de las pasiones, y lejos de encontrar en él la verdad, sólo tropezará con los más monstruosos errores.

-No, no, Eduardo, replicó con energía el hijo de Escocia; los derechos de la razón han de ser imprescriptibles, so pena de transformar al hombre en un irracional que no abstrae ni deduce luminosas consecuencias de los hechos, sino que se concreta al simple conocimiento de los objetos tal como se los presentan sus groseros sentidos. Además vemos que el ave hiende los aires con sus alas; que el pez desciende a las mayores [94] profundidades submarinas con su maravilloso organismo; que el vegetal oxigena y embalsama la atmósfera con sus verdes y lustrosas hojas; en una palabra, todos los seres de la naturaleza ejercen estricta e invariablemente la función que les señalara el dedo del Omnipotente con el fiat de la creación: y ¿sólo el hombre, la obra maestra de las maravillas salidas de la mano de Dios, debería verse proscrito de la esfera de las sabias e inmutables leyes que constituyen la asombrosa economía del universo?... Esa hipótesis, Eduardo, repugna al sentido común, y ultraja a la dignidad y nobleza humana.

Esta última frase fue pronunciada con tanta prosopopeya por mister Brooke, que involuntariamente hizo sonreír a su joven contrincante.

-Por Dios, ministro, no seáis tan susceptible, repuso Eduardo; puesto que mi aserto no entraña nada de ofensivo y espeluznante para la dignidad humana. Porque, al consignar que en materias de religión (y especialmente en las dogmáticas) el hombre, como dice san Pablo, debe abdicar su razón en obsequio de los misterios que están a una inmensa altura del alcance de su entendimiento, en cuya impenetrable oscuridad estriba precisamente su autenticidad; no pretendo de ningún modo que en lo demás deba esclavizarse la razón humana; puesto que ésta puede explorar y recorrer con la antorcha de la fe todas las regiones científicas: y sino, ved qué hombres tan eminentes en todos los ramos del saber [95] han brotado en todos los siglos del seno del Catolicismo. Y sin embargo, a medida que esos hombres ilustraban sus entendimientos, ardía más viva la llama de la fe en sus corazones.

-Convengo en que la religión católica ha producido hombres muy sabios; pero en esta parte nada tiene que envidiarle el protestantismo que también ha inundado el mundo de grandes e inmortales genios, y entre ellos descuella Leibnitz, cuyo solo nombre bien vale una falange de vuestras eminencias, Eduardo.

-No diré que la ciencia sea una planta exótica en el terreno del protestantismo, replicó el joven español. Pero ved qué cisma tan espantoso desgarró a los sectarios de la Reforma; la cual, desde su fundación, ha sufrido tantas modificaciones que si Lutero y Calvino pudiesen levantarse

de su sepulcro, no reconocerían la hechura de sus manos. ¿Qué son, en efecto, ese gran número de sectas o jirones del desgarrado manto del protestantismo, que se disputan recíprocamente la verdad y la supremacía, más que una consecuencia lógica e ineludible del libre examen? ¿No veis que con vuestros principios, basta el que un hombre audaz o ambicioso logre fascinar al pueblo, para erigirse en jefe de secta y arrastrar hacia sí una parte de prosélitos? ¿Quién es capaz de enumerar las fracciones protestantes? ¿Qué prueba este desquiciamiento, ministro?..., añadió el joven fijando la vista en su compañero. [96]

-¿Qué prueba, Eduardo?, repitió mister Brooke con interés.

-Que en el firmamento de la Reforma falta un astro inmóvil alderredor del cual deben girar los demás planetas.

-¡Bah! Eduardo, no seáis tan severo para con la Reforma; porque si bien es cierto que entre nosotros existen diversas creencias; ¿qué son estas, mas que otros tantos rayos convergentes hacia un mismo foco? Esto es, que animándonos a todos un fin recto, partimos del inconcuso principio de que la buena intención basta y sobra para santificar nuestras acciones y pensamientos. Por lo tanto, creemos fundadamente que todos llegaremos al cielo aunque por distintos caminos.

-No puedo absolutamente participar de vuestra opinión, repuso Eduardo; puesto que las divergencias que se observan entre las infinitas religiones que se profesan en el mundo son tan radicales y heterogéneas entre sí, que por poco que el hombre fije su atención en la esencia de cada una de ellas, ve intuitivamente que es imposible que todas se enderecen hacia el mismo fin: toda vez que hay religiones que fomentan el odio contra los enemigos; otras que admiten la poligamia; otras que prescriben el infanticidio y los sacrificios humanos, etc. Y aunque las discrepancias de las diversas sectas protestantes entre sí no sean de tanto bulto, con todo no dejan de ser muy esenciales.

-Efectivamente, Eduardo; reconozco que hay [97] diferencias harto tangibles entre las religiones, y sería acaso preferible que no hubiese más que una creencia universal. Pero ¿cómo encadenar todos los entendimientos en una misma idea? ¿Cómo hacer gravitar todos los corazones hacia un mismo centro?

-La bellísima teoría de la unidad la tenéis, pues, practicada en el Catolicismo. En la iglesia católica no hay más que un solo Pastor apacentando doscientos millones de ovejas esparcidas por toda la superficie del globo. ¡Qué espectáculo más sublime podéis crear con vuestra fantasía, que el que ofrece ese anciano pontífice sentado en la silla de san Pedro y rodeado de todas las virtudes, desde cuyo punto domina y dirige por espacio de dieciocho siglos y medio a todo el orbe católico! ¿No es admirable esa fuerza magnética, esa unión mística que enlaza al Vicario de Jesucristo en la tierra con sus ministros, y estos con todos los fieles del universo? ¿Que a despecho de esos grandes trastornos que han conmovido el mundo social hasta en sus más hondos cimientos, la Iglesia, sin ejércitos, sin riquezas, sin títulos de nobleza y sin otras armas que la cruz, y el Evangelio, ha triunfado siempre de las innumerables legiones de sus poderosos enemigos? ¿No veis como se han hundido uno tras otro esos grandes imperios árbitros de los destinos del mundo, del cual excitaron a la vez el asombro, el terror y la envidia? Y

sin embargo, la religión fundada por Jesucristo y predicada luego por sus [98] doce discípulos, hombres sencillos, pobres, de baja esfera y sin ninguna clase de prestigio mundano, ensancha de cada día sus ya inmensos dominios, y avanza siempre impulsada por el potente soplo de los siglos y derribando impetuosamente todas las barreras que se oponen a su victorioso paso.

-¡Alto! Eduardo, exclamó el hijo de Escocia. No digáis que la Iglesia católica siempre ha sido pobre; porque la edad media con sus suntuosos monasterios y abadías, con sus numerosas comunidades y con su lujo asiático de ornamentos, se levantaría para desmentir irrefutablemente vuestro aserto; pues todos los datos históricos de aquella época están contestes en afirmar que el clero nadaba en la opulencia.

En cuanto a la unidad y cohesión del Catolicismo, no cabe duda que sería admirable si fuese tal como vos aseveráis. Pero tengo para mí, que entre el episcopado católico no hay la homogeneidad de creencias y de miras que vos suponéis.

-No objetaré que el clero fuese pobre en la edad media, ministro, repuso Eduardo; pero lo era, y mucho, en los primeros siglos del Cristianismo, cuando precisamente más necesidad hubiera tenido de riquezas, si la inestimable joya de la doctrina cristiana no le hubiese abierto de par en par, así las puertas de las más humildes chozas como las de los más regios alcázares. Y en la actualidad el clero tampoco es rico, toda vez que la revolución europea (cuya cuna fue [99] la Francia de fines del siglo pasado) lo ha despojado de la mayor parte de sus legítimos bienes; y esto no obsta para que los obreros del Evangelio se multipliquen sin cesar y ejerzan su sagrado ministerio con la más rara abnegación y desprendimiento.

Los que sostienen que el Catolicismo carece de unión entre sus principales miembros, continuó el joven, o ignoran por completo la historia y economía eclesiásticas, o usan maliciosamente un lenguaje paradójico. Para hallar la verdad en este caso, léanse las obras que han escrito varios prelados de todos los tiempos en defensa de la religión católica, y analícense imparcialmente las doctrinas que exponen con un celo, ingenuidad y elocuencia verdaderamente apostólicos. ¿Tenéis noticia, ministro, añadió, de una obra de fecha reciente, y de un mérito imponderable, que traza un exacto paralelo entre el Catolicismo y el protestantismo?

-¿Y quién es el autor de esa obra, Eduardo? replicó el ministro con curiosidad.

-Un simple sacerdote español, cuyo perspicaz talento abarcó con una ojeada todas las ciencias que constituyen el patrimonio del saber humano: gran teólogo, eminente filósofo, consumado político, contundente dialéctico, en resumen, un fenómeno intelectual fecundado y desarrollado por el fuego del Catolicismo, cuyo nombre era Balmes.

-¡Balmes! ¡Balmes!, exclamó el ministro con [100] aire meditabundo y dándose una palmadita en la frente como para evocar un recuerdo. He oído hablar de ese hombre, añadió enseguida. Me parece que ha muerto, ¿es verdad, Eduardo?

-Sí, ministro; ha muerto, pero vivirá eternamente en sus preciosas obras, replicó Eduardo con orgullo.

-Para que os persuadáis de que no tengo ninguna idea preconcebida en contra del Catolicismo, os prometo, Eduardo, que cuando haya regresado a Escocia, he de leer la obra de ese insigne sacerdote español.

-Pues si la leéis sin ninguna prevención, y colocándoos en un punto de vista elevado y ajeno a todas las mezquinas y rastreras afecciones que enturbian la pureza de los sentimientos y ofuscan la luz del entendimiento, no dudo que sacaréis gran provecho de su lectura, y que, en el artículo de la muerte, cuando veréis prácticamente lo que en esta vida nos oculta el denso velo de la fe, me habéis de dar las gracias por haberos guiado por el camino de la verdad.

En aquel momento entró el capitán en la cámara.

-¡Hola señores! ¿Qué discusión tan animada es la que estáis dilucidando? Hablad en inglés, y quizás podré dar también mi voto, dijo mister Mac-Kieviet con tono de broma y sentándose al lado de Eduardo.

-Figuraos, capitán, dijo el ministro sonriéndose y llenando su pipa de tabaco, que nos hemos [101] engolfado en una seria controversia religiosa, y que Eduardo con su artificiosa argumentación pretende nada menos que arrastrarme al seno de vuestra religión.

-Eduardo hace lo que debe, pensó el capitán dando una afectuosa mirada al joven español.

-Cuando acabo de visitar una buena porción de puertos del continente occidental americano, vendiendo en ellos un buen número de Biblias, estaría sumamente gracioso que yo abjurara el protestantismo. No; eso sería haber ido por lana y volver trasquilado: eso no puede ser. No obstante, confieso ingenuamente que la polémica que teníamos ahora mismo con Eduardo me ha dejado un invencible deseo de leer alguna obra en pro del Catolicismo.

-Bueno es que la conversación que habéis tenido con Eduardo, observó el capitán clavando (3) sus ojos en el ministro, haya despertado en vuestro ánimo ese comezón de enteraros de los escritos en favor del Catolicismo; pues allí encontraréis cuantas noticias apetezcáis acerca mi Religión. Y cuando el divino Pastor os llame hacia el camino de la verdad, no cejéis en vuestra santa resolución por respetos humanos; sino que, a imitación de algunos distinguidos miembros de la célebre y antiquísima universidad de Oxford, entréis resueltamente en el redil de la Iglesia.

-¿Qué os parece de la ortodoxia del capitán?, preguntó Eduardo lanzando una significativa mirada al ministro. [102]

-¡Cuántas peripecias presenta la vida humana!, dijo el ministro disimulando una ligera sonrisa provocada sin duda por la frase de Eduardo. Hace cinco años fui a América en un vapor de los Estados Unidos, el cual llevaba cuatrocientos pasajeros, entre cuyo número había solamente dos católicos: eran dos Hermanas de la Caridad francesas que iban a la Martinica. Un día cayó un marinero desde las vergas al puente rompiéndose un brazo. La abnegación y solicitud maternal de aquellas dos buenas mujeres hacia el pobre marinero raya en lo increíble, y superfluo es añadir que enterneció a todos los circunstantes.

-¡Yo os saludo, virtuosas hijas de san Vicente de Paúl!, dijo para sí Eduardo.

-Lord B..., que se hallaba a bordo, prosiguió mister Brooke, prometió un sueldo de seis chelines diarios a cada hermana, si se obligaban a

cuidar de los enfermos de un famoso hospital de Inglaterra; pero ellas desecharon la oferta del noble Lord, alegando por todo pretexto, que su superiora las mandaba a la Martinica, y que a trueque de todos los tesoros del mundo no podían faltar a la obediencia.

¡Bravo!, exclamaron sus dos interlocutores.

-Pues bien, prosiguió su compañero; hasta al cabo de un mes de haber salido de Inglaterra, la vista de un templo católico de Filadelfia me recordó la existencia del gobierno espiritual de Roma; y he aquí que ahora vuelvo a Europa en [103] un buque de vela, dentro de cuyas cuatro tablas se respira una densa atmósfera de papismo que me indemniza ampliamente del tiempo en que me veía siempre rodeado de mis correligionarios. Eduardo me acosa con su fascinadora argumentación calurosamente secundada por vos, añadió el ministro sonriéndose y mirando al capitán. ¿Quién resiste, señores, a ese doble y vigoroso impulso?

-Por manera que según vos decís, ministro, os halláis expuesto al fuego de dos terribles baterías, repuso Eduardo reventándose de risa lo propio que el capitán. Vamos, vamos: ya me apercibo de que entre el capitán y yo hemos de abrir una ancha brecha en la fortaleza de vuestra alma con el potente ariete de la doctrina católica, añadió el joven mirando de reojo al hijo de Escocia.

-Eduardo, cuando hayáis concluido los trabajos de zapa y creáis conveniente dar el asalto, contad con mi cooperación en caso necesario, dijo mister Mac-Kieviet con ironía.

-Siendo así, ya puede darse por tomada la plaza, se apresuró a responder el joven con el mismo tono.

-¡Despacio, señores!, gritó mister Brooke con acento y ademán cómicos y mirando alternativamente a sus dos compañeros. Antes de rendirme, quiero quemar hasta el último cartucho: preparaos, pues, para sostener una lucha muy reñida y con todas las reglas y formalidades que prescribe [104] la táctica militar. No faltan por cierto a la Reforma bien templadas armas y abundantes pertrechos de guerra, para tener en jaque a sus adversarios.

Eduardo y el capitán se rieron un momento de las baladronadas del ministro, y enseguida dijo a éste el joven español continuando la metáfora:

-Os prometo que el capitán y yo hemos de disputaros el terreno palmo a palmo, hasta que logremos desalojaros de vuestras últimas trincheras; y entonces... ¡forzoso será, que capituléis y os rindáis a discreción!

-¡Es verdad!, murmuró el capitán con tono de chanza.

-Entre tanto, recojo el guante, y allá veremos, repuso el ministro con altivez y volviendo el rostro a sus interlocutores.

-Señores, os propongo un armisticio para el combate, dijo Eduardo chanceándose.

-¡Sí, sí, aplacémoslo!, respondió el ministro; ¿aceptáis la tregua, capitán?

-Convenido, repuso mister Mac-Kieviet sonriéndose.

-Capitán, sacad una botella de vuestro exquisito porter, dijo mister Brooke. Pues creo que tanto a Eduardo como a mí nos conviene refrescar el tubo de la garganta; de lo contrario, se nos enronquecería la voz; ¿es cierto, Eduardo?, añadió con acento socarrón.

-No me parece mal que bebamos, y propongo que sea a la salud del

capitán. [105]

El ministro hizo un risueño ademán afirmativo que demostraba su tácita aprobación a la propuesta de su joven compañero.

Por mi parte voy a brindar por vuestra salud dijo mister Mac-Kieviet lanzando una cariñosa mirada a sus dos interlocutores, en tanto que sacaba una botella de cerveza de su armario. ¡Quiera Dios que mañana a estas horas podamos repetir este toast! añadió con acento lúgubre y llevando el vaso a sus labios.

-¿Cómo? ¿Cómo?, prorrumpieron a coro mister Brooke y Eduardo.

-Las observaciones barométricas me están indicando que se nos viene encima una tremenda tempestad, repuso el capitán; y voy a dar inmediatamente las órdenes necesarias para que la fragata pueda contrarrestar hasta donde sea posible el empuje de las olas.

-¡Diantre!, exclamó el ministro con voz de alarma. Siempre temí que el cabo de Hornos hiciera de las suyas, y ya empezaba a extrañar que no nos obsequiase con una tormenta.

-Demasiado conozco las diabluras del cabo de Hornos, pensó Eduardo.

-Subamos al puente, dijo el capitán levantándose de su asiento, y desde allí podremos inspeccionar a nuestro sabor el estado de la atmósfera.

Cuando nuestros tres personajes llegaron al puente, eran sólo las tres de la tarde; pero en la alta latitud glacial en que se hallaba la fragata [106] Lord Efigham a últimos de marzo, había casi anochecido.

Diríase que el sol no se atreve a asomar (en otoño y en invierno) su pálido disco por aquellas inhospitalarias regiones; puesto que sólo las ilumina breves instantes con sus oblicuos y tibios rayos. El astro rey tiene indudablemente horror a los hielos del polo, y para preservar su rubia y refulgente cabellera de los rigores del frío, la envuelve en un triste y vaporoso ropaje de color de plomo.

-¡Qué cerrazón tan espantosa!, exclamó el ministro al pisar el puente con sus dos compañeros, viendo el cariz de mal agüero que presentaba la atmósfera.

-No estemos parados, señores, dijo el capitán poniendo término a las observaciones atmosféricas que hacían sus dos compañeros. La inacción podría helarnos, añadió.

Entonces nuestros tres individuos empezaron a ir y venir por el puente con tanta agilidad, como pudiera hacerlo una ardilla dentro de su jaula.

-Si me diesen a escoger entre el clima de estos países y el infierno, dijo el ministro agitando sus brazos como un par de remos, es probable que optaría por el segundo lugar.

Así que el ministro hubo hablado, se oyó un rumor sordo a pocas brazas de distancia del buque, en cuyo punto la superficie del mar se agitó trazando un vasto, ondulante y espumoso círculo; [107] y enseguida apareció una enorme ballena que, al sacar su monstruosa cabeza a flor de agua, abrió desmesuradamente la boca lanzando, al propio tiempo, una mirada tan aterradora hacia la popa de la fragata, donde se hallaba nuestro triunvirato, que cualquiera hubiera dicho que aquel cetáceo no se había levantado del fondo del océano más que para protestar severamente contra las palabras semiheréticas del ministro.

-¡Si la habrá disgustado mi apología de estas zonas!, pensó el hijo de Escocia al ver la imponente actitud del rey de los mares.

-Esos gigantescos animales suelen ser los precursores de violentas borrascas, dijo el capitán designando a sus dos compañeros la ballena al zambullirse está en el mar.

-¡Cuán diferente es este clima del de Escocia!, dijo mister Brooke tratando de dar otro giro a la conversación.

-Por Dios, ministro, no nos habléis del nebuloso clima de vuestro país, repuso Eduardo. Si vierais el hermoso cielo de España, quedaríais mudo de admiración. No en balde los más famosos pintores y poetas de todos los siglos han agotado todo su ingenio para reproducirlo sobre el lienzo o sobre el papel: pero ni la maravillosa paleta de los unos, ni la mágica pluma de los otros, ha logrado arrebatarse a la naturaleza su inimitable color de zafir.

-Tenéis razón, Eduardo; he visto con mis [108] propios ojos el cielo de las costas de España que baña el Mediterráneo, y en efecto tiene mucho de encantador para el extranjero capitán.

-Es decir, ¡que habéis estado en mi país!, dijo Eduardo con aire jovial y estrechando con efusión la mano del capitán.

-Sí, repuso éste. Corría el año de 1834: en aquella época me hallaba de segundo piloto en un buque que salió de Liverpool, con orden de ir a tomar a Tarragona un cargamento de vino para Buenos Aires. Pero al arribar al puerto español, tuvimos que largarnos de grado o por fuerza regresando a Inglaterra con lastre.

-¿Por qué motivo?, preguntó Eduardo con interés.

-A la sazón el cólera hacía estragos en la Península Ibérica, y a la Junta de sanidad de Tarragona, se le antojó decir que nuestra patente era sucia.

-¿Y no os permitieran desembarcar, capitán?, preguntó mister Brooke.

-Sí, respondió el interpelado; nos dejaron pisar algunos minutos la punta del muelle cuyo sitio (si no estoy trascordado) había una barra o cadena de hierro que cogía todo lo ancho de la escollera. Allí, pues, el médico español (de quien nos separaba lo grueso de la barra), hizo sacar un palmo de lengua a toda la tripulación.

Eduardo y el ministro se sonrieron de las palabras [109] del capitán, quien prosiguió su relato diciendo:

-En honor de la verdad, debo declarar que este interesante miembro del cuerpo humano (y al decir esto tocaba su lengua con el dedo) no dejaba nada que desear respecto a la inmejorable salud de nuestras personas. Pero el facultativo tenía seguramente por único consejero al miedo (que es el peor en tales casos), y nos rehusó rotundamente la entrada en el puerto.

-De modo, que después de la inspección lingüística tendríais que reembarcaros para Inglaterra; ¿fue así, capitán?, dijo el ministro con tono de chanza.

-Ni más ni menos, ministro, repuso mister Mac-Kievet con el mismo tono.

-¡Cuánto siento que os llevarais tamaño chasco!, dijo Eduardo mirando a mister Mac-Kievet. ¡Ya procuraré endulzarle el recuerdo de mi patria!, se dijo a sí mismo el joven español.

-En efecto, fue un lance desagradable; pero está ya demasiado lejos

para que guarde de él el menor resentimiento: muy al revés; pues, siempre que lo traigo a la memoria, me excita la hilaridad, dijo el capitán mirando a nuestro héroe con una sonrisa en los labios.

Al decir estas palabras, las sombras de la noche iban a completar su periódica victoria sobre la luz del día; y el viento robustecía sensiblemente su soplo, que era además tan sutilmente frío, que burlándose de los recios abrigos que le [110] oponían el ministro y Eduardo para preservar sus cuerpos de tan incómodo huésped, éste les taladraba hasta la médula de los huesos, según lo atestiguaban los amoratados rostros de nuestros dos personajes.

-Eduardo, el viento refresca y arrecia, dijo entonces el ministro. Volvémonos a nuestra estufa o si no me hielo. Allí estaremos como dos tortugas en su concha.

-Me habéis robado el pensamiento, ministro, repuso el joven; pues ahora iba a haceros la misma proposición, porque este viento es capaz de cuajarnos la sangre en las venas; y por otra parte, el mar está tan alborotado, que apenas puede resistir el balanceo del buque.

-¿No bajáis, capitán?, preguntó a este mister Brooke viendo que se quedaba en el puente.

-¿Yo bajar en momentos tan críticos?, repuso mister Mac-Kievet. No, ministro, no; es probable que no pueda moverme de aquí en toda la noche. ¡Cuán poco iniciado estáis en la arrastrada vida del marino! El capitán de un buque debe obrar durante un temporal deshecho, como un bizarro general en el campo de batalla; éste dirige las evoluciones militares desde su caballo; y si es menester, muere honrosamente en lo más empeñado del combate con todos sus soldados; aquél debe dirigir impertérrito la maniobra desde el puente, y cuando no queda otro recurso, sucumbe gloriosamente con toda su gente.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas [111] con fuego por el capitán, quien en aquella ocasión rebosaba entusiasmo por todos los poros de su cuerpo; y a pesar de haber llegado medio heladas por la temperatura a los oídos de Eduardo y el ministro, con todo pudieron arrancar a estos la siguiente exclamación:

-¡Muy bien!

Y al mismo tiempo ambos se deslizaban por la escalera.

-Antes que marino, prefiere mil veces ser ministro protestante, pensó mister Brooke al entrar en la cámara.

Así que estuvieron sentados en torno del calorífero, Eduardo interpelló a su compañero diciéndole:

-La comparación que acaba de hacernos el capitán, es adecuada en cuanto a la heroicidad de la muerte. Pero... ¿y en cuánto a la fama póstuma?...

-Es verdad, repuso el ministro admirando la juiciosa observación del joven. ¡Ah! ¡Cuántos Aquiles desconocidos encierra el océano en sus profundísimas entrañas!

-La gloria póstuma de un general, continuó Eduardo, no sólo trasciende a su familia, sino que su eco retumba, por los cuatro ángulos del mundo: y para que la más remota posteridad no lo ignore y lo admire, aquella heroica hazaña queda archivada en el imperecedero panteón de las efemérides de la humanidad, cuya primera piedra colocó nuestro primer

padre en el paraíso. [112] Más... ¿quién sabe y ensalza la muerte del bravo marino?... ¿Quién?... ¡Oh! ¡Sí!... No faltan en un microscópico punto de la superficie de la tierra cinco o seis personas que visten de riguroso luto: es una desconsolada esposa que llora a lágrima viva la irreparable pérdida de su idolatrada marido: son tres o cuatro niños que, en su orfandad y miseria, mezclan su llanto con el de su desventurada madre. En resumen; ¡el bravo marino muere como esos fugaces meteoros nocturnos que brillan y espiran, sin ser vistos, en la inmensidad del espacio; al paso que la muerte del general deja en pos de sí un rastro de luz deslumbrante e inextinguible!

-¡Soberbio y patético parangón!, exclamó mister Brooke electrizado por las palabras de Eduardo.

-Quizás mi elegía no hubiera disgustado al capitán, dijo Eduardo.

-No lo dudo: pero por otra parte, casi me felicito de que mister Mac-Kievet no haya oído nuestra conversación: pues a no engañarme; al través de su rudeza de marino, se le observa un corazón sensible, y vuestras palabras, añadió el ministro fijando la vista en su interlocutor, le hubieran herido en la fibra más delicada.

-Es cierto; contestó el joven; tal vez mi oración fúnebre hubiera causado al capitán una emoción demasiado viva; pues yo creo que siente mucho y noblemente: a lo menos éste es el concepto que he formado del carácter de mister Mac-Kievet. [113]

-No andáis equivocado, Eduardo, respondió el hijo de Escocia despidiendo una larga espiral de humo por el ángulo de su boca. Hace ocho meses que conozco al capitán, y en todo este tiempo no se me ha desvanecido la ilusión de que es una persona de prendas altamente recomendables.

Al decir esto, una tremenda cabezada del buque (el cual hundió toda su proa en un espantoso torbellino de espuma) hizo crujir fuertemente todo su maderamen, y al mismo tiempo se oía, desde la cámara, la voz atronadora del capitán diciendo:

-¡Muchachos, a tomar rizos!

Al instante toda la tripulación se encaramó a las vergas, con tanta simultaneidad, que parecía haber sido impulsada por un mágico resorte.

-¡Qué noche tan cruda vamos a tener!, pensó el capitán paseándose con presteza por el puente. ¡Pobre Eduardo y mister Brooke: calentaos entre tanto; ya participaréis también de la terrible catástrofe marítima que se cierne sobre nuestras cabezas!

- VI -

En aquel momento había cerrado la noche con toda su negrura; las ráfagas huracanadas del Sudoeste silbaban horriblemente por entre los mástiles y aparejos de la fragata Lord Efighham, contra cuyo casco se estrellaban con imponderable [114] furia y estrépito grandes masas líquidas en forma de montañas, que vertían de su vasto seno torrentes de

agua sobre el puente del buque, el cual tan pronto parecía remontarse a las regiones aéreas como descender al fondo de un negro e insondable abismo. Colíjase por lo dicho cuán atroz sería su movimiento y la ansiedad de los navegantes.

Veamos ya lo que pasó en el interior de la fragata durante la tormenta.

-¡A la capa!, aulló el capitán viendo que el huracán arreciaba tomando proporciones espantosas.

Pocos minutos después se oyó en el aire un ruido tan atronador e indescritiblemente pavoroso, como si divagaran por el espacio legiones de demonios arrastrando pesadas cadenas: era el bramido de una ráfaga que, al pasar sobre el buque, encorvó su arboladura rasgando la vela de gavia en mil puntos ¡y con tanta facilidad como si hubiera sido de papel de estraza! Entonces la fragata se quedó a palo seco, y por lo tanto enteramente abandonada a merced de las olas.

Hemos dejado a Eduardo y a su compañero sentados en la cámara del capitán, cuando el buque dio la primera cabezada.

-¡Dios mío!, exclamó el ministro al verse inopinadamente arrancado de su asiento y derribado al suelo por el brusco movimiento de morada acuática.

-¡Si se habrá roto alguna costilla!, pensó [115] Eduardo al ver que el ministro no tenía aliento para levantarse. Vamos, no os acobardéis, dijo el joven tendiendo una mano a su compañero: esos tumbos son las caricias del cabo de Hornos.

Cuando mister Brooke estuvo de pie (gracias a la ayuda de Eduardo), se agarró al dintel de la puerta de la cámara, y haciendo visibles esfuerzos para dominarse a sí mismo, gritó con voz firme:

-¡Steward!

-¿Qué queréis, sir?, preguntó el despensero.

-Anda listo: tráeme una botella de cognac, repuso el ministro con inusitada viveza.

Al poco tiempo entraba el despensero, jadeando, en la cámara del capitán, entregando la pedida botella a mister Brooke.

-¿Conque esa danza infernal os da gana de beber?, dijo Eduardo extrañando la ocurrencia del ministro.

-Sí, Eduardo, repuso el interpelado. Siempre que al mar se le antoja alborotarse, y antes que el horroroso espectro del miedo se apodere de mi cuerpo, suelo echar en él algunos sorbos de licor.

Y diciendo esto, cogió la botella con ardor febril, y llevándola a sus labios con una agilidad portentosa, la apuró casi toda de un trago, sin dar lugar a que su atónito compañero pudiera impedirselo.

-¡Ya tenemos beodo a todo un señor ministro protestante!, pensó Eduardo apenas vuelto de [116] su sorpresa. ¡Infortunadas ovejas del protestantismo! ¿de esta suerte se preparan vuestros pastores para morir?... ¿Cómo pueden exhortaros a vosotras, para traspasar cristianamente los umbrales de la eternidad?... ¡Oh! ¡Esos opimos frutos sólo puede darlos el carcomido árbol de la Reforma!...

Poco tardaron los efectos de la embriaguez en asomar al rostro del ministro; quien así que hubo bebido el cognac, y conservando todavía una chispa de razón, miró estúpidamente a Eduardo diciéndole:

-¡Voto al diablo!... Estemos alegres... cercanías del polo Antártico... erizadas... peligros... mar va a tragarnos... cumplirá... vaticinio... mister Benson... banquete peces...

Después sólo salieron de la boca del ministro palabras casi inarticuladas y más incoherentes que las antedichas.

Las entrecortadas frases pronunciadas por mister Brooke en lo más recio del temporal no dejaron de impresionar momentáneamente a Eduardo, quien logró serenar enseguida su ánimo, pensando en los sublimes consuelos de nuestra augusta Religión y en sus ancianos padres.

-¿Qué hago de este hombre?, murmuró Eduardo mirando al ministro, cuyo cuerpo había caído desplomado en un rincón de la cámara donde roncaba estrepitosamente en una postura muy antiacadémica.

Después de una breve deliberación, nuestro [117] héroe hizo un prodigio de fuerza y de destreza: esto es; que a despecho de los vaivenes del buque y del peso del cuerpo del discípulo de Lutero, levantó a éste del suelo y le colocó en sus brazos como un fardo de mercancías, depositándole luego en su cama.

Cuando el ministro estuvo instalado en su camarote y sólidamente asegurado por Eduardo contra las sacudidas del buque, el joven español se metió en el suyo; y allí de rodillas, y con un fervor angelical, imploraba al Dios de las misericordias para que con su omnipotente mano enfrenara el furor de los elementos, permitiéndole regresar ileso al hogar doméstico, donde con su asiduo trabajo y amor filial se proponía prolongar la existencia de sus idolatrados y bondadosos padres.

-¿Habrás resuelto alguna vez la mecánica los millones de caballos equivalentes a la fuerza del mar en una tormenta como la presente?, se preguntó Eduardo a sí mismo con asombro, viendo que las embravecidas olas jugueteaban con las mil toneladas que les oponía la fragata como un niño con su pelota.

-¡Eh! ¡Eduardo! ¡Mister Brooke! ¡Vamos a tomar el té!, gritó el capitán bajando del puente.

Empero su voz no encontró eco.

Extrañado que nadie respondiera a sus palabras, penetró en su cámara diciendo:

-¿Qué habrá sucedido? [118]

Entonces se aproximó al camarote del joven español.

-¿Sois vos, capitán?, preguntó éste algo perturbado al verse sorprendido en su fervoroso rezo.

-Sí, sí, Eduardo, dijo mister Mac-Kievet conociendo la perturbación del joven y tratando de disipársela: en toda ocasión es necesario que invoquemos el auxilio de lo alto; pero en los momentos de peligro debemos redoblar el fervor de nuestras plegarias. En todos mis apuros, continuó, he corrido a cobijarme bajo el manto de la Virgen, esa radiante estrella del mar. Junto a ella he respirado el perfume de su inmaculado aliento; allí he sentido la inefable dulzura de sus miradas, el suave calor de sus purísimos besos y la apacible frescura de sus sonrosados y virginales labios; y reclinando mi cabeza sobre aquel pecho que amamantó al Adán de la gracia, ¡he gustado las delicias de un sueño de angelical fantasía!...

Por lo tanto, no desmayemos, Eduardo. Si bien debo confesar que esta desencadenada tormenta es de las más terribles que he presenciado en mi

dilatada carrera náutica; con todo estoy tranquilo y resignado, aguardando lo que Dios en sus sabios e inescrutables designios haya dispuesto de nosotros. Sin embargo (añadió con un acento de profunda convicción) presiento que la divina Providencia no tiene destinada la sepultura del mar para nuestros cuerpos. [119]

-¡Oh! ¡Si los buenos franciscanos del Callao pudieran ver el regocijo que en este instante rebosa mi pecho a pesar del inminente riesgo que corre mi existencia!, dijo para sí Eduardo al escuchar el cristiano lenguaje del capitán.

-Sí, Eduardo, prosiguió mister Mac-Kieviet. ¿Qué importa que muramos hoy o mañana, puesto que sabemos que es preciso partir tarde o temprano? ¿Qué son los años de vida que nos puedan restar, más que otros tantos átomos perdidos en el infinito mar de la eternidad?... Lo que interesa y apremia, es que la muerte no nos coja desprevenidos (¡ay del soldado que esté desarmado el día de la tremenda y decisiva batalla!), ¡sino que cuando pulverice nuestros cuerpos nuestras almas estén limpias de crímenes, para que con las alas y la blancura de la paloma puedan remontar su vuelo hasta las gradas del trono del Eterno para recibir de su mano la radiante e inmortal corona de la gloria!

La voz de mister Mac-Kieviet tenía una dulzura tan paternal, que cualquiera hubiera creído que hablaba a su propio hijo.

Eduardo escuchaba llorando de ternura las palabras del capitán, que aunque de elocuencia sencilla, eran sin embargo sublimadas por lo supremo de las circunstancias... Así como al hallarnos al borde de un horrendo precipicio se nos despiertan con más viveza las ideas de terror, o como son de una marcha guerrera se nos avivan y hierven en nuestro pecho las ideas bélicas. [120]

¿Puede darse mayor sencillez que la que reflejan las páginas de la sagrada Escritura? Y no obstante, ¡cuán majestuosas se imprimen en el pensamiento! ¿Por qué?... Porque las palabras que encierran son emanaciones del cielo; ¡y todo lo que procede del cielo, es grandioso, es sublime!...

-¿Y mister Brooke, qué ha sido de él?, preguntó el capitán después de una corta pausa mirando a Eduardo.

-Está tendido en su cama.

-¿Indispuesto o miedoso?, insistió el capitán con ironía.

-Nada de eso, contestó el joven refiriendo al capitán la repugnante escena de que tiene ya noticia el lector.

-¡Qué hombres produce la Reforma!, exclamó mister Mac-Kieviet. Creed, Eduardo, que la moral de una respetable porción del clero protestante está exactísimamente fotografiada en el vergonzoso ejemplo personificado en mister Brooke. Pero vamos a tomar el té, prosiguió arrastrando consigo al joven español.

Ambos personajes se sentaron a la mesa del comedor con los dos pilotos, el contraamaestre y el carpintero:

-¡Cielos, qué noche!, exclamó el primer piloto temblando de miedo.

-¿Dónde está mister Brooke?, preguntó el segundo piloto notando la ausencia del ministro; añadiendo para sí: ¡Qué no haya sucumbido a [121] la tentación de suicidarse para evitar los horrores del naufragio!

-Está en su camarote algo mareado; contestó Eduardo encubriendo a los

ojos de la tripulación la vergonzosa conducta de su compañero.

-¡Hay mareos que se parecen al miedo como dos gotas de agua!, dijo el contramaestre en sus adentros poco satisfecho de la contestación de nuestro héroe.

-¡Qué! ¿No hay apetito, Eduardo?, dijo el capitán mojando pedazos de galleta en el té de su taza, al reparar en la inmovilidad del joven español.

-¿Quién puede tener apetito?, observó mister Benson. Sería preciso no conservar una chispa de juicio para comer en medio de esa furiosa borrasca.

Al concluir el piloto su oportuna frase, una rapidísima oscilación del buque desprendió la mesa del mástil que la sujetaba, arrancando de cuajo los bancos enclavados en el suelo; y los comensales, los platos, las tazas, los cubiertos, en definitiva, cuantos objetos había en el comedor, rodaron por el suelo con infernal ruido y confusión hasta tropezar con la pared de los camarotes de estribor, donde quedaron horriblemente hacinados y envueltos en las más espesas tinieblas.

-¡Jesucristo!, exclamaron entonces varias voces con acento terrorífico. [122]

-En aquel momento un enorme barril lleno de harina que había en un camarote de babor fue disparado como un proyectil, y estallaba como una bomba a pocas pulgadas de distancia de nuestros pobres navegantes; y al propio tiempo una impetuosa ola, derribando una de las puertas del comedor, convertía éste en un lago.

El peso del agua y de los demás objetos que gravitaban sobre la parte de estribor ladearon tan terriblemente la fragata, que puede decirse que ésta permaneció medio sumergida algunos segundos debajo de la superficie del mar.

Hubo un largo intervalo de silencio sepulcral entre nuestros personajes.

Hubiérase dicho que la muerte, habiendo consumado ya su obra destructora se paseaba triunfante por el comedor del Lord Efighham. El heterogéneo y diforme grupo que había a la sazón en aquella estancia no puede reproducirlo el pincel de la imaginación: su facsímile sólo podría encomendarse al buril de un aventajado estatuario.

-¡Ay! ¡Ay!, gritaron al fin varias voces exhalando lastimeros gemidos.

-¡Virgen santísima, amparadnos!, exclamó Eduardo con desgarrador acento.

-¡Buen ánimo, señores!, vociferó el capitán bregando por desenredarse de aquel monstruoso hacinamiento de miembros humanos y de otros objetos empapados en agua y harina. ¡Vamos, Eduardo! ¡Eh! ¡Levantarse!, continuó mister Mac-Kieviet [123] así que se vio libre, y mientras andaba a gatas hasta el pie de la escalera que conducía al puente, por la cual se encaramó enseguida culebreando.

-¡Todo el timón a sotavento!, dijo el capitán con voz estentórea al pisar el puente después de inaudito trabajo.

La maniobra que ordenó el capitán no pudo ejecutarse, pues la violencia del huracán no permitió largar un palmo de vela, y la horrorosa marejada había vuelto el timón ingobernable.

Mister Mac-Kieviet, temiendo que la fragata zozobrara meciéndose a palo seco, quería virar en redondo presentando la popa al huracán para huir velozmente de la tempestad que en aquel momento parecía haber llegado a su apogeo.

Viendo, pues, que era infructuosa toda tentativa para arrancar al buque de las garras del huracán, el capitán levantó la tapa de la escotilla de su cámara, y encendió un fósforo; con cuya luz pudo observar el barómetro que estaba fijo en la pared de la abertura que miraba a popa.

El instrumento indicador del grado de elasticidad atmosférica dejaba entrever un saludable retroceso hacia el buen tiempo; pues la columna de mercurio que poco antes marcaba tempestad había subido. Al apercibirse de esta feliz circunstancia, el capitán se abalanzó a la escalera gritando desde allí con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Eduardo, estamos salvados! [124]

La voz del capitán, semejante a la trompeta del ángel del juicio, tuvo el poder de resucitar a los muertos.

Aquellas tres palabras pronunciadas por mister Mac-Kieviet penetraron en el comedor como otros tantos rayos de vivísima luz en la lobreguez de aquel charco de blanco líquido cuajado de seres humanos y de escollos.

La sensación que causó la fausta noticia del capitán en el ánimo de Eduardo y de sus compañeros, sólo puede compararse con la que recibe el reo participándole el real indulto cuando la cuchilla fatal va a descargar sobre su cabeza.

Bien pronto se oyó un confuso rumor en el comedor de la fragata, el cual tomó un crescendo tan espantoso, que parecía rivalizar con el bramido de las olas y del huracán; era que Eduardo y sus compañeros, con sus chorreantes vestidos, hacían heroicos esfuerzos para levantarse: tarea harto difícil en medio de aquella galop infernal acompasada por dos nutridísimas e inarmónicas orquestas: la de los elementos, y la del maderamen del buque.

La escena que se representaba en aquel acto en el comedor, se asemejaba en lo completo al interior de una colmena cuando un enjambre de abejas está elaborando los panales de su cerámica y meliflua industria.

Con estos renglones concluye la parte dramática de la tempestad: ahora ensayaremos de describir la parte jocosa. [125]

-¡El diablo cargue con la mesa!, dijo el carpintero con voz de trueno al dar de hocicos en el canto de aquel mueble.

-¡Jesús!, exclamó Eduardo al ver las estrellas de resultas de un tremendo pisotón.

-Esto es el laberinto de Creta, murmuró mister Benson pugnando infructuosamente para salir del comedor.

-Sí; esto parece en efecto un laberinto, pero con diluvio y terremoto, gruñó entre dientes el segundo piloto.

-¡Qué fría está el agua para mi reumatismo!, dijo por lo bajo el carpintero. El médico no me había prescrito este baño de agua blanca y helada: esto es contra ordenanza.

-¡Steward, luz! ¿Dónde está ese tunante?, dijo mister Benson.

-¡Sir!, contestó el dispensero con una voz tan cavernosa que parecía la de un ventrilocuo.

El pobre Steward se hallaba como el caracol en su concha; es decir,

en su despensa durante el cataclismo artificial, donde cayó cual otro Sansón con todos sus filisteos; esto es, con una gran parte de vajilla, cubiertos, cuchillos, etc.: de modo que así como los personajes del comedor nadaban en un charco de blanco líquido, el cuerpo del pobre despensero estaba nadando en un mar de cacharros y de utensilios del arte culinario. En este estado le sorprendió la interpelación del primer piloto, cuya orden se apresuró a [126] obedecer, y poco después entraba en el comedor con un farol encendido.

La aparición de la luz fue saludada con una coreada y estrepitosa carcajada.

Así que se iluminó aquel tenebroso y extravagante cuadro, el cuerpo del contramaestre estaba medio metido en el tonel de harina. El carpintero tocaba el suelo con su cabeza, pero sus pies estaban enganchados en un travesaño de la volcada mesa; y Eduardo y los dos pilotos formaban con sus cuerpos el más fantástico ovillo en un ángulo del comedor.

Mientras se está desenredando tan enmarañada y singular madeja en aquella pieza, subamos al puente de popa, donde encontraremos al capitán interpellando a un marinero de esta manera:

-Supongo que al principiar la tormenta habréis metido a Cooper en vuestra cámara, ¿no es verdad?

-Cooper está ahora en nuestra cámara, sir; pero por desgracia nadie se acordó de él al desatarse la furiosa borrasca; de modo que su demacrado cuerpo está hecho una sopa. ¡Si le vierais, sir! ¡Pobrecito!... ¡Parece que no le queda un átomo de vida!, añadió el marinero con acento de compasión.

-¡Desdichado!, pensó el capitán enjugado una furtiva lágrima con su pañuelo. Di al despensero que quite la ropa mojada al enfermo y que le dé a oler el frasquito de mi botiquín, ¿lo [127] entiendes?, añadió mister Mac-Kievet volviéndose a su interlocutor?

-Voy, sir, repuso el marino alejándose.

Poco tiempo después el capitán gritó:

-¡Steward!

-¡Sir!, contestó el despensero.

-Da de beber a los marineros. Hora es ya de que reparen sus extenuadas fuerzas y reanimen sus ateridos miembros, añadió para sí el capitán.

En efecto, en lo más crítico de la tormenta, la tripulación, desafiando heroicamente el furor de los elementos, había hecho un rudísimo trabajo, ora ejecutando las más arriesgadas maniobras, ora haciendo funcionar la bomba, la cual no cesó en toda la noche de extraer la mucha agua que hacía la fragata.

-¡Acercaos!, gritó el despensero desde la puerta del comedor a los marineros, que en aquel momento estaban agrupados en derredor de la bomba.

-¿Qué hay?, exclamaron varias voces.

-¡Venid! ¡Venid!

Al penetrar los marineros en el comedor gracias a los titánicos y combinados esfuerzos del segundo piloto, del carpintero y el contramaestre, se notaba ya algún concierto en aquel espantoso desorden, que media hora antes había convertido aquella estancia en verdadero campo de Agramante. Sin embargo, no faltaban aun bastantes vestigios de la

reciente catástrofe, como para [128] indicar con su expresivo mutismo: «Aquí fue Troya».

-Tengo orden del capitán para daros un licor que os caliente un poco los cascos. ¿Qué licor queréis, eh, buenas piezas?, dijo el despensero viendo entrar los marineros en el comedor.

-¡Ron!, contestó unánimemente la asamblea.

-Cuidado con hacer calaveradas, murmuró el despensero, sacando dos botellas de ron de su camarote y entregándolas a la tripulación. A vosotros no se os puede mimar demasiado porque luego os propasáis, añadió con un gesto de mal humor.

-¡Vete al diablo, despensero de Satanás!, prorrumpió un miembro de la asamblea, después de haber alojado en su cuerpo una dosis regular de alcohólico licor. ¿Crees por ventura habértelas con una horda de cafres?, continuó el marinero, lanzando rayos de sus encendidos ojos y amenazando con sus hercúleos puños al despensero.

-¡No puede uno siquiera chancearse con vosotros!, replicó el intimidado despensero con un timbre de voz tan suave y gazmoño, que contrastaba singularmente con la rudeza de su fisonomía.

-En tratándose de bromas, ya es otra cosa, respondió el irascible marinero, deponiendo su cólera y acariciando con su mano las patillas de su interlocutor.

Por lo visto, la satisfacción indirecta del despensero fue la punta metálica que atrajo hacia [129] sí y descargó la nube de electricidad del ánimo del marinero.

-Vamos, ¡que la danza habrá sido también regular en el comedor!, dijo un individuo de la tripulación al ver la mesa y los bancos fuera de su sitio, y la espesa capa de harina mojada que cubría el pavimento.

-¡Maldita noche!, exclamó otro marinero. Nunca he creído tan cierto como hoy que los huesos de mi cuerpo crujirían entre los acerados dientes de un tiburón.

-¡Qué porrazos y qué caídas! ¿Es verdad, Freeman?, dijo otro.

-Y aquella furiosa ola que por milagro no nos ha arrojado al mar, ¿te acuerdas, Burden?, observó un tercero palideciendo.

-¡Todavía se me erizan los cabellos!, replicó el interpelado estremeciéndose.

-¡Ah! Si os hubieseis hallado en la despensa, murmuró el despensero con tristeza.

-¡Y si os hubieseis hallado aquí! Se apresuró a replicar con el mismo tono el contraestrete designando a los marineros el rincón del comedor, que fue el punto culminante de la tragedia.

-¡Qué pudding tan exquisito!, exclamó mister Benson, retorciéndose los faldones de su paletó que destilaban un líquido de color indefinible.

-Por poco se cumple al pie de la letra la profecía de mister Benson, dijo Freeman al oído de su compañero. [130]

-¡Chist!, replicó su compañero, sellando sus labios con el dedo.

-¡A la bomba, muchachos!, vociferó el capitán desde el puente, poniendo fin a la conversación de los marineros.

Cuando el capitán bajó del puente, encontró a Eduardo sentado en el sofá de la cámara y en actitud cavilosa.

-Esta noche debía ser la última para nosotros, dijo el capitán

corriendo a estrechar al joven entre sus brazos. ¡Oh!, querido Eduardo, prosiguió. Así que conseguí llegar al puente tras un inaudito trabajo, me horroricé al ver que el buque estaba tan inclinado a la banda, que las olas cubrían toda su arboladura: ¡aquella terrible posición horizontal del costado de estribor debía hacernos naufragar!... ¡Entonces debíamos morir!... pero la Virgen nos ha salvado Eduardo, añadió con voz muy conmovida.

-Sí, sí, capitán, la Reina de los Ángeles nos ha salvado, replicó el joven español con los ojos anegados en llanto.

-Ahora, idos a acostar, Eduardo, dijo mister Mac-Kievet después de algunos minutos de mutua y expansiva alegría. Es más de media noche, y la tempestad ha calmado bastante, aunque el oleaje es fuerte todavía.

Eduardo dio, pues, las buenas noches al capitán y se fue a la cama. Mas las violentas sacudidas de la fragata, el monótono ruido de la bomba, y, sobre todo, las cristianas emociones que [131] hacían acelerar los latidos de su corazón, al traer a su mente el patente milagro obrado por la Virgen, ahuyentaron el sueño de sus párpados.

En el fondo del camarote de Eduardo, y a poca altura de la cama de éste, había una ventanilla ovalada, cuyo cristal tenía más de un centímetro de espesor. Haría cosa de media hora que el joven se había acostado, cuando un golpe de mar, rompiendo el cristal de la ventanilla, inundó de agua salada la cámara de nuestro héroe.

-¡Capitán, socorro! ¡Me ahogo!, gritó desde su cama el joven español al recibir la inesperada visita de su líquido y frío huésped.

-¿Qué os ha sucedido, Eduardo?, preguntó con ansiedad mister Mac-Kievet, volando en auxilio de su compañero.

Cuando el capitán vio la causa del sobresalto de Eduardo, se desgañitó de risa, diciendo:

-Vamos, no hay por qué asustarse: éste no es más que un segundo y singular baño de agua salada. Más agradable hubiera sido tomarlos en la zona tórrida, ¿es cierto, Eduardo?

-No cabe duda, contestó éste repuesto de su susto, y riéndose de la idea del capitán.

-Salid pronto de aquí, Eduardo, y acostaos en mi camarote, pues yo debo pasar la noche en el puente; pero antes me quitaré de encima la ropa mojada.

Mientras el capitán se mudaba de ropa y Eduardo se dirigía al camarote de aquél, la fragata experimentó una superlativa oscilación simultánea, y [132] se oyó un pesado golpe contra el pavimento del camarote de mister Brooke, cuyo cuerpo, como sabe el lector, había sido sólidamente asegurado por Eduardo. Empero, ¿cómo resistir tan rudas y reiteradas pruebas?

-Voy a ver lo que se ha caído, dijo Eduardo oyendo el golpe, y dirigiéndose al camarote del ministro.

-¿Qué ha sucedido?, preguntó el capitán desde el suyo.

-¡Nada!, contestó el joven español riendo como un loco. El cuerpo de mister Brooke, que, lanzado de su camarote al espacio...

-¿Qué?... ¡Ah, ya caigo!... ¡Ha obedecido a la ineludible ley de gravitación universal! ¿Es así, Eduardo?, dijo el capitán, creyendo haber completado la truncada frase de su interlocutor.

-Precisamente, replicó éste contemplando el cuerpo inerte del ministro, y volviéndose al camarote de mister Mac-Kievet.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! prorrumpieron unánimes ambos personajes.

-¡Ay! ¡Ay!, gritó mister Brooke a poco de haber dado su automática y tremenda caída (pues la cama del ministro distaba siete palmos del suelo).

-¿Qué tenéis, ministro?, preguntó Eduardo al oír los gemidos de mister Brooke en tanto que se metía en la cama del capitán.

Era evidente que el batacazo había sido el mejor [133] específico para que el hijo de Escocia despertara de su profundo letargo.

-¿Dónde estoy?, preguntó el discípulo de Lutero al abrir los ojos, espantado de los violentos y atronadores vaivenes de la fragata.

-¡Hola! ¡Mister Brooke! ¿Ha pasado ya el sueño?, dijo el capitán desde su camarote, mordiéndose los labios de risa.

-¿Quién me llama?, contestó el interpelado frotándose los ojos y exhalando un bostezo tan ruidoso, que acaso la ciencia acústica hubiera calificado de rebuzno.

-¡Yo! ¡El capitán de la fragata y vuestro mejor amigo!, se apresuró a responder mister Mac-Kievet con ironía.

-¿Conque estoy en cuerpo y alma a bordo de la fragata Lord Efigham?... ¡Ah! Es verdad; ¡Lo había olvidado! ¡Maldito y soporífero cognac!, murmuró el ministro entre dientes y esperezándose.

Al concluir su última frase, el discípulo de Lutero volvió a quedar íntimamente abrazado con el dios Morfeo.

Aquella misma noche fue calmando gradualmente el huracán, y doce horas después, la poco ha turbia, accidentada, turbulenta y espumosa superficie del mar, estaba tan lisa, tersa y tranquila como la de un espejo.

Hay ciertas afinidades latentes entre los veleidosos fenómenos del mundo físico y los del mundo moral. Esas metamorfosis súbitas de la naturaleza [134] las experimentamos a menudo en los recónditos pliegues de nuestro corazón.

El barómetro de la materia, marcando los grados de su presión atmosférica, recorre la escala desde tempestad a buen tiempo: el barómetro del espíritu, en sus contracciones o dilataciones, también recorre toda su escala, desde alegría a tristeza. Ea efecto. ¿qué designa con la segunda palabra, sino que el huracán de la adversidad está rugiendo en las tempestuosas regiones del corazón? ¿Qué indica con la primera, sino que el radiante sol de la prosperidad ha disipado los nubarrones que empañaban el cielo del alma?...

- VII -

Quince días nos separan de la horrible noche en que la fragata inglesa tuvo que luchar en las heladas regiones australes, contra las olas encrespadas por el huracán. Salvemos, pues, este espacio de tiempo con el pensamiento, y de seguro que andaremos infinitamente más y nos fatigaremos inmensamente menos en nuestro viaje imaginario que el buque en su espumeante y majestuosa carrera al través de los mares, con las velas plenamente hinchadas por la brisa.

Dejemos ya a un lado la jerigonza metafísica y hablemos en términos claros y precisos.

A la sazón la fragata navegaba ufana por lo 54° 30' grados de latitud sur y los 64° 20' longitud occidental, ostentando en su casco y arboladura [135] algunas pequeñas averías recibidas en la última tormenta, con el mismo orgullo que aquellos viejos guerreros que, al volver victoriosos de un encarnizado combate, se complacen en mostrar las honrosas cicatrices de sus arrugados y marciales rostros.

Para reanudar el hilo de los sucesos de nuestra historia, debemos penetrar una mañana en la cámara del capitán en el acto en que éste y sus dos compañeros se sentaban en torno de la estufa y medio envueltos en la compacta nube de humo que se desprendía de sus pipas.

Entre nuestro triunvirato reinó un breve rato el silencio.

Dos causas generales y diametralmente opuestas explican el silencio preliminar a las conversaciones entre tres o más personas reunidas: o porque no tienen nada o poco que comunicarse recíprocamente, o porque la diversidad y abundancia de materias es tal, que en su perplejidad les cuesta atinar por cuál flanco deben empezar el ataque.

El silencio que reinó entre nuestros tres individuos pertenece a la segunda especie.

Al fin el capitán se decidió a romper el fuego de la conversación con una observación frívola, de la que era el proemio de otros asuntos más importantes, así como algunos disparos de los diseminados guerrilleros son a veces los precursores de una empeñada y sangrienta batalla.

-Observo que Eduardo se ha acostumbrado [136] al humo de la pipa, dijo, pues, el capitán iniciando el debate.

-En efecto; fuma con la majestad de un turco; contestó mister Brooke sonriéndose, y admirando la grave postura de nuestro héroe.

-Al principio dudé que jamás llegaría a vencer mi repugnancia al tabaco; pero ahora le voy tomando afición. ¿Recordáis, capitán, lo que me sucedió la primera vez que llevé esta pipa a mis labios?, dijo Eduardo clavando la vista en aquél.

-¡Pues no me he de acordar! ¡Si aún me parece veros salir de aquí como una saeta!, respondió el interpelado riendo.

-Lo que encuentro muy detestable y antihigiénico, dijo el joven español, es el ver a los marineros mascando el tabaco: no sé que gusto pueden hallar saboreando aquella hoja, cuya masticación les hace salivar continuamente, y esto (aparte de ser muy repugnante) redundaría naturalmente en detrimento de la salud.

-Es cierto, replicó el ministro: el hábito inveterado de los marineros es muy feo y debería de abolirse.

-Hace cuatro años, dijo el capitán, me encontraba en los Estados Unidos, donde hay una secta llamada, según creo, de los mormones. Entré por curiosidad en un templo de aquellos fanáticos, y os doy de tiempo hasta el fin del mundo para adivinar lo que vi, añadió mirando a sus dos compañeros y riendo como un loco. [137]

-¡Qué! ¡Qué!, exclamaron con impaciencia Eduardo y mister Brooke.

-En medio de un desmantelado y espacioso salón se levantaba un enorme tonel, y encima de tan sencillo púlpito un pastor de la secta mormónica predicaba de pie y mascando tabaco. El orador tenía a sus plantas un

pequeño taburete de madera, y cuando era interrumpido en su peroración por algún murmullo de su auditorio imprimía un brutal puntapié al taburete, lanzándolo hacia parte turbulenta de la asamblea, imponiendo de esta suerte silencio a los alborotadores.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, prorrumpieron Eduardo y mister Brooke.

-Pues bien, ahora viene la parte más cómica de la escena, continuó mister Mac-Kievet mordiéndose los labios de risa. Aquellos fanáticos que estaban apiñados como un rebaño de carneros en derredor del singular púlpito, se daban sendos empujones unos a otros para acercarse a él, con el fin de recibir sobre sus cuerpos el pestilente rocío que se desprendía sin interrupción de la boca del predicador; porque (según ellos decían) ¡la nauseabunda saliva de aquel hombre santificaba cuantos objetos tocaba!

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, exclamaron los tres personajes apretándose las caderas para no reventar de risa.

-¡Por mi parte hubiera preferido una lluvia de pez hirviendo!, dijo Eduardo con ironía. [138]

Una atronadora carcajada acompañó la comparación del joven.

-Pero aunque el mascar tabaco sea un hábito tan asqueroso y perjudicial al cuerpo; con todo es infinitamente más tolerable y menos funesto que la borrachera, observó Eduardo después de una corta pausa.

Estas palabras hirieron los oídos de mister Brooke, como una alusión directa y personal a su báquica escena del cabo de Hornos, cuyo recuerdo coloró como la grana las mejillas del ministro.

-¡Oh, sí! El uso inmoderado de la bebida, repuso el capitán, a más de ser un foco perenne de inmoralidad, es un tósigo que destruye las más robustas complexiones.

El ministro escuchaba confuso aquella intencionada conversación, y para no aparentar debilidad a los ojos de sus dos interlocutores, se apresuró a contestar:

-Convengo en que la embriaguez es un vicio; generalmente hablando; pero en ciertos casos... ¡no diré que sea una virtud!... sino que casi es un deber.

-¡Qué estáis diciendo!, exclamó Eduardo con estupefacción. No puede haber ninguna circunstancia en la vida humana que justifique la conveniencia de la borrachera.

-Me atengo a lo dicho, Eduardo, respondió el ministro, apoyándose en los falsos estribos de su aserto; y para que os convenzáis de lo que influyen [139] las circunstancias en la moralidad de nuestras acciones, voy a preguntaros: ¿por qué el homicidio (que en general es un crimen nefando) es un acto meritorio cuando redundo en defensa propia?

-No me satisface el paralelo que establecéis entre el homicidio crimen y el homicidio lícito, puesto que no solamente no tienen ningún punto de contacto, sino que la distancia que media entre ambos es infinita.

-¿Por qué?, preguntó el ministro con extrañeza.

-Porque en el primer caso, replicó el joven, los remordimientos (esos inexorables fiscales de nuestros delitos) torturan nuestra conciencia, mientras que en el segundo caso disfrutamos en nuestro interior de una paz octaviana. ¿Qué nos prueba esto? Que en la perpetración del homicidio alevoso obramos libre y espontáneamente, en tanto que en la otra

hipótesis; obramos contra nuestro propio albedrío, e impelidos por una necesidad imperiosa.

-¡Bravo, Eduardo!, exclamó el capitán.

El ministro paseó entonces una mirada de ansiedad en torno suyo como si buscara en algún punto del espacio la contestación que debía sacarle del atolladero.

-Pero ¿y cuando queremos evitarnos los horrores de una muerte cierta, tampoco nos ha de ser lícito embotarnos los sentidos?, dijo el hijo de [140] Escocia con altanería. No creo, Eduardo, que en ello haya la menor culpabilidad.

-Sabed, pues, ministro, que no solamente hay en ello una infracción de la ley divina, sino que además hay...

-¿Qué, Eduardo?, preguntó mister Brooke devorando con la vista al joven español como para arrancarle el complemento de la frase.

-¡Hay una cobardía incalificable!, dijo nuestro héroe con severidad.

A estas palabras asomó una expresión de alegría en el rostro del capitán, mientras que el del ministro tomó en un segundo todos los colores del arco iris.

-Repito que hay pusilanimidad en embotarse los sentidos, cualquiera que sea el pretexto que se alegue para ello, y lo probaré, prosiguió el joven. Y sino decidme, ministro: ¿por qué se emborracha el hombre en los momentos de peligro?

-¡Toma! Claro está que para sufrir menos repuso el interpelado.

-¡Pues bien! ¿Dónde encontráis más nobleza y bravura, continuó Eduardo lanzando una mirada al discípulo de Lutero; en aquel hombre que con ánimo varonil y confiando en el auxilio de la Providencia presenta su desnudo y débil pecho a los rudos golpes de la adversidad, o en aquel otro que para sustraerse a los designios de Dios, se amilana hasta el punto de borrar con su [141] mano criminal el destello de luz divina reflejado en su frente?

Por toda contestación el ministro se contentó con encogerse de hombros, y hacer chasquear su lengua en señal de displicencia.

-Pues ¿y el suicidio, cuyo delito va tomando creces de cada día?, observó mister Mac-Kievet, volviéndose al joven español.

-Es cierto, respondió éste; por una anomalía inexplicable, se advierte con espanto que el número de suicidios está en razón directa de los progresos de la civilización. Las estadísticas criminales de Francia e Inglaterra registran mayor número de casos de año en año. ¿Y no dais, ministro, en el motivo de ese enorme aumento de criminalidad?, añadió Eduardo lanzando una mirada al hijo de Escocia.

-Lo atribuyo a la falta de creencias religiosas, puesto que el hombre sin ellas navega al acaso como un buque sin brújula, repuso el interpelado.

-Al fin puedo lisonjearme de que aunque nuestras ideas sean discordantes en algunos puntos, coinciden esta vez en una cuestión muy trascendental, dijo Eduardo estrechando amistosamente la mano del ministro. En efecto, ¿puede darse nada más lógico, que el que un escéptico que sufre física o moralmente, o de ambas maneras a la vez, prefiera quitarse la vida, si esta no debe de ocasionarle más que un prolongado y cruel martirio? ¿No es muy natural que cuando [142] se piensa que todos

los males acaban con la muerte se haga depender la felicidad de la destrucción del cuerpo?

-Es muy consecuente que se apele a tan bárbaro medio, dijo el ministro.

-He aquí poco más o menos en qué términos debe de hablarse a sí mismo el incrédulo antes de atentar contra su propia existencia, prosiguió el joven español: «¿Por qué he de arrastrarme más tiempo cual miserable reptil sobre la superficie de la tierra? ¿Por qué he de consentir que la belleza, la robustez, la juventud, los honores, la riqueza, el talento, en fin, todo ese brillante cortejo de hechizos y delicias mundanales desfile por más tiempo ante mis hundidos ojos, insultando mis canas, mis acerbos padecimientos, mi humilde estirpe, mi ineptitud, mi deformidad, mi miseria y mi desamparo? ¡No, no; antes prefiero hundirme de nuevo en el polvo!...» Diciendo esto un vértigo mortal se apodera de su entendimiento; sus ojos se inyectan de sangre y giran con viveza en sus órbitas, de las que pugnan por desprenderse; ¡entonces su crispada mano empuña el arma fatal con satánico frenesí, y asestando el golpe suicida contra su pecho impío desaparece trágicamente del teatro del mundo!...

-Esta pintura hiela de espanto, dijo el capitán horrorizado.

-Verdaderamente, Eduardo acaba de bosquejarnos el suicidio con colores muy vivos, repuso mister Brooke; pero aunque yo reconozco [143] la suma gravedad de ese crimen, abrigo no obstante la confianza de que Dios se compadecerá de las miserias de esos infelices que muchas veces obran inconscientemente.

-Concedo que algunos suicidios se cometen sin que obre la razón en ello. ¡Pero hay tantos otros que se perpetran a sangre fría! Además al que confía en la Providencia nunca le falta consuelo y fortaleza de ánimo, pues cuanto mayores son nuestros sufrimientos y tribulaciones, tanto más eficaz es la protección que Dios nos otorga; observó el capitán.

-En efecto, repuso Eduardo, o hemos de admitir que existe un Dios con todos sus atributos de infinita sabiduría, bondad, justicia, poder, etc., o que el universo es obra del acaso, cuya palabra es sinónima de nada, y la nada es el vacío... ¡es el caos!... ¿Y quién, señores, no se rebela contra lo absurdo de esta última teoría?...

-Es imposible no hallar la mano de la Providencia, así en lo pequeño como en lo grande, contestó el ministro con energía. Desde el grano de arena perdido en la inmensidad del océano, hasta la montaña cuya encumbrada y blanca cima parece dar un eterno ósculo de paz al firmamento, desde la más humilde yerbecilla hasta el más corpulento y secular cedro; desde el invisible insecto que mora en una gota de agua, hasta la colosal ballena que mide el seno de los mares; desde la más pálida e imperceptible estrella, hasta el más grande y fulguroso astro; en [144] una palabra, como dice admirablemente la Biblia, ¡todo lo criado atestigua, pregona y ensalza la grandeza de su Autor!...

-¡Magnífico!, exclamaron a coro el capitán y Eduardo, arrebatados por los sublimes conceptos vertidos por el ministro.

-¿Quién creyera que las palabras proferidas por mister Brooke han salido de la boca de un ministro protestante?, observó el capitán dirigiendo su mirada a Eduardo.

-Ante un ataque tan directo, el ministro se levantó como un autómeta

de su asiento, y afilando la espada de su lengua la esgrimió contra su agresor a quien dio la siguiente estocada moral:

-¡Pues qué! ¿Creéis que entre nosotros no hay más que ateos, que no adoramos a Dios en sus obras, y que la aromática y galana flor de la virtud no crece y medra en el campo del protestantismo? Si tal disparate habéis creído, capitán; rectificad desde luego vuestra errónea opinión, añadió severamente el ministro como ofendido en su amor propio.

-¡Vuestras obras lo desmienten!, dijo el capitán devolviendo el golpe al ministro.

Entonces ambos personajes cruzaron una mirada que traslucía su mutua intención de engolfarse en la senda resbaladiza en que habían entrado. Pero Eduardo evitó la colisión terciando en el enconado debate de sus dos compañero, diciéndoles con tono de cariño:

-Dejemos por ahora esta cuestión, que quizás [145] abordaremos más tarde; y en tanto, ciñámonos a la intervención de la Providencia en todas las cosas, lo cual es innegable, puesto que no hay más que recorrer la vasta escala de los seres, así inorgánicos, como orgánicos inanimados, como orgánicos animados, para ver que Dios es quien viste y engalana al ave con sus pintadas y relucientes plumas, al pez con el abrigado matiz de sus escamas, al árbol con sus verdes hojas y dorados frutos; en resumen, la difusión de la luz, el equilibrio y rotación de los astros, y todo cuanto existe, está regulado por la pródiga mano del Criador; de modo, que así como en este momento un hombre dirige el pequeño timón de este buque, ¡Dios es quien gobierna eternamente el gran timón del universo!...

-¡Muy bien! ¡Muy bien!, exclamaron mister Brooke y el capitán, aplaudiendo con frenesí las palabras del joven.

-Por lo tanto, si Dios proporciona el vestido y sustento a todas las criaturas, ¿con cuánta más razón deberá cuidar del hombre su obra más predilecta, y (por decirlo así) la síntesis de las perfecciones que han salido de sus manos?

-¡Es verdad!, murmuró el capitán.

-Cercenemos al hombre del maravilloso teatro del universo, dijo mister Brooke; y entonces no queda ningún espectador que pueda abismarse en la contemplación de las obras del Omnipotente. En vano el sol bañaría periódicamente ambos hemisferios con sus rayos de oro, en vano [146] las aguas del mar evaporándose y condensándose en la atmósfera, desprenderían una mansa benéfica lluvia sobre la tierra, ¡en vano millones de estrellas esmaltarían el campo azul de los cielos, y en vano, en fin, los tres reinos de la naturaleza ostentarían a porfía sus más ricas y asombrosas galas!

-No tiene duda, ministro, replicó Eduardo, dándole una palmadita en el hombro.

El capitán, que no había desviado su vista del rostro de mister Brooke durante el poético razonamiento de éste, no pudo menos de exclamar en sus adentros:

-La espada de su elocuencia es digna de desenvainarse en defensa de mejor causa.

-No sé, señores, dijo Eduardo, si vuestra atención se ha fijado alguna vez en el hombre, ya considerado en el portentoso mecanismo de su

cuerpo, ya en lo concerniente a su parte más noble; o sea en su principio anímico. Hagamos ahora abstracción de su parte corpórea, y concretémonos al mundo intelectual.

-Según estoy viendo, vais a darnos una lección de psicología, dijo el ministro sonriéndose y clavando los ojos en su joven compañero. ¿Qué os parece, capitán, del tema que ha escogido Eduardo?, añadió volviendo su rostro al primero.

-Soy muy lerdo en filosofía, repuso mister Mac-Kievet, pero no me disgusta representar un papel pasivo en las discusiones filosóficas; pues opino que siempre se aprende algo en ello. [147]

-No creáis, señores, que yo me proponga introducir (y quizás extraviaros) en el intrincado de la metafísica: no; mi idea es hablaros muy someramente de las misteriosas profundidades del entendimiento humano.

-Sobre esta materia podrían escribirse volúmenes enteros, Eduardo, observó el ministro con una sonrisa en los labios.

-Reconozco que la tenebrosa esfera metafísica es muy lata, y por lo mismo me ceñiré a consignar un solo fenómeno. En efecto, ¿qué es el pensamiento? ¿Cómo se engendra? ¿Cómo se siente? ¿Cómo se transmite?

-He aquí cuatro polos desconocidos en derredor de los cuales han dado los filósofos mil infructuosas vueltas, observó el ministro.

-Mientras os estoy hablando, prosiguió Eduardo, mi entendimiento engendra sin cesar (y más rápido que la electricidad) nuevas ideas que expresa mi lengua, y que el vehículo del sonido se encarga de infiltrar instantáneamente en vuestros entendimientos. Si en esto no hay grandeza y profundidad, no comprendo a qué pueden aplicarse estas dos palabras del diccionario.

El capitán y el ministro hicieron un ademán afirmativo.

-La mayor parte de los hombres, prosiguió el joven al pasar por la escena del mundo cual fugitivos meteoros, no sueñan siquiera que dentro de sí mismos tienen una mina riquísima e [148] inagotable que debieran explotar, y se van a la eternidad, como aquellos opulentos avaros que se hacen enterrar con todos sus tesoros, sin que les hayan aprovechado a ellos ni a los demás. ¡Oh! ¡Cuántos diamantes en bruto aparecen sobre la tierra, permanecen breves instantes sobre su superficie, y luego desaparecen sin que nadie haya podido apreciar su valor intrínseco!

-Confieso que nunca había pensado en lo que Eduardo acaba de decirnos, murmuró el capitán mirando al ministro; y realmente es asombroso y muy digno de llamar la atención del hombre.

-Lo que acaba de manifestarnos Eduardo; lo aprendí en la universidad de Edimburgo allá en mis mocedades, dijo el ministro. Supongo que sabréis que la escuela escocesa goza de una justísima celebridad respecto a las elucubraciones filosóficas, añadió mister Brooke mirando a su joven interlocutor.

-Es incontestable, respondió éste; pero estoy observando que en nuestra conversación nos hemos alejado del punto de partida, esto es, del suicidio. ¿Cuál creéis, señores, que es la causa principal del indiferentismo contemporáneo que conduce en derechura a tan horrible crimen?

-Yo estoy en que la prensa cuando se desvía de su elevada misión, cual es la de ilustrar las inteligencias enderezándolas hacia la senda de

la verdad, es la que más daño puede acarrear a la sociedad, contestó mister Mac-Kieviet. [149]

-Habéis dado en el blanco, capitán, repuso Eduardo. La gran palanca de la prensa, y por consiguiente, de la genuina o bastarda civilización y cultura, es la que hoy, más que en ninguna otra época, dirige el movimiento moral e intelectual de la sociedad. En confirmación de mi aserto, podría citaros ese diluvio siempre creciente de producciones obscenas y heréticas que hoy circulan con el mayor descaro por todas las raciones que blasonan de cultas y civilizadas, pervirtiendo cuanto tocan con su emponzoñado hálito, y sobre todo mancillando el candor de las inteligencias vírgenes; de esos tiernos lirios que, mecidos todavía ayer en sus esbeltos tallos por la suave brisa de la pureza, fascinaban con su blancura y deleitaban con sus perfumes; pero que hoy, agostados por el mortífero viento de la corrupción, ¡ay! ¡Se arrastran deshojados por el suelo sin color ni fragancia!...

-Siento no poder participar de vuestra opinión, señores, dijo el ministro; pues creo que el hombre debe conocer el mal para aborrecerlo, y el bien para amarlo. ¿Y cómo podrá discernir lo uno de lo otro, si no le es dado comparar las ventajas que trae consigo la verdad, con los perjuicios que ocasiona el error? El hombre en este caso es lo mismo que un juez; pues éste para fallar equitativa e irrevocablemente, es preciso que conozca a fondo las razones que militan en pro y en contra de la causa que defiende.

El capitán y Eduardo cambiaron una furtiva [150] mirada como si hubiesen querido decirse: «¡Qué peregrina es la argumentación del ministro!»

-Vuestra teoría sería admisible, se apresuró a responderle el joven español, si la razón imperase en todos nuestros pensamientos, deseos y acciones; pero desgraciadamente vemos con harta frecuencia que las pasiones se enseñorean del corazón, y cuando el hombre ha sentado una vez su planta en el lodazal del vicio, no hay poder humano que le arranque de allí; pues entonces ha contraído ya aquel mal hábito; se ha acostumbrado a respirar aquel emponzoñado ambiente: en una palabra, se ha aclimatado en el terreno del error y del vicio, y en su deplorable y funesta ceguera cree que cuanto piensa, dice, lee o escribe, es la verdad en su más prístina forma, cuando no es más que el error con toda su secuela de abominables absurdos y obscenidades. ¡Las pasiones son, pues, el espejismo moral, que nos presenta invertidas (4) las imágenes de lo bello, de lo justo, de lo santo! Las lecturas lascivas e impías, añadió el joven español, actúan sobre el espíritu como esos corrosivos agentes químicos sobre la materia: una sola gota de ácido prúsico caída en el ojo, basta para ocasionar la muerte del cuerpo: una sola idea lasciva introducida por la vista o por el oído, basta para herir mortalmente el alma.

-Convengo, Eduardo, replicó mister Brooke; en que puede haber ciertas obras que, colocadas imprudentemente en manos de la juventud, pueden [151] depravar el corazón; pero no faltan un buen de todo el mundo, y que por cierto moralizan; entre otras puedo citaros la reciente e inspirada producción de miss Beecher Stowe, titulada: The oncle Tom's cabin o sea: La cabaña del tío Tomás.

-No conozco esa obra, repuso Eduardo.

-Pues yo la he leído, dijo el capitán; y creed, Eduardo, que no hay en ella mucho de edificante que digamos. Si bien el objeto de dicha obra es pintar al vivo los horribles sufrimientos de los esclavos en los Estados Unidos del Sur, no obstante hay en ella escenas de moralidad dudosa.

Mientras hablaba mister Mac-Kieviet, el ministro se agitaba en su silla como para demostrar su desagrado.

-No concibo que podáis tildar de inmoral una obra adornada con todos los encantos que pueda crear una ardiente y aventajada imaginación femenina, y cuya aspiración puede sintetizarse en estos términos: «El ay desgarrador del esclavo del siglo XIX, desde el fondo de su abyección y miseria, llamando a la humanidad libre para que vaya a romper sus cadenas», dijo el ministro protestando con brío contra las palabras del capitán.

-Sin que abrigue la intención de atacar la obra de miss Stowe, porque, repito, me es completamente desconocida, respondió Eduardo; sin embargo debo declarar que muchos pintores de obscenidades suelen aparentar tendencias humanitarias [152] y dan a sus obras títulos incoloros y aun edificantes, por manera que los incautos lectores se dejan prender en artificiosas redes, y cuando vuelven de su sorpresa, ya no pueden evadirse. Yo no titubeo, pues, en afirmar que las tres cuartas partes de suicidios son debidos a la lectura perniciosa, a la prensa bastarda. ¿Habéis leído, ministro, la Educación de las madres de familia, por Aimé Martin?

Mister Brooke hizo un movimiento negativo con su cabeza.

-La educación de las madres de familia, repitió el joven español. ¡Qué título más seductor para abrir a ese libro de par en par las puertas del hogar doméstico! Sin embargo, si las madres de familia me pidieran consejo antes de leerlo, mi conciencia de cristiano me obligaría a responderlas: «No franqueéis a esa obra los umbrales de vuestras casas; no os seduzca su inofensivo y pomposo título, que no es más que las hermosas hojas que envuelven engañosamente el venenoso fruto: ¡las páginas de ese libro están plagadas de herejías e iniquidades!»

-Ciertamente que un libro de esta índole, repuso el capitán, en vez de ser el ángel tutelar de la familia, no es más que su ángel exterminador. Yo he leído que la revolución francesa de fines de siglo pasado no debió su origen más que a la mala semilla que invadió el terreno intelectual.

-¡Qué duda cabe en que las doctrinas subversivas [153] de Rousseau y Voltaire fueron las que tuvieron la gloria de cubrir toda la Francia con un vasto sudario de sangre!, observó Eduardo.

El discípulo de Lutero se apresuró a manifestar su discordancia en este punto con la opinión de sus dos compañeros, prodigando los siguientes ditirambos a los dos funestamente célebres filósofos del siglo pasado.

-¡Qué desatino! ¡Decir que el profundo filósofo de Ferney y el erudito e inmortal pensador de Ginebra provocaron la revolución francesa con sus escritos! Por Dios, señores, no encerréis vuestro raciocinio en tan raquíctico límites, juzgando con tan vulgar ligereza las causas que produjeron aquel sangriento episodio de la historia de Francia. Si esta nación y la Europa entera tienen algo de grande, si hoy la luz de la

civilización se propaga a todas las inteligencias, de todo ello somos deudores, sí, a aquellas dos lumbreras de la humanidad.

-¿Conque sois volteriano y partidario del sofista J. Jacobo Rousseau?, replicó Eduardo con acento socarrón y lanzando una mirada al ministro.

-No, Eduardo, dijo éste; yo soy simplemente un entusiasta admirador de esos soberanos del mundo intelectual y moral a quienes me engrío de prestar vasallaje. Porque nada puede enaltecer más al hombre que el pagar su tributo de admiración y el quemar su grano de incienso ante las aras de esos grandes genios que figuran en primer [154] término en el lienzo de la historia, y sobrenadan como la espuma en el Océano de la humanidad.

-Nadie me aventaja a mí en rendir el debido homenaje a los grandes hombres que han descollado en todos los siglos, repuso Eduardo; pero distingo los genios benéficos de los maléficos; pues así como la memoria de los unos merece mis más vivas simpatías y elogios, el recuerdo de los otros sólo me inspira el más vil desprecio. Los unos dejan en pos de sí un reguero de calamidades y de sangre, los otros un bello e imperecedero rayo de luz. A los primeros les alcanza la maldición de las generaciones hasta en su propia tumba y ni sus cenizas descansan en paz, mientras que los otros reciben las bendiciones y alabanzas póstumas de la más remota posteridad.

-¿Y creéis por ventura, Eduardo, que Voltaire y Rousseau deben de colocarse en la línea de los ángeles rebeldes?, preguntó mister Brooke atónito.

-Ciertamente, repuso el interpelado con viveza: y creo que más bien que el nombre de ángeles rebeldes, les cuadra mejor a tales hombres el epíteto de verdugos de la humanidad; pues en el sangriento drama de la revolución francesa no doy toda la culpa al brazo del asesino que descargó la fatal cuchilla sobre el inocente cuello de Luis XVI, haciendo rodar la cabeza de este Monarca sobre el cadalso: no; aquel hombre, si bien criminal, no fue, por decirlo así, más que el instrumento [155] material del regicidio. Quien asumió toda la responsabilidad moral de aquella inicua sentencia; quien cargó en definitiva, la mina de la revolución francesa, fueron las ideas filosóficas de las escuelas de Rousseau y Voltaire, que divagando por la atmósfera embriagaron y enloquecieron los espíritus.

En tanto que hablaba nuestro héroe, los diversos gestos del rostro del ministro transparentaban otras tantas impresiones de disgusto.

-¡Eduardo, exclamó el hijo de Escocia con tono de cólera, no insultéis las cenizas de aquellos ilustres hombres que, a despecho de las ideas predominantes en su siglo, fueron los primeros en enarbolar la gloriosa bandera de la civilización!

-Por más que os desagrade, ministro, dijo el joven, la causa que algunos atribuyen a la revolución francesa, la encuentro demasiado trivial para que produjera tan terribles efectos. Tanta sangre vertida, tantas leyes conculcadas y pisoteadas, tantos templos profanados, y tantos augustos misterios de mi Religión escarnecidos, componen un cuadro demasiado grande, demasiado dramático, para que quepa dentro de los estrechos límites en que algunos pretenden encerrarlo. ¿Os parece, capitán, añadió Eduardo con punzante ironía, si una floja brisa hubiera

podido ocasionar la tormenta que acabamos de experimentar en el cabo de Hornos? [156]

-¡De ningún modo!, exclamó sonriendo mister Mac-Kievet.

En aquel momento el despensero penetró en la cámara, y poniendo el té encima la mesa, dijo para sí:

-¿Qué diablos tendrá esa gente que siempre está disputando?

-Señores, dijo entonces el capitán volviéndose a sus dos compañeros; bastante hemos hablado ya de la revolución francesa y si ha de prevalecer mi opinión, dejemos en paz por ahora a los Robespierre, Danton, Mural, Desmoulins y a todos los otros Atilas del reinado del terror, y os aconsejo que tomemos el té antes que se enfríe.

-Sí, sí, capitán. No turbemos en su eterno reposo a los corifeos de la Convención nacional dijo el ministro frunciendo las cejas y sentándose a la mesa.

Al principiar el almuerzo hubo una corta pausa entre nuestros tres personajes, que interrumpió el ministro diciendo mientras echaba un terrón de azúcar en su taza:

-Por lo que estoy viendo, temo que nuestra navegación será interminable.

-¿En qué apoyáis vuestro temor?, preguntó el capitán con admiración y alzando la vista de su plato para fijarla en el ministro.

-He aquí, pues, en qué base descansa mi temor, replicó mister Brooke con tono enfático: [157] hace tres meses que salimos del callao; y en verdad que si la fragata no ha andado hasta ahora a paso de cangrejo, no podréis negarme que ha andado a paso de tortuga.

-Permitidme, ministro, que os diga que entendéis muy poco en las circunstancias que influyen en la mayor o menor rapidez de los viajes marítimos, replicó el capitán con severidad. ¿Ignoráis, acaso (añadió clavando sus ojos en el ministro), que en el Pacífico reinan constantemente los vientos del sur, y que, por velero que sea el buque, las singladuras son necesariamente muy cortas? Yo me doy por muy satisfecho de la marcha del buque hasta hoy; y cuento que, Dios mediante, dentro de dos meses estaremos en Inglaterra. Esta mañana he mandado echar la corredera; ¿y sabéis cuántos nudos se deslizaban?

-¡Qué sé yo!, repuso mister Brooke con aire distraído.

-¡Ocho nudos, señor ministro!, exclamó el capitán con orgullo. Me parece que es lo suficiente, ¿es cierto, Eduardo?

-La contestación a esta pregunta, al parecer tan sencilla, exige sin embargo que me prestéis un instante vuestra benévola atención, dijo el joven mirando a sus dos interlocutores.

-¡Con mucho gusto, Eduardo!, exclamaron estos después de cambiar una mirada de inteligencia como para preguntarse: «¿Qué querrá decirnos?»

-Señores, dijo el joven español; en la vida [158] humana hay momentos de suprema angustia momentos en que el hombre parece estar de sobra en el mundo, pues se metamorfosea en aquel acto en un ente tan extraño respecto a la naturaleza y a la sociedad, como aquellos aerolitos que de vez en cuando se desprenden de la superficie de la luna. En tan deplorable estado parece que el sol os niega su luz y calor, las aguas, su manso y poético susurro; el aura sus frescos y refrigerantes besos, los árboles su amena y deliciosa sombra, los hombres su amistad y compasión, y los animales sus

cantos y caricias...: ¡en el mundo exterior, todo ha concluido para vosotros!... ¡Entonces, el hombre religioso, concentrando su pensamiento, apetece otras regiones más risueñas, suspira por otro sol más vivificante, anhela otra vida más dichosa, y bajando al fondo de su conciencia, explora con avidez todos los repliegues de su corazón, hasta que al fin encuentra a Dios, quien le consuela en su aislamiento, le alienta en su infortunio y le entreabre otros horizontes más diáfanos y resplandecientes!... Tal era mi terrible situación en el acto de pisar esta fragata.

-¡Pobre Eduardo!, pensó el capitán; ¡cuán de veras te compadezco y cuánto admiro tus raras virtudes!

-Al salir del Perú, continuó el joven, una idea atormentaba sin cesar mi afligido espíritu; y era... que debía regresar pobre a mi patria. Empero, reflexionando un poco cristianamente, [159] me consolé pensando que si no volvía al hogar doméstico rico en dinero, ¡volvía al menos a él rico en infortunio, en experiencia, en sufrimientos! Lo cual me parece un buen patrimonio. Educado, pues, en la escuela de la adversidad, ¡he paladeado desde muy niño el duro y amargo pan de la vida!... ¡He derramado copiosas lágrimas; pero lágrimas nobles, lágrimas sublimes que embellecen el rostro del hombre, y que al asomar a los ojos son otros tantos diamantes líquidos que rebosan del precioso tesoro y el corazón!... La linda y delicada planta de la virtud se riega con lágrimas; con lágrimas se escala el reino de los cielos; y si pudieseis arrancar de los sombríos bosques de América o de los dilatados arenales del África el secreto de las gloriosas muertes de tantos insignes campeones del Evangelio, os dirían a voz en grito: «¡Antes de ceñir a nuestras sienes la inmortal diadema del martirio, hemos debido conquistarla derramando raudales de sangre y de lágrimas!...» ¡Nunca, señores, las flores aparecen tan bellas, ni exhalan tan suaves aromas, como cuando sus matizados pétalos están cuajados de las perlas que ha llorado la aurora arrebuja en su radiante manto de púrpura!...

Infiera el lector si las palabras de Eduardo debían de ser frenéticamente aplaudidas por el capitán y mister Brooke.

-En su peregrinación por el árido y fatigoso desierto de la vida, prosiguió el joven, el hombre [160] encuentra algunos raros y pequeños oasis. Allí respira un blando céfiro, goza de una fresca sombra, descansa sobre un mullido aterciopelado césped y humedece sus abrasados labios en cristalinos y serpenteantes arroyuelos: Pero... ¡desdichado! En medio de su efímera felicidad presente olvida sus amarguras de ayer y sus aflicciones de mañana; no piensa que de un momento a otro y cuando apenas habrá tenido tiempo de enjugar el sudor que baña su arrugada frente, será expulsado de aquel Edén, y será preciso que vuelva a pisar por tiempo indefinido los ardientes arenales, exponiéndose a respirar de nuevo el mortífero simoun... ¡Triste y positiva herencia del pecado!

-En efecto, observó el ministro la dicha es muy rara y fugaz en este mundo; ¡y todo nos está indicando que el hombre ha nacido más que para reír, para llorar... más que para gozar, para padecer!

-¿Sería, pues, justo, sería siquiera racional, señores, añadió Eduardo con acento profundamente conmovido, que ahora me impacientara por el tiempo que pueda durar todavía nuestro viaje, yo, que cuando me embarqué creí entrar en un país inhospitalario, y en su lugar me halló un

verdadero Edén, yo, que pensé encontrar a bordo personas antipáticas, y me hallo con un capitán que me hace las veces de padre, y con un amigo que me dispensa toda clase de atenciones?... [161]

Estas palabras, y el tono tierno con que fueron pronunciadas, afectaron sobremanera a los dos interlocutores de Eduardo.

-Aprended, pues, ministro, dijo el capitán después de un breve rato de silencio. ¡Qué lección tan oportuna para los que se impacientan y maldicen su suerte! ¡Oh! Eduardo, aunque muy joven, tiene un inagotable repertorio de saludables consejos, añadió mister Mac-Kievet enjugado con su pañuelo una furtiva lágrima.

-A todos nos alcanzan los consejos de Eduardo, capitán, repuso el ministro con tono de reprensión.

-Es muy cierto, contestó aquel; ¡pero como vos os inquietabais por la duración de nuestro viaje!...

-Comprendo que Eduardo, dijo mister Brooke interrumpiendo bruscamente al capitán, antes de pisar este buque se encontraba en el caso de un naufrago, el cual, teniendo cerca de sí playas desconocidas, delibera en su mortal angustia, si será o no preferible que el mar engulla su cuerpo y que las olas se encarguen de arrojar su cadáver a la playa. Pero, por fin, se decide a abordar la orilla; y allí, en lugar de una soledad espantosa o pensando cuando más hallar hombres hostiles y bárbaros, se ve rodeado inesperadamente de dos amigos que compartiendo su desgracia le consuelan y le ofrecen una generosa hospitalidad; entonces ¡el naufrago llora de gratitud y bendice la mano de la Providencia [162] que le ha amparado!... ¿Es así, Eduardo?

-¡Exacta comparación!, respondió éste enternecido. ¡Oh! ¡Cuánto vale en el infortunio la amistad desinteresada! ¡Qué gozo siente el hombre al encontrar generosos corazones cuyos latidos son el eco de los suyos, cuyos pensamientos coinciden con los suyos, cuyas aspiraciones se identifican con las suyas, y por último, cuyos ojos lloran con los suyos! ¡Qué lenitivo experimentáis en vuestro dolor, pudiendo dar expansión a vuestro oprimido y lacerado pecho! ¡Ah! ¡Cuántos infelices tienen que apurar, solos, la copa de hiel, devorando en secreto el negro pan de su desgracia, y ahogando dentro de sí el fuego la adversidad que abrasa sus entrañas! ¿Qué recurso les queda a estos desdichados para no echarse en brazos de la desesperación?... ¡Oh! ¡Sí! todavía les queda el recurso más poderoso... que imiten a esas aves, que para preservarse los rigores del invierno emigran a otros climas templados; pues cuando la tierra, a menudo ingrata, nos cierra sus puertas; el cielo, siempre compasivo, ¡nos abre las suyas!

-Las palabras de Eduardo me traen a la memoria una escena que presencié en Londres, dijo el capitán. Una tarde me hallaba en una esquina de Regent-street, una de las más largas y espaciosas de la moderna Babilonia inglesa. Desde aquel punto contemplé largo rato, absorto, la tumultuosa corriente de seres humanos que se deslizaba con la majestad de esos anchos y caudalosos [163] ríos de América. Allí vi codearse el lujo con la miseria, oír crujir la seda al rozarse con los harapos. En aquel inmenso y vertiginoso torbellino andaban revueltos los tipos del crimen, de la prostitución, de la avaricia, del orgullo. Allí observé mendigos de ambas sexos (verdaderos naufragos del mar de la miseria), que con la suciedad de sus andrajosos trajes, con la escualidez de sus rostros y con

la melancólica vaguedad; sus miradas, parecían decir a sus antípodas del mundo social: «Tendednos, por Dios, una mano caritativa; suprimid algún adorno en vuestros vestidos; cercenad algún diamante de vuestro pecho, alguna trenza de vuestros rubios cabellos mientras vosotros dormís en blandos y perfumados lechos, coméis opíparamente en regios salones, os pavoneáis con soberbios trajes; nosotros ¡ay!, nos acostamos sobre el duro y húmedo suelo; vivimos en una infecta y reducida habitación; no tenemos siquiera un bocado de pan con que poder alimentar a vuestros numerosos hijos, y apenas podemos ocultar al pudor la desnudez de nuestros cuerpos!...» ¡Ah! Señores, añadió el capitán con tristísimo acento, ¡cuántas lágrimas hubiera enjugado en un momento! ¡Cuántas heridas hubiera cicatrizado si hubiese sido rico como aquellos hombres, que mecidos en lujosísimos coches, rodeados de lacayos y arrastrados por briosos caballos, pasaban como saetas ante mis atónitos ojos!... Os aseguro, señores, que abandoné [164] aquel sitio con el corazón traspasado de dolor.

-Muchas veces he reflexionado sobre la disparidad de fortunas, dijo el ministro, y francamente, en vista de ese enorme desequilibrio pecuniario, no puede uno menos de aplaudir desvelos de esos hombres filantrópicos, que desviviéndose por el bien de la humanidad, se están devanando sin cesar los sesos para dar con un problema (verdadero desideratum de los pueblos) que destruya de un golpe esos irritantes peldaños de la escala social.

-No es esperéis, ministro, ningún alivio para la humanidad, de la filantropía de esos hombres, repuso Eduardo. Es muy dudoso que alguno de ellos haya obrado con recta intención, forjándose y sustentando esas absurdas teorías socialistas y comunistas; pero (creedlo, ministro), es positivo que la mayor parte de doctrinarios han echado a volar esas utopías, para adquirir popularidad, segar fáciles laureles, y llenar sus bolsillos a expensas de los bobos que han dado crédito a su vanas y pomposas promesas.

-¿Os estáis chanceando, Eduardo?, respondió el ministro sorprendido del lenguaje del joven.

-Para que os persuadáis de que hablo con toda formalidad repuso éste, me permitiré dirigiros la siguiente pregunta: ¿Qué entendéis por filantropía?

-¡Toma! La contestación no puede ser más obvia: la etimología de esa palabra griega indica [165] muy explícitamente su objeto. Filantropía equivale pues a ese amor natural e innato grabado en el fondo de nuestro corazón que el hombre siente para con sus semejantes, sin cuyo lazo la sociedad se disolvería irremisiblemente.

-Pues bien; yo tengo para mí, repuso Eduardo, que esa palabra suele tomarse en otra acepción; esto es, en el sentido de amor hacia el prójimo, pero amor humanizado o sea despojado de esa virtud hija del cielo, por otro nombre caridad; y en este caso considero la filantropía como un monstruoso engendro de la filosofía herética, de esa religión científica que algunos incrédulos hacen alarde de que está llamada a sustituir al Catolicismo. Mas el suponer tamaña herejía es lo mismo que decir que los hombres llegarán a inventar una luz artificial que eclipse y haga innecesarios los rayos de ese hermoso y resplandeciente astro que traza

diariamente una gigantesca curva sobre nuestras cabezas. La filantropía es la caridad bastardeada, degenerada, sacada de su suelo nativo, y que al intentar aclimatarla en otro terreno, vegeta tan desmedrada y raquítica como esas plantas exóticas metidas en invernáculos, de las cuales nadie puede formarse una idea de la lozanía y frondosidad que adquieren en su clima originario.

-La filantropía de muchos hombres no es otra cosa que un encubierto y refinado egoísmo, dijo el capitán.

-¡Sí, egoísmo!... El capitán ha usado el verdadero [166] sinónimo de la filantropía de muchos pseudo humanitarios. ¡El egoísmo es la divinización del individuo, es el amor encerrado en los mezquinos límites del yo humano, es el hielo en las regiones del corazón!... ¿Con qué calor pensáis, pues, derretirlo, ministro?

-¡Me estáis aturdiendo, señores! ¡No tal medio de poder sostener la lucha!, replicó mister Brooke sonriendo.

La brusca entrada del despensero en la cámara desvió el cauce del torrente de la conversación de nuestro triunvirato.

-¡Cooper está muy malo!, exclamó el despensero.

-¡Pobre joven!, dijo Eduardo.

-Ya me lo temía yo, murmuró el capitán con voz trémula.

-¿Y no habrá en el botiquín ningún remedio para que ese muchacho viva hasta llegar a Inglaterra?, preguntó el ministro. ¡Son tan tristes las defunciones a bordo!, pensó.

-¡Ah! Señor, todos los mejores remedios del mundo serían ya tardíos para curar al pobre enfermo!, dijo el despensero con tono lastimero.

- VIII -

Aquella misma noche, mientras que el capitán y Eduardo estaban sentados en el sofá de la cámara y el ministro dormía a pierna suelta en [167] su camarote, el segundo piloto se asomó a la puerta de la cámara diciendo:

-¡Cooper está agonizando!

Al oír tan triste noticia, el capitán y nuestro héroe se dirigieron al puente, donde, como sabe el lector, estaba tendido en su hamaca el entonces moribundo Cooper.

Cuando nuestros dos personajes levantaron una punta de la vela que cobijaba el lecho del enfermo, los síntomas de la agonía estaban horriblemente estereotipados en el rostro de éste: los ojos estaban vidriosos y hundidos, la nariz pálida y afilada, los labios cárdenos, la respiración anhelosa, y la boca medio contraída expelía una leve espuma rojiza. El cuerpo del marinero, bañado en un sudor glacial, era preso de horrorosas convulsiones.

Al ver las cadavéricas facciones de Cooper, Eduardo retrocedió instintivamente, sobrecogido de terror.

-Apenas lo empaña, Eduardo, dijo mister Mac-Kievet poco después, al retirar el espejo que acababa de aplicar al aliento de Cooper.

-Lo que siento en el alma, replicó Eduardo designando el cuerpo del marinero, es que ese pobre muchacho muera envuelto en los errores del

protestantismo.

-¡Oh! ¡Sí! ¡Es sumamente sensible, Eduardo!, repuso su compañero. Pero vos habéis hecho todo lo posible durante la larga enfermedad de este infeliz para convertirle a nuestra augusta Religión, [168] y Dios no dejará de recompensar vuestros afanes.

-Es cierto, capitán, que he pasado algunas horas junto a este lecho, exhortando a Cooper con todos los medios que Dios me ha inspirado para arrancarle del error; pero siempre me acuso de haber sido demasiado negligente en esta parte. Con todo, si la enfermedad de este joven no se hubiese agravado tanto desde esta mañana, seguramente que en sus ojos hubiera penetrado la luz pura del Evangelio antes que se cerraran para siempre. Mas ¡quién sabe! Cooper escuchaba con mucha atención y docilidad las cristianas máximas y consejos que me esforzaba en inculcarle en su corazón; ayer me manifestó vehementes deseos de recibir sobre su cabeza las aguas saludables de la gracia; y aunque sea ya tarde, ¡la misericordia de Dios es infinita!, añadió el joven con santo entusiasmo.

Al concluir estas palabras, Eduardo recitó una lacónica oración, y luego, sacando un Crucifijo de bronce que llevaba siempre sobre su pecho, selló con él los fríos labios del marinero. Al contacto de la imagen del Redentor, pareció que todo el semblante del moribundo se animaba con una expresión angelical; sus ojos, poco ha apagados e inmóviles, brillaron girando en sus órbitas como si buscaran con avidez algún objeto en que cebarse, hasta que por fin, se fijaron con insistencia en Eduardo; quien al recibir aquella postrera mirada de gratitud del agonizante, cayó [169] de rodillas al lado de la cama de éste con los ojos anegados en llanto y el corazón henchido de santa esperanza, y luego con las manos cruzadas, levantó los brazos y la vista hacia el estrellado firmamento, exclamando con fervorosísimo acento:

-¡Gracias, Dios mío, gracias!

Dos minutos después, la débil llama de la vida se había extinguido completamente en el cuerpo de Cooper; ¡y el capitán y Eduardo no contemplaban ya más que un cadáver!...

-¡Ha muerto!, exclamó entonces el capitán con sepulcral acento.

-¡Ha muerto!, repitió maquinalmente Eduardo con voz entrecortada por los sollozos.

Antes de volver a la cámara con su compañero el capitán apagó el farol que, colgando de una cuerda se balanceaba sobre la hamaca, y, al retirarse de allí, mister Mac-Kievet (quizás por descuido) dejó destapado el extremo de la vela que debía ocultar la cabeza del difunto por la parte de estribor. Por allí penetraron los plateados rayos de la luna iluminando de lleno el rostro del cadáver.

Acabamos de asistir a la muerte de Cooper; asistamos ahora a sus funerales.

-¡Buenos días, ministro!, dijo el capitán la mañana siguiente al ver a mister Brooke; quien, en tanto que se vestía en su camarote, asomó su cabeza a la cámara.

-¿Qué novedad tenemos? pregunto el hijo de [170] Escocia al notar la demudada fisonomía de su interlocutor.

-¡Que Cooper ha muerto!, respondió el interpelado moviendo tristemente la cabeza.

-¿A qué hora ha muerto?

-Anoche a eso de las doce.

-¿Y duró mucho la agonía?

-Cosa de dos horas, contestó el capitán. ¡Cuánto ha debido de sufrir el pobrecito durante este tiempo!, añadió para sí.

-¿Y por qué no me despertasteis, capitán? No podéis figuraros cuánto siento que ese joven marinero se haya ido al otro mundo enteramente desprovisto de auxilios espirituales: ¡esta idea me horroriza!...

-Tranquilizaos, ministro, se apresuró a contestar el capitán; pues Eduardo ha representado digna y cristianamente junto al lecho del moribundo el papel que a vos os correspondía.

-Sí, pero..., balbuceó el ministro.

-¿Qué queréis decir?

-Que Eduardo no está revestido de mi carácter, ni profesa mi religión, repuso mister Brooke con aspereza.

-Harto patentizó la última mirada de Cooper, que los consuelos del Catolicismo son infinitamente superiores a los del protestantismo, dijo para sí el capitán.

-Hoy vamos a presenciar un espectáculo muy triste, señores, dijo Eduardo saliendo de su camarote y mirando a sus dos compañeros. [171]

-¡Oh! ¡Sí! La muerte es siempre triste, pero lo es incomparablemente más dentro de un buque y hallándose éste a doscientas leguas de distancia de la costa, replicó el ministro. Yo soy de parecer que nos desembaracemos del cadáver arrojándolo al mar cuanto antes, añadió.

-Los católicos no nos damos tanta prisa en enterrar a los muertos, dijo el joven español lanzando una mirada al ministro, pues antes que los cuerpos sean depositados en la huesa, sus almas han recibido ya muchos sufrimientos, es decir, que al emprender éstas el viaje a la eternidad, las cargamos de preciosísimos tesoros espirituales.

-¡Qué frías son las ceremonias fúnebres de los protestantes!, pensó mister Mac-Kievet.

-Aunque no nos faltan oraciones para los difuntos, como veréis luego, Eduardo, somos más sobrios que vosotros en esta materia. Porque, lo que interesa, señores, añadió mister Brooke clavando los ojos en sus dos interlocutores, es que la vida y la muerte del hombre hayan sido buenas: lo demás de nada sirve.

-Por manera, que según vos decís, ministro, replicó Eduardo, los sufrimientos que aplicamos a los difuntos serán completamente estériles, y por lo tanto el dogma del purgatorio puramente acomodaticio.

-¡Quién lo duda!, exclamó el ministro con amarga ironía.

El capitán comprendió que estas palabras iban [172] a dar margen a una larga polémica entre sus dos compañeros, y en consecuencia se apresuró a decirles:

-Señores, dejémonos por hoy de discusiones, y subamos al puente a respirar el aire puro de la mañana. Mientras tanto daré mis disposiciones para que se dé sepultura al cuerpo de Cooper.

-Sí, sí; quitémoslo del buque antes que hieda. No hay nada más nocivo a la salud que ese olor fétido que despiden los cadáveres. ¡Dios mío!, dijo el ministro llevándose la mano a la nariz.

-En este clima la putrefacción no es muy temible, pensó Eduardo, en

tanto que trepaba, precedido de sus dos compañeros, por la escalera que conducía al puente.

Al llegar al puente nuestros tres personajes, se divisaban en el confín del horizonte, hacia la parte de estribor, cinco puntos negros, bastante separados entre sí, que indudablemente eran los topes de los mástiles de igual número de buques.

-Tenemos cinco embarcaciones a la vista, señores, dijo Eduardo al distinguirlos y señalándolos con el índice a sus dos compañeros.

-Tenéis ojos de lince, Eduardo, dijo el ministro después de haber ensayado en vano de descubrir los buques en el horizonte. Yo no alcanzo a ver nada.

-Ni yo tampoco, dijo el capitán, que a pesar de haber agotado toda la potencia del órgano de [173] su visión, fracasó igualmente en su tentativa como mister Brooke.

-El caudal de la vista decrece en razón inversa del de los años, pensó el joven español.

-¡Steward, súbeme mi antejo!, gritó Mac-Kievet.

El dispensero entregaba poco después aquel instrumento óptico al capitán.

-Tiene razón Eduardo, dijo éste descubriendo los cinco buques con el auxilio de su antejo. Y parece que sus rumbos convergen hacia nuestra fragata, añadió.

-¡Rara casualidad!, exclamó el ministro. En los tres meses que llevamos de navegación, no hemos visto tantos buques como hoy.

-Diríase que los ha convocado la muerte, deseosa de dar (5) un gran espectáculo; observó Eduardo señalando las cinco embarcaciones que se iban aproximando.

Así parece, respondió el ministro riéndose de la idea de su joven interlocutor. No creía yo que Cooper tuviera un cortejo fúnebre tan brillante en medio del océano: ¡es digno de un magnate, Eduardo!

-Son dos fragatas, un brick y dos bergantinos, dijo el capitán después de observarlos detenidamente con su catalejo.

Al cabo de dos horas, la brisa fue menguando hasta que casi se convirtió en calma chicha y los cinco buques inmóviles y ostentando su blanco velamen, describían un semicírculo a un radio [174] de media milla del costado de estribor de la fragata Lord Efigham.

Los buques suelen echar mano de un telégrafo de signos para hablarse mutuamente a largas distancias. Este medio de comunicación consiste en unos pabellones de distintos colores susceptibles de infinitas combinaciones, de las cuales resulta un lenguaje jeroglífico de incontestable utilidad y de facilísima aplicación. Este lenguaje náutico se encuentra descifrado en las páginas de un pequeño libro.

Cuando ocurre alguna defunción a bordo, suele izarse el pabellón solamente hasta la mitad del mástil de popa; y si se halla algún otro buque a la vista, éste practica la misma operación que su compañero: es una ovación cosmopolita, convencional y espontánea, con que en alta mar se agasaja a la obra de ese ser, triste, misterioso, devastador, invisible e impalpable que entró en el mundo con el primer pecado y al que llamamos simplemente: «¡La muerte!»

Mister Mac-Kievet mandó, pues, izar el pabellón a bordo de la fragata

inglesa; y tan pronto como la enseña británica ondeó a merced de la floja brisa que reinaba; los cinco buques que estaban a la vista hicieron flotar los suyos respectivos.

-Las dos fragatas de la parte de proa son norteamericanas; el de enmedio es un brick francés y los dos bergantines son ingleses, dijo el capitán recorriendo con su anteojo toda la circunferencia [175] de semicírculo trazado por los cinco buques.

-Permitidme, dijo el ministro tomando en sus manos el catalejo que el capitán tenía en las suyas y dirigiendo su visual a las embarcaciones. Parece que nuestra fragata les llama vivamente la atención, pues en cada buque observo dos otros anteojos cuya puntería nos toma por blanco, añadió.

-Con tal que no sea con cañones de grueso calibre, me importa un bledo que nos apunten, pensó el primer piloto al oír las palabras del ministro.

En aquel momento el capitán dio la orden para que los marineros cosieran en su hamaca el cuerpo del difunto, sin olvidarse de poner un pesado plomo a sus pies.

-Así que Eduardo oyó la orden del capitán, bajó la escalera de estribor de las dos que conducían al puente inferior para contemplar por última vez el cadáver de Cooper antes que estuviera amortajado con su misma cama.

Por efecto de la hinchazón, las horribles huellas de la agonía habían desaparecido de las facciones del difunto (como si el pálido cincel de la muerte se hubiese complacido en hermohear sus lineamientos); de modo que el inanimado rostro de Cooper parecía disfrutar del más apacible de los sueños.

-¡Duerme!, pensó Eduardo viendo con sorpresa que aquel horrible semblante de la víspera [176] estaba ahora tan risueño. Mas ¿qué digo?, continuó el joven moviendo melancólicamente la cabeza como vuelto de su ilusión; ¡duerme! ¡Ah sí!... ¡pero su sueño es el largo y frío sueño de la muerte!... Mas ¿qué importa? ¿Qué habrá sido del torrente impetuoso de los siglos al desembocar y confundir sus aguas con el océano de la eternidad?... ¿Qué otra cosa hace la muerte más que romper y pulverizar el frágil vaso de barro que contiene un inmortal tesoro?... ¡Materialistas! Vosotros que allá en vuestra delirante imaginación fraguáis esos sistemas insensatos e impíos; vosotros que os vanagloriáis de que vuestro cuerpo no es más que un puñado de materia organizada, y por consiguiente os cabe el insigne honor de colocaros aun debajo el bruto y de no distinguiros del vegetal y del ser inorgánico, ¿por qué tembláis ante la idea de la muerte?... ¿Por qué esa hija del pecado os amedrenta con sus negras alas y glacial hálito, si en los infalibles axiomas de vuestra sublime ciencia tenéis la certeza de que no sois más que polvo?... Sí, sí; antes que la antorcha de vuestra inteligencia se apague para siempre en el lodazal, disfrutad enhorabuena de los cortos días que pueda durar vuestra existencia; recread vuestros oídos con músicas impregnadas de sensual melodía; abrigad muellemente vuestros afeminados cuerpos; saboread exquisitos manjares; deleitad vuestra vista en impúdicas pinturas y vuestro olfato en embriagadores y voluptuosos perfumes. Combinad [177] en vuestra fantasía imágenes lascivas e irreligiosas; anegad vuestra carne en

un mar de groseros deleites, ¡y emplead, finalmente, vuestra lengua y vuestra pluma en atacar, destruir y hasta en aniquilar las creencias católicas!...

Al llegar aquí Eduardo se detuvo un minuto como agobiado bajo el peso de sus reflexiones, y luego prosiguió:

-¿Qué importa que hayáis enmudecido de asombro ante el maravilloso espectáculo de la naturaleza? ¿Qué significa que las excelsas ideas de moralidad, justicia y santidad hayan sublimado alguna vez el vuelo de vuestros sentimientos? ¿Qué quiere decir que vuestro corazón haya dilatado su esfera de infinitos deseos impeliéndoos a querer perpetuar vuestra existencia o cuando menos vuestro nombre? ¿Qué importa que una acción virtuosa o heroica haya hecho brotar alguna lágrima de vuestros ojos? ¿Qué importa, por último, que vuestra frente altiva, revelándoos la nobleza de vuestro origen y destino, os haga levantar vuestra vista al cielo donde mora vuestro eterno Padre?... ¡Pura ilusión! ¡Loca quimera!... ¡Todo, todo ha de perecer! ¡La tierra os ha engendrado, ella es vuestra madre y vuestro sustento, ella es quien debe tragáros en sus hediondas y tenebrosas entrañas!...

Pero... ¿y si os hubieseis equivocado?... ¡Ah! Pero... ¡en este caso permitidme que me estremezca de horror por vosotros!... Si en lugar de no ser más que materia organizada, tuvieseis un alma de [178] distinta sustancia que el cuerpo y destinada a la inmortalidad; si así como vuestra parte que material gravita hacia la tierra, vuestra alma gravitará hacia el cielo; si Dios hubiese creado la portentosa obra del universo, esparciendo y regulando con su omnipotente mano el curso de los millones de fulgurosos cuerpos que nadan en la inmensidad de la azulada bóveda celeste, y hubiese formado nuestro planeta cubriendo su vasta y dura corteza de montañas, vegetales y de toda clase de seres animados, y aprisionado los mares en los continentes; si al sacar el hombre del polvo, le hubiese infundido un soplo de su divino e inmortal aliento, revelándole asimismo una Religión para que la criatura conociera y rindiera el debido culto a su Autor, y el hombre infringiendo el precepto divino se hubiese abierto una profunda sima de males para sí y para toda su descendencia; si Dios, compadeciéndose de la triste suerte de la humanidad decaída, hubiese enviado a la tierra a su propio Hijo para que reparara y sellara con su preciosísima sangre el delito perpetrado por el primer hombre; y si el Hijo de Dios nos hubiese dejado un cuerpo de doctrina sublime que nos trazara el camino del cielo; de cuyo cuerpo de doctrina fuese la Iglesia la única depositaria y encargada de perpetuarla íntegra hasta la consumación de los siglos... ¿Qué diréis, materialistas, en este caso? ¿Qué descargos alegaréis en vuestro favor, en presencia del soberano e irritado Juez?... ¡Ah!... [179] ¡Cuán amarga y funesta será vuestra decepción, cuán tardío vuestro arrepentimiento! ¡Cuán impotente vuestra rabia infernal, y cuán eternamente terrible vuestro castigo!

Al terminar su largo apóstrofe, Eduardo oró un breve rato con fervor. Enseguida hizo la señal de la cruz sobre la helada frente del difunto, estampando en ella un ardiente beso.

A la sazón los marineros estaban tomando el té delante de su cámara, desde donde atisban a sus anchas todos los movimientos del joven español.

-Mister Eduardo parece muy bueno; pero es fanático como todos los

españoles e irlandeses, dijo un marinero mascando un pedazo de negro tabaco.

-¿Qué está diciendo ahora delante del cadáver?, preguntó otro marinero a sus compañeros designándoles a Eduardo. ¡Qué tontos son los católicos! ¡Orar por los difuntos, es decir, por los que no sienten, ni oyen, ni hablan, ni comen! Cuando habremos estirado la pata, nos aprovecharán tanto las oraciones como el humo que sale de mi pipa. ¿Eres de mi opinión, Starling?

-Sí, sí, Barker; cuando habremos cerrado estas dos ventanas, respondió el interpelado aplicándose una mano sobre cada ojo; todo será negro para nosotros. Mister Eduardo pierde el tiempo y gasta en vano su saliva rogando por Cooper: [180] es lo mismo que si yo hablara con la taza que tienes en la mano, Freeman, añadió mirando a este y soltando una ruidosa carcajada.

-¿Y quién os ha asegurado a vosotros que no hay nada detrás de la puerta? ¿Habéis estado alguna vez en el otro mundo?, preguntó en tono de reprensión un viejo marinero escandalizado del lenguaje herético de sus dos compañeros. ¡Me gustan estos muchachos por su ligereza de cascos! ¡Como si ellos hubiesen muerto alguna vez para asegurar con tanta insolencia que en el otro mundo no hay nada! ¿Eh?, añadió refunfuñando entre dientes.

Los dos marineros que fueron objeto de la juiciosa y oportuna reconvencción de su viejo compañero, se encogieron de hombros y cruzaron un guiño de mutua inteligencia.

-Mira, Burden, dijo otro individuo de la tripulación. ¿Ves como mister Eduardo da un beso en la frente de Cooper?, añadió riendo.

-Siendo así, bien puedo yo besar la fea cara de mi pipa, repuso un tercero besando con cómico frenesí el mamarracho de la pipa que tenía en su mano.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, prorrumpieron todos los marineros a coro.

La aparición del contraestre hizo cesar las risotadas de los marineros, a quienes comunicó las órdenes que había recibido del capitán.

En tanto, Eduardo permanecía hecho una estatua [181] en la contemplación del cadáver que tenía ante su vista; hasta que el contraestre le dijo en términos muy corteses:

Mister Eduardo, tened la bondad de haceros a un lado; porque los marineros van a descolgar la hamaca.

-Bien, bien, respondió el interpelado dejando el paso libre a la tripulación.

El baño helado del cabo de Hornos ha acortado su existencia, dijo el contraestre mirando a Eduardo y señalándole el cadáver con la mano. Y a mí me ha quitado diez años de vida, murmuró entre dientes.

-Cooper hizo un gran disparate embarcándose; y sobre todo siendo el viaje tan largo, observó el joven español.

¡Ah!, bastante se lo dije yo, señor (repuso un joven marinero), cuando fui a verle en el hospital del Callao; pero Cooper no quiso tomar mi consejo. ¿Qué va a decir su pobre madre cuando la participe que su hijo ha muerto en alta mar?

-¿Conque conocéis a la madre de Cooper?, preguntó Eduardo con triste acento y fijando la vista en su interlocutor.

-Somos de un mismo pueblo, señor. El padre de este muchacho también murió en el mar hace dos años; y la desconsolada viuda no tenía otra esperanza que en su único hijo, añadió designando el difunto. ¡Pobre mujer, va a morir de pesar!

-De cada día me voy convenciendo de que [182] este mundo no es más que un terrible destierro, pensó nuestro héroe mientras que volvía a reunirse con el capitán y mister Brooke que se paseaban por el puente. No es preciso andar mucho en el áspero sendero de la vida para tropezar con negras tribulaciones: pero ellas son la sal que preserva la corrupción del mundo moral, y el fuego que acrisola el oro de nuestra alma.

Cuando el capitán vio, que Eduardo subía al puente, se separó de mister Brooke, e hizo una furtiva señal con la mano al joven español para que éste le siguiera a un ángulo del puente.

Al aperebirse del llamamiento mímico de mister Mac-Kieviet, Eduardo acudió al sitio donde había retirado el primero.

-Eduardo, dijo el capitán en voz baja; para nosotros, Cooper ha muerto dentro del gremio de la Iglesia católica; pero a los ojos del ministro ha expirado en el seno del protestantismo.

-¿Qué queréis decir?

-Que acaso el ministro se daría por ofendido, si vos aparentabais quitarle su derecho en lo concerniente a la ceremonia fúnebre.

-Veo que el asunto es un poco arduo, repuso el joven. No obstante todo puede conciliarse; pues sin dar a entender al ministro que trato de usurparle su ministerio, dejaremos que haga la ceremonia según el rito protestante; en tanto que nosotros dirigiremos interiormente nuestras humildes preces al Altísimo para el eterno reposo del alma de Cooper.

[183]

-De modo, que nosotros rogaremos con nuestro corazón católico, al propio tiempo que mister Brooke rogará con su boca protestante, ¿es eso?, replicó el capitán apretando cordialmente la mano de su interlocutor:

-Habéis comprendido exactamente mi idea, capitán.

-¿Qué secreto se estarán comunicando?, se preguntó a sí mismo el hijo de Escocia oyendo el cuchicheo del misterioso sotto voce de sus dos compañeros.

Entre tanto, los marineros tendieron el cadáver sobre el puente; lo envolvieron y cosieron en su misma hamaca, atando enseguida un grueso plomo a los pies.

Así se observó que los marineros habían terminado su tarea, el capitán miró al ministro diciéndole:

-Vamos, mister Brooke, ha llegado la hora de desempeñar vuestra misión.

-Sí, sí capitán; voy a buscar el manual que tengo en mi camarote, respondió el ministro deslizándose por la escalera interior del buque.

Cinco minutos después, el ministro y sus dos compañeros salían por la puerta de la derecha del comedor en dirección al punto donde se hallaba el cadáver, el cual fue colocado sobre una corta escala que, a la llegada de nuestros tres personajes tenía una posición horizontal, descansando por un extremo sobre la pared del buque, [184] y por otro en los hombros de dos marineros. El cuerpo del difunto estaba tendido en dirección de babor a estribor; de modo que sus pies miraban a las cinco embarcaciones que

circuían aquella parte de la fragata, desde una respetable distancia.

En la zona marítima que se hallaba el Lord Efigham, son bastante frecuentes los temibles vientos pamperos, los cuales, partiendo de las eminentísimas cordilleras de los Andes (esa columna vertebral del vasto continente americano); se desatan, y rugen con espantosa furia, por las inmensas llanuras o pampas de la república argentina; conservando toda su violencia, hasta una distancia prodigiosa de la costa. En los continentes, las rachas huracanadas de los pamperos, arrancan de cuajo los árboles y a veces derriban las casas; y en el Atlántico, no es raro que desarbolen y hagan naufragar los buques.

Cuando empezó, pues, la ceremonia fúnebre, eran las diez de la mañana, y por una anomalía inexplicable, la brisa era tan suave, que parecía encadenada por el negro y robusto brazo de la muerte. El cielo estaba tan sereno como era compatible con aquellas regiones geográficas; el sol enviaba a la atmósfera torrentes de luz pajiza; algunas bandadas de albatros se cernían en los aires; y la plana, límpida y cerúlea superficie del mar, reflejaba en lontananza las imágenes de los cinco buques, cuyas tripulaciones se veían encaramadas en las vergas, en las cofas, y aun [185] en los topes de los mástiles; desde donde contemplaban con ávida curiosidad la patética escena que se representaba a bordo de la fragata Lord Efigham.

Así que mister Brooke abrió su libro, y se quitó el casquete que adornaba su cabeza, todos los circunstantes se descubrieron respetuosamente. En aquel acto, la tripulación se agrupó en la parte de la proa y junto a la escala que sostenía el cadáver y el ministro y sus dos compañeros formaban de frente en la parte opuesta. El más profundo silencio reinaba así en el interior como el exterior del buque. Todo el mundo guardaba una actitud grave y digna: hasta los mismos marineros que poco ha profirieran las palabras sarcásticas e impías parodiando la religiosa conducta de Eduardo, traslucían en sus pálidos y curtidos rostros, que sus corazones no eran enteramente ajenos a lo imponente de la ceremonia.

El ministro leyó con entonación lúgubre y vigorosa algunos versículos del oficio de difuntos.

Al terminar su lectura, el ministro lanzó una mirada a los dos marineros que sostenían la escala, diciéndoles:

-Levantadla.

Entonces los marineros levantaron la escala por el extremo que se apoyaba en sus hombros, y el cadáver resbaló por la pendiente cayendo al mar con estrépito, y atravesando con la velocidad del rayo las capas de agua que encontraba al paso.

Dos segundos después, la cristalina superficie [186] del océano trasparenteaba una larga espiral blanquecina compuesta de las burbujas de aire introducido por la rápida inmersión del inanimado cuerpo de Cooper; y al propio tiempo las tripulaciones de los buques, que (como hemos dicho) presenciaban la triste escena desde lejos, agitaban vivamente las gorras y pañuelos en el aire, como si hubiesen querido indicar con su mudo y enérgico lenguaje: «Acabamos de ver cómo el mar ha engullido la presa en su insondable seno; nuestro corazón se ha conmovido y nos asociamos de veras a vuestro sentimiento».

Apenas se hubo borrado la huella del paso del cadáver, al hundirse éste para siempre en el abismo, cuando todo el mundo se dispersó en silencio, los marineros se retiraron a su cámara de proa; el capitán, sus dos compañeros y los pilotos a la de popa, y las tripulaciones de los cinco buques desaparecieron, como por ensalmo, de sus respectivas arboladuras.

Eduardo estaba arrebatado por las vivas y distintas impresiones que había experimentado durante aquel triste y grandioso espectáculo. Así fue, que separándose de sus dos amigos, se metió en su camarote para dar pábulo a sus reflexiones.

-Sí; decía el joven español así que estuvo solo; cuando el hombre, desprendido de todo lazo terreno, da una mirada en su interior, siente que es débil y pequeño; pero hay circunstancias en que se ve forzado a anonadarse en su misma [187] pequeñez y nulidad. Hasta ahora no había medido toda mi insignificancia. ¿Y quién, Dios mío, no había de sentirse confundido durante ceremonia? En aquel momento el vuelo (6) de mi imaginación me presentó esta fragata como un botecito habitado por unos cuantos granos de arena animados, meciéndose en la inmensidad del océano teniendo por techumbre el espacio infinito; por cánticos, unas palabras impregnadas de terrible sublimidad que han desgarrado el velo de dieciocho siglos llenando de espanto a los malvados y de gozo a los justos: palabras proféticas que nos sirven de elevadísimo y resplandeciente faro para que entreveamos y saludemos de lejos la consumación de los tiempos; por espectadores, algunos insectos casi imperceptibles flotando sobre cinco cáscaras de nuez en el vastísimo lecho de las olas; por víctima, un grano de fría ceniza arrojado al espacio; y finalmente, por antorcha, un astro tan antiguo y más de un millón de veces mayor que el mundo; un astro destinado a alumbrar a todas las generaciones de la tierra, cuyas altas montañas ha visto cubiertas por las aguas del diluvio; que ha acompañado a los israelitas en su cautiverio, a los persas en sus batallas, a los griegos en sus conquistas, a los romanos en sus triunfos, al divino Redentor en su afrentoso patíbulo, a los bárbaros en su invasión, al inmortal genovés en su portentoso descubrimiento, ¡y que actualmente inunda de luz y de vida más de la mitad de nuestro planeta! [188]

Al declinar de la tarde, se levantó una fresca brisa de sudoeste.

La fragata inglesa navegaba, pues, viento en popa y a todo trapo, y las cinco embarcaciones, siguiendo distintos derroteros, fueron alejándose a pasos agigantados; en términos, que cuando el sol apagó su globo de fuego en el océano, matizando de un vivo color de naranja los celajes del occidente, la silueta de las cinco arboladuras se dibujaba ya en los más remotos confines del horizonte. Así fue, que antes que la noche entoldara el espacio con su melancólico velo de crespón negro, habían desaparecido de la vista los desconocidos espectadores y aun el sitio del océano donde había tenido lugar el espectáculo. ¿Quién podrá encontrar jamás aquel sitio?... ¡Ah! en los cementerios de la tierra, la mano del hombre coloca algunas cruces y sombrías flores sobre las frías cenizas de sus antepasados; ¡pero el vastísimo cementerio del mar no admite otras flores que la blanca y fosforescente espuma, ni otras cruces que el ojo eterno y universal de Dios!...

- IX -

Eduardo y sus dos compañeros, impresionados por la triste ceremonia de la mañana, se acostaron aquella noche más temprano que de costumbre.

A eso de las once, el contraмаestre y el segundo [189] piloto, que estaban de cuarto, fumaban tranquilamente, sentados en un banco del comedor.

He aquí la conversación que entablaron ambos personajes:

-Parece que la muerte de Cooper nos ha traído el viento favorable, dijo el piloto golpeando a la mesa con la boca de su pipa para que se cayera la ceniza.

-Hombre; preferiría que el muchacho estuviera vivo a trueque de quince días de calma chicha, repuso su interlocutor teniendo sus codos apoyados en la mesa y la cabeza encajonada entre ambas manos.

-Pues yo no soy de vuestra opinión; porque de todos modos Cooper tenía que morirse otro día; y así no ha hecho hoy más que lo que haremos nosotros mañana.

-Sí, pero todos deseamos pagar la terrible deuda lo más tarde posible, ¿eh?, respondió el contraмаestre.

Y diciendo esto, nuestro hombre salió al puente (que iluminaba la opaca claridad de la luna), y alzando la vista, divisó en las jarcias (y precisamente sobre el lugar de la escena de la mañana) un objeto blanco que se agitaba a impulsos de la brisa.

Aquella extraña visión trastornó por completo el cerebro del pobre contraмаestre, quien tomó aquel objeto por un fantasma, y hasta le pareció que de allí salía una voz sepulcral que le decía: [190] «No tengas miedo; soy tu amigo Cooper». Entonces la exaltación del supersticioso marino llegó a su colmo; de suerte que se precipitó en el comedor con los cabellos tiesos como varillas de hierro y lanzando un agudo grito de terror.

-¿Qué es eso, Dios mío?, preguntó el piloto con ansiedad y levantándose de su asiento; sorprendido del estridente grito del contraмаestre y de la brusca irrupción de éste en el comedor.

-Que..., balbuceó el azorado contraмаestre enjugándose con su callosa mano el frío sudor que bañaba su atezada frente.

-¿Qué habéis visto? ¡Hablad pronto!, dijo su compañero con tono imperioso.

-Es... que...

-¡Qué! ¡Veamos, qué!, respondió su compañero, descargando una fuerte patada contra el suelo.

-Que me ha parecido...

-Y bien ¿qué os ha parecido?, repitió el piloto mordiéndose los labios de impaciencia.

-Ver... el alma de Cooper, dijo el contraмаestre un tanto recobrado de su mortal susto como sonrojado de su pueril confidencia.

-¿Y dónde la habéis visto, supersticioso?, preguntó su interlocutor prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada.

-¡Pues qué! ¿Os reís, John?, repuso el contraмаestre extrañando que el piloto no participara de su alarma. ¡Por Satanás que si el fantasma no

ha huido, podréis convencerlos con vuestros [191] propios ojos de que mi miedo tiene algún fundamento!

Entonces el contraamaestre cogiendo al piloto del brazo, le arrastró vigorosamente consigo hacia el puente diciéndole con voz trémula:

-¡Todavía... está allí!

-¿Dónde?, preguntó chanceándose su compañero.

-No veis... John... allá arriba..., dijo su interlocutor con voz entrecortada por el terror, y designando con el dedo el objeto blanco.

El duende que creyó ver el cándido contraamaestre, era simplemente una camisa que había lavado un marinero y que luego tendió en las jarcias para que se sacara; y efectivamente, visto aquel objeto desde el punto en que lo divisó el contraamaestre por primera vez, tenía todas las apariencias de un blanco espectro, cuyas apariencias adquirirían más visos de verosimilitud, estando el ánimo bajo la triste impresión del acontecimiento de aquel día.

El piloto fue quien descifró el terrible enigma derribando con el soplo de la serenidad y de la razón el miedoso castillo de naipes que había levantado la exaltada fantasía de su compañero; de modo que sin dar oídos a las palabras de éste, se adelantó con paso firme, no parando hasta colocarse debajo del espantajo; y al apercibirse de la inocente equivocación de su compañero se reía como un loco, diciendo:

-¿Estaréis ahora convencido de que sois el [192] mayor supersticioso que sustenta la tierra? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

El contraamaestre alentado por la conducta resuelta y varonil del piloto fue acercándose insensiblemente a éste, cuyas sarcásticas risotadas produjeron la escarlata en las mejillas del primero.

-Todo el mundo está sujeto a equivocarse, John, dijo entonces el confuso contraamaestre tratando de ocultar su vergüenza; pero tengo por seguro, que desde el punto en que descubrí esta maldita camisa por primera vez, hubierais jurado por vuestro honor que era un aparecido vestido de blanco. ¡Y sino a la prueba, John, a la prueba! ¡Venid acá! ¡Venid!, prosiguió atrayéndose a su interlocutor, cuyo cuerpo hacían bambolear las convulsiones de risa. ¿No os parece ahora un fantasma, John, aun sabiendo que no lo es? Si me contestáis que no, creeré que me decís lo contrario de lo que sentís.

El piloto no pudo menos de inmutarse a pesar suyo, cuando al dirigir su vista a la camisa, observó que los pliegues de esta parecían trazar una cabeza de monstruo con todos sus pavorosos detalles.

El contraamaestre se aprovechó de la momentánea sensación de su compañero para preguntarle con aire de triunfo:

-Y bien, ¿qué os parece, John?

-En efecto, mirado desde aquí... repuso piloto confesando involuntariamente su sorpresa. [193]

-¿Qué queréis decir? Vamos, este espantamuertos ya ha caído como yo en la trampa, añadió el contraamaestre para sí.

-¡Nada!, que observarlo desde aquí, tiene algo de semejanza con un espectro, replicó el interpelado procurando disimular su sorpresa.

-¡Bah!, dejaos de retóricas, John. Sed franco: poneos en mi lugar, y confesad que os hubierais asustado tanto o más que yo, dijo el contraamaestre creyendo que el piloto se daría por vencido.

Pero éste se apresuró a reparar artificiosamente la brecha de su turbación contestando con sequedad:

-No; porque mis ojos no ven más que la realidad, y no creo, como vos, en apariciones de muertos.

-Mejor hubierais dicho: «Creo en apariciones, pero digo que no creo en ellas para no tener, pero digo que no creo en ellas para no tener que confesar mi debilidad», pensó su interlocutor.

-Cooper está sin duda ya despedazado por un tiburón; y a estas horas, la parte más grande de su cuerpo tiene el tamaño de una avellana. ¿Creéis que se puede volver del otro mundo en tal estado? El creer en apariciones de difuntos es sólo propio de niños de teta, y no de hombres que, como vos, han salido victoriosos en cien combates contra los negros y los piratas, dijo el piloto con tono de represión y entrando en el comedor con su compañero. [194]

El contraмаestre era un hombre de cincuenta y cinco años; superlativamente fornido; y que había dado relevantes pruebas de valor personal durante su larga y azarosa carrera de marino. Pero sucede que hay hombres que serán verdaderos héroes en tratándose de desafiar el peligro de una tormenta; o de asaltar una fortaleza presentando con denuedo su pecho al plomo enemigo, y sin embargo, si tales hombres viajan solos en una lóbrega noche por un camino desierto; no habrá árbol que no se ofrezca a sus ojos como un terrible gigante; el bramido del viento azotando las ramas basta para acelerarles los latidos de su corazón; y si hallándose en un aposento oyen crujir un mueble o chillar un ratón en medio del silencio nocturno, se sobresaltan como pudiera hacerlo la mujer más espantadiza.

Evidentemente, todos los hombres presentamos un flanco débil aun en aquello en que nos preciamos de poder supeditar a los demás. Así lo reconocieron también los pueblos antiguos, cuando al ofrecernos a Aquiles como la más encumbrada personificación del heroísmo, nos dicen, sin embargo, que aquel famoso guerrero era vulnerable por el talón del pie.

Aunque toda la tripulación de la fragata inglesa sabía que el contraмаestre era muy supersticioso; con todo, a los ojos de los marineros nuestro hombre gozaba del concepto de valiente; así era que todos le trataban con el más profundo respeto y le obedecían a ciegas. [195]

El viejo marino (que se ahuecaba como un pavo real al pensar en su reputación justamente adquirida) no quería, pues, desacreditarse empañando su larga y brillante hoja de servicios con una debilidad de mujer. La negra pesadilla del pobre hombre en aquella ocasión era la siguiente:

-Si la gente de mi mando llega a traslucir este malhadado suceso, ¡estoy perdido sin remedio!

Las frases saturadas de punzante ironía pronunciadas por el segundo no cayeron en saco roto para el contraмаestre; quien haciendo una última tentativa para atenuar cuando menos su falta, dijo volviéndose a su compañero:

-Todos los hombres tenemos un flaco, John: unos nos apasionamos por el juego, otros por las faldas, y otros por el zumo de uva. Así, pues, cada uno tiene bastantes defectillos que enmendar.

-Aquí tenéis un hombre (dijo el piloto con aire altanero dándose fuertes palmadas sobre el pecho y mirando de hito en hito a su interlocutor) que ama entrañablemente las tres cosas que acabáis de

nombrar, y lejos de ruborizarse por ello, se honra con poseer lo que para vos podrán ser defectos; pero que al ver de la gente sensata, son cartas de recomendación. Para mí, no es aquel que no fuma, no galantea, no juega y no bebe, ¿lo entendéis?, añadió con [196] acento socarrón y tarareando una especie de himno báquico.

Este conjunto de irrisiones cayó como un chorro de agua helada en el ánimo del sencillo contramaestre; quien, habiendo agotado ya toda su retórica, se parapetó en su última e inexpugnable trinchera; es decir, en la fuerza bruta.

-Si crees que soy un cobarde; dijo el viejo marinero con acento de matón y lanzando rayos de sus ojos, te propongo aquí mismo un combate a puñetazos.

A estas palabras siguió una horrenda blasfemia.

-No acepto el pugilato, respondió el piloto algún tanto desconcertado por la imponente actitud de su compañero. No, no quiero batirme con vos: tenéis los puños demasiado fuertes ¿eh?

-Pues bien, ya que no quieres batirte conmigo, repuso el contramaestre empuñando rápidamente con su huesuda y gigantesca mano el cuello de su interlocutor; prométeme formalmente no decir nada de lo sucedido a los marineros; de lo contrario... te estrangulo, ¿lo oyes?

Y al decir esto apretaba convulsivamente el cuello de su víctima, la cual sufría atrozmente, pues la mano del contramaestre le magullaba la garganta como si la tuviera cogida entre unas tenazas.

Entonces el piloto, temiendo que su opresor ejecutara al vivo su terrible amenaza, hizo un [197] esfuerzo sobrehumano para decir con voz comprimida:

-No... no... diré... nada.

A estas palabras el vengativo marino soltó su presa, diciendo:

-Júrame, John, que guardarás el secreto.

-Os lo juro por mi honor, respondió el piloto con la docilidad de un niño.

-Confío en vuestra promesa, John. Y ahora vengan esos cinco, dijo a su compañero con acento de júbilo y estrujando la mano del piloto entre la suya.

Por fortuna para el contramaestre, la brigada de marineros que estaban de guardia se habían retirado a su cámara de proa, y mister Benson, el carpintero y el despensero dormían profundamente en sus camarotes del comedor con las puertas cerradas.

Solamente Eduardo oyó desde su cámara algunas frases del animado diálogo entre el segundo piloto y el contramaestre; pero el joven español estaba demasiado absorto en las reflexiones que le sugirió el patético acontecimiento de la mañana para escuchar lo que pasaba en el comedor. He aquí sobre qué versaba el soliloquio de Eduardo.

-Acaso Dios habrá hecho cruzar una terrible duda por la mente de la madre de Cooper (la duda de la muerte del idolatrado fruto de sus entrañas); acaso aquella desconsolada mujer, presa de tan fatídico presentimiento, abandonando esta [198] misma noche el hogar doméstico, habrá corrido desolada y llorosa hacia la solitaria playa de su pueblo; y allí habrá apostrofado a la naturaleza entera para que le descifrara el enigma que destrozaba su corazón maternal; y la naturaleza ablandada y

conmovida por los ardientes ruegos de aquella desventurada madre le habrá revelado el horripilante secreto. El misterioso zumbido de la brisa le habrá revelado: «Ayer recogí el último suspiro de tu hijo». En el plateado disco de la luna habrá leído: «Ayer iluminé su cadáver». Y finalmente, las olas le habrán indicado con su espantoso fragor: «Hoy hemos tragado su cuerpo». Entonces aquella mujer con su rubia y sedosa cabellera esparcida al viento, golpeándose fuertemente el pecho, se habrá prosternado sobre la húmeda arena, y poseída de un vertiginoso delirio, habrá alzado sus desencajados y despavoridos ojos al cielo, diciendo con desgarrador acento: «¡Dios mío, volvedme mi hijo!... ¡El fruto de mis entrañas!... ¡La vida de mi vida!... ¡El báculo de mi vejez!...». Pero ¡infeliz!... nadie te responde... tu voz se pierde en el tenebroso e incommensurable vacío... ¡Tu hijo no volverá!...

Si al menos profesases la religión del Crucificado, ¡ah!, entonces podrías mitigar tu mortal congoja contemplando su lastimosa y divina imagen; podrías enternecerte ante su desfigurado rostro, cubierto de la sangre que chorrea su cabeza atravesada por penetrantes espinas; podrías [199] reclinarte sin temor sobre sus hombros cárdenos por el imponderable peso de la cruz de nuestras iniquidades; podrías besar con confianza las horribles llagas de su sacratísimo costado, y por último, ¡podrías regar con tus lágrimas sus augustos pies taladrados por agudísimos clavos!... ¡Oh! ¡Qué bálsamo no aplicarías a tu lacerado corazón! ¡Qué lenitivo no experimentarías en tu acerbo dolor!...

Mas enjuga tu llanto, buena mujer; porque tu corazón maternal no ha quizás adivinado que a tres mil leguas de distancia y en medio de la inmensidad del océano, palpita otro corazón que con la llave de oro de la doctrina cristiana ha procurado abrir a tu idolatrado hijo las puertas del único cielo que existe: ¡del cielo católico! Un corazón que ha representado tu maternal papel junto a su lecho de muerte, y que en los últimos instantes de la vida de tu hijo, quizás cuando su alma salía de la tenebrosa cárcel de su cuerpo, ha visto una resplandeciente aureola sobre su cadavérica frente; ha oído resonar por el aire cánticos de celestial alegría, y que tal vez ahora los Ángeles están ya tejiendo inmortales coronas para adornar su cabeza!...

¿He dicho que no volverías a ver a tu hijo?... Sí, ¡volverás a verle! No puedo asegurarte cuándo; pero voy a decirte en dónde: En un sombrío valle de Judea, después que la trompeta del Ángel del juicio atronando y haciendo bambolear los cimientos del universo, convocará ante [200] el trono del Hijo del hombre a todos los pueblos y naciones que habrán aparecido sobre la ancha faz de la tierra; las cuales se levantarán del fondo de su tumba con un clamoreo y confusión inmensos; cuando el sol y la luna cubrirán su horrorizado rostro con un velo de sangre; ¡cuando al desplomarse la infinita bóveda de los cielos, se entrechocarán horriblemente en su caída sus innumerables astros, haciendo pedazos la grata máquina del mundo!... ¡Cuando, en fin, los reproches se estremecerán de horror, al comparecer ante el tremendo tribunal del supremo e indignado Juez para oír de su boca el pavoroso grito de maldición eterna!... ¡Entonces los malvados, poseídos de una rabia infernal, querrán volver al polvo!... Mas ¡desdichados! ¿No veis que el efímero reinado de la muerte ha sido devorado, por el imperio de la eternidad?... ¿No sentís, acaso,

que vuestros cuerpos son ya inmortales?... Pero ¡ah! Sois inmortales, sí... ¡Terrible inmortalidad, torturada por desgarradores pensamientos, envuelta en un torbellino de llamas y acompañada de legiones de espantosos demonios!...

Haciendo estas reflexiones el sueño se apoderó de Eduardo; y entonces le pareció ver a Jesucristo majestuosamente sentado en su tremendo tribunal, teniendo delante de sí a todas las generaciones; las cuales se desarrollaban como un inmenso océano de cabezas humanas.

A la derecha del trono de Jesucristo había una [201] caverna, cuya enormísima boca hubiera engullido la más grande montaña de la tierra como si fuese un grano de arena. De allí salía un diluvio de llamas que se prolongaban hasta una altura prodigiosa como millones de gigantescas culebras rugientes y encendidas, cuyo tinte y fetidez infundían un mortal estupor y melancolía. Al través de aquel siniestro fulgor se columbraban por doquiera enjambres de horrores monstruoso con lenguas y ojos de fuego que hacían bambolear la tierra con el ruido de sus largas y pesadas cadenas.

Por aquel antro infernal eran precipitados los asquerosos cuerpos de los réprobos, con la misma furia que las turbulentas y espumosas aguas (al despeñarse de una elevadísima cascada), ¡tan pronto como el soberano juez había fulminado con voz aterradora el fallo de condenación eterna!...

De la derecha del tremendo tribunal arrancaba una escalera de finísimo oro que se perdía de vista en el firmamento; en cada escalón observó Eduardo dos Ángeles de incomparable hermosura que, con sus cuerpos incrustados de deslumbrante pedrería, formaban una balaustrada de encantadora perspectiva. Por en medio de los celestes espíritus, iban subiendo los predestinados, llevando trajes más blancos que el ampo de la nieve, y con sus radiantes frentes coronados de azucenas.

En lo alto de la escalera descollaba arrogante [202] y esbelta como el cedro del Líbano la Reina de las vírgenes, ostentando su riquísimo traje de emperatriz de los cielos, en cuyo rostro estaba condensada toda la belleza de los Querubines, y que con una deliciosísima sonrisa hacía a los bienaventurados los honores de su palacio de inefables e imperecederos goces. A la derecha de la Virgen había un venerable anciano, cuya dulce mirada traslucía las más heroicas virtudes: más allá se distinguían en hermosísimos y variados grupos los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, las Vírgenes y todos los Santos del paraíso.

Del fondo de aquel cuadro de celestial embeleso se destacaba una colosal nube de color de rosa cuajada de esmeraldas, cobijando los tronos del Padre eterno y del Espíritu Santo, cuyos rostros emitían torrentes de vivísima luz que irradiaba e iba a concentrarse, como en un foco, en la cara del Verbo desde su tremendo tribunal.

Por el aire impregnado de suavísimos perfumes divagaban millones de coros de Ángeles con alas de armiño ribeteadas de oro y teniendo en sus manos arpas de marfil, cuyas primorosas cuerdas hacían vibrar con sus dedos de nácar; sacando de ellas tan armoniosos sonidos, que en su comparación todos los que despiden las más superiores músicas de la tierra no son otra cosa que el horrísono fragor de las olas. [203]

- X -

Según Copérnico o Galileo, la esfera terrestre había girado veinte veces y media sobre su eje de seis mil años, desde la noche en que el pobre Cooper exhaló su último suspiro, en cuyo intervalo el elemento atmosférico, mostrándose propicio, redondeaba graciosamente el velamen de la fragata Lord Efigham, la cual se deslizaba como un colosal fantasma vestido de blanco sobre el líquido y azulado pavimento de los mares.

La comida de a bordo, que se verificaba a las dos de la tarde (como hemos consignado ya en las primeras páginas de esta relación de viaje), se reducía a algunas tajadas de carne salada de origen antdiluviano y a un plato de arroz insípido; decimos insípido, porque el cocinero era muy lerdo en el arte culinario; y esta circunstancia era muy agravante en los sencillos guisados que salían de sus manos.

Durante la comida se servían sendos platos de humeantes patatas cocidas al estilo inglés; cuyo tubérculo gusta tanto a los hijos de las orillas del Támesis, que como es sabido, lo comen a guisa de pan o galleta.

En la época a que nos referimos al encabezar este capítulo, la fragata, merced al viento favorable, había ganado ya la latitud de las costas meridionales del imperio del Brasil; y por una [204] punible imprevisión del despensero, como se verá ulteriormente, los víveres se iban agotando a bordo. El agua potable también empezaba a escasear; pues en el deshecho temporal nocturno del cabo de Hornos, un golpe de mar arrebató dos grandes pipas que estaban sólidamente amarradas en ambos lados del palo de mesana.

El almuerzo de cada uno de nuestros personajes en la cámara del capitán consistía en un par de huevos hervidos, un poco de manteca y una galleta: una taza de té coronaba tan parco desayuno.

Una mañana de abril reanuda el roto hilo de nuestra narración. Eduardo, el capitán y mister Brooke estaban sentados a la mesa de la cámara esperando el almuerzo, y extrañando ya que el despensero no se acordara de que sus vacíos estómagos reclamaban imperiosamente el cotidiano alimento:

-Según estoy viendo, dijo el ministro lanzando una mirada a sus dos compañeros, el despensero querrá que hoy mortifiquemos nuestros cuerpos con el ayuno. ¡Diablo! ¡No estamos de acuerdo con los católicos respecto de la abstinencia y del cilicio!, añadió en sus adentros.

-¡Steward! ¡Steward!, vociferó el capitán al oír las palabras de mister Brooke.

-¡Sir!, respondió el interpelado asomándose enseguida a la cámara con aire compasivo y paseando en torno suyo una inquieta mirada.

-¡Cómo! ¿No nos traes todavía el almuerzo?, [205] preguntó el capitán extrañando la cachaza del Steward.

-No, sir, contestó éste con voz débil y temblorosa.

-Pues ¿en qué estás pensando? ¿No ves que es ya muy tarde?

-¡Ah! sir, es que... los huevos se han concluido, balbuceó su interlocutor.

-Una ligera sonrisa, se dibujó en los labios de Eduardo y del ministro.

-¿Cómo ha sido eso? ¿Es posible que nos hallamos comido ya la provisión de huevos que hicimos en el Callao? ¿Estás acaso soñando?, replicó el capitán con un acento que revelaba la más profunda sorpresa.

-¡Ojalá lo estuviera!, murmuró el despensero entre dientes.

-¿Estás en tu cabal juicio? Hombre, ve corriendo a registrar todos los rincones de la despensa, quizás... continuó mister Mac-Kievet.

-Es inútil; sir, repuso el despensero, meneando tristemente la cabeza.

-¡Si se los habrá comido ese bribón!, cuchicheó mister Brooke casi al oído de Eduardo.

Cuando el hijo de Escocia hubo terminado su corta y débilmente pronunciada frase, a Eduardo le dio una irresistible pasión de risa, y para cubrir el expediente no tuvo otro remedio que llevar su pañuelo a la boca con disimulo. El joven español estaba sentado en una silla de tijera, vuelto de espaldas al despensero y enfrente del [206] capitán y de mister Brooke, que ocupaban el sofá.

-Veamos, pues; explícanos cómo han desaparecido los huevos en tan poco tiempo, dijo el capitán con tono sarcástico. A mí nadie me la pega, añadió para sí, dirigiendo una severa y escrutadora mirada al compungido rostro de su interlocutor.

-¡Ah! sir, contestó éste con acento de tristeza; en la terrible noche de la tormenta se vino al suelo el barril que los contenía y se rompieron muchas docenas de ellos. ¡Si hubieseis visto aquella tortilla!, continuó dirigiendo su vista a los dos pasajeros; aquella sí que podía llamarse con razón la reina de las tortillas.

Al oír la contestación del despensero, Eduardo daba fuertes mordiscos a su pañuelo para no reventar de risa; y el ministro, al ver las extrañas contorsiones de la cara de su compañero, se aplicó la palma de la mano sobre la boca para reprimir una carcajada. Únicamente mister Mac-Kievet resistió la carga sin pestañear, y diciendo con tono de enojo:

-A ti no se te puede pillar nunca infraganti. ¡Es tan cómodo echar la culpa de todo a la tormenta, eh! ¡Como si empezaras hoy a navegar para no tomar tus precauciones! ¿Por qué no me avisaste al menos con oportunidad, majadero?

-Hay circunstancias que se burlan de todas las precauciones, capitán; y a fe mía que la danza que tuvimos en las regiones circumpolares es [207] muy atendible para disculpar la falta de este hombre!, dijo el ministro saliendo a la defensa del pobre despensero.

-¡Oh! ¡Si le conocierais tan a fondo como yo, ministro!, repuso el capitán con amarga ironía. No he visto en mi vida un hombre más negligente. Ahora yo quiero concederos, ministro, que, como vos decís, hay casos excepcionales que dan al traste con todas las precauciones imaginables, y que uno de tantos fue la tormenta que experimentamos en el cabo de Hornos: pero ¿cuál es entonces el deber de un celoso despensero ¿está o no obligado a avisar con oportunidad al capitán, para que éste tome, si es posible, las medidas que reclama la situación? Pues ¿y si de repente nos hubiésemos hallado sin provisiones de ninguna clase, estando a doscientas o más leguas de distancia de la costa, hubiera esperado este pedazo de alcorcho a que nos muriéramos de hambre para decirme: «Capitán, hemos apurado todas las provisiones»?», añadió lanzando una

furibunda mirada al despensero.

-Es que... temía... balbuceó éste tímidamente.

El despensero estaba derecho e inmóvil como un poste en medio de la cámara, con la vista fija en el suelo, y en la actitud de un delincuente cuando está aguardando que caiga sobre su cabeza el fallo del juez.

-¡No pretendas excusarte, truhán!, continuó mister Mac-Kieviet con severidad. El día que dimos [208] sepultura al cuerpo de Cooper, teníamos cinco buques a la vista; ¿por qué no me avisaste entonces? ¿Qué dices a eso? ¿No respondes? ¿No veis, señores, qué despensero tan previsor tenemos a bordo?, continuó el capitán clavando alternativamente los ojos en sus dos compañeros. Os aconsejo que lo toméis para administrar vuestros patrimonios. ¡Qué orden, qué economía tan admirable reinaría en todos vuestros negocios! ¿Es o no verdad lo que digo, señor despensero?

Éste continuaba en su inmovilidad y oyó la intencionada interpelación del capitán, sin pestañear ni despegar los labios.

-Ha sido una omisión involuntaria, capitán, y por lo tanto perdonable, dijo Eduardo compadecido de la embarazosa situación del despensero. Por mi parte, me conformo de buena gana con las consecuencias.

-Yo también, se apresuró a responder mister Brooke.

-Os doy las gracias por vuestra indulgencia, señores; pero creed que siento infinito que a los pasajeros no se les trate como es debido, pues hasta el presente puedo vanagloriarme de que nadie se ha quejado de mí tocante a este punto; ¿Qué nos vas a dar ahora en lugar de huevos?, prosiguió el capitán con sarcástico acento y lanzando una penetrante mirada al despensero.

-¡Qué sé yo, sir!, repuso el petrificado marino con voz débil y temblorosa.

-Pues si tú no lo sabes, bribón, ¿a quién debo preguntarlo? [209] ¿Os gusta el pudding, señores?, añadió volviendo el rostro a sus dos compañeros,

-Muchísimo, capitán, contestaron ambos a coro.

-Siendo así, prosiguió éste dirigiendo la vista al despensero, podrás darnos pudding; porque supongo que habrá todavía bastante harina y pasas de Corinto.

A estas palabras, el rostro del macilento despensero tomó una expresión más sombría, como si se hubiese dicho en sus adentros: «Ya estalló el trueno gordo».

-Sí, sir, hay pasas de Corinto; pero en cuanto a la harina... repuso el pobre hombre.

-¿Qué quieres decir?, preguntó con asombro el capitán al observar la perturbación de su interlocutor.

-Que una buena parte de harina se perdió en la salsa blanca del comedor, sir, respondió el despensero con timidez.

La contestación de éste excitó la hilaridad de Eduardo y de mister Brooke; quienes cambiaron una rápida mirada de inteligencia, mordiéndose los labios de risa. Empero no sucedió lo propio con el enojado capitán; porque, las palabras del despensero, cayendo como gotas de aceite sobre el fuego, no hicieron más que avivar la llama que ardía en su pecho.

-¡Habrás visto un avestruz como éste!, exclamó el capitán palideciendo de ira. [210]

-Y diciendo esto se levantó bruscamente del sofá; recorrió con una instantánea, y tremenda mirada la superficie de la mesa, como si buscara con afán algún objeto; y, descubriendo en uno de sus ángulos el diccionario de Eduardo, se abalanzó hacia él como el tigre sobre su presa; y un segundo después lo arrojaba como una bala a la cabeza del despensero, quien resistió el terrible choque de aquel proyectil de nueva especie, con una impasibilidad pasmosa, y sin desviarse una línea del sitio en que parecía tener clavados los pies.

-Dispensad, señores, dijo a poco el capitán volviendo el rostro hacia sus compañeros; y como arrepentido de su acción. Cuando uno tiene que tratar con bestias..., añadió encolerizado y encogiéndose de hombros.

Eduardo y mister Brooke contemplaban silenciosos aquella desagradable escena.

-Me da lástima este hombre, pensó el joven español mirando de reojo al despensero. Dejadle en paz, capitán, dijo luego. Gracias a Dios el viento continúa favoreciéndonos. Ya comeremos patatas cocidas o cualquier cosa. Lo que importa es que tengamos buena gana como hasta hoy: la salsa del apetito es la mejor de las salsas. ¿Sois de mi opinión, ministro?

A estas palabras el despensero levantó tímidamente la vista, dirigiéndola a Eduardo como para manifestarle su agradecimiento.

-Sí, sí, Eduardo, estoy con vos, respondió [211] el ministro. Eolo nos protege, la salud no nos falta, tenemos patatas, té, manteca, galleta, arroz y carne salada; ¿qué otra cosa podemos apetecer?, dijo el ministro sonriéndose.

Todos los comestibles que acababa de enumerar el ministro se hallaban en efecto a bordo; pero en pequeñas cantidades, exceptuando la galleta, de la cual había un acopio para tres meses cuando menos.

El lenguaje cortés y desinteresado de Eduardo y de mister Brooke calmó un tanto la exaltación de mister Mac-Kievet, quien dijo al marino con ademán severo:

-Anda, márchate de mi presencia, tunante, y no vuelvas a poner más los pies en esta cámara, o si no voy a imponerte el mismo castigo que a mister Benson, que hartó merecido lo tienes. Pero debes únicamente mi clemencia en este momento al noble proceder de estos dos caballeros, prosiguió el capitán designando con la mano a sus dos amigos. ¡Sal de aquí, antes que no te rompa la crisma! ¿Lo oyes?

Y al pronunciar esta última frase, el capitán amenazó al despensero con sus robustos puños, y luego dejándose caer en el sofá, dijo para sí:

-Pasajeros de tan excelente carácter como Eduardo y el ministro, no se encuentran en el mundo entero.

El despensero no quiso dar lugar a que el capitán repitiera su terminante orden y pusiera por obra su severa amenaza; de modo que nuestro [212] hombre salió incontinenti de la estancia; cabizbajo y diciendo para sí:

-Vamos; soy el más afortunado de los mortales.

-Sed más indulgente para con él, capitán, dijo Eduardo designándole la puerta que acababa de cruzar el despensero. Bastante ha sufrido el pobre en su interior, mientras ha estado nuestra presencia. Y por otra parte, el porrazo que ha recibido en la cabeza ha sido regular.

-¡Bah!, esta gente tiene el cráneo y los cascos muy duros, Eduardo,

dijo el ministro.

-Es cierto, repuso el capitán con una ligera sonrisa.

-Como quiera que sea, mi diccionario pesa más de una libra, y ha sido arrojado con mucha furia, observó Eduardo en tono de chanza y bajándose para recoger su libro, cuyas cubiertas se habían desprendido del lomo de resultas del choque.

-A buen seguro que más daño ha recibido este libro que el despensero en su cabeza; dijo el ministro sonriéndose al ver que Eduardo ensayaba de ajustar con la mano derecha las cubiertas al diccionario que tenía en la otra mano.

-Cuando llegemos a Inglaterra os compraré otro, Eduardo, dijo el capitán al observar el deterioro que había sufrido el libro.

-Ya hablaremos de eso más tarde, capitán, respondió el joven en tono festivo.

-Es muy sensible, señores, para nuestra conservación [213] individual, el que con todas estas cosas no hayamos almorzado todavía. Pido, pues, al capitán su indulgencia para con el despensero, y confío que mi petición no será desairada, dijo el ministro intercalando dos o tres bostezos en sus palabras.

-Yo suplico al capitán que acepte vuestra petición, ministro, dijo Eduardo.

-Señores, no puedo menos de acceder a vuestros ruegos, repuso el capitán sonriéndose y alargando una mano a cada uno de sus dos compañeros.

-Así me gustan los hombres, dijo el ministro retirando su mano de entre la del capitán. ¡Steward!, añadió.

-¡Sir!, contestó el interpelado medio lloriqueando y asomando tímidamente su cabeza a la cámara.

-El capitán te perdona, continuó mister Brooke; pero con la condición de que en adelante procurarás cumplir mejor con tu deber, ¿no es así, capitán?

-¿Te crees acreedor a mi clemencia, tunante?, repuso este lanzando una ceñuda mirada al marino.

-No sir, contestó el interpelado con voz trémula y débil.

-Pues bien; si te perdono esta vez, da por ello las gracias a estos dos caballeros, ¿entiendes?, dijo mister Mac-Kievet con acento terrible.

-I thank you sirs a thousand times, o sea: [214] «Mil gracias, señores»; dijo el despensero con gazmoñería y dirigiendo una mirada de gratitud a Eduardo y al ministro.

-Vamos, tráenos pronto un plato de patatas cocidas, dijo éste.

-Allá voy, sir, replicó el despensero con voz más firme.

Y poniendo súbitamente una cara de pascua se dirigió con presteza hacia la cocina.

El despensero veía desde algunos días suspendida la espada de Damocles sobre su cabeza; pero no se atrevía a descubrir su imperdonable incuria al capitán: de suerte que esperaba que la bomba estallararía de un momento a otro; y ciertamente que no podía figurarse salir tan bien librado del atolladero.

Cuando el despensero volvió a penetrar en la cámara, puso sobre la mesa un gran plato de humeantes patatas, con gran satisfacción del hambriento triunvirato.

El contento del despensero era tal en aquella ocasión, que ni siquiera se acordó de que media hora antes había recibido en su cabeza un fuerte golpe de diccionario con sus cuarenta mil vocablos.

Fue una feliz casualidad para nuestro hombre que, cuando el exasperado capitán le arrojó el diccionario, no hubiese encima la mesa algún plato u otro objeto más contundente; pues en este caso, el desenlace de la escena tenía probabilidades de ser trágico. [215]

Como hemos indicado en otro lugar, los víveres de toda clase (excepto la galleta) se iban apurando. Así, pues, el despensero no tenía grandes motivos para regocijarse; puesto que no ignoraba que dentro de tres semanas su posición empeoraría; en términos, que esta segunda vez era muy probable que el capitán, desoyendo las súplicas de los amables pasajeros, le castigaría severamente. Empero, aunque nuestro hombre divisaba tan cercana aquella negra nube en el horizonte de su porvenir, con todo, confiaba que la Providencia les depararía un buque para abastecerles de los comestibles de que iban a carecer: esta idea tranquilizaba el espíritu del despensero.

En cierto modo, todos los hijos de Adán, cualquiera que sea el lugar que ocupemos y el papel que desempeñemos en la vasta escena del mundo, nos encontramos en el caso del despensero de la fragata Lord Efigham. Y si no: ¿quién es el hombre despreocupado que ha visto alguna vez enteramente despejado el horizonte de su porvenir? ¿Quién ha bogado mucho tiempo viento en popa y a todo trapo por el proceloso océano de la vida sin divisar el menor escollo? ¿No es verdad que toda nuestra existencia es una no interrumpida fluctuación entre el horrendo y negro abismo del temor y la bella y sonrosada aurora de la esperanza?

El hombre que no experimenta en sus adentros esa inevitable alternativa, es, o porque no se ha desarrollado el germen de su razón, y yace [216] envuelto en el más desgraciado idiotismo, o porque la luz intelectual, ofuscada por la densa e impura atmósfera del vicio, está oculta bajo una espesa capa de cieno.

Aunque en la felicidad humana caben infinitos grados, ello es que casi siempre, y para todos, la fuente del placer destila gota a gota, al paso que la del dolor brota a raudales.

¡Pues qué!, (preguntará acaso el juicioso lector), ¿no habrá en el mundo una región pura, una tierra hospitalaria en donde el hambre pueda fijar sus plantas y gozar siquiera de alguna tranquilidad en los breves días que debe permanecer en este valle de lágrimas? Sí; afortunadamente para nosotros existen esta región serena y ese país amigo en el seno del Catolicismo: allí está el frondoso árbol a cuya fresca y apacible sombra encontraréis grato reposo; el robusto báculo para apoyaros en la adversidad; el amigo fiel para daros saludables ejemplos y consejos; el bálsamo que sanará las heridas de vuestro canceroso corazón; la coraza de bronce para resistir los rudos embates de vuestros enemigos, y, finalmente, ¡una nave para conducirnos al puerto de salvación eterna!

nuestros tres personajes, se [217] le hubiera hecho agua la boca al ver el envidiable apetito con que comían las patatas.

El aire del mar es de suyo un buen estimulante, de modo que a muy pocos marineros mata la inapetencia.

-¡Cáspita! ¡Y qué sabrosas están, Eduardo!, exclamó el ministro metiéndose una cucharada de patatas en la boca. Si mi mujer me sorprendiera comiendo con tan excelente apetito este plato de patatas, yo, que en mi casa era tan exigente en este punto, ¡bien podría ella echarme en cara mi inconsecuencia! Mi esposa va a encontrar un gran cambio en mis antiguos hábitos domésticos: estas transformaciones sólo pueden hacerlas los largos viajes marítimos.

-¡Su mujer! ¡Su esposa!, exclamó Eduardo sonriéndose y clavando los ojos en el capitán.

-¡La esposa de un señor ministro protestante!, repuso éste. ¿No es verdad, Eduardo, que el nombre de esposa en boca de un ministro suena al oído?, añadió el capitán dirigiendo una significativa mirada al joven.

-Confieso francamente, respondió éste; que aun prescindiendo de la inmoralidad, el matrimonio de los ministros protestantes es cosa que me parece sumamente ridícula.

-Vosotros ridiculizáis todo lo que no os acomoda, repuso el hijo de Escocia con severidad y volviéndose hacia sus dos compañeros. El matrimonio considerado religiosa y filosóficamente es [218] una institución divina que coloca al hombre en su verdadero terreno. Nosotros aceptamos el himeneo como una pesada cruz; y es preciso que os persuadáis, señores, de que sobrellenándola con paciencia y resignación, se alcanza un grado de virtud que raya en lo sobrenatural. Eduardo no lo sabe todavía; pero vos, capitán, podéis decir por experiencia propia si mi opinión es o no errónea.

Las palabras del ministro hicieron asomar una ligera sonrisa a los labios de Eduardo y del capitán, quien hizo un signo afirmativo para demostrar su aquiescencia a la opinión de mister Brooke.

-¿Puede haber nada más grato y meritorio para el hombre, señores, continuó éste, que el verse rodeado de una numerosa prole a la cual ha procurado con ahínco educar e instruir? ¿No se siguen de aquí grandes y positivos bienes para la sociedad? Porque la familia, señores, es el manantial de la sociedad; y cuando las aguas de éste manan cristalinas, entonces la imagen de la sociedad se refleja en ellas con toda su pureza; entonces el carro social puede deslizarse, sin trabas, por la pendiente del progreso y la civilización. Los hombres que no quieren doblar la cerviz a la coyunda del matrimonio y no conocen el sublime lazo de la familia, son excluidos en el otro mundo de las excelsas prerrogativas a que es acreedor el ministerio de la paternidad; son árboles [219] estériles e indignos de que la tierra les sustente, y, según las palabras de Jesucristo, ¡deben arrancarse y echarse al fuego!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con gran energía.

Es cierto que el matrimonio entraña un gran principio moral y religioso, y que esta divina institución ha sido consagrada por el Catolicismo, repuso Eduardo; pero esto no implica que el celibato eclesiástico no sea también otra institución divina e infinitamente más homogénea con la elevada misión del sacerdocio.

-¿Sabéis, Eduardo, por qué la Reforma abolió el celibato clerical?, preguntó el ministro.

-Porque de esta manera quiso hacer más llano el camino del cielo, dijo para sí el capitán.

-Lo sé, contestó Eduardo, es que la Reforma supo dorar la píldora, excluyendo de su seno todo lo que humilla y mortifica; de modo, que con incalificable astucia suprimió la confesión, el celibato del clero, los ayunos, el rezo, etc. Los delirantes y fogosos heresiarcas del siglo XVI mutilaron el sagrado cuerpo de nuestra doctrina so pretexto de depurarla de todo lo superfluo o dañoso. Empero quince siglos antes que aparecieran en el mundo los primeros reforzadores, señor ministro, el grandioso y bello cuadro del Catolicismo estaba a concluido: nada faltaba ni sobraba en él; todas las generaciones admiraban y se prosternaban atónitas ante el sublime e inimitable colorido que reflejaba el genio de su [220] divino Artífice; ¿por qué, pues, una mano profana osó ensuciar aquella obra maestra con su grosero pincel?

-¡Muy bien!, exclamó el capitán.

-Despacio, Eduardo, dijo el ministro viendo que su contrincante argüía con calor; moderad vuestros bríos, de lo contrario renuncio a discutir con vos en lo sucesivo. La ardiente imaginación española se exalta con mucha facilidad; los ingleses somos menos propensos al entusiasmo; pero en cambio, siendo nuestro cálculo más frío, es naturalmente más certero, añadió con aspereza.

-Es posible que el temperamento flemático que predomina en vosotros y los alemanes, respondió el joven español volviéndose hacia sus dos compañeros, influya en la templanza y lucidez del raciocinio. Pero las controversias religiosas, hiriendo la fibra más sensible del corazón; enardecen el espíritu e inflaman la sangre como los licores alcohólicos. ¡Cuando el corazón está hecho un volcán, es muy natural que la boca vomite ardiente lava, ministro!

El más vehemente de todos los sentimientos es indudablemente el sentimiento religioso: cuando éste habla, enmudecen el amor de la patria, el de la familia y todas las demás secundarias afecciones.

El sentimiento religioso imprime su benéfica e indeleble huella en todos los grandes partos del entendimiento humano; él es el que impulsa la [221] pluma del escritor, el pincel del artista, la espada del guerrero, el numen del poeta, la elocuencia del orador: este mismo sentimiento es el que transporta al sacerdote a las regiones ultramarinas, infunde valor al mártir, asiste al enfermo, socorre al pobre, instruye al ignorante, viste al desnudo, ampara al huérfano, encamina al extraviado y cierra los párpados al moribundo.

Cuando la religión ocupa en el corazón del hombre el lugar que le corresponde, la conciencia no puede menos de alarmarse contra cualquier acto; palabra o recuerdo atentatorios al sagrado objeto de nuestro amor.

Por otra parte, la religión católica cuando se practica con toda fidelidad, infunde una convicción tan íntima, y algunas veces, hasta una intuición de todas las eternas verdades que componen el augusto símbolo de nuestra fe; que, estando el ánimo tan firmemente asociado a su creencia, parece de todo punto imposible, no sólo que haya nadie en el mundo que pueda llevar su osadía hasta insultar y denigrar sus inmutables y divinos

dogmas; sino aun, que todos no los crean y adoren a ciegas. ¿Qué mucho, que cuando uno está bañado en un océano infinito de luz infinita e increada, se pame de que muchos vivan rodeados de espesísimas tinieblas?

No extrañemos; pues, que Eduardo; arrastrado por su rotundo sentimiento católico, discutiera algunas veces con calor.

Nada puede irritar más al hombre poseído de [222] un celo ardiente y de una fe viva, que una horrible blasfemia o un sacrílego acto contra el objeto más grato y sagrado de su corazón: esto es lo que los incrédulos blasonan de no comprender. He aquí el argumento del escéptico en esta materia: «¿No nos decís a cada paso que vuestra religión es el amor, por esencia? ¿Por qué, pues, os enojáis contra nuestros ataques? ¡Insensatos! ¿No veis, por ventura, que nuestro enojo dimana de nuestro mismo amor? ¿Permaneceríais, acaso, impassibles ante el asesino de vuestra esposa o de vuestra madre? ¿No derramaríais hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de la inocente e idolatrada víctima?

No nos hagáis, pues, ningún cargo por nuestra indignación, cuando atacáis impiamente los objetos más dignos de nuestro acendrado y puro amor; porque hasta los irracionales se encargarían de refutar vuestros sofismas, con sus admirables instintos. En efecto: ¿no os está indicando el espantoso aullido de la hiena, desde el fondo del desierto, que le han arrebatado sus cachorros, los pedazos de su maternal corazón?

Si algunas veces, como hemos dicho, Eduardo inflamado de un celo apostólico, se exaltaba momentáneamente en tanto que refutaba los argumentos de su adversario, muy pronto su exaltación se trocaba en dulzura, pensando en el precepto de su Religión; por el cual estamos obligados a amar al prójimo y a reprenderle con suavidad en su extravío. Entonces el semblante y [223] metal de voz de Eduardo traslucía la más profunda humildad: «nada de acritud en mi lenguaje», decía en sus adentros el joven español al advertir su cristiana exaltación.

Bien puede afirmarse que el Catolicismo es la religión del amor. Éste se destaca del fondo de todos sus inescrutables misterios, y de sus sublimes preceptos.

¿Quién trajo al mundo a nuestro divino Redentor? El amor hacia la criatura decida. ¿Cuál fue el móvil de su predicación? El amor. ¿Por qué se consumó el sacrificio del Calvario? Por el amor. ¿Quién hizo brotar de los lívidos y augustos labios de Jesucristo palabras tiernas y sublimes de clemencia hacia sus mismos verdugos? El amor. ¿Qué objeto le movió por último a dejarnos en prenda de nuestra redención su místico y sacratísimo cuerpo para alimento y salvación de nuestras almas? El amor; el amor llevado hasta lo infinito.

-¿Qué otra religión se nos presenta con tan brillantes títulos? ¿Buscaremos el amor en el alfanje y brutalidad del islamismo? ¿Lo encontraremos, acaso, en el espantoso cisma que desgarras las innumerables sectas protestantes? ¿Iremos a hallarle, por último, en los monstruosos errores y barbaridades del paganismo y de la idolatría? No, mil veces no: la flor del divino amor que exhala sus suaves perfumes en el vergel del corazón, está fecundada por la luz pura de la verdad, que reside en el entendimiento. [224]

No busquéis, por consiguiente, amor en las falsas religiones: ¡el error es frío, es tenebroso, es egoísta, es cruel!

Así, pues, desistid de vuestro temerario y sacrílego intento, buscando el amor desinteresado, el amor depurado del barro de la tierra fuera del Catolicismo: todas las tinieblas del universo no os darán un átomo de luz, ni con todos los millones de ceros que os sugiera la imaginación compondréis la unidad.

El ministro reconvenía injustamente a Eduardo por los chispazos de santo entusiasmo que éste demostraba de vez en cuando en las controversias religiosas; pero esto podía ser también un trivial pretexto que alegara el hijo de Escocia para esquivar sutilmente el enojoso tema de la conversación.

Un hombre de cincuenta años, ilustrado y celoso de su reputación como lo era mister Brooke debía necesariamente de sentirse humillado cuando su imberbe rival le hacía morder el polvo durante la contienda. De ahí probablemente, el sistemático empeño del ministro en dar otro giro a las cuestiones que mortificaban su amor propio y atajaban sus pasos: esto es una confesión tácita de mala causa que se defiende. Cuando el incrédulo ve con sorpresa que todos sus capciosos argumentos han sido desmenuzados con las cortantes armas que nos suministra nuestra augusta Religión, se halla impensadamente encerrado en un círculo de hierro, hasta que la satánica astucia [225] le sugiere el medio de evadirse por la tangente.

¿Deduciremos, pues, de las anteriores premisas, que el embozado reproche del ministro era la saludable y oportuna amonestación del buen amigo, o inferiremos más bien, que la destemplada advertencia del hijo de Escocia era el grito desgarrador del náufrago desesperando encontrar una tabla donde asirse?... Abandonamos el fallo de nuestra proposición al juicio imparcial y razonado del lector.

Eduardo, lejos de irritarse de la extremada intolerancia de su antagonista, se acusaba a sí mismo de sus exabruptos oratorios e invocaba el auxilio divino para que enfrenara su ardor: «¡Dios mío!, exclamaba el piadoso joven, concededme humildad; haced que mis palabras salgan de mi boca, no como un torrente devastador, sino que fluyan de mis labios con dulzura a fin de que caigan sobre el empedernido corazón del ministro cual benéfica y mansa lluvia; mirad con ojos de compasión esta oveja, descarriada, y cargándola amorosamente sobre vuestros divinos hombros, ¡conducidla a vuestro aprisco!»

Desde aquel instante nuestro héroe hizo el firme propósito de moderar sus transportes de santo entusiasmo en sus polémicas con el ministro, a quien se le fue cerrando de cada día la mejor válvula de seguridad en sus apuros dialécticos; pues el joven español, con el auxilio de la divina [226] gracia, logró dominarse por completo en poco tiempo.

El capitán deploraba la exquisita susceptibilidad del ministro, tanto más cuanto que conocía que aquello era efecto de la debilidad vergonzosa con que éste debía de parar los rudos golpes de su joven contrincante: «Es muy duro, señor ministro, declararse vencido por un niño; y por esto queréis esgrimir armas de mala ley», se decía a sí mismo mister

Mac-Kievet.

Tres cosas retraen, a nuestro ver, a mucho esclarecidos ministros de la Reforma, de entrar resueltamente en el puerto seguro de nuestra Religión: el tener que combatir y sofocar las pasiones que se han enseñoreado ya de su corazón; la pérdida de una pingüe dotación del

Estado, y en definitiva, el temor de que, por el mero hecho de abrazar las nuevas creencias, tendrán que renunciar a antiguas y queridas relaciones y amistades.

Estos tres obstáculos son, indudablemente, otros tantos escollos donde naufragan los débiles esfuerzos de los que pugnan por salir del tristísimo estado de vacilante ansiedad en que se encuentra su espíritu. Pero ¿es lógico, es procedente, que por obstinarse en conservar lo que de suyo es deleznable y que se nos escapa de las manos, nos adormezcamos en las sombras del error exponiéndonos a sabiendas a perder la herencia eterna?

El hombre debe, ante todo y a despecho de [227] todo, enderezar sus pasos hacia la senda de la verdad, a cuyo luminoso polo tiende sin cesar el entendimiento humano.

El alma es naturalmente cristiana, según Tertuliano; pero el cuerpo, como salido del polvo, y recordando siempre su humilde origen, se inclina hacia la tierra; al paso que el alma, siendo un reflejo de la Divinidad, aspira constantemente al cielo de donde procede: de ahí esa lucha terrible y sin tregua entre el espíritu y la materia.

La dignidad del hombre estriba en que la segunda sea esclava del primero. Mas ¿dónde encontraremos armas para obtener una brillante y decisiva victoria sobre las continuas rebeldías de nuestro espíritu? ¿Dónde?... ¡En los inmensos arsenales de la religión católica!

Además, el hombre que busca sinceramente la verdad, la halla sin gran trabajo. ¿Preguntareis, acaso, por su distintivo? Escuchad las palabras de un sabio de nuestro siglo: «El error es tan feo y diforme, que necesita muchísimos atavíos para seducirnos, al paso que la belleza irresistible de la verdad se nos impone por su misma sencillez».

La verdadera doctrina lleva tan profunda e indeleblemente grabado el sello de la verdad infinita, que no puede absolutamente confundirse con el error, por más que éste se emboce y engalane; pues así como al contemplar las maravillosas obras del universo, decimos a pesar nuestro: [228] Aquí está el dedo de Dios; o al leer las sagradas e inspiradas páginas de la Escritura sentimos el soplo de la Divinidad. Así también, el gozo indecible que experimentamos en el fondo de nuestra conciencia al practicar la virtud, nos hace exclamar con entusiasmo: ¡Ésta es la amorosa voz de Dios!

Cuando despertando del profundo letargo del error y del vicio, corremos desalados en pos de la verdad, Dios nos allana y acorta el camino. Y sino, ¿cómo se concibe que tantos hombres ilustres, pero engolfados en el tenebroso e insondable piélago del error, de la noche a la mañana hayan desdeñado todas las riquezas, placeres y honores con que les brindaba el mundo volviéndole decididamente la espalda? ¿Diréis, por ventura, que esos hombres han prevaricado?... No por cierto; porque con sus austeras virtudes y sus inmortales escritos darían un solemne mentís a vuestra absurda imputación. ¿Cómo se explica, pues, el cambio súbito y radical en la conducta de tales personas? ¿Cuál puede ser la causa de ese raro fenómeno moral? He aquí descifrado el enigma: es que un rayo de luz divina, penetrando en sus ofuscados entendimientos, ha infundido el calor en sus helados corazones.

Advertimos, quizás demasiado tarde, que nos hemos desviado de nuestro

primordial objeto defraudando las esperanzas, y acaso, abusando de la atención del lector. No se nos oculta, que [229] cuando uno lee relaciones de viajes, viaja con la imaginación, y por consiguiente, no quiere tropezar con obstáculos que retarden su carrera; sino que, asido fuertemente del hilo de la narración, espera creciente avidez el desenlace de variadas e interesantes escenas. Pero, tenemos para nosotros que por delicioso y pintoresco que sea el país que se recorre, cuando el viaje es algo largo, se entra con gusto en las posadas que de vez en cuando se encuentran al borde del camino; allí se descansa un rato, se sacude el polvo del vestido, se toma un refrigerio, y luego se prosigue la marcha con nuevo vigor.

- XII -

El ministro había tenido sobrada ocasión de medir la fuerza dialéctica de su joven adversario, y sentía su inferioridad, y casi impotencia, para luchar con el cuerpo a cuerpo.

Mister Brooke no era tan miope para dejar de ver que las súbitas e intermitentes llamaradas que salían de vez en cuando de la boca de Eduardo durante la palestra, eran efecto más bien que del orgullo del vasto incendio de celo religioso que abrasaba su pecho. Por lo tanto, nuestro héroe merecía por ello, en lugar de injusta censura, el más sincero agradecimiento. Empero, como dice la sagrada Escritura, los que están sentados en las sombras del error, tienen ojos y no ven, narices y no olfatean, pies y no andan, etc. [230]

-Si Eduardo no tuviera el genio tan vivo..., dijo el ministro clavando la vista en el capitán, así que terminó el almuerzo que hemos visto empezar en el precedente capítulo.

-¿Qué?, preguntó mister Mac-Kieviet esperando que el hijo de Escocia completase su frase.

-Sería muy agradable trabar con él interesantes polémicas religiosas.

-Esto depende de mis pocos años, ministro, respondió Eduardo con dulzura y sonriendo. Procuraré enmendarme con la ayuda y favor de Dios, añadió para sí.

El capitán se apresuró a salir a la defensa de su joven compañero diciendo:

-La exaltación de Eduardo procede de los vivos deseos que tiene de convertirnos, ministro.

Estas palabras hicieron asomar una maliciosa sonrisa a los labios de mister Brooke.

-Sólo los verdaderos creyentes que apreciamos el imponderable valor de las doctrinas que profesamos, podemos comprender y admirar hasta dónde llega el celo por la salvación de las almas; y...

-Es cierto, repuso Eduardo interrumpiendo al capitán. Por insaciable que sea la ambición de los conquistadores de la tierra, ministro, tiene que limitarse a la posesión de una ciudad, de una provincia, de un reino; ¡o si se quiere, del mundo entero! Pero todos los cetros y coronas de la tierra, por poderosos que sean, están destinados a perecer en el torrente devastador del [231] tiempo; mientras que un alma es una joya de un valor

infinito e imperecedero.

-Yo creo que Eduardo está poseído de rectas intenciones, y que desea de veras mi conversión, dijo el ministro con tono zumbón; pero no soy partidario de discusiones acaloradas cualesquiera que sean su entidad y naturaleza. Si Eduardo se corrige de este pequeño lunar, habrá adelantado muchísimo en el delicioso arte oratorio; pues cuando este joven razona con calma (añadió mirando al capitán y designándole a Eduardo), es tan elocuente que bien podría otorgársele un sillón en el Parlamento británico.

-¿En la Cámara de los lores o en la de los comunes? ¿Con los whings o con los torys?, preguntó Eduardo sonriendo.

Al oír la oportuna e inesperada interpelación del joven español, el capitán y mister Brooke prorrumpieron en una carcajada.

-¡Soberbia estacada! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Eduardo es el diablo para los chistes; ¿no es verdad, capitán? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-Eduardo esgrime con destreza toda clase de armas, señor ministro, respondió el capitán sonriendo.

-Basta ya de lisonja, señores, dijo Eduardo sin dar lugar a que el ministro hablara. La alabanza inmerecida sólo es sátira escondida, añadió el joven en español.

-¿Qué ha dicho Eduardo?, preguntó el capitán volviéndose al ministro.
[232]

-¿Qué ha dicho Eduardo?, repitió el interpelado remedando el ademán de su interlocutor.

El joven español se mordía los labios de risa al oír la recíproca e idéntica interpelación de sus dos compañeros.

-No extrañéis mi pregunta, ministro, dijo el capitán corrigiendo con el tubo de su pipa la expresión de sonrisa que contraía sus labios, como sé que habláis correctamente el francés, creía...

-Creíais que yo debía de entender también el español; ¿no es verdad, capitán?

Mister Mac-Kieviet hizo un ademán afirmativo.

-Entre el francés y el español hay bastante analogía, capitán, observó Eduardo; porque ambos idiomas emanan principalmente del latín. Pero su afinidad no es tampoco tan íntima, que poseyendo la clave del uno se posea también la del otro.

-El alemán y el inglés tienen el mismo origen, y no obstante están separados por diferencias muy sensibles, dijo mister Brooke.

-Precisamente, respondió Eduardo.

-Con todo eso, todavía no sabemos el significado de las palabras de Eduardo, dijo el capitán.

Entonces Eduardo, cuyas mejillas tiñó ligeramente el rubor, tradujo en inglés la frase que había pronunciado en español.

-La modestia tiene sus límites, Eduardo, dijo enseguida el ministro con algo de severidad. El [233] capitán comprenderá muy bien que no trato ni puedo burlarme de vos en el terreno de la discusión.

Mister Mac-Kieviet hizo otro ademán afirmativo.

-Vamos, este hombre quiere ponerme una dedada de miel en la boca, pensó Eduardo mirando al soslayo al ministro.

-Vos sois muy joven, prosiguió el hijo de Escocia; y los

conocimientos nada vulgares que adornan la temprana flor de vuestra inteligencia pueden conducirnos algún día a representar un brillante papel en los asuntos políticos de España.

-Esto es muy lisonjero para vos, Eduardo, dijo el capitán.

-Demasiado, contestó el joven español. Pero el humo del incienso no podrá oscurecer mi razón hasta el punto de desviarme de mi firme e irrevocable propósito.

-¿Y cuál es vuestro propósito, Eduardo?, preguntó el ministro.

-El de no mezclarme jamás en los asuntos políticos de mi país.

-¿Por qué?, murmuró el capitán.

-Porque siempre he odiado ese abigarrado mosaico de opiniones que se disputan y arrancan alternativamente el mando de las manos, especulando con el poder como si fuese una vil mercancía. Es preciso tener en cuenta, señores, que en el mundo político hay ciertos hombres tan [234] intrigantes y ávidos de figurar, que como perros hambrientos asedian tenazmente las gradas del trono ensordeciéndolas con sus famélicos ladridos, y para ahuyentarlos de allí, no queda otro remedio que arrojarles siquiera un miserable hueso para roer.

-Esos hombres son la polilla de la sociedad, observó el capitán.

-Es cierto, repuso el ministro; pero la política no tiene nada que ver con los que medran vergonzosamente a su sombra; con esos zánganos que chupan la rica miel del panal del presupuesto elaborado con los sudores y economías del plebeyo... No, la política es la ciencia del buen gobierno, es la fuerza motriz y reguladora de la grande y complicada máquina del Estado, y por lo tanto, su misión es muy elevada y no puede de ningún modo confundirse con las odiosas y mezquinas rencillas, cuyo origen y pábulo estriban en las ambiciones personales.

-Estamos de acuerdo, dijo Eduardo.

-¡El ministro ha puesto el dedo en la llaga!, exclamó el capitán.

-El estado anormal de vuestra patria cesará, prosiguió mister Brooke clavando la vista en su joven interlocutor. Los partidos reconocerán al fin su error y se agruparán en torno de la gran bandera nacional: entonces se consolidará el orden, inaugurándose la brillante era del progreso para el pueblo español.

-¡Cuánto dudo, señor ministro, que mi amada [235] patria se levante jamás de su postración!, exclamó el joven moviendo tristemente la cabeza.

-No desconfiéis, murmuró el capitán mirando a Eduardo.

Éste exhaló un profundo suspiro por toda contestación.

-La enfermedad que aqueja a España; aunque inveterada, no es incurable, repuso el ministro. La posición geográfica de la Península ibérica es inmejorable: por el Norte se levanta la eminente y prolongada cordillera pirenaica formando una barrera natural divisoria con la Francia; el Atlántico y el Mediterráneo reflejan a porfía la pureza de su cielo en sus aguas de zafir, bordeando sus hermosas y extensas costas con su blanca espuma. ¿Que diré ahora de la feracidad de su suelo, de su abundante y variada riqueza mineral, de sus caudalosos ríos, de sus puertos capaces y seguros, de sus sobrios, laboriosos e inteligentes habitantes, y de sus lindas y populosas ciudades?... ¡Una nación que cuenta en su seno tan fecundos gérmenes de riqueza y prosperidad, no puede perecer!, añadió el ministro con entusiasmo.

-¡Muy bien!, exclamaron sus dos interlocutores.

-No parece sino que el ministro ha viajado por España, observó el capitán fijando la vista en Eduardo.

-En efecto, repuso éste sonriendo.

-No he viajado nunca por España, capitán, [236] pero he leído con sumo interés los más culminantes hechos de su historia antigua y contemporánea; dijo mister Brooke, y añadió lanzando una cariñosa airada a Eduardo: No sé si dudaréis de la sinceridad de mis palabras; pero voy a declararos sin rodeos; que vuestra nación ocupa el segundo lugar en el rango de mis simpatías.

He aquí un inglés que no está atacado de hispanofobia, pensará acaso el lector.

-Estoy viendo que mister Brooke es medio compatriota vuestro, Eduardo, dijo mister Mac-Kievet con acento socarrón.

Eduardo se sonrió; e hizo un signo afirmativo de cabeza al capitán; diciendo:

-Tengo la íntima convicción de que el ministro toma un vivo interés en los asuntos de mi país.

-¡Oh! Sí; creedlo Eduardo; repuso el hijo de Escocia, todos los males que azotan a España desde algunos años acá, aunque graves, son transitorios. Con las guerras intestinas y las revoluciones, acontece lo propio que con los litigios: cuando los pueblos advierten (tarde muchas veces; es verdad) que han agotado estérilmente todas sus fueras y recursos, concluyen por hacer una avenencia saludable y amistosa.

Ahora bien, continuó mister Brooke; el día (no muy lejano a mi entender) en que todas esas dispersas moléculas que divagan por la anubarrada atmósfera política española adopten la feliz [237] resolución de reunirse formando un conjunto sólido estable y homogéneo; los hombres que sus luces y acrisolada probidad se sientan con fuerzas para conducir con acierto el rumbo de la nave del Estado...

-Que conceptúo más difícil de gobernar que el timón de la fragata Lord Efigham, dijo el capitán sonriendo e interrumpiendo bruscamente al ministro.

Una carcajada de éste y de Eduardo siguió a las palabras de mister Mac-Kievet.

-¡Oh! Sí; para manejar el gobernalle de la nave del Estado, se necesita más pericia que para dirigir el de este buque, dijo el ministro. Aunque en la borrasca del cabo de Hornos cuando la fragata se encabritaba como un brioso y gigantesco corcel echando espumarajos por sus ijares... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-¡Es verdad!, exclamaron sus dos compañeros.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, prorrumpieron los tres a coro.

La risa produjo una breve pausa en la conversación de nuestro triunvirato.

-El caso es que la chistosa y oportuna ocurrencia del capitán ha truncado mi cláusula; y no recuerdo... murmuró el ministro dándose una palmada en la frente como para despertar su dormida reminiscencia.

-Eduardo; acudid en auxilio de la memoria de mister Brooke, dijo el capitán sonriendo. [238]

-Me parece que nos hablabais de los hombres aptos para conducir el

timón del Estado, dijo Eduardo mirando al ministro y soltando una carcajada.

-¡Es verdad! ¡Es verdad!, murmuraron sus dos interlocutores. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-Decía, pues, continuó mister Brooke tras una breve pausa, que auguro y vislumbro ya un brillante porvenir para los fastos de la monarquía española. Y cuando esto suceda, los hombres ilustrados y virtuosos deben de sacudir su apatía y tomar una parte activa en los asuntos vitales de su país; porque tales hombres contraen (ipso facto) un compromiso moral e ineludible ante su patria. He aquí por qué desapruero la opinión de Eduardo tocante a este punto, añadió mister Brooke volviendo su rostro al capitán.

-Si algún día (calmada la efervescencia de los ánimos), respondió Eduardo, se reclamasen mis cortos alcances y mis débiles fuerzas; no sería el último, señores, no, añadió con energía, en llevar mi pequeña piedra para la restauración del edificio de mi idolatrada patria. Pero ¡ay!, temo que la bella aurora de la pacificación y engrandecimiento de mi país está lejos... ¡lejos todavía! ¡Dios quiera deparar a España dilatados días de prosperidad y ventura! ¡Dios mío! ¡Escuchad la débil voz de la más miserable de vuestras criaturas que os pide con ardor la felicidad de su patria desde la inmensidad del océano! [239]

Al terminar estas palabras, una lágrima rodó por las mejillas del joven español.

-No sé por qué Eduardo es tan pesimista al emitir su juicio sobre los asuntos de su país, dijo el ministro observando la emoción retratada en el semblante del joven español.

-España no se halla en el caso de mi pobre Irlanda, Eduardo, murmuró el capitán. Aquella nación encierra grandes elementos de vitalidad; como acaba de demostrarnos mister Brooke. Por otra parte, continuó, el pueblo español es profundamente religioso; y si bien es cierto que Dios envía días de prueba a las naciones como a los individuos, con todo no desampara nunca los que le aman y sirven de veras.

-¡Ah! No extrañéis, señores, mi desaliento y excesiva desconfianza respecto al porvenir de mi patria, dijo Eduardo con triste acento. Durante muchos años la frágil navicilla de mi existencia ha sido rudamente combatida por el oleaje del embravecido mar de la política española.

Nací a fines del año de 1833, prosiguió el joven (¡rara coincidencia!). Cuando la pálida y diminuta estrella de mi ser asomaba por el horizonte de la vida, el grande y refulgente astro que ocupaba el trono de san Fernando acababa de entrar en su ocaso. La monarquía española lloraba con fastuosa pompa la muerte de su soberano, y en mi hogar doméstico se celebraba con modesto regocijo el nacimiento de un nuevo individuo. ¡Qué contraste! El último suspiro [240] del rey hizo estremecer los cuatro ángulos de la Península ibérica; y mi primer gemido... ¡Ay! ¡Quedó sepultado en las cuatro paredes de mi casa!

-La rara y fortuita circunstancia que medió en vuestro nacimiento es un buen presagio Eduardo, dijo mister Brooke chanceándose, tratando de desvanecer la tristeza que revelaba el rostro de nuestro héroe.

-Mister Brooke tiene razón; Eduardo, murmuró el capitán sonriendo, adivinando y secundando la intención de su compañero.

Eduardo estaba tan abismado en sus melancólicos recuerdos, que ni siquiera reparó en la broma iniciada por el ministro y apoyada por el capitán, quien viendo la sombría imperturbabilidad del joven le interpeló de esta manera:

-¿En qué estáis pensando, Eduardo?

-No evoquéis recuerdos tristes: pelillos a la mar, dijo el hijo de Escocia clavando los ojos en el joven español.

-¡Es verdad, ministro!, exclamó éste moviendo la cabeza con ademán distraído como al despertar de un pesado sueño; estaba hablándoos de mi nacimiento. Pues bien, prosiguió con el mismo tono de tristeza con que empezó su relación; mi entrada en el teatro del mundo coincidió, señores, con el origen de la fratricida y encarnizada guerra de siete años que ensangrentó la vasta superficie de mi amada patria. Así aconteció que los rumores bélicos rodearon [241] mi cuna, y más de una vez el agudo y mortífero silbido de las balas fue el marcial arrullo que cerró mis infantiles párpados.

Entre los horrorosos dramas que presencié en la guerra civil, recuerdo uno que, aunque de fecha muy antigua, se halla indeleblemente esculpido en mi memoria con caracteres de sangre.

Al decir esto, el metal de voz y el rostro de Eduardo reflejaban una tristeza incomparable.

-En una calurosa tarde de verano (contaba yo apenas cinco años) estaba jugando sobre las rodillas de mi padre, quien sentado en una silla tomaba umbral de la puerta de mi casa tomaba el fresco divirtiéndose con mis pueriles chistes y caricias; en tanto que mi madre se encaminaba a un huerto inmediato al pueblo. De repente invadieron mi casa cuatro soldados jadeando, y cubiertos de sudor, de polvo y de harapos. (¡Dios me libre de ver jamás cuatro caras más horribles!) No se necesitaban grandes esfuerzos de imaginación para comprender enseguida, que aquellos cuatro hombres se aprovechaban de los azares de la guerra civil, como de un manto de criminal impunidad, para entregarse desenfrenadamente al pillaje, a la brutalidad y al asesinato.

-¡Cuántas calamidades trae consigo la guerra!, dijo para sí el capitán.

-Uno de aquellos cuatro forajidos (todavía me parece estar viendo su rostro de hiena y oyendo su voz de endemoniado), continuó Eduardo con voz ahogada por los sollozos, intimó imperiosamente [242] a mi padre, apuntándole con su fusil, que le prometiera entregarle en el acto doscientos dollars, o en caso negativo; le deja cadáver. Al oír esta terrible amenaza, el rostro de mi padre se puso blanco como la nieve, me dio una dulce mirada, y respondió temblando como la hoja en el árbol: «No tengo tanto dinero».

-¿Y disparó el malvado su fusil?, preguntó el capitán con impaciencia.

-¡Sí!, repuso Eduardo con voz entrecortada, la bala atravesó el brazo de mi padre, quien tartamudeó mi nombre... y se desvaneció... cayendo de espaldas al suelo anegado en la sangre que salía a borbotones de su herida.

Dichas estas palabras, Eduardo estaba tan pálido y conmovido, que sus dos interlocutores cruzaron una mirada de ansiedad que parecía decir:

«Este muchacho me da cuidado».

-Pero no acaba aquí el drama, continuó nuestro héroe con los ojos arrasados en llanto.

-Pues ¿qué sucedió después?, preguntó el ministro con vivo interés.

-Mi tío, que a la sazón se hallaba trabajando en uno de los aposentos del primer piso, prosiguió el joven, así que oyó la detonación del fusil, bajó corriendo la escalera. Cuando el hermano de mi padre llegó al lugar de la catástrofe, el último continuaba tendido en el suelo, sin sentidos y bañado en su propia sangre, cuyo cuerpo contemplaban de pie el agresor y sus tres compañeros con la más estúpida ferocidad. Así [243] que mi tío vio aquel cuadro desgarrador, erizáronsele los cabellos y palideció como un difunto. Pero instantáneamente la sed de la venganza abrasó sus lívidos labios, y aunque tenía que batirse contra cuatro adversarios; con todo, ebrio de cólera, no reparó siquiera en la desigualdad de la lucha; ¡sino que se arrojó como un tigre rabioso sobre el cobarde asesino de mi padre!

-¡Bravo!, murmuró el ministro.

-Mi tío era un hombre de treinta y cinco años y de complexión atlética; por manera que si su rival no hubiese tenido guardadas las espaldas por sus tres compañeros, o no apelara a un recurso vil y alevoso, no hubiera escapado con vida de las formidables garras del hermano de mi padre.

-¿Cómo terminó la lucha, Eduardo?, preguntó el capitán con vivísimo interés.

-¡Ah! ¡Terminó de un modo terrible!, exclamó el interpelado con voz trémula y exhalando un profundo suspiro. Al aperebirse los tres bandidos de la desventaja con que luchaba su compañero, intervinieron en la reyerta, en favor de éste. A pesar de la superioridad numérica, mi tío se batía con todo el furor de la desesperación: hubo un momento en que llegó a tener en jaque y a infundir miedo a sus cuatro adversarios, más por fin, todos sus heroicos y desesperados esfuerzos se estrellaron contra el número de sus odiosos rivales. [244]

Entonces mister Brooke hizo una horrible mueca de displicencia.

-Cuando (gracias al auxilio de sus compañeros) el asesino vio que tenía un brazo libre, llevó rápidamente su mano al cinto donde llevaba oculto un puñal; y con la más monstruosa cobardía... (aquí la voz de Eduardo fue casi sofocada por los sollozos), hundió toda su hoja en el pecho de mi tío... quien vomitando torrentes de sangre... ¡cayó desplomado y exánime a los pies del cuerpo de mi padre!...

-¡Infame!, exclamaron mister Brooke y el capitán en tono de indignación. ¿Escaparon impunemente los malvados? ¡Aquellos cafres merecían ser desollados vivos!, añadió el ministro.

-La justicia divina alcanza tarde o temprano a los malvados: aquellas cuatro fieras no tardaron en experimentar los terribles efectos de la justicia de la tierra que en aquella ocasión (¡ojalá lo fuera siempre!) fue un instrumento y reflejo de la del cielo, dijo Eduardo con emoción.

-¡Bravo!, prorrumpieron sus dos interlocutores.

-Uno de aquellos malhechores, profiriendo una horrenda imprecación y poseído del vértigo de su criminal y cobarde triunfo (al decir esto el joven se deshizo en llanto), descargó una patada feroz sobre la inanimada cabeza de mi tío; aplastándole los ojos y desfigurándole horriblemente el

rostro. Yo, señores, que hasta allí había [245] permanecido mudo espectador de aquel drama desgarrador (y a pesar de mi corta edad), sentí que me hervía la sangre en las venas, y, lanzando una mirada de ira y de deprecio al cobarde asesino que había profanado las aún cálidas cenizas de mi tío; le amenacé con mis crispados puños... Pero ¡yo era un niño!... ¡y los hombres sepultados en el negro e insondable abismo del crimen, no retroceden de su infernal intento ante las impotentes amenazas de la debilidad y del candor!...

-¡Es verdad!, exclamaron mister Brooke y el capitán con despecho.

-El profanador del cadáver de mi tío no vio mi rostro encendido de cólera ni mi fiero ademán; pero aquel incidente no pasó desapercibido para uno de sus compañeros, quien mirando a estos y designándome con el dedo; dijo con risa sardónica: «¡Hola! Este niño revela instintos precoces de tigre». Y diciendo esto me dio un puntapié tan brutal, que me derribó al suelo cuan largo era, y entonces prorrumpí en amargo llanto.

-¡Qué infamia!, exclamó el capitán.

-En tan triste situación cruzó por mi mente infantil una idea que me sugirió la divina Providencia: me levanté de repente, enjuagué mi llanto lo mejor que pude; y (para no infundirles recelos que hicieran traición a mi aparente designio) dije a aquellos cuatro desalmados (que en aquel momento obstruían el umbral de la puerta) que quería salir a la calle para jugar.

[246]

-¿Y os dejaron salir, Eduardo?, preguntó el capitán con viva inquietud.

-Sí, prosiguió el joven español, la satánica perversidad de aquellos hombres se vio burlada por mi inocencia; de suerte, que accedieron a mi petición, franqueándome el paso. Cuando me vi en la calle (pensando que los malhechores podían atisbar todos mis movimientos); anduve despacio como unos cien pasos, y en llegando allí grité desaforadamente: «¡Que me matan! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ladrones!» Entonces uno de aquellos malvados disparó su fusil, y la bala pasó rozando mis rubios cabellos.

-¡Dios mío!, exclamaron sus dos interlocutores horrorizados.

-Así que oí el silbido y sentí el roce del proyectil, llorando y temblando como un azogado, me refugié en una casa que tenía enfrente; pero con tan mala estrella, que en mi aturdimiento tropecé con una gruesa piedra, dando una caída tan tremenda que me ocasionó una profunda herida en la cabeza; de la cual conservo aún este vestigio, añadió Eduardo llevando su mano a la cicatriz que tenía en la frente.

A no haber acaecido en tiempo de guerra, el primer disparo de aquellos malvados contra el padre de Eduardo hubiera alarmado a toda la gente del pueblo, y muchos hombres hubieran volado al lugar de la catástrofe. Empero, tratándose de un sitio en que el tiroteo era casi continuo, todo el mundo estaba demasiado familiarizado [247] con el silbido de las balas y el olor de la pólvora para dar grande importancia a la detonación de un arma de fuego.

Por otra parte, en el pueblo apenas quedaban más que ancianos, mujeres y niños: casi toda su juventud florida había tomado una parte activa en la guerra, cuyos estragos cubrían de luto y de miseria en el reino de Aragón. Así sucedió, que al salir nuestro héroe a la calle, no se veía en ella un alma viviente, ni tampoco aquellas chillonas y voraces

bandadas de gorriones que en tiempo de paz se pasean y solazan por las calles de los pueblos. ¡Como si los pájaros hubiesen huido horrorizados de aquellos parajes en que reinaba la más espantosa miseria, y donde los hombres se mataban unos a otros como fieras!

Durante la patética narración de Eduardo, las miradas del ministro se encontraban a menudo con las del capitán; y ambos personajes estaban profundamente afectados, tanto por lo dramático de la historia que les estaba refiriendo el joven español, como porque el descompuesto semblante de éste y las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas eran fieles intérpretes de la amargura que destrozaba su corazón.

-Mis desaforados gritos, y, más que todo, el estruendo del segundo tiro, prosiguió Eduardo, sobresaltaron a algunos vecinos, los cuales; o se asomaron a las ventanas; o se precipitaron a la calle. Al ver la actitud del vecindario; el pánico se apoderó de los cuatro asesinos; que apelaron a [248] la fuga. Entonces un hombre que acertó a pasar por delante de mi casa, se llenó a un tiempo de horror e indignación al ver tendidos junto al umbral de la puerta y nadando en un charco de sangre a mi tío bárbaramente asesinado, y a mi padre herido de bastante gravedad. La noticia de aquel horrendo crimen cruzó por todo el pueblo con la velocidad del rayo, y dos segundos después la campana de la iglesia tocaba a rebato y la gente acudía en tropel a mi casa. Es imponderable el sentimiento de ira contra los asesinos y de compasión hacia las víctimas que sobrecogió a la multitud a la vista del horroroso cuadro que se le ofreció al penetrar en mi casa. Entonces cambió la escena: algunos se apresuraron a restañar con sus pañuelos la sangre que brotaba de la herida de mi padre, quien gracias a los eficaces y oportunos auxilios que se le prodigaron, recobró luego los sentidos; estos se apoderaron del cadáver de mi tío, y lo subieron a su aposento; y aquellos, finalmente, ebrios de cólera y sedientos de venganza, volaron a empuñar las armas, y corrieron desalados en varias direcciones, en persecución de los asesinos, jurando por lo más sagrado, que no volverían al pueblo sin traerlos vivos o muertos.

-¡Muy bien!, exclamaron sus dos interlocutores.

-Al oír el lúgubre tañido de la campana, mi madre regresó al pueblo presurosa y en extremo agitada: un presentimiento fatal había exaltado [249] su mente. Antes de llegar a casa, unos vecinos la enteraron del sangriento drama que tenía consternados y exasperados todos los ánimos. Mi pobre madre no pudo resistir aquel terrible golpe: «¡Virgen santísima!», exclamó, dándole instantáneamente un prolongado desmayo, que puso en grave peligro su existencia.

-Estoy impaciente por saber si fueron aprehendidos los malhechores, dijo mister Brooke interrumpiendo a su interlocutor.

Voy a satisfacer vuestros deseos, ministro, continuó Eduardo enjugando con su pañuelo las lágrimas que surcaban sus descoloridas mejillas. Los asesinos fueron sorprendidos en su fuga por una mujer que volvía al pueblo; de suerte que ésta indicó a los perseguidores la dirección que aquellos habían tomado. Los valientes e indignados campesinos alcanzaron a los bandidos a media hora del pueblo: allí se trabó un corto, reñido y sangriento combate. Los primeros tuvieron, por su parte, cuatro hombres heridos; pero la derrota de los facinerosos fue completa; dos de ellos quedaron muertos en el campo de batalla, y los

otros dos fueron hechos prisioneros y llevados en triunfo al pueblo por sus bravos y victoriosos habitantes.

-¡Bravo! ¡Bravo!, prorrumpieron mister Brooke y el capitán batiendo palmas, con frenesí.

-Es de todo punto inconcebible el grado de exaltación que se apoderó de todos los ánimos [250] al tener noticia de la victoria alcanzada sobre los bandidos: al momento la población entera corrió al encuentro de sus victoriosos convecinos. Cuando la multitud divisó a los dos prisioneros malhechores, la indignación universal llegó a su colmo; mil ojos lanzaban rayos y mil lenguas vomitaron horribles amenazas sobre aquellos dos malvados que por milagro llegaron vivos al pueblo: uno de ellos fue principalmente el blanco de la ira popular... ¡era el asesino de mi tío! Los bandidos, pálidos y sobrecogidos de terror, caminaban con paso vacilante en medio de la vocinglera y enfurecida muchedumbre, pensando, sin duda, en que su vida corría inminente riesgo: los rostros de aquellos dos hombres habían perdido gran parte de su ferocidad. Así que penetraron en el pueblo, se les condujo a la cárcel, donde se les notificó que se preparasen cristianamente para morir, puesto que debían ser fusilados la mañana siguiente en un campo inmediato al pueblo. Al oír tan infausta y apremiante nueva, aquellas dos fieras prorrumpieron en amargo llanto. (¡Quizás sus ojos, secos por el crimen, no se habían humedecido desde su infancia!) Al día siguiente, pues, en tanto que el cadáver de mi tío era conducido al cementerio y escoltado por el universal llanto y dolor, atronó el espacio una descarga cerrada cerca del pueblo: aquella descarga indicaba a sus habitantes que la justicia humana quedaba satisfecha, y que las almas de los [251] dos bandidos (purificadas de sus nefandos crímenes), ¡habían comparecido ante el tremendo tribunal de Dios!

-Las almas de aquellos hombres no han podido volar al cielo, sino que están sepultadas en el abismo de fuego del infierno, Eduardo, se apresuró a contestar el ministro con tono de cólera. Dios no perdona tan monstruosos delitos, que sólo se expían con un castigo terrible y eterno.

-La misericordia de Dios es infinita ministro, respondió enseguida el capitán, escandalizado de la opinión herética de su interlocutor. Si el arrepentimiento de aquellos hombres fue sincero, si sintieron un acerbo dolor de sus crímenes, su salvación es indudable.

Eduardo, cuyo pálido rostro estaba bañado de sudor, se sentía a la sazón muy conmovido y fatigado; descansó un rato antes de refutar la heterodoxa doctrina del ministro tocante a la misericordia divina, aprovechando aquella breve pausa para meditar y lanzarse con nuevos bríos a la candente arena del debate.

Eduardo deseaba la conversión del ministro, con una vehemencia que sólo puede infundir el celo apostólico: esta noble y santa idea descollaba en el campo florido de su joven inteligencia, como el blanco, esbelto y fragante lirio irgue su frente en medio de una florida pradera. Con la conquista de una sola alma, Eduardo se consideraba más grande que Alejandro y que César. Esto le hacía pensar a menudo: «Aquí, dentro de [252] esta fragata, y al paso que aquella prosigue su derrotero hacia Europa a impulsos de la brisa atmosférica; yo debo de encaminar el alma del ministro hacia el paraíso con el auxilio del blando e inmortal céfiro de la doctrina católica. ¿Llegará antes la fragata a las frías y nebulosas

costas de Inglaterra, que el entendimiento de este hombre al luminoso y seguro de la verdad?»

Nuestro héroe quería, pues, que el ministro volviese a Escocia no con el título de pastor de una secta errónea, sino que pudiese engalanar su frente con la modesta; pero brillante aureola de católico. ¿Vio Eduardo realizado su ideal de cristiana belleza antes de llegar al término de su largo viaje marítimo? El curso de la narración es el único faro que puede aclararnos nuestra duda.

- XIII -

Las almas cándidas, aquellas, almas que celosas ante todo de su pureza, conservan su prístina blancura dentro del barro del cuerpo, como la paloma su vestido de nieve dentro de su grosero nido; esas almas, decimos; tienen santas alarmas. ¿Sabéis por qué? Porque poseen un tesoro de valor inmenso; y así como a aquellos hombres que nadan en un mar de riquezas caducas, que provocan la codicia ajena, les asaltan continuos temores de que pueden arrebatarlas el día menos pensado; del mismo modo las [253] almas, que enriquecidas con la inestimable joya de la pureza, sabiendo que hay ladrones astutos y vigilantes que de un momento a otro pueden robársela, conciben por ello santos temores.

Eduardo, en quien resplandecía la virtud de la humildad, antes de entablar una polémica con el ministro acerca de la misericordia divina, recordó la injusta reconvención de su adversario, que había alarmado, sin embargo su escrupulosa conciencia: «Es preciso que reprima la energía de mi carácter, dijo en sus adentros el joven español; es preciso que en la templanza de la discusión demuestre prácticamente a mister Brooke que mi Religión tiene el poderoso freno de la humildad para contener los desbordamientos del impetuoso torrente del orgullo, por más que esta detestable pasión aparezca encubierta con el rozagante manto de santas intenciones».

He aquí, pues, la contestación de los dos bandidos fue tan cristiana y ejemplar como relajada y criminal había sido su vida: aquellos dos hombres dieron evidentes pruebas de un profundo arrepentimiento y de verdadera enmienda antes de salir de este mundo. Yo me complazco en creer que sus almas habrán sido absueltas ante el justiciero tribunal de Dios a quien he pedido muchas veces tan insigne gracia.

-¡Cómo!, repuso el hijo de Escocia con sorpresa [254] e indignación: ¿Vos, hijo de un padre villanamente herido, y sobrino de un tío bárbaramente asesinado y profanado su cadáver, pedir perdón por los infames autores de tan horrendos delitos? ¿Es posible que podáis perdonar de corazón a los cobardes asesinos que han sembrado el llanto y la amargura en vuestro hogar doméstico, y que de seguro estaban ya tan familiarizados con el crimen que no sentían siquiera su horror? No, lo repito, Eduardo, añadió el ministro clavando en éste sus encendidos ojos; tales hombres son indignos de obtener el perdón, son degradadas excrecencias del mundo moral que deben cercenarse a toda costa de la sociedad, arrojando luego sus cuerpos a un muladar tan inmundo y pestilente, como los crímenes que pesan sobre sus depravadas conciencias.

-¡Qué rígidos son los principios de moral que profesa el ministro!, pensó el capitán. Si algún día este hombre fuera legislador, haría lo que Dracón; escribiría las leyes con sangre.

En tanto que el ministro declamaba con inusitada virulencia, el dispensero penetró en la cámara para recoger la vajilla que había sobre la mesa; y al retirarse de la estancia gruñó entre dientes:

-Vamos; es tan cierto que estos hombres han nacido para disputar, como yo para dispensero sin memoria.

La filípica del ministro, recordando a Eduardo los terribles sufrimientos que ocasionó a su [255] familia el sangriento drama de que fue teatro su propia casa, abrió de nuevo las mal cicatrizadas llagas de su corazón, de modo que sus ojos (ese telégrafo que reproduce exacta e instantáneamente al exterior el colorido de las vivas sensaciones internas) se inundaron de lágrimas.

-¡Oh! Sí, respondió Eduardo contestando a las vehementes frases de su antagonista con una dulzura que contrastaba con la iracundia de este; aquel crimen que trajo en pos de sí dilatados días de amargura a mi hogar doméstico aun no se han disipado enteramente los nubarrones que aquel aciago día eclipsaron en mi casa el sol de la alegría; ¡todavía no se ha borrado la mancha de sangre, que persiste rojiza y humeante marcando con mudo y lúgubre acento el sitio donde se representó la trágica escena!... Mi padre estuvo largo, larguísimo tiempo, sepultado en el lecho del dolor: cuando se levantó de allí, los sufrimientos físicos y morales habían demacrado espantosamente su cuerpo, arrugado su rostro, y plateado sus cabellos. ¿Y mi madre? ¡Pobrecita!, sus ojos estaban cóncavos, secos y colorados de tanto llorar, su voz temblorosa; su encorvado cuerpo se arrastraba lánguido y vacilante, ¡y su enfermizo cerebro reflejaba el negro pesar que devoraba su alma!... Pero ¿sabéis, señores, cómo se consolaban mis cristianos padres, y cual era la estrella que invocaban en el encrespado mar de sus tribulaciones?, añadió Eduardo mirando a sus dos compañeros. [256]

-En las grandes aflicciones, respondió el ministro, todos los consuelos de la tierra son estériles para calmar la congoja que despedaza el corazón, y no nos queda otro recurso que alzar la vista al cielo e implorar el auxilio divino.

-¡Si habrá tocado Dios el corazón de este hombre!, pensaron Eduardo y el capitán al oír la santa máxima aconsejada por el ministro.

-Aun en las cosas materiales, prosiguió éste, el cielo es el foco donde van a concentrarse todas nuestras aspiraciones: el labrador consulta el aspecto del cielo para cerciorarse de si caerá el rocío o lluvia que apetece para sus agostados campos; el astrónomo fija su vista de águila en el cielo, y con el auxilio de sus potentes telescopios explora, descubre, acaricia, observa y mide las colosales dimensiones de esos cuerpos sólidos y luminosos que nadan en ese inconmensurable océano de zafar que forma la techumbre de nuestro planeta; el navegante da una escudriñadora y ansiosa mirada al cielo antes de emprender su largo y peligroso viaje. Si del mundo corpóreo pasamos a la esfera moral; hallaremos que cuando nos muerde la ponzoñosa víbora de la calumnia; invocamos al cielo en nuestro favor y lo tomamos por el mejor testigo de nuestra inocencia en definitiva; así como el blanco y esbelto cisne, zambulléndose en un arroyuelo se goza en

la contemplación de su imagen trasparenteada embellecida en las límpidas aguas que susurran trazando espirales de plata al través de la verde [257] y mullida alfombra de los prados, así también el hombre alza la vista y se deleita en la contemplación del puro diáfano azul del firmamento porque da belleza y sublimidad a sus pensamientos y reviste de un deslumbrante colorido sus más risueñas esperanzas: esas hojas siempre verdes y olorosas que engalanan el árbol de la vida.

Cuando el ministro terminó su peroración impregnada de cristiana poesía, sus dos compañeros cruzaban entre sí miradas de curiosidad que rayaban en el asombro. El capitán y Eduardo se interrogaban mutuamente con la vista, como si hubieran querido decirse: «¿No es verdad que este hombre no está tan lejos de nosotros como era de suponer?»

Por su parte, el ministro revelaba en sus excesivos ademanes que estaba completamente satisfecho de su persona, y probablemente se mecía en este pensamiento: «Vamos, Eduardo, convengamos en que la religiosidad y la elocuencia están reñidas con el protestantismo como creáis equivocadamente».

-¿Por qué el hombre se complace tanto en alzar los ojos al cielo?, preguntó Eduardo mirando al ministro.

-¿Por qué?, repitió éste extrañado que su joven contrincante insistiese y pudiese decir nada más sobre un punto, de lo que él mismo acaba de exponer con tantas enérgicas como brillantes frases.

-Porque cree; repuso Eduardo, que detrás [258] de ese magnífico e inmenso telón azul, que limita su vista, está la deliciosa y eterna mansión de los bienaventurados, donde residen los más sagrados objetos de su adoración, y a donde van a parar todas sus más íntimas y santas afecciones. Al contemplar el cielo; la mirada del hombre no se detiene ante esa hermosa gasa azul, que sirve de barrera a los ojos del cuerpo, sino que, en alas del pensamiento la desgarrar y atraviesa con la velocidad del rayo, hasta abismarse en el océano de luz infinita y creadora del universo; al que llena y conserva con su presencia. El hombre, en este caso, se parece al viajero que tras una larga ausencia suspira por su idolatrada patria, y se enternece, y su corazón palpita de puro gozo al distinguirla vagamente desde una elevadísima montaña en el más remoto confín del horizonte. Así pues, el mortal llora también de santa alegría y esperanza al contemplar la bóveda celeste; porque siente que, ¡más allá de aquel espacio sin fin están los hermosos y resplandecientes umbrales de su patria eterna!

-¡Magnífico!, exclamaron mister Brooke y el capitán, electrizados por las palabras del joven español.

-La mente de este muchacho es un hervidero de sublimes ideas, pensó el ministro clavando los ojos en Eduardo.

El lector no habrá olvidado, que Eduardo iba a indicar los medios que empleaban sus padres para contrarrestar los embates de las tribulaciones, [259] consecuentes al horrendo crimen que se perpetró en su casa; cuando la inesperada interrupción del ministro torció el cauce de la conversación. Pues bien, mister Mac-Kieviet, que, a fuer de buen católico, sabía la clase de armas que nos suministra nuestra augusta Religión para salir triunfantes en nuestros mayores apuros; sin embargo, interesándose vivamente en todo lo referente a Eduardo, y a la familia de éste, deseaba

que su joven compañero continuara su interrumpida materia, de modo que; volviéndose a sus dos compañeros, dijo con la sonrisa en los labios:

-No pretendo trazaros el método que debe guardarse en el hilo de las discusiones, porque esto implicaría fatuidad en un hombre que, como yo, asiste como mero y pigmeo espectador a la lucha entre dos gigantes. Pero me permitiré haceros una observación.

Nos parece ocioso advertir que la agudeza del capitán divirtió en extremo a sus dos amigos.

-Sobrado motivo tiene el capitán de estar ufano en esta ocasión, comparándose con un pigmeo, respecto de nosotros, Eduardo, dijo mister Brooke con tono de chanza.

-¿Por qué?, preguntaron sus dos interlocutores riéndose.

-Porque en este caso, repuso el ministro fijando la vista en el capitán y siguiendo la metáfora de éste, vos sois un pigmeo que conducís a bordo de vuestra fragata; y al través de los mares, a dos gigantes que, sin vuestra cooperación [260] y por más elevada que sea nuestra talla, no saludarían nunca las costas de Inglaterra, ¿no es cierto, Eduardo?

Un aplauso y una carcajada coronaron la feliz expresión del hijo de Escocia.

-Ya lo veis, Eduardo, mister Brooke siempre está de broma. Con pasajeros como vosotros, señores; quisiera yo dar la vuelta al mundo, por largo y penoso que fuera el viaje.

-Gracias, capitán, contestaron afectuosamente sus dos compañeros. Pero ¿cuál es la observación que queréis hacernos?, añadió el ministro sonriendo y lanzando una mirada a mister Mac-Kievet.

-Eduardo iba a referirnos, respondió éste, cómo sus padres sobrellevaban las tribulaciones, y siendo éstas extensivas a todos los mortales, en mayor o menor grado, es bueno saber cuáles son los medios más eficaces para combatirlas con fruto. He aquí una materia que quizá no sea muy del agrado del ministro, pensó mister Mac-Kievet.

En efecto, aquel hizo una mueca que ratificó la opinión del último.

-En el firmamento de mi Religión, dijo Eduardo con acento de tristeza y accediendo a los ruegos del capitán, hay una fúlgida estrella que era la predilecta de mi familia en las grandes calamidades que alteraban el reposo y la alegría de mi casa. ¿Qué hacen, señores, los despavoridos pájaros cuando oyen el lejano mugido de una espantosa [261] tormenta? ¿No vuelan a posarse y guarecerse bajo la copuda y secular encina? Mis atribulados padres imitaban, pues, la conducta de las tímidas y cautelosas aves, es decir; corrían a refugiarse bajo el frondoso y sagrado árbol de la cruz. Del augusto emblema de nuestra redención extraían la rica miel que endulzaba la amargura de su espíritu, así como las pintadas y aéreas mariposas liban aquel precioso jugo del aromático y palpitante cáliz de las flores para su sustento y regalo. La contemplación de la imagen del Crucifijo infundía a mis apesadumbrados padres el valor de la heroicidad cristiana, que fuera de allí hubieran buscado en vano.

Al pronunciar su última frase Eduardo llevó la mano a su pecho, apretándola con viveza contra su corazón (precisamente en el paraje en que llevaba oculto el Crucifijo de bronce con el cual selló los labios del moribundo Cooper). El vivo ademán y la animada expresión del rostro de nuestro héroe revelaban con harta claridad la idea que en aquel acto

absorbía por completo su espíritu: «Aquí, debajo de mi mano está el sagrado objeto de mi puro y ardiente amor, decía en sus adentros el joven español, él es el que regula y recoge los latidos de mi corazón: y cuando este volcán de la vida se apague y convierta en fría ceniza, ¡ni aun entonces se separará de mi helado e inerte cuerpo!»

-Ya hemos entrado otra vez de lleno en la senda del fanatismo, dijo en voz muy baja mister [262] Brooker haciendo un gesto de desagrado, y luego volviéndose hacia Eduardo añadió: ¿Han tenido, por fin, vuestros padres la rarísima virtud de perdonar a sus inhumanos verdugos? ¿Creéis que en los más recónditos pliegues de su corazón no alimentan una leve chispa de odio contra aquellos desalmados?

-Mis padres son verdaderos católicos, señor ministro, repuso el joven con sequedad.

-Vamos, ya he logrado amostazar a Eduardo pensó el ministro con cierto ademán de orgullo que trasparente su secreta y maliciosa satisfacción. No pongo en tela de juicio la acrisolada virtud de vuestros padres, Eduardo, porque no he dudado de ello un instante, dijo luego con mal disfrazada benevolencia.

-Este hombre aguza su ingenio en vano para atenuar el efecto que sus impremeditadas palabras han causado en el ánimo del pobre Eduardo, dijo para sí el capitán lanzando una furtiva mirada al hijo de Escocia.

Admiro tanto más la rara virtud de vuestros padres, Eduardo, prosiguió el ministro volviéndose al capitán; por cuanto yo, que no me creo desheredado de sentimientos humanitarios, he de confesar ingenuamente que estos hubieran impulsado hasta el punto de relegar al olvido un crimen perpetrado con tan cínica perversidad. Comprendo que pueda perdonarse una lamentable exaltación momentánea; mas no esos monstruosos engendros de la barbarie, cuya trama [263] se urde con tan sutil e infernal malicia como esas primororísimas telas que las arañas van elaborando lentamente para cazar y devorar en ellas a los sencillos e incautos insectos.

-Por un sublime e inquebrantable precepto de mi Religión, observó el capitán, estamos estrictamente obligados a perdonar a nuestros enemigos, cualquiera que sea la enormidad de la ofensa que de ellos hayamos recibido.

-El Catolicismo nos ofrece bellísimos ejemplos de magnanimidad que imitar, ministro, dijo Eduardo. En la vida de Jesucristo vemos a una mujer encorvada y gimiendo bajo la carga de sus numerosos y enormísimos crímenes que, torturada por el cruel e insufrible aguijón del remordimiento, corre desalada, y con su cabellera flotante y esparcida en desorden, en busca del Redentor. Al encontrarle, se arroja a sus pies loca de santo entusiasmo, se los riega con lágrimas de verdadero dolor, e imprime en ellos un ardiente beso como una chispa del incendio de puro amor que abrasa su pecho. ¿Cuál fue, pues, el proceder de Jesucristo en aquel acto? ¿Rechazó acaso con indignación a la insigne pecadora que tenía humildemente postrada y compungida a sus divinas plantas? No por cierto; sino que, como bondadoso Padre, vio que aquella hija de la cual había recibido tan monstruosos agravios y ofensas, estaba ya sinceramente arrepentida, y olvidando su pasado criminal, la estrechó amorosamente entre sus brazos. [264]

-¡Qué lecciones tan saludables nos ha dejado la vida de Jesucristo!,

exclamó el capitán interrumpiendo al orador.

-¿Quién es capaz de comprender, señores, prosiguió éste, el grado de júbilo que inundaría el corazón de aquella insigne pecadora, al ver que el rostro de Jesucristo, lejos de reflejar la severidad de un Juez irritado e implacable al fulminar la sentencia de muerte contra el reo que tiembla ante su presencia como la hoja en el árbol, se apercibió, por el contrario, que de los ojos del divino Maestro brotaban lágrimas de ternura y de sus labios palabras de consuelo, de perdón y de esperanza?

-En el Evangelio hay otro ejemplo relativo al punto que estamos tratando (que quizás sea más conmovedor que el que acabáis de citarnos), y prueba hasta dónde se extiende la divina misericordia, observó el capitán volviéndose al joven español.

-¿Cuál es?, preguntó el ministro.

-El capitán alude seguramente a la conversión del buen ladrón, ¿no es esto?, dijo Eduardo.

-Cabalmente, repuso mister Mac-Kievet.

-Dice bien el capitán, ministro, murmuró Eduardo clavando los ojos en el discípulo de Lutero. ¡Muchas veces he intentado en vano de representarme en mi imaginación con su vivo colorido, los últimos episodios del más desgarrador y trascendental de los dramas del drama del Calvario! Pero siempre he tenido que retroceder [265] de mi intento lleno de estupor y como si mis pies estuvieran próximos a resbalar hacia un horrendo precipicio.

-Del calvario brotó el manantial del caudaloso y fertilizante río del Cristianismo, pensó el ministro.

-En el Evangelio se lee, que dos malvados fueron condenados a expiar sus iniquidades en una cruz cabiéndoles el insigne e indignísimo honor de acompañar al Cordero sin mancha en tan infame suplicio. Pero ¡oh monstruosidad increíble!, aquellos dos hombres unían sus agonizantes voces a las de la muchedumbre inmensa, inicua, blasfema y estigmatizada con el más inaudito y execrable de los crímenes, la cual se agitaba y mugía al pie de la cruz del Salvador (iba a decir semejante a las olas del océano encrespadas por el huracán). Mas no, añadió Eduardo con vehemencia; ¡los espantosos aullidos y convulsiones de aquella turba vomitada del seno del infierno, no tienen símil adecuado en este mundo!

-¡Muy bien!, exclamaron sus dos interlocutores.

-Parece mentira, observó el capitán, que dos hombres próximos a morir fuesen tan insensatos para formar coro con el pueblo judío, en los denuestos, escarnios y sacrílegas amenazas que éste vociferaba contra la divina persona de Jesucristo.

-¡Ah! Señores. ¿Cómo podremos nosotros [266] comprender jamás, por muy noble y compasivo que sea nuestro corazón, prosiguió nuestro héroe, que los divinos y cárdenos labios del Redentor, que poco antes de cerrarse para siempre debían de ser abrevados con hiel y vinagre por el pueblo deicida, destilaran gotas de miel hasta sus últimos instantes?

-Esto es en efecto incomprensible, murmuró mister Brooke.

-El opimo fruto de la postrera oración de Jesucristo a su eterno Padre en favor de sus inhumanos verdugos, prosiguió el joven, fue el divino resorte que movió a uno de los dos malvados que compartieron el afrentoso suplicio de la cruz con el Hijo de Dios: entonces fue cuando uno

de los dos ladrones horrorizado de la enormidad de sus crímenes, y pisando ya los umbrales de la eternidad, buscó como el náufrago una tabla donde asirse. Pero ¿quién había de imaginar que del hediondo seno de la maldad y de la desesperación habla de salir instantáneamente la felicidad perdurable? ¿cómo era posible creer que el tenebroso abismo de una conciencia depravada sería disipado por un rayo de luz divina? ¡Qué lucha tan corta y terrible debió de sostener aquel hombre en sus adentros para acallar el grito desgarrador de su conciencia, y qué angustiosa perplejidad antes de decidirse a implorar, la clemencia de su divino compañero! Sin embargo el hilo de la vida iba a romperse...; era menester adoptar una resolución súbita, heroica, [267] irreparable, trascendental...; era forzoso y apremiante optar por la eternidad de las tinieblas, de la muerte y de los tormentos en compañía de Luzbel y de sus secuaces; o por la eternidad de la luz, de la vida y de las delicias en compañía de Dios, de los Ángeles y de los Santos... El Evangelio, ese libro el más auténtico, el más sencillito al par que profundo, el más interesante, moral, patético, inspirado, consolador, poético, elocuente de cuantos libros se han escrito en el mundo; el Evangelio, pues, nos dice que el ladrón eligió el camino del cielo. Por manera que volviendo con respetuosa timidez su moribundo rostro hacia Jesucristo, le reconoció por su verdadero y único Rey y Señor, suplicándole humilde y fervorosamente que no le olvidara al entrar en su reino. Entonces Jesucristo, lejos de pulverizar la cabeza de aquel famoso criminal con un rayo de su divina cólera, le prometió que aquel mismo día le llevaría consigo al paraíso.

-Eso es admirable, respondieron a coro el ministro y mister Mac-Kievet.

Aquel hombre, pues, continuó Eduardo, que pocos momentos antes merecía ser arrojado en lo más profundo del infierno por sus numerosos y abominables delitos, estaba ya purificado de ellos, e iba a gozar de las delicias de los predestinados. Eso es grande y asombroso, continuó el joven; esos rasgos de magnanimidad sólo son peculiares del divino Fundador del Catolicismo; [268] y así como los palacios de los magnates de la tierra se distinguen por su esplendor y magnificencia, así también en todas las obras de Jesucristo (Rey de los cielos) resplandece la auréola de la divinidad.

-En vista de los actos y doctrina de Jesucristo, no comprendo que haya hombres que puedan poner en duda su divinidad; dijo el capitán.

El ministro hizo un ademán de cabeza dando a entender que participaba de la misma opinión que mister Mac-Kievet.

-Todos los instantes, palabras y actos de la vida de Jesucristo, contestó Eduardo, están revestidos de un aspecto milagroso: pero el sobrenaturalismo es, si cabe, más tangible en los últimos momentos de su vida, o sea durante su pasión y muerte, cuyas fases llevan tan profunda e indeleblemente impreso el sello de la divinidad, que deslumbran y desesperan a los que tienen la incalificable osadía de combatirla con sus sacrílegas palabras o escritos. A la manera que el astro del día, al trasponer su globo de fuego en el Occidente proyecta sus postreros y oblicuos rayos bañando de un subido color de rosa todo el horizonte que se inflama y centellea como una inmensa mole de hierro candente, del mismo modo el divino Astro, que cerca de veinte siglos ha apareciera en el

horizonte de Judea, esparciendo un instante sus vivificantes y celestiales rayos, y sacudiéndolos a guisa de finísimas [269] hebras de oro sobre la tierra, despidió intensos e inextinguibles fulgores al eclipsarse en la cumbre del Gólgota... ¿Qué hecho más preclaro y asombroso que éste nos han legado los anales de la humanidad? Ninguno; porque las más brillantes fases de la historia antigua han llegado hasta nosotros, es cierto, pero muy debilitadas y oscurecidas por la distancia; más no sucede lo propio con el sacrificio que se consumó sobre el monte Calvario, pues del mismo modo que un peñasco, desgajado de una elevadísima cumbre, aumenta su movimiento y estruendo al rodar por la escarpada vertiente y a medida que va acercándose al umbroso y profundo valle; así también el eco de la pasión y muerte de Jesucristo, lejos de amortiguarse al atravesar las densas tinieblas del tiempo, retumba, por el contrario, con más fuerza, al ser arrastrado por la rápida y tumultuosa corriente de los siglos. Hoy, más de cuatrocientos millones de hombres, desde todos los puntos de la tierra, proclaman a voz en grito la divinidad de Jesucristo, y adoran su muerte y gloriosa resurrección, a la manera que las aves saludan la aparición de la sonrosada aurora con sus cotidianos y melifluos trinos.

El ministro había escuchado atentamente las palabras de Eduardo, de las cuales se deduce lógica y cristianamente, que debemos perdonar de veras nuestros enemigos sin reparar en la índole y malignidad de la ofensa que estos nos hayan inferido. [270]

Al hijo de Escocia no se le ocultaba que Jesucristo es el gran capitán de la milicia cristiana, cuyas divinas huellas estamos todos obligados a seguir si queremos perfeccionarnos y ser acreedores al premio eterno. Sin embargo el ministro no estuvo acorde con Eduardo en este punto. He aquí su contestación:

-Jesucristo es un modelo tan grande, que todo nuestro empeño en querer imitarlo fuera más que ridículo temerario. ¿No nos reiríamos a la vez de despecho y compasión, de un pintor de brocha gorda que se propusiera parodiar con su tosco pincel las obras maestras (esos prodigiosos partos del genio) de esas lumbreras de las bellas artes?... No; no, continuó: nosotros como profanos e indignos de remontar tanto nuestro rastrero vuelo; debemos contentarnos, hasta cierto punto, en ser simples admiradores del inimitable dechado de perfección que nos ofrece la vida del Redentor del mundo; aspirar a más sería por nuestra parte necesidad, vana presunción y delirio.

Eduardo y el capitán se miraban silenciosos y como asombrados de las heréticas palabras de su compañero.

-¡Pues, qué! ¿No sois de mi opinión?, añadió el ministro viendo el efecto que sus frases habían producido en el ánimo de sus dos amigos.

-El capitán y yo estamos tan distantes de pensar como vos en este punto, como lo está el [271] cielo de la tierra, repuso Eduardo después de una breve pausa.

-Dios me libre de participar de sus ideas, dijo para sí el capitán mirando de reojo al ministro.

-¿Cuáles son, pues, vuestras ideas, sobre esta materia?, preguntó mister Brooke clavando los ojos en el joven español.

-¿Habéis olvidado, ministro, respondió éste, que los mártires cifraron toda su dicha y encontraron toda su fortaleza en la imitación de

Jesucristo? ¿Qué otro norte ha podido guiar a esas pléyades de héroes cristianos de todos los tiempos, sexos, edades y categorías, más que el glorioso símbolo de nuestra redención enarbolado en la cima del Calvario? ¿Qué diríamos, señores, de un ejército que capitaneado por un bizarro general, dejara que éste asaltara solo la plaza enemiga, y cruzándose de brazos se contentara simplemente con admirar la proeza de su jefe? ¿No diríamos que aquel ejército se ha cubierto de oprobio con su vergonzosa y cobarde conducta? ¿No le acusaríamos de alta traición por no haber secundado el rasgo heroico de su general, abandonándole a perecer en manos de sus adversarios? Pues bien; en la milicia cristiana sucedería lo propio si los que a ella nos envanecemos de pertenecer, no siguiéramos los pasos de Jesucristo (nuestro Capitán) para asaltar la fortaleza del cielo triunfantes de todos nuestros enemigos.

-Es cierto, Eduardo; repuso el capitán. [272]

Aquí concluyó la conversación de nuestros tres personajes.

- XIV -

Pocos días después de lo que antecede, la fragata Lord Efigham, con las velas tendidas y graciosamente redondeadas por la brisa de las regiones intertropicales, enderezaba su obtusa proa hacia la isla de la Trinidad; pequeña isla inhabitada del Atlántico, cuya posición geográfica es a los 20° 30' latitud sur, y a los 25° 38' longitud oeste.

Es indescriptible el placer que experimentaron Eduardo y el ministro al descubrir aquel pedazo de tierra, sobrenadando en medio del océano, al cabo de cuatro meses de navegación, en cuyo largo intervalo la continuidad de la línea que trazaba el mar al confundirse con el horizonte, no era interrumpida en ningún punto, más que rarísimas veces por los mástiles de algún buque que se divisaba en lejana perspectiva.

La isla de la Trinidad es muy rica en manantiales: esta circunstancia fue la que impelió al capitán a querer tomar agua en aquel punto.

Al declinar, pues, de una deliciosa tarde de mayo y a favor de una fresca y apacible brisa, la fragata inglesa se fue acercando al sur del predicho islote; y cuando estuvo a unas dos o trescientas brazas de distancia de él, se puso al paio enfrente de una enorme y pelada roca, casi cortada a pico, la cual tenía en su seno, o [273] sea a diez o doce metros sobre la superficie del mar una ancha y profunda hendidura o grieta por donde brotaba un grueso chorro de agua cristalina que caía en forma de cascada, semejante a una lluvia de diamantes sobre una alfombra de zafir recamada de plata, y cuyo estrépito era perceptible a una respetable distancia.

El capitán mandó echar dos botes al mar, y en poco tiempo se llenaron todas las pipas de a bordo de agua potable de superior calidad.

Sólo faltaba ya abastecerse de víveres, cuya poco menos que absoluta carencia constituía la negra y eterna pesadilla del despensero, puesto que como dijimos en otro lugar de nuestra historia, el ánimo del pobre hombre fluctuaba entre el temor y la esperanza. Empero la aurora de esta última no tardó en asomar al horizonte, porque al día siguiente y a poco de amanecido, un bergantín español cruzó por delante de la fragata y sacó al

despensero de su apuro.

Mister Mac-Kievet hizo seña al bergantín de ponerse al habla; y al comunicarse con él supo que era procedente de las costas brasileñas, y que tenía a su bordo cuantas vituallas podían necesitar nuestros navegantes; de modo que al cabo de dos horas estos tenían provisiones cuando menos para dos meses (tiempo que se consideraba suficiente para que la fragata pudiese abordar el litoral británico), de varios artículos consistentes en conservas de carne, arroz, galleta, azúcar, té, etc. [274]

El buque español fue visitado por Eduardo y sus dos compañeros, quienes obtuvieron la más benévola acogida de su capitán y pilotos.

Nuestro héroe pasó un rato sumamente agradable en compañía de sus compatriotas; y no pudo menos de enternecerse al pensar en su patria y en sus amados padres.

Así, pues, nuestros tres personajes regresaron a bordo del Lord Efingham, agradecidísimos del simpático y cordial recibimiento que se les había hecho en el bergantín.

-Se dice que los marineros españoles son poco galantes, Eduardo (dijo el ministro así que entró en la fragata con sus dos compañeros); he aquí, pues, una excepción de la regla, añadió designándoles algunos tripulantes del bergantín español que a la sazón estaban sentados sobre la baranda de éste.

-El suelo español es demasiado fecundo en toda clase de productos agrícolas para que no crezca en él la flor de la galantería, repuso el joven con una sonrisa.

-¡Muy bien! Eduardo, murmuraron sus dos interlocutores aplaudiendo la idea de nuestro héroe.

Aquella misma noche nuestro triunvirato se hallaba reunido como de costumbre en la cámara del capitán, en donde había muy a menudo una densa niebla artificial formada por las tres columnas de humo que salían, casi sin interrupción, de las pipas en que fumaban nuestros [275] tres individuos con asiática majestad y delicia.

-Apostaría mi cabeza a que Eduardo está ya meditando su plan de ataque para esta noche, dijo el ministro viendo a su joven compañero muy pensativo.

-Sois un excelente fisonomista, ministro, replicó Eduardo sonriéndose. Ciertamente ahora alimentaba mi pensamiento con un punto de controversia religiosa que es de las más interesantes y que desearía que ventiláramos juntos.

-¿Y cuál es ese punto?, preguntó el ministro lanzando una escudriñadora mirada al joven español.

-Si mi presencia ha de servir de estorbo en vuestra polémica, voy a salir de aquí, dijo el capitán levantándose del sofá.

-No capitán, respondieron a coro sus dos interlocutores. Quedaos, añadió el ministro tirando blandamente del brazo a mister Mac-Kievet hasta que éste volvió a sentarse. En toda representación son necesarios los espectadores; y vos, capitán seréis además nuestro censor para aplaudirnos o silbarnos, ya desempeñemos bien o mal nuestro respectivo papel. Nada satisface más el amor propio y estimula tanto a los actores a lucir sus brillantes dotes artísticas en nuestros teatros, como el ver un lleno completo al levantarse el telón. ¿Por qué se batían con tan prodigioso

valor los gladiadores romanos en los circos? Porque estaban rodeados de un público numeroso que contemplaba y aplaudía con entusiasmo [276] su bravura. ¿Qué era lo que enardecía a los arrogantes e intrépidos caballeros de la edad media en los torneos, donde luchaban con la elasticidad de la ardilla, la astucia de la serpiente y la hidalguía y fiereza del león? ¿No era acaso por los bellos ojos de las damas que presenciaban y coronaban sus proezas?

Mientras que el ministro hablaba, el capitán y Eduardo pusieron en juego el telégrafo de su vista, haciéndose mutuamente significativos guiños como si hubiesen querido decirse: «A qué conduce la sempiterna palabrería de ese hombre».

-¿Cuál es, pues, el tema de vuestro sermón de hoy, Eduardo?, prosiguió el hijo de Escocia con tono de chanza y lanzando una furtiva mirada a su joven interlocutor.

-Voy a hablaros del culto de los Santos, respondió este con seriedad.

-Buen tema ha escogido Eduardo ministro, observó el capitán despidiendo una espiral de humo por un ángulo de su boca, y dejando la pipa encima la mesa.

-El culto de los Santos es una de vuestras mayores supersticiones, dijo el hijo de Escocia mirando a sus dos camaradas. En la Reforma tenemos hombres ilustres, virtuosos y hasta mártires, y nunca se nos ha ocurrido, ni se nos ocurrirá en lo sucesivo, erigirles altares en nuestros templos. ¿No echáis de ver que esto es deificar las acciones humanas, que por más meritorias, [277] sublimes y heroicas que sean, siempre tenemos que han sido ejecutadas por seres viles y abyectos gusanos, e indignos, por lo tanto, de que se les eleve al rango de dioses? Vosotros, señores católicos, profesáis el politeísmo sin advertirlo; porque ¿qué significa esa caterva de imágenes con que adornáis vuestros templos y ante las cuales os prosternáis y oráis como pudierais hacerlo en presencia de la misma Divinidad? ¿No es verdad que vuestro modo de obrar en esta parte tiene mucho de ridículo y un si es no es de ateo?

El lenguaje heterodoxo de mister Brooke (que es desgraciadamente el mismo que emplean en nuestros tiempos algunos que de católicos sólo tienen el nombre) entristeció profundamente a Eduardo y al capitán, quien volviéndose al ministro dijo:

-¿Dónde están, pues, vuestros santos? ¿qué milagros han obrado?

-¿Y quién de vosotros puede asegurarme que esos esforzados campeones objeto de vuestro culto, y cuya memoria perpetuáis en esas imágenes de barro, madera, bronce o mármol (algunas de ellas de pésimo gusto artístico por cierto), han obrado esos portentosos milagros que sólo son del exclusivo arbitrio, potestad e incumbencia del Omnipotente? ¿No os está indicando el sentido común que con el don de milagros o de sobrenaturalismo que suponéis y adoráis en la [278] criatura, cercenáis insensatamente uno de los mayores atributos de la Divinidad?

Hasta este momento Eduardo no había despegado los labios, pero entonces imploró la asistencia de la gracia divina para derribar con el potente soplo de la doctrina y humildad cristianas el herético edificio sin cimientos que acababa de levantar el discípulo de Lutero.

-No creo que pretendáis borrar las infinitas páginas ensangrentadas sí, pero por lo mismo muy brillantes, que nos ofrece la historia de los

primeros siglos del Cristianismo, dijo el joven español fijando la vista en su rival.

-¿Y quién ha tenido tan incalificable pretensión, Eduardo?

-Vos, ministro.

-¡Yo!, exclamó éste abriendo desmesuradamente los ojos y clavándolos en su joven antagonista.

-Sí, vos, repitió éste:

-Probádmelo, Eduardo, probádmelo:

-¿No nos acabáis de decir que los Santos son para nosotros (¡Dios mío! ¡Purificad mi lengua en este instante!), más bien objeto de superstición que de veneración?

-Lo he dicho, y os lo repetiré hasta la saciedad, repuso secamente el interpelado.

-¿Habéis olvidado, ministro, que la semilla del Cristianismo fue fecundada y regada con la sangre de los millones de mártires que en los [279] siete primeros siglos de nuestra era, y por amor a Jesucristo, pusieron gozosos sus inocentes cuellos bajo la desapiadada hacha de los verdugos del Capitolio romano, a cuyos pies gemía abyecta aherrojada la humanidad entera? ¿Cuál fue en los primitivos tiempos de la Iglesia el más poderoso, argumento para atraer hacia ella a los gentiles, que la constancia, la resignación, el valor y el heroísmo con que las ilustres víctimas de la fe soportaban toda clase de privaciones, sufrimientos y horriblos suplicios? ¿No debía de ser un espectáculo en extremo conmovedor hasta para los corazones más empedernidos, el contemplar como tantas vírgenes, débiles por su sexo y arrancadas brutalmente del seno de sus familias, marchaban con incomprensible firmeza y alegría hacia el sitio del tormento, y al llegar allí, con sin igual intrepidez se arrojaban en las hogueras, cuyas voraces llamas debían consumir sus tiernos y castos cuerpos, o en los circos, donde mil horribles y rugientes fieras iban a despedazar sus entrañas?

-¡Muy bien! Eduardo, exclamó el capitán.

-Nunca he puesto en duda el heroísmo de los mártires del Cristianismo; pero esto no es tampoco una razón válida y admisible para endiosarles y pedirles cosas naturales; por ejemplo la lluvia en tiempo de sequía, la paz en tiempo de guerra, la salud en nuestras enfermedades, las riquezas, la tranquilidad de espíritu, y toda esa interminable retahíla de gracias que los católicos [280] pretendéis alcanzar de esos hombres, que no negaré que estén en el cielo, antes bien lo creo con toda seguridad, pero que no tienen ciertamente las omnímodas y latísimas facultades que vosotros queréis concederles.

-En nombre del cielo, ministro, no ensartéis más disparates, dijo Eduardo con tono suplicante.

-Disparates según vuestra doctrina, Eduardo; pero juiciosas sentencias según mi profesión de fe, respondió su interlocutor con aspereza.

-¡Cómo se conoce que no habéis pedido ni recibido nunca ningún beneficio por intercesión de los Santos!, observó el capitán lanzando una mirada al discípulo de Lutero.

-Y vos, capitán, ¿qué favor habéis alcanzado por conducto de los Santos?, murmuró el hijo de Escocia clavando sus ojos en el rostro de

mister Mac-Kievet.

-¡Oh! Sí, ministro; más de una y más de dos, repuso éste con entusiasmo; pues como podéis suponer, en mi larga carrera de marino me he visto en gravísimos apuros, y siempre he salido bien librado de ellos invocando a la santísima Virgen y a mi patrón san Patricio. ¿Quién creéis que salvó nuestras vidas en la horrorosa tempestad del cabo de Hornos?, añadió.

-Es ciertísimo, contestó nuestro héroe, que aquella noche debía ser la última para nosotros sin la visible protección de la Emperatriz de la gloria. [281]

A estas palabras, el discípulo de Lutero lanzó una oblicua mirada a sus dos interlocutores, hizo un ademán de incredulidad; y apretando con los dientes el tubo de su pipa, corrigió la expresión de desdeñosa sonrisa que se dibujó en sus labios diciendo:

-Sólo Dios, señores, tiene el poder de apaciguar o enfurecer los elementos cuándo y cómo le place. No seáis del número de esas gentes crédulas que doblegan su débil y ofuscada razón bajo la férrea mano de esos déspotas de las inteligencias. No, hoy estamos ya demasiado inundados de luz para que no se perciban a simple vista esas manchas con que algunos pretenden afean el rozagante manto de la cultura y civilización que nos rodean. Afortunadamente han pasado ya aquellos tiempos en que la razón humana estaba avasallada y envilecida por los monopolizadores de las luces científicas.

-Conviene que sepáis, ministro, respondió el joven español, que los católicos veneramos e invocamos a los Santos para mayor honor y gloria de Dios, y que solamente nos valemos de ellos como de mediadores para obtener las gracias que deseamos alcanzar del cielo. ¿No vemos que en las monarquías de la tierra se apela muchas veces al valimiento de un ministro favorito para impetrar con más eficacia la clemencia o protección del Soberano? ¿No nos parecería muy natural y justo que un príncipe acogiera con paternal solicitud la petición de aquel súbdito que [282] llevara su comisión y fidelidad hasta exponer noblemente su vida en defensa de su real persona? ¿Por qué no hemos de conceder, pues, que Dios se complace extremadamente en dispensar sus gracias a las criaturas que se las pidan por mediación de sus Santos que son sus ministros predilectos y que han derramado hasta la última gota de su sangre en defensa de la Religión?

-En efecto, dijo el capitán.

-Pero ¿quién ha visto jamás los milagros obrados por intercesión de los Santos?, insistió mister Brooke. Yo no acierto a ver en todo esto más que la superstición llevada hasta sus últimos límites.

-Comprendo, hasta cierto punto, que los protestantes calificuéis de absurdo lo que no es más que una lógica consecuencia de la religión católica; es disculpable que el ciego de nacimiento se equivoque palmariamente en la distinción y clasificación de los colores; y que el que tiene el paladar gastado por los manjares condimentados con exceso no pueda apreciar con exactitud los diversos sabores de las sustancias alimenticias.

-De modo, que según vos, Eduardo, ¡los protestantes no tenemos completamente expedito el uso de los sentidos de nuestro cuerpo!, se apresuró a responder el ministro con ironía.

-No; no es este el sentido del lenguaje de Eduardo, observó cándidamente el capitán mirando al ministro y designándole el joven español. [283]

-Harto sabe el ministro que soy enemigo de usar palabras anfibológicas en tratándose de puntos tan esenciales como el que estamos ventilando.

El ministro movió la cabeza afirmativamente.

-Lo que yo quería demostrar, prosiguió el joven, era que Dios obra a menudo milagros por medio de sus Santos; lo que los protestantes os empeñáis tenazmente en negar. Y sino, decidme, ministro: ¿por qué las llamas o las fieras deponían su natural voracidad respetando y aun acariciando los cuerpos de los mártires que se les arrojaban para pasto? Leed y medita las vidas de los Santos del Catolicismo, y veréis que en todas épocas el cielo prodiga a los mortales insignes favores por intercesión de aquellos esclarecidos y heroicos varones: unos sanan enfermos, otros convierten obstinados pecadores; estos aplacan la ira celeste librando a los pueblos de los horrores de la peste, del hambre, de la guerra, de los terremotos... ¿qué más? aquellos vuelan a las más remotas e inhospitalarias regiones del mundo para catequizar a los pueblos que todavía yacen sumidos en las sombras del error, del oscurantismo, ¡de la barbarie! Nada, nada es capaz de contener el santo celo de esos insignes Apóstoles, los cuales rompen todos los dulces lazos de familia y de la amistad renunciando a las comodidades, riquezas, honores y hermosura con que el mundo les brinda en dorada copa; todo, todo es desechado, hollado y pospuesto por [284] esos hombres consagrados exclusivamente al servicio y defensa del Catolicismo, que no tienen otro móvil, otro deseo, otro consuelo, otra esperanza ni otra recompensa que la conversión de sus semejantes a costa de inauditas penalidades y aun de su propia vida.

Los ojos del capitán expresaron una indecible satisfacción al oír la brillante apología de Eduardo acerca los milagros y virtudes de los Santos.

-En vista de lo que acabo de exponeros, prosiguió el joven; ¿persistiréis en vuestra opinión de que el lugar que el Catolicismo asigna a los Santos ataca a los fueros de la razón y es antitético con el estado de la sociedad contemporánea?

-Por más datos y razones que aduzcáis y acumuléis en pro de vuestra tesis, Eduardo, siempre hallo exageración en la importancia que concedéis a vuestros Santos, respondió el discípulo de Lutero. Y luego, como esquivando hábilmente la contestación al principal argumento que se le proponía, añadió: ¡Pues qué! ¿Ignoráis que los misioneros protestantes se ocupan también infatigablemente en la conversión, cultura y civilización de las tribus salvajes y antropófagas? Id a la California, a la China, a la India; y en todas partes tropezaréis con celosos ministros dedicados a la conquista de almas para el Cristianismo.

-Pero ¡cuánta diferencia va de vuestros misioneros a los nuestros!, observó el capitán. [285]

-¿Por qué?, murmuró el ministro con sorpresa.

-Porque los vuestros residen generalmente en las ciudades rodeados de su familia y disfrutando de una buena renta; mientras que nuestros misioneros viven en medio de los bosques o de los desiertos; a menudo, sin

otro elemento que algunos vegetales, sin más casa que la inclemencia y sin otra compañía que los salvajes o las fieras.

-Exageráis, capitán, replicó el hijo de Escocia, como si hubiera querido desviar el golpe que con tanto acierto le asestó mister Mac-Kievet. No, no es raro encontrar a nuestros ministros en medio de las hordas incivilizadas e indómitas imponiéndose todo linaje de privaciones y sacrificios.

-Es posible que algunos de vuestros colegas lleven sus excursiones catequísticas hasta el centro de las regiones bárbaras; pero en este caso, ¿cuáles son los países que han convertido? ¿Dónde está la huella de la propaganda hecha por vuestros misioneros?, dijo el joven español. Y añadió: antes que apareciera en el mundo vuestra secta, ya habían salido del seno del Catolicismo legiones de soldados del Evangelio precedidas del pacífico y glorioso estandarte de la cruz y capitaneadas por los fundadores de dos insignes órdenes religiosas que luego sembraron la semilla cristiana en el imperio de Marruecos, la Persia y la Turquía; y hoy, las pisadas, y las [286] palabras llenas de unción evangélica de los misioneros católicos resuenan por todos los climas y países de la tierra.

-Y todos esos hombres son santos; ¿no es verdad, Eduardo?, repuso el ministro sonriéndose.

-No puedo ni intento afirmaros tal cosa; pero lo que sí puedo aseguraros, es que el catálogo de nuestros Santos ha tenido un notable aumento con los nombres de los muchos mártires de la fe que han producido nuestras misiones.

-Por manera, que siguiendo a este paso, respondió mister Brooke con maliciosa intención, dentro de pocos años os veréis obligados a agrandar considerablemente vuestras iglesias, so pena de no poder albergar en ellas al sinnúmero de Santos nuevos que vayan ingresando en vuestro martirologio. ¿No es mil veces preferible la sencillez que se observa en nuestros templos, que no los adornos de que están atestadas las paredes de los vuestros?

-Por favor no nos habléis de vuestros templos, ministro, replicó bruscamente el capitán. El corazón se hiel a penetrar en ellos y sobre todo al presenciar vuestras frías ceremonias.

El ministro acogió estas palabras con marcada frialdad, y volvió el rostro al capitán diciéndole con tono ofendido:

-Ya se ve, los católicos creéis adorar mejor a Dios encendiendo una profusión de cirios, quemando mucho incienso y con los lujosísimos hábitos [287] pontificales de vuestros sacerdotes. No, señores, no consiste en eso la verdadera adoración de la Divinidad, añadió suavizando la voz.

-Para convenceros de vuestro error en esta parte, dijo Eduardo mirando al ministro; no tenéis más que comparar la impresión que siente el ánimo entrando, por ejemplo, en la basílica del Vaticano de Roma o en la de San Pablo de Londres cuando se están ejecutando las ceremonias con que se solemnizan las grandes festividades del Cristianismo; ambos templos son suntuosos, colosales; verdaderas obras maestras de arquitectura, es cierto; ambas ceremonias nos recuerdan alguno de los augustos misterios de la religión del Crucificado, también es cierto; pero al penetrar en el primer edificio el ánimo queda como arrobado y aquella indefinible impresión de grandiosidad religiosa se imprime fuertemente en vuestra

mente y dura toda vuestra vida, mientras que hallándoos dentro del segundo templo, vuestro corazón experimenta un vacío sensible que contrasta con la grandeza de los objetos que se presentan a vuestra vista, y al salir de allí se os borra el recuerdo con la misma facilidad y presteza que un surco trazado sobre la superficie del mar.

-¡Cualquiera diría que habéis estado en Roma y en Londres, Eduardo!, observó el ministro con acento socarrón.

El capitán y Eduardo se sonrieron de la ocurrencia de su compañero. [288]

-Aunque no haya estado en mi vida en Londres ni en Roma; con todo las relaciones de varios viajeros que conozco personalmente vienen en apoyo de mi aserto. Pero en defecto de esta prueba debo deciros, que antes de ir al Perú tuve ocasión de visitar en Francia algún templo protestante, y no he salido de allí muy edificado que digamos.

-Esto no prueba sino que cuando penetráis en uno de nuestros templos abrigáis muy de antemano una tonta prevención contra lo que vais a ver en su interior. Todo lo de este mundo es susceptible de presentar distintos aspectos, Eduardo, según el prisma bajo el cual lo observemos. Así no es de extrañar que lo que para unos es menospreciado y aborrecible, para otros sea encomiado e idolatrado; todo depende de nuestro modo de pensar y juzgar las cosas.

-No soy de vuestra opinión, respondió el joven español.

-Pues ¿cuáles son vuestras ideas acerca este punto?, preguntó mister Brooke.

-He aquí mi opinión lisa y llana respecto al asunto que nos ocupa, contestó Eduardo: el hombre consta de alma y cuerpo; éste transmite a aquélla las impresiones de los objetos del mundo material; de modo que una gran parte de ideas y afectos que elabora nuestro espíritu tienen su origen en las sensaciones recibidas de los objetos que nos rodean.

-¿Adónde vais a parar con vuestra ideología?, [289] observó el ministro sonriéndose e interrumpiendo bruscamente a su interlocutor.

A esta aberración, el capitán y Eduardo cruzaron una mirada risueña.

-He aquí mi punto objetivo, ministro, repuso el joven español. El hombre por su misma naturaleza necesita fijar constantemente sus ojos en todo lo que le recuerde las grandezas y misterios de su religión; ¿y qué objetos pueden elevar más el entendimiento y conmover el corazón, que esas bellas y venerandas imágenes que adornan los altares de nuestras iglesias?

-¿Qué replicáis a esto, mister Brooke?, preguntó el capitán expeliendo una espesa columna de humo por el ángulo izquierdo de su boca.

-Digo que no tenemos necesidad de imágenes artificiales para sublimar nuestras ideas y afectos hacia la Divinidad. Más fruto saca el hombre en sus meditaciones, colocándose en la cima de una montaña desde donde abarca de una ojeada una pequeña parte de las grandiosas obras del Autor de la naturaleza, que no encerrándose en el mezquino espacio de un edificio; llámese éste San Pablo de Londres o San Pedro de Roma, que para el caso es indiferente.

-¡Que mucho que los iconoclastas del siglo XVI prefieran adorar a Dios al aire libre como lo verifican los salvajes!, observó Eduardo.

-No recuerdo precisamente la significación histórica de la palabra iconoclastas, interrumpió el capitán volviéndose a Eduardo. [290]

-Esta palabra procede de una secta de herejes que en la edad media se renovó desplegando un satánico furor en derribar y destruir todas las sagradas imágenes que caían bajo sus manos.

-Tenéis razón, Eduardo, ahora acude a mi memoria este hecho histórico.

Durante este pequeño incidente, mister Brooke parecía impacientarse por continuar la polémica con su joven compañero al cual lanzó una mirada diciendo:

-Lo más racional es que se adore a la Divinidad en su propio palacio; ¿y cuál es el palacio más digno de hospedar y ensalzar a Dios más que aquel que el mismo ha fabricado con su omnipotente brazo, teniendo por techumbre el cielo, por luces los millones de astros esparcidos por el espacio infinito como polvo de reluciente oro, por música el gorjeo de las aves o el bramido de los elementos, y por pavimento los mares y continentes?

-El ministro quiere echarlas de poeta, dijo para sí el capitán.

-¿No habéis reparado, querido ministro, el efecto que produce en el ánimo la vista de un soberbio edificio, por ejemplo, el palacio de cristal de Londres, o la esplendidez de la corte de un magnate?, contestó nuestro héroe. Sin embargo, todos sabemos muy bien que el edificio de la naturaleza sobrepasa a todo lo más grande y primoroso que sale de la mano del hombre hasta un grado que excede infinitamente nuestro [291] cálculo; a pesar de ello vemos a cada paso que muchos hombres se extasían a veces ante las más insignificantes obras del arte, sin que les causen la menor admiración y asombro las grandiosas e innumerables maravillas que encierra la inmensa máquina del universo.

El ministro hizo un gesto de incredulidad y el capitán movió la cabeza con ademán afirmativo.

-Empero no consiste en esto todo, prosiguió el joven español; puesto que si bien por la contemplación de las obras de la naturaleza podemos remontarnos hasta el conocimiento de la existencia absolutamente necesaria de su Autor, con todo la noción positiva que tendríamos de él sería muy insuficiente para que pudiéramos adorarle como es debido; y nos expondríamos a incurrir, en esta materia, en mil groseros y abominables absurdos como sucedió con el politeísmo a despecho de las elucubraciones filosóficas de los sabios de la antigüedad. Además, el mundo sensible nada nos revela acerca nuestro origen y nuestro fin, dejándonos, por lo mismo, completamente a oscuras tocante al punto que más nos interesa. He aquí, pues, la necesidad de la revelación y de que erijamos templos y altares a los objetos sensibles que simbolizan las verdades de nuestras creencias. Por esto vemos que el pueblo hebreo, único depositario de la doctrina revelada, se apresuró a construir el magnífico templo de Salomón, custodiando en su espaciosísimo recinto el arca santa con todo el esplendor que [292] requería tan sagrado objeto. ¿Cómo podríamos representarnos con más viveza la pasión y muerte de Jesucristo, que concentrando nuestra mirada en los trofeos e instrumentos con que el pueblo deicida martirizó y crucificó al Hombre Dios? ¿y qué otra cosa más a propósito que una piadosa imagen o efigie de éste para excitar en nuestra mente nuestra más tierna compasión, amor y agradecimiento? ¡Oh! ¡Qué consuelo encuentra el cristiano moribundo teniendo el Crucifijo

fuertemente asido entre sus crispadas y enflaquecidas manos! ¡Cómo la fe de aquella alma que va a abandonar esta triste mansión, anima el mármol, el bronce o la madera de que está formada la sagrada imagen! ¡Cómo la mira y contempla, habla, besa y encuentra en ella su fortaleza y amparo para salir triunfante en su último y supremo combate contra las potestades infernales!

-Bien dicho, Eduardo, murmuró el capitán.

-Con la Biblia en la mano puede alabarse y adorarse a Dios del mejor modo posible, dijo el ministro lanzando una mirada a su joven compañero. Allí hallaréis majestuosa y poéticamente amplificadas todas las nociones apetecibles sobre el Ser supremo.

-Excelente medio de meditar la doctrina revelada y la vida de Jesucristo nos suministra la sagrada Escritura; pero es también indispensable que los fieles tengan un punto de reunión donde puedan orar juntos, y donde se ofrezcan a [293] su vista representaciones corpóreas y emblemáticas de los sagrados objetos a que deben rendir culto. ¿No vemos que se erigen estatuas y panteones a los hombres ilustres para que sus proezas o escritos trasciendan a la más remota posteridad? ¿Quién es, pues, más acreedor a que se inmortalicen sus divinas obras y doctrinas que Jesucristo regenerador de la humanidad? Justo, justísimo es, por lo tanto, que dediquemos a su memoria grandes templos donde podamos tributarle todos los obsequios y adoración que le corresponden; porque nosotros los católicos, ministro, poseemos el cuerpo de Jesucristo real y verdaderamente sobre nuestros altares, añadió Eduardo.

-He aquí una cosa que no puede conciliarse absolutamente con la razón: Jesucristo está en el cielo, y por lo tanto no puede hallarse simultáneamente en tantos puntos cuantas son las iglesias católicas desparramadas por toda la superficie del globo, repuso el hijo de Escocia. Los protestantes somos más lógicos en esta materia, puesto que creemos que en el cenáculo el Hijo de Dios encargó encarecidamente a sus discípulos que celebraran la Pascua en honor y conmemoración de su venida al mundo; pero de ningún modo les dijo que les daba en manducación su propio cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino: ¿no encontráis que esto es imposible?

-¡Imposible!, exclamaron sus dos interlocutores escandalizados. [294]

Hubo una breve pausa en cuyo tiempo cada uno de los dos contrincantes parecía afilar sus respectivas armas para lanzarse nuevamente al combate con mayor denuedo.

-No hablemos con tanta ligereza de un dogma de mi religión, señor ministro, repuso Eduardo. Vos creéis, como yo, que Jesucristo vino al mundo y murió enclavado en una ignominiosa cruz para redimirnos, ¿no es verdad?

Mister Brooke respondió con una profunda inclinación.

-Pues bien, continuó el joven español mirando a su adversario, sondead si podéis la inmensidad del océano de amor hacia la criatura que movió a Jesucristo, es decir, al Hijo de Dios (ante cuya presencia se prosternan y tiemblan los cielos, la tierra y los infiernos) para encarnarse en el seno de una Virgen y nacer en una miserable choza de Judea.

-En efecto, éste es un acto de humillación incomprensible, dijo el

ministro.

-Empero no para aquí el anonadamiento de Jesucristo para con el hombre; sino que durante su corta vida predicó la doctrina más pura, más sublime y más santa que cabe imaginarse; obró varios milagros, ora resucitando muertos y curando enfermos de cuerpo y de espíritu; y por último cargando sobre sus divinos hombros el peso de todos los crímenes cometidos por la criatura y de los que ésta pudiera cometer en adelante, quiso ser inmolado como víctima expiatoria [295] de todas nuestras iniquidades para aplacar la cólera de su divino y coeterno Padre, y restablecer con mayor intimidad que antes la unión entre el cielo y la tierra que había destruido el pecado original.

-Es verdad, murmuró el capitán.

-Hasta ahora nada tengo que objetaros, Eduardo, repuso el hijo de Escocia; pues los antes protestantes creemos todo eso, y admiramos y adoramos tanto o más que los católicos a los dos misterios de la encarnación y la redención. Pero en estos misterios no sé ver ninguna analogía con la realidad del Sacramento eucarístico, tal como la interpretáis y pretendéis los papistas.

-¿Decís que no halláis analogía y afinidad entre los dogmas de la encarnación y de la cruz con el de la sagrada Eucaristía?, replicó el joven español.

-Yo no encuentro ninguna; y no atino el motivo por qué vos, Eduardo, insistís tanto en ello.

-Pues estáis en un gravísimo error, ministro.

-¿Por qué?

-La razón es muy obvia: si Jesucristo ha llevado su abnegación y amor hacia nosotros hasta revestirse de nuestra frágil humanidad y sacrificarse en la cima del Calvario; ¿hay nada más natural que la creencia de que nos ha dejado su sacratísimo cuerpo y sangre como prenda o en rehenes de nuestro rescate de la esclavitud del pecado? Y no digáis que es imposible que Jesucristo [296] esté a un tiempo en el cielo y sobre nuestros altares; porque si reconocéis su divinidad tenéis que aceptar su omnipotencia; y ante ésta se eclipsa todo lo que nos parece imposible como a la presencia de la luz se desvanecen las más negras sombras. Por lo demás, bien claras, concisas y terminantes son las palabras que el divino Maestro dirigió a sus amados discípulos poco antes de separarse de ellos para ir a cumplir la voluntad de su Padre: «Este es mi cuerpo y esta es mi sangre, dijo Jesucristo a sus Apóstoles en la última cena y dándoles a cada uno un pedazo de pan y un poco de vino». Y añadió: «En verdad os digo que el que no comiere mi cuerpo o no bebiere mi sangre, no entrará en el reino de los cielos».

-¿Y quién puede poner en duda la veracidad de estas consoladoras palabras?, observó mister Mac-Kievet.

-Poco a poco, Eduardo, contestó el ministro con viveza. Jesucristo acostumbraba hablar a sus discípulos en lenguaje parabólico; y así no es de extrañar que el sentido literal de las palabras del Redentor en la celebración de la Pascua, no sea interpretado por nosotros del mismo modo que por los católicos.

-Las ambigüedades en el Nuevo Testamento y en un punto tan trascendental repugnan al sentido común; este principio ilógico es

precisamente la falsísima base sobre que descansa el edificio de vuestra secta; y por esto la veis subdividida [297] en tantas otras: pues como todas quieren interpretar los pasajes de la Biblia a su antojo resulta de ahí que hay tantas creencias cuantas son las personalidades.

Es cierto que en el Antiguo Testamento vemos muchas alegorías: así, por ejemplo, el sacrificio de Isaac sobre el monte Moriah, fue una figura del que Jesucristo debía consumir sobre el Gólgota; las doce tribus en que estaba fraccionado el pueblo de Israel, representaban los doce discípulos que más tarde debían predicar, y extender el Cristianismo a todas las naciones; el maná que llovió del cielo durante la peregrinación de cuarenta años, de los israelitas por el desierto en busca de la tierra de promisión, simbolizaba el alimento eucarístico que debía dar la vida eterna a los hombres en la plenitud de los tiempos y hasta la consumación de los siglos. De modo que todas las figuras y profecías de la ley antigua, lejos de estar en contraposición con la nueva ley, son por el contrario los mejores comprobantes de las verdades de la doctrina de Jesucristo según las creencias que profesamos los católicos.

-¿Tenéis algo que replicar a las palabras de Eduardo, mister Brooke?, dijo el capitán sonriéndose.

-Esta cuestión es tan ardua e intrincada, contestó el ministro mirando a sus dos interlocutores con aire de perturbación, que para ponernos de acuerdo sobre ella, tendríamos que comentar [298] los textos de los cuatro Evangelistas que hablan del asunto; y ni aun así la resolveríamos satisfactoriamente. Por lo tanto me parece que lo más acertado es, que cada cual piense como le plazca tocante la cuestión que nos ocupa.

-Pero con todo esto no resolvéis nada, ministro, repuso vivamente Eduardo; y la materia es demasiado interesante para que no fijemos en ella toda nuestra atención juzgándola con sano e imparcial criterio.

El discípulo de Lutero estuvo un minuto perplejo, en cuyo tiempo se atrajo las miradas de sus dos compañeros, quienes esperaban con impaciencia que el hijo de Escocia iba a hacer alguna objeción; pero las palabras evasivas de éste les sacaron de su duda.

-Sacad una botella de cerveza, capitán. Tal vez así aclararemos mejor nuestras ideas, dijo mister Brooke chanceándose. No hay nada como la cerveza para despejar la atmósfera intelectual.

La escapatoria del ministro divirtió en extremo a Eduardo y al capitán, quien se levantó del sofá, sacó una botella de cerveza del armario, y al ponerla encima la mesa se volvió al ministro diciéndole en tono humorístico:

-Hela aquí; ved si dentro de ella encontraréis algún argumento convincente para la causa que defendéis.

Eduardo y mister Brooke se sonrieron de la idea del capitán.

-Bebamos, pues, todos, Eduardo, a la salud [299] de los amables y corteses marinos de vuestra patria que hemos conocido por la mañana, dijo el capitán después de haber llenado, hasta el borde, tres vasos de cerveza, y alargando uno de ellos al joven español que tenía enfrente de sí.

-Tenéis razón, capitán, respondió el ministro luego de haber apurado su vaso de cerveza. Ahora fumemos, fumemos. Quédese la polémica religiosa

para mañana, añadió rellenando su pipa de tabaco. ¿Os parece bien, Eduardo?

-Como queráis, ministro, contestó el joven con afabilidad.

Desde aquel día hasta el de su arribo a Inglaterra, Eduardo y el ministro sostuvieron largas e interesantes polémicas, acerca el dogma del purgatorio los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, el celibato eclesiástico, etc.

En la exposición y dilucidación de todas esas importantísimas e intrincadas materias, Eduardo demostró tanto saber, celo, talento y elocuencia, que más de una vez desconcertaron a su nada despreciable rival, cuyo ánimo al terminar la navegación empezaba a dar inequívocas señales de querer entrar resueltamente en la única vía de salud, en la única nave que puede evitarnos un terrible naufragio en medio del proceloso mar de esta vida, y conducirnos ilesos y triunfantes al puerto de salvación eterna. [300]

- XV -

Nada de particular ocurrió a bordo del Lord Efigham en los veinte días que mediaron entre el encuentro del bergantín español y la patética escena que vamos a describir. En este tiempo la fragata inglesa había cruzado felizmente la línea ecuatorial, y se hallaba muy cerca del trópico de Cáncer. La mayor armonía y confraternidad reinaba entre las personas que moraban en el buque: Eduardo y mister Brooke se engolfaban con frecuencia y amigablemente en discusiones políticas y religiosas: el capitán terciaba en ellas de vez en cuando; pero generalmente abandonaba el campo de la discusión al joven adalid, que salía triunfante en todos los combates contra el discípulo de Lutero; en resumen, nuestros navegantes disfrutaban una paz octaviana. He aquí, pues, la descolorida reseña del hecho que vino a turbarles la felicidad.

El cook, o cocinero de a bordo, era un mulato de treinta años, oriundo de los bosques de Virginia; de modo, que puede afirmarse, que a pesar de su largo y continuo roce con el mundo civilizado, conservaba todavía en sus adentros algunos resabios de su primitivo instinto salvaje.

Dos o tres días antes del horripilante drama, cuyo mal pergeñado relato va a desenvolverse ante nuestra imaginación, mister Mac-Kievet dio una repulsa al cook, con sobrada razón, por la [301] desaliñada manera con que éste cocía, condimentaba y presentaba la comida; pero aquel incidente pasó casi desapercibido, y nadie le dio más importancia de la que intrínsecamente merecía.

No obstante el cocinero yankee alimentaba en pecho la llama del rencor, y acechaba la ocasión propicia para vengarse de la justa reprimenda del capitán.

Una mañana éste se paseaba solo por delante de la cocina, e iba a entrar en ella con el objeto de encender su pipa: empero, así que el yankee vio el ademán de mister Mac-Kievet, desde el interior de la cocina, obstruyó la entrada con su cuerpo, tomando luego una actitud agresiva y lanzando una provocadora mirada al capitán, quien al observar aquellos síntomas de rebelión, gritó con tono imperioso.

-¡Déjame entrar!

-¡Atrás!, contestó su interlocutor con irritante altanería.

-¡Cómo! ¿Te atreves a insultarme? ¿Ignoras acaso que está en mi mano el imponerte un terrible castigo por tu insolencia y rebeldía? ¡Déjame entrar, repito, o sino...!, añadió con un sobrecejo y amenazando con su puño al revoltoso.

Pero éste en vez de desarmarse con las palabras del capitán, se enfureció más y más; de suerte, que en un abrir y cerrar de ojos sacó de su blusa un descomunal cuchillo, cuya larga, ancha, reluciente y afilada hoja blandió un segundo sobre la cabeza del capitán, y prorrumpió [302] en un espantoso alarido, descargó con furia infernal una cuchillada sobre la mejilla izquierda de éste, cuyo cuerpo, como herido del rayo, cayó desplomado sobre cubierta, sin sentido, y bañado en la sangre que salía con abundancia de la herida de su rostro.

La trágica escena, cuyos solos protagonistas fueron el capitán y el cocinero, sólo duró un minuto: dando la casualidad de que a la sazón los marineros se hallaban conversando y fumando en su cámara de proa; y Eduardo, mister Brooke y los demás individuos de la tripulación estaban en la parte de popa.

Empero los marineros al oír el aullido del cocinero corrieron al lugar de la catástrofe, encontrando ya al capitán tendido, y casi exánime sobre el puente; y al agresor como petrificado, apoyando su espalda en la puerta de la cocina, teniendo en su mano el arma fatal ensangrentada y humeante, y contemplando con la más cínica estupidez la víctima que yacía a sus pies.

-¿Qué es eso, Dios mío, preguntaron los marineros al ver lo que pasaba, clavando sus asombrados ojos en el cocinero. ¿Lo has herido tú? añadió uno de ellos designándole el cuerpo del capitán.

El interpelado hizo un ligero y maquinal ademán de cabeza afirmativo.

-¡Está loco! ¡Está loco!, exclamaron todos los marineros a coro mirándose unos a otros con una especie de estupor. [303]

Pero el cocinero no hizo el menor gesto ni despegó siquiera los labios para desmentir el epíteto que le dieron sus compañeros.

-Si el cook está loco, observó uno de estos con severidad, a bordo no queremos locos, pues si hoy se le ha antojado herir al capitán, mañana puede repetir la misma locura con uno de nosotros; y así os propongo que le arrojemos al mar enseguida. ¿Aprobáis mi proposición?, añadió volviéndose a sus compañeros y señalándoles al yankee con el dedo.

-¡Sí, sí!, respondieron todos con frenético entusiasmo, acompañado de votos e imprecaciones.

Y al propio tiempo cayeron todos como fieras sobre el cuerpo del cocinero, quien cayó desvanecido sobre el puente al ver la buena acogida que obtuvo entre la tripulación el bárbaro plan propuesto por uno de sus miembros.

En aquel mismo instante, Eduardo, mister Brooke, y los demás individuos que se hallaban en el departamento de popa, justamente alarmados por la batahola de los marineros, se precipitaron hacia el puente.

-¡Dios mío! ¡El capitán está herido!, exclamó el joven español con acento de angustia y señalando al hijo de Escocia el pálido y

ensangrentado rostro de mister Mac-Kievet.

-¿Y quién ha sido el miserable?... preguntó el ministro a los marineros con indignación. [304]

-¡Éste! ¡Éste!, respondieron unánimes disponiéndose a arrojar al mar el inerte cuerpo del cocinero que tenían en sus brazos.

-¡Deteneos!, dijeron Eduardo y mister Brooke con actitud suplicante al ver el diabólico intento de la tripulación.

A la voz de los dos pasajeros, algunos marineros accedieron sumisos y otros refunfuñando, y vomitando maldiciones; pero por fin, todos soltaron su presa.

Mientras tanto el contraemaestre vendaba la herida del capitán; y el steward hacía oler a éste el pomito de éter: merced a esos perentorios y eficaces auxilios, mister Mac-Kievet no tardó en volver en sí, y luego haciendo un heroico esfuerzo, se puso en pie de un brinco, lanzando una aterradora mirada a su agresor, y diciéndole con tono de ira:

-¡Morirás, perro maldito!

A estas palabras, Eduardo cayó de rodillas y anegado en llanto a los pies del capitán, gritando con compasivo acento:

-¡Por Dios, capitán, perdonadle!

-No, no, replicó éste con voz de trueno, ¡es preciso que muera!
¡Carpintero, cargad mis pistolas!, añadió.

Esta última frase aterró a todos los circunstantes, pues creían que la terrible sentencia pronunciada por el capitán sería irrevocable, y se ejecutaría al pie de la letra. [305]

-¡Cielos!, exclamó el carpintero encaminándose a popa en cumplimiento del mandato de mister Mac-Kievet.

Hubo dos minutos en que nuestro héroe y el ministro parecían dos estatuas. Por fin el primero se levantó del suelo, y acercándose al último, le dijo casi al oído:

-La caridad cristiana nos manda imperiosamente que procuremos aplacar el enojo del capitán, por todos los medios imaginables, para salvar la vida de este hombre.

Y al terminar su frase Eduardo indicaba a su interlocutor al cocinero, quien al reponerse de su pasmo oyó el tremendo veredicto del capitán, desde entonces se revolcaba por el suelo presa de horribles convulsiones.

-¿Qué hora es?, preguntó el capitán, tras un breve silencio y con lúgubre acento.

Las ocho, respondió el primer piloto sacando su reloj de bolsillo.

-Pues bien, te concedo una hora de tiempo para prepararte a morir, ¿lo oyes?, dijo Mac-Kievet clavando sus centelleantes ojos en el infeliz cocinero, que continuaba revolcándose en el paroxismo de la desesperación.

-Idos a la cama, capitán. Estáis muy pálido, dijo el ministro con voz entrecortada.

-Quiero que aprenda ese asesino, repuso mister Mac-Kievet lanzando una mirada de solemne desprecio al cocinero, que a bordo no hay más autoridad que yo, que aquí represento al rey; y [306] que un atentado contra mi vida o contra la de cualquier de mis subordinados, debe castigarse con la muerte.

Las palabras del capitán respiraban a la vez tanto ardor, iracundia y

melancolía, que al oírlas, Eduardo no pudo menos de horripilarse de pies a cabeza; y luego hablando consigo mismo decía con sollozos:

-Aquí... dentro de este buque... y en el corto espacio de una hora... debe matarse a un hombre... ¡Dios de mi alma! Vos que nos habéis librado de tantos peligros... Vos imploro en estos momentos críticos para que nos evitéis un espectáculo tan desgarrador.

El enojado capitán apenas podía sostenerse en pie por el acerbo dolor que le causara la herida recibida en su lívido rostro.

-En nombre del cielo, idos a la cama, capitán, dijo Eduardo con mortal ansiedad y tirándole blandamente por el brazo.

-Necesitáis reposo, capitán, insistió mister Brooke, de lo contrario os exponéis a que se encone vuestra herida, y...

-Importa poco que yo muera, ministro, con tal que ese maldito pague su vil osadía con el precio de su vida, aulló bruscamente el capitán temblando de ira.

-Eduardo, vamos a llevarle a su camarote, dijo enseguida mister Brooke colocándose a la derecha del capitán, y haciendo un ademán al joven español para que pasase al otro lado. [307]

Entonces el capitán, apoyándose en los brazos de sus dos compañeros, se dejó conducir hasta su camarote.

Apenas nuestro héroe y el ministro hubieron depositado al capitán sobre su cama, cuando se oyó un ruido siniestro en el comedor: era que el carpintero cargaba las pistolas encima la mesa.

Aquel ruido hirió los oídos de Eduardo como pudiera hacerlo el silbido de una enorme serpiente: nuestro joven sintió que su cabeza se perdía en un espantoso vahído, y que su sangre se helaba en sus venas hasta el punto de paralizar los latidos de su corazón. En cuanto a mister Brooke no pudo menos de estremecerse a pesar de su habitual sangre fría.

-En tanto el cocinero seguía retorciéndose los brazos desesperadamente, dando terribles cabezadas sobre el puente, rechinando los dientes, y exhalando salvajes aullidos.

Aquel espectáculo indescribible conmovió a algunos marineros, induciéndoles a querer levantar del suelo al yankee; pero éste les hizo desistir de su humanitario intento con sus mordiscos y sendos puñetazos.

-¡Dejadle!, vociferó un marinero al ver la fiera resistencia que oponía el cook. Que muera de un balazo en la cabeza, o que se la estrelle contra el puente, me parece que lo mismo da, ¿no es cierto?, añadió mirando a sus compañeros con sardónica sonrisa. [308]

-¿Y si podemos evitar que muera de ambos modos?, observó algún otro.

-¿Cómo?, preguntó el interpelado.

-Yendo ahora mismo todos juntos a pedir al capitán que le haga gracia.

-¿Y creéis que el capitán se dejará ablandar por nuestra petición?, observó un tercero. ¿No estáis viendo que los dos pasajeros hacen cuanto pueden para conseguir el perdón para este perro rabioso, y que hasta el presente nada han alcanzado?, continuó señalando con el pie al cocinero.

-No importa, lo probaremos, se apresuró a responder el iniciador del proyecto de salvación.

-¡Sí, sí, probémoslo!, exclamó a coro toda la asamblea enderezando sus pasos hacia la cámara de mister Mac-Kievet.

Cuando los marineros penetraron en la cámara, Eduardo y mister Brooke intercedían por el infeliz cocinero con tanto interés como puede hacerlo una madre por el hijo de sus entrañas cuya cabeza se dispone a tronchar el verdugo. Pero el corazón del capitán no se ablandaba, y el tiempo seguía su marcha veloz y como cebándose en apresurar a pasos de gigante la llegada del minuto solemne, angustioso, ¡terrible!

Parecía que el capitán se había vuelto insensible a cuanto le rodeaba; pues de lo contrario no podía concebirse su estoica impassibilidad ante las reiteradas y fervientes súplicas de sus dos compañeros, en especial las de Eduardo, quien [309] vertió amargas y copiosas lágrimas, agotando todo su repertorio de frases llenas de religiosa ternura a fin de obtener el indulto para el desventurado yankee.

Los marineros, los pilotos, todos fueron a implorar la clemencia del capitán; pero todo fue en vano: éste se mantuvo inexorable.

Sólo faltaban cinco minutos para que se ejecutara la sentencia fatal.

En aquel momento salió al puente el carpintero con una pistola amartillada en cada mano, ordenando a los marineros que cogieran a viva fuerza el cuerpo del cocinero (que permanecía en el mismo estado que hemos descrito), y que lo ataran sólidamente contra el palo mayor.

Los marineros obedecieron aquella terrible orden a pesar suyo: algunos de ellos llegaron hasta derramar lágrimas, las cuales contrastaban horriblemente con el embrutecimiento, y aun ferocidad, que reflejaban sus semblantes.

Era el espectáculo más horroroso que puede elaborar la más tétrica imaginación, el ver el rostro del cocinero, cuyos ojos inyectados de sangre parecían pugnar por desprenderse de sus órbitas, y en cuya boca entreabierta se dibujaba una satánica sonrisa. Únicamente el infierno puede presentar un tipo semejante.

Cuando los marineros levantaron al reo, éste hacía esfuerzos sobrehumanos por desasirse de las manos de sus compañeros, que atenaceaban distintas partes de su cuerpo, como otros tantos [310] garfios, por cuyo motivo el desdichado cocinero exhalaba ayes desgarradores, y hacía impotentes ademanes de querer repartir puñetazos y puntapiés a diestro y a siniestro. Empero los marineros prosiguieron su triste y penosa tarea hasta que lograron agarrotar al delincuente contra el palo mayor, y vuelto de espaldas a popa.

En aquella violentísima y angustiosa situación el desventurado cocinero no cesaba de exclamar con voz capaz de enternecer a las mismas piedras:

-¡Mister Eduardo! ¡Mister Eduardo!

Como si pensara que del joven español sólo dependía la salvación de su vida.

Luego de haber terminado los marineros su operación, el carpintero se colocó a dos pasos de distancia del palo mayor, levantando el gatillo de una de las pistolas que tenía en sus manos; y al mismo tiempo Eduardo alzaba sus llorosos ojos hacia el reloj de la cámara, y al ver que iba a dar la hora fatal, sintió que un sudor frío bañaba todos sus miembros, y haciendo un supremo y violentísimo esfuerzo, se arrojó sobre la cama del capitán, abrazando tiernamente a éste, en cuya mente evocó los recuerdos de todos los seres más queridos de su corazón; sobre todo le representó a

Jesucristo en su terrible agonía, enclavado en la cruz en medio de dos ladrones, y rogando por ellos así como por sus mismos verdugos.

-Por el amor de Jesucristo que nos está contemplando [311] desde los cielos y que ha de juzgarnos en nuestra última hora, ¡salvad la vida de este hombre!, dijo finalmente Eduardo apretando al capitán contra su corazón.

-¡Pues bien! Sí... le perdono... Eduardo, respondió mister Mac-Kievet con voz débil y trémula e incorporándose penosamente en su cama.

A estas palabras Eduardo y mister Brooke corrieron como dos locos hacia el puente; pero cuando les faltaba sólo un paso para salir del comedor; oyeron una detonación que hizo vibrar todos los aparejos del buque, seguida instantáneamente de un agudo grito de horror escapado del pecho de todos los marineros.

-¡Dios mío! ¡Es tarde!, exclamó entonces Eduardo con acento de indescribible angustia, cayendo desmayado junto a la puerta del comedor.

Mister Brooke quedó inmóvil en el mismo sitio como magnetizado por una fuerza invisible.

El estruendo producido por el tiro hizo estremecer de horror al capitán, quien saltó de la cama, y a pesar de su debilidad y trastorno, voló hacia el puente para ver con sus propios ojos lo que allí sucedía.

Mister Mac-Kievet llegó al expresado sitio jadeante y pálido como un difunto: parecía un espectro escapado de su tumba.

El disparo a boca de jarro que hizo el carpintero contra la cabeza del cocinero, había destrozado materialmente el cráneo de éste, cuyos sesos [312] esparcidos por el suelo salpicaban el puente de sangre en torno del palo mayor.

En vista de un desenlace tan funesto, un temblor nervioso se apoderó del cuerpo del capitán, erizóronse los cabellos como púas de hierro, y sus dientes tiritaban entrechocando fuertemente. Entonces todo el mundo llegó a temer seriamente por la vida del capitán; de modo que los dos pilotos y el despensero se apresuraron a llevarle en brazos a su camarote.

Entre tanto Eduardo volvía lentamente en sí, a beneficio del éter que le hacía oler el ministro; y al propio tiempo los marineros arrojaron al mar el mutilado cadáver del cocinero, que se enterró sin otra ceremonia que con dos o tres lacónicas oraciones que recitó el ministro con su manual protestante, después que el mar había engullido su presa.

Un cuarto de hora después de la ejecución de la sentencia no quedaban más vestigios palpables de aquella horrible tragedia, que un pequeño charco de sangre sobre el puente; pero quedaban en los corazones de todos los asistentes, especialmente en los de Eduardo y del capitán, un hondo pesar, una angustia, un desconsuelo y una melancolía indefinibles, cuyos desastrosos efectos debían hacerse sentir durante mucho tiempo a bordo del Lord Efingham.

Aquel mismo día mister Benson consignó el hecho en su diario de bitácora, en los siguientes términos, cuya lectura hizo en voz sonora y firme [313] frente del camarote del capitán: «Hallándose la fragata Lord Efingham a los 22° 50' latitud norte y a los 15° 20' 50" longitud oeste, el cocinero, por un pretexto trivial, descargó una cuchillada sobre el rostro del capitán; por cuyo motivo éste castigó su criminal alevosía con la pena de muerte. Al efecto el carpintero disparó un pistoletazo a

quemarropa sobre la cabeza del revoltoso, cuyo cadáver fue, arrojado enseguida al mar. Y para que éste sea un dato fehaciente e irrecusable ante el Almirantazgo británico lo firmamos y rubricamos a tantos de mayo pie 1854». Seguían las firmas del capitán, de los dos pilotos, del contra maestre y el carpintero.

-He aquí la página más fúnebre y sangrienta que registra mi diario, pensó el capitán moviendo tristemente la cabeza.

En los primeros días posteriores al tristísimo y deplorable suceso que acabamos de reseñar, mister Mac-Kievet estaba tan desahogado y fuera de sí que se revolvió sin interrupción en su cama como si hubiese sido presa del delirio. A menudo le parecía ver la sombra del cocinero, tomando mil distintas y diabólicas formas, y acusándole de su muerte.

El capitán, Eduardo y mister Brooke pasaron bastantes días sin despegar apenas los labios: los dos primeros personajes puede decirse que no se hablaban más que con las lágrimas que brotaban sin cesar de sus ojos. [314]

De vez en cuando salían estas palabras de la boca del capitán:

-¡He manchado mi vida con un espantoso crimen!

Y al decir esto miraba a sus dos amigos con una especie de idiotismo.

-No, no, capitán, no habéis hecho otra cosa que cumplir con vuestro deber, replicaba el ministro procurando tranquilizarle.

Al cabo de tres semanas (en las cuales la fragata, detenida por la calma, no anduvo un solo paso), el capitán empezó a levantarse de la cama; pero estaba tan desconocido, que su demacrado cuerpo y sus desencajadas facciones no podían mirarse sin sentirse traspasado de dolor y compasión.

Eduardo hacía filiales esfuerzos para distraer y endulzar los padecimientos y amarguras del capitán, cuya herida se iba cicatrizando con desesperante lentitud.

- XVI -

Estamos a fines de junio.

Desde el puente superior de la fragata Lord Efigham se divisan las costas de Irlanda por entre las transparentes nubes matizadas de oro y arrebol por los resplandores del sol naciente.

Todos los verdaderos amantes de la libertad e independencia del tan vejado como grande, heroico [315] y religioso pueblo irlandés, sienten oprimírseles el corazón al acercarse a sus playas: diríase que la sombra de O'Connell revolotea por el aire desgarrado por el ruido de las cadenas de ocho millones de esclavos.

En la época que encabeza el presente capítulo, hacía quince días que el escorbuto (ese encarnizado enemigo del marino, y que proviene del uso de la carne salada), se cebaba con insólita y aflictiva tenacidad en la tripulación de la fragata inglesa, en términos que había invadido ya la mitad del equipaje.

¡Qué plaga es el escorbuto para la gente de mar! ¡Cuán dignos de compasión son los marineros atacados de tan cruel y peligrosa enfermedad, que esparce sobre sus demacrados rostros una palidez y melancolía extremadas!

Desde la aparición del escorbuto a bordo, Eduardo había visitado con frecuencia la cámara de proa donde se veían diez o doce marineros sepultados en sus estrechas, miserables y pestilentes camas. Los cuerpos de aquellos hombres estaban tan apergaminados, que podían confundirse con otras tantas momias. Era indudable que si la navegación se hubiese prolongado algunos días más, la muerte asomara de nuevo su negra cabeza en el buque.

El joven español, con sus cristianos consejos, se esforzaba en hacer más llevadera su tristísima suerte a los enfermos, a quienes demostraba con apostólico celo, que en este mundo no se encuentran [316] por doquier más que trabajos, miserias, enfermedades, sinsabores y crueles desengaños; que la verdadera felicidad no es patrimonio de ningún mortal; que Dios nos envía los males y tribulaciones para que levantemos hacia él nuestros llorosos ojos, y nos persuadamos de que mientras vivimos nos hallamos en un destierro; y que por consiguiente es necesario que aquí ganemos, a costa de mil sacrificios, la corona de nuestra felicidad eterna. Al propio tiempo Eduardo instruyó a aquellos marineros en el conocimiento, excelencias y bellezas de la religión católica, suplicándoles encarecidamente que abjuraran cuanto antes los errores del Protestantismo, para abrazar las verdades de aquella.

Aquellos hombres, para quienes el lenguaje religioso era completamente desconocido, y cuyos corazones estaban vacíos de sentimientos nobles y generosos, se enternecían, sin embargo, al oír las suaves amonestaciones y saludables consejos que les daba el joven español, prometiendo a éste algunos de ellos que se convertirían al Catolicismo tan pronto como estuvieran restablecidos de su enfermedad.

Basta ya de digresión, y volvamos a nuestro relato.

Así que el capitán (que a la sazón se paseaba solo por el puente de popa) divisó en lontananza las costas de su amada patria, humedeciéronse sus ojos, y luego bajó corriendo la escalera interior para participar tan fausta nueva a sus dos [317] compañeros, que aún dormían profundamente en sus respectivos camarotes.

-¡Hola! ¡Eduardo! ¡mister Brooke!, grito el capitán al penetrar en su cámara, y colocándose delante del tabique divisorio de los camarotes de los pasajeros, a los cuales asomaba la cabeza rápida y alternativamente.

-¿Qué hay de nuevo, capitán?, preguntó el ministro bostezando y esperezándose.

-¡Qué estamos en Irlanda! ¡Eh, vamos, levantarse!

-¿En Irlanda?, repitieron sus dos interlocutores con acento de agradable sorpresa, y levantándose apresuradamente.

-¡Qué noticia puede ser más grata para los navegantes que han pasado seis meses en el mar, que la de haber llegado al tan anhelado término de su larga y peligrosa carrera! ¡Qué pluma ni qué pincel son capaces de bosquejar la alegría que se experimenta (7) en aquel acto en que parece que todas las fibras del corazón vibran con la más deliciosa armonía, para indemnizaros en un instante de todas las penalidades, peligros y contratiempos que durante la navegación han oprimido vuestro pecho, arrugado vuestra frente y plateado vuestra cabeza!

Cinco minutos después del llamamiento del capitán, éste y sus dos compañeros se paseaban de uno a otro extremo del puente de popa dando

gracias a Dios, desde el fondo de sus corazones, por haber colmado sus deseos dejándoles llegar [318] sanos y salvos a Inglaterra, y felicitándose de haber alcanzado tan singular beneficio de la divina Providencia.

-¡Dios mío! ¡Pronto volveré a abrazar a mis amados padres!, decía Eduardo en sus transportes de júbilo a sus compañeros.

Por la animación de los semblantes y extraordinario brillo de los ojos de estos, se conocía con harta claridad que ambos personajes se mecían en la misma idea; esto es, en que muy en breve se hallarían en medio de sus respectivas familias.

-Ministro, dijo Eduardo en aquella ocasión volviéndose hacia sus dos compañeros, hoy vamos a llegar al término de nuestro viaje de medio año; hoy abandonaremos por fin esta vivienda acuática, para regresar a nuestra respectiva patria; mas no olvidéis que en la hora menos pensada nos veremos obligados a alejarnos para siempre de nuestra morada terrestre, para entrar en el puerto de la eternidad. Meditad concienzuda y desapasionadamente sobre las graves e interesantísimas materias que hemos tratado en nuestro largo itinerario marítimo; y aunque yo no deba hacer alarde de mi escaso mérito personal; con todo, impelido ahora por mis sentimientos religiosos, me atrevo a deciros que yo he sido quizás el vil instrumento de que Dios se ha servido para haceros abrir los ojos a la luz pura del Catolicismo; he sido yo de quien el cielo se ha valido para arrojaros una tabla de salvación en [319] medio del naufragio de vuestros errores; yo quien me consideraré el más feliz de los mortales si consigo apartaros del insondable y tenebroso abismo que se abre a vuestros pies.

-Escuchad las palabras de Eduardo, ministro, dijo el capitán mirando a éste que parecía estar muy pensativo. Yo también tomo mi parte de interés en vuestra conversión. Abandonad ya vuestra secta que no es más que una farsa; puesto que no es otra cosa que el resultado de las cavilaciones de los hombres apartados de la senda la verdad.

Mister Brooke acosado tan de cerca por los sanos consejos de sus dos amigos, dijo tras un minuto de vacilación:

-He prometido a Eduardo que en llegando a Escocia me ocuparé seriamente en leer las menores obras que se han escrito en defensa de vuestra Religión; y os doy mi palabra de honor que su imparcial lectura inclina mi ánimo a abjurar mis actuales creencias, lo haré sin titubear.

-En nombre de Dios hacedlo, repuso Eduardo dando un cordial apretón de mano al ministro, no tendréis por qué arrepentiros de ello. Quizás perdáis algunas amistades e intereses materiales y caducos en la abjuración de vuestros errores..., mas no importa, el hombre en este mundo expía en una lóbrega cárcel las funestas ascendencias del primer delito hereditario de todas las generaciones. Es verdad que veréis que muchas gentes emplean mil amaños y artificios [320] para paliar y hasta aniquilar los efectos de la culpa originaria, ostentando cierto oropel que halaga los sentidos y cautiva el corazón... Empero no os dejéis seducir por los deslumbrantes atavíos de la diosa de la mentira, sondead con mirada serena vuestro interior, pensad en vuestra vida pasada, y cotejadla con vuestro presente, y veréis lo que se puede razonablemente esperar de las vanas pompas de la tierra...: entonces podréis contemplar impávido las negras nubes que se vislumbran y ciernen, amenazadoras y terribles, sobre el

horizonte de vuestro porvenir; entonces podréis deducir de tales premisas la lógica y rigurosa consecuencia de que en vuestra corta peregrinación por este destierro encontraréis, es cierto, a rarísimos intervalos alguna rosa en vuestro camino; pero ¡cuántos afanes, cuántos pesares, sufrimientos y congojas agobiarán vuestro pecho antes que os sea dado coger en vuestras manos aquella flor, extasiaros en la contemplación de sus purpurinos pétalos, y deleitar vuestro olfato aspirando sus embriagadores perfumes!... Mas ¡ay!, que mientras que tenéis aquel ídolo en vuestras manos, su belleza se marchita como por ensalmo, ¡y en un momento os causa hastío!... Entonces la arrojáis con asco y desdén lejos, muy lejos de vos; porque aquel foco de vuestras afecciones y caprichos ha perdido ya todos sus encantos; porque aquel manantial cristalino en que veíais reflejado el sueño dorado de vuestra felicidad se ha enturbiado y corrompido y ya [321] es incapaz de apagar la sed estética en que arde en vuestra alma.

El ministro parecía bastante conmovido con las palabras de Eduardo, quien llegó a sorprender una lágrima en los párpados del discípulo de Lutero.

-Ya estamos en Cork, señores, dijo entonces el capitán designando a sus dos amigos aquella ciudad de Irlanda, que se divisaba a una milla de distancia de la fragata inglesa.

Poco tardó ésta, a beneficio de una fresca brisa en ganar el puerto de Cork, en cuya embocadura salió al encuentro de nuestros navegantes un bote tripulado por tres personas, una de cuales indicó a mister Mac-Kieviet que el cargamento de guano que llevaba su buque debía desembarcarse en el puerto de Bristol, añadiendo que allí se hallaban ya la esposa y la hija del capitán.

En consecuencia la fragata viró en redondo enderezando su proa hacia el canal de Bristol, y aquella misma tarde fondeaba el Lord Efigham delante de un pueblo distante unas dos leguas de la ciudad de Bristol; pues (8) siendo a la sazón la marea baja, no pudo llegar al antedicho puerto hasta al cabo de dos días.

A poco de haber echado el ancla, el capitán dispuso que los marineros enfermos fueran trasladados enseguida al hospital de Bristol. Al efecto se mandó a tierra a buscar algunas poltronas para que la traslación pudiese hacerse con más comodidad [322] y menos peligro; pues, como llevamos dicho, el estado de aquellos infelices era sumamente crítico e inspiraba la más viva compasión. Los enfermos fueron sacados uno a uno de su cámara; pero a juzgar por sus pálidos rostros y por el espantoso enflaquecimiento de sus cuerpos; nadie hubiera creído que aquellos hombres tuvieran nada de común con los seres vivientes: parecía más bien que se estaba practicando una exhumación de cadáveres.

Eduardo presenció con penosísima sensación el trasbordo de los marineros, cuya lastimosa escena le trajo a la memoria la que se ofreció a su vista en la víspera de su marcha del Puerto del Callao, cuando aquellos mismos hombres, a la sazón borrachos, eran izados a bordo como los cerdos.

El joven español estrechaba con efusión la mano de los enfermos a quienes alentaba dándoles esperanzas de pronta curación. Mas harto conocía nuestro héroe que para la mayor parte de ellos no había remedio humano que pudiera evitarles una muerte muy cercana.

-Good bye, mister Eduardo. «Adiós, mister Eduardo», balbuceaban aquellos desgraciados al tiempo de bajarles en la silla de brazos por la escalera exterior del buque para ser embarcados en la lancha que debía conducirles a tierra.

Los enfermos fueron trasladados a tierra en una misma lancha y en dos expediciones; y apenas se alejaron los primeros de la fragata inglesa, [323] cuando desde el puente de ésta pudo observarse a lo largo de la playa una compacta multitud de curiosos atraída allí por el desembarque de los marineros atacados de escorbuto. Mas a pesar de la triste pintura que de estos hicieran los marineros que fueron al pueblo a buscar las poltronas; con todo, nadie esperaba que la realidad añadiría negrura al lastimoso cuadro que iba a ofrecerse a sus ojos.

Así sucedió, que al tocar la primera expedición en la orilla fue acogida con una nutrida salva de ayes, lamentos, sollozos, suspiros y hasta imprecaciones.

-¿Les habéis desenterrado?, preguntaron varias voces con estupor a los marineros que conducían a los enfermos.

-Pues como estos todavía quedan a bordo media docena, respondió uno de los interpelados designando a los enfermos y volviendo el rostro hacia la muchedumbre.

-¡Dios mío!, exclamó ésta como un solo hombre.

Eduardo, el capitán y el ministro observaban lo que pasaba en la playa desde el puente de popa, con el auxilio del antejo, de cuyo instrumento se servían los tres personajes por turno.

-¡No veis, ministro, qué irrisión es la felicidad humana!, exclamó nuestro héroe señalando en fin el dedo a los pobres enfermos a medida que les iban sacando de la lancha sentados en la silla de brazos y depositándole sobre la playa. [324]

-Es verdad, Eduardo; la felicidad humana es una insigne decepción: es un velo hipócrita que el infortunio y la muerte se encargan de desgarrar a cada paso, respondió mister Brooke con acento de convicción profunda.

- XVII -

Apenas el ministro hubo terminado su frase, cuando llamó la atención de nuestro triunvirato un bote que se dirigía a la fragata hendiendo las ondas con asombrosa ligereza.

Dentro de aquella frágil embarcación se veían dos señoras sentadas cerca del timón, y agitando sus blancos pañuelos en ademán de júbilo: era la familia del capitán, quien al reconocerla se volvió a sus dos compañeros designándoles con el dedo índice el bote que se aproximaba, y diciendo con tono de incomparable ternura:

-Son mi esposa y mi hija.

Y al decir esto mister Mac-Kieviet se separó de sus dos compañeros, y bajando por la escalera de estribor fue al encuentro de aquellas dos señoras, que no tardaron en pisar el puente de la fragata.

Mistress Mac-Kieviet era una mujer de treinta y cinco años, de estatura alta y bien proporcionada. Su rubicundo y agraciado rostro anunciaba una salud inmejorable. En la dulce expresión de sus ojos azules

y rasgados se leía un fondo inagotable de bondad y modestia. Su rubia cabellera caía en sedosos y brillantados bucles sobre [325] sus sienes, sombreando la mitad de su ebúrnea frente.

El cuerpo de la esposa del capitán iba ataviado con un vestido de lana de color oscuro, y un gran schal de la India: un sencillo sombrero de paja, completaba el traje de aquella señora.

Miss Mary era una joven de dieciséis años, alta y bien formada. Exceptuando la lozanía de la juventud, podía decirse que la cara de la hija era el retrato fiel de la de su madre; pero el cuerpo de la primera era mucho más esbelto, y su terrible talle sugería la idea de una palmera oriental meciéndose en las caricias de la perfumada brisa de la Arabia.

El traje de nuestra joven heroína competía con el de su madre por su sencillez y semejanza.

Cuando mistress Mac-Kieviet y su hija estuvieron a bordo, se alarmaron sobremanera al notar el descompuesto semblante del capitán, y la ancha cicatriz que éste ostentaba en la mejilla izquierda.

-¿Qué ha sucedido a bordo, Dios mío?, preguntaron ambas con viva ansiedad y clavando los ojos en el capitán, como si buscaran la solución del enigma en un minucioso examen fisonómico.

Al percibirse de la natural inquietud de sus dos interlocutoras, mister Mac-Kieviet se apresuró a contestar con una tranquilizadora sonrisa:

-Luego lo sabréis.

Y diciendo esto abrazó cordialmente a las dos [326] señoras, que lloraban de ternura, y luego las introdujo en el departamento de popa.

Eduardo había abarcado, desde el puente de popa, de una ojeada el simpático conjunto de las facciones de miss Mary, y se había sentido herido como una corza traspasada por la envenenada flecha del árabe del desierto.

Empero no eran las gracias exteriores de nuestra heroína lo que había robado principalmente el corazón del joven español: no. Lo que había seducido a Eduardo era el aire de modestia y humildad que observó en la mujer, a quien desde aquel instante consideró como la esposa que el cielo le destinaba.

Mister Brooke, al percibirse de la impresión que la vista de miss Mary produjera en el ánimo de su compañero, quiso sondear el corazón de éste para cerciorarse de la exactitud de su pensamiento con las siguientes palabras:

-¡Sabéis que la hija del capitán es una joven encantadora! ¡Creo que en esta materia andaremos acordes, Eduardo!, añadió el ministro en tono de chanza y mirando de hito en hito a su interlocutor.

-Debo confesaros ingenuamente que las gracias de miss Mary me han cautivado; no tanto por lo que halaga a los sentidos, sino porque a través de aquel velo brillante y seductor creo haber descubierto un fondo de mansedumbre e inteligencia, que para mí son las prendas más recomendables que pueden adornar a una mujer. [327]

-Convengo con vos, Eduardo, que las prendas morales e intelectuales son excelentes; pero las físicas no son tampoco nada despreciables, ¿no es cierto?, añadió el ministro sonriéndose:

-Cuando contemplamos la belleza corporal con los ojos de nuestras pasiones, ciertamente que le damos un valor muy exagerado y altamente

peligroso; entonces erigimos a un falso e indigno ídolo un altar de sacrificio, inmolando en él la víctima de nuestro corazón, que debiéramos reservar para otro objeto más elevado; más sublime, más santo e imperecedero.

El hijo de Escocia parecía escuchar las palabras de Eduardo con aire distraído, y éste prosiguió diciendo:

-Una de las causas primordiales de esa desazón e infelicidad que corroe las entrañas de la sociedad contemporánea, es sin duda el inmoderado deseo de goces materiales. Los sentidos; que deben ser simplemente los esclavos del alma, se han extralimitado de su esfera, y ejercen hoy más que nunca un imperio absoluto y tiránico sobre la parte inmaterial del hombre. De modo, que se ha introducido un trastorno radical; un caos anárquico y espantoso en el mundo moral. Y todo y ¿por qué?, continuó el joven clavando sus ojos en los de su compañero.

-Porque se necesita un freno, una barrera que contenga los combates del impetuoso torrente de las pasiones, ¿es eso, Eduardo?

-Precisamente, repuso éste; pero ese poderoso [328] freno y formidable barrera (persuadíds de ello, ministro) no se encuentran más que en el Catolicismo.

El discípulo de Lutero se quedó mirando a su interlocutor con un aire que parecía decir:

-Es muy posible que la razón esté de vuestra parte.

Al llegar aquí nuestros dos personajes fueron interrumpidos en su diálogo por la voz del capitán, quien les llamó desde el pie de la escalera interior, y por cuyos escalones se deslizaron pausadamente el ministro y Eduardo. Este último, presa de contrastadas ideas y sentimientos que se retrataban en su juvenil y afable rostro.

Al penetrar en la cámara Eduardo, precedido del ministro, mistress Mac-Kievet y su hija estaban sentadas en el sofá, y parecían vivamente conmovidas por el relato que el capitán acababa de hacerles de todos los sucesos que ofreció la navegación. Lo que especialmente afectó a aquellas señoras fue la sentencia de muerte ejecutada en la persona del cocinero.

-Tengo el honor de presentaros a esos dos caballeros, dijo el capitán volviéndose a su familia así que vio entrar a aquellos en su cámara.

Eduardo y mister Brooke hicieron un cortés saludo a las dos señoras.

-Son los únicos pasajeros que he traído de América, continuó el capitán señalando con el dedo al ministro y al joven español que estaban de pie, y guardando una actitud muy respetuosa. [329] Son dos personas recomendables bajo todos conceptos; y desde ahora declaro en su misma presencia y sin rebozo, que son los mejores y más ilustrados amigos que he conquistado en mi larga carrera de marino, y que me tendría por el más dichoso de los mortales si pudiera vivir en su compañía los años que el cielo me reserva de vida.

-Gracias, capitán, gracias, se apresuraron a responder Eduardo y el hijo de Escocia con acento conmovido, y apretando alternativamente y con efusión la mano de mister Mac-Kievet.

-También podemos lisonjearnos nosotros de haber encontrado al capitán más amable, valiente y entendido de cuantos surcan los mares con sus buques, dijo el ministro mirando a las señoras, ¿no es verdad, Eduardo?, prosiguió volviéndose hacia su compañero.

Eduardo iba a hacer un brillante elogio del capitán; pero éste, que adivinó la intención del joven español, se apresuró a manifestar su gratitud al ministro, y volviéndose hacia su esposa, dijo:

-Es preciso que sepas, Victory (este era el nombre de nombre de pila de mistress Mac-Kievet), que cuando este joven llegó a bordo, prosiguió designando a Eduardo, apenas entendía nuestro idioma; pues aunque lo había aprendido en el colegio, no estaba acostumbrado a hablar con ingleses; pero ahora lo habla ya tan correctamente como nosotros, y a no ser por su, casi imperceptible, [330] acento extranjero, cualquiera apostaría que es un inglés de pura raza, ¿no es cierto, mister Brooke?

-¡Y tan cierto como es! No he visto en mi vida una disposición y facilidad tan asombrosas para aprender nuestra lengua como las que ha demostrado Eduardo durante el viaje.

-He hecho cuanto ha dependido de mí para aprovechar los seis meses de navegación dedicándome al estudio y ejercicio de vuestro difícil idioma, replicó Eduardo con afabilidad y lanzando una mirada a la familia del capitán. Pero debo confesar, continuó el joven con una ligera sonrisa, que mi tarea hubiera sido mucho más ardua a no haber sido admirablemente secundado en ella por vuestro esposo y mister Brooke.

-Dejad la modestia a un lado, Eduardo, repuso el ministro con viveza. Nuestra cooperación en vuestros portentosos adelantos lingüísticos ha sido demasiado insignificante para que hagáis mención de ella delante de estas señoras: creo que el capitán será también de mi parecer.

Mister Mac-Kievet hizo un vivo ademán afirmativo.

Antes que aparecieran en la cámara nuestros dos personajes, el capitán había enterado a su familia de las largas, frecuentes e interesantes polémicas políticas, sociales y religiosas que Eduardo había sostenido, con notoria superioridad, contra el ministro.

Mistress Mac-Kievet y su hija eran dos verdaderas [331] católicas. Durante la larga ausencia del capitán no cesaron de rogar fervorosamente a la Virgen para que extendiera sobre éste su manto amoroso y protector, permitiéndole volver sano y salvo al hogar doméstico.

Miss Mary vivía en el mundo; pero para el caso era lo mismo que si estuviera muy lejos de él porque su religiosa madre ponía todo su ahínco en preservarla del contagio del siglo. Las conversaciones entre ambas señoras versaban a menudo sobre materias religiosas. Las únicas novedades en cuya lectura se recreaba el tierno corazón de miss Mary eran las vidas de los Santos, y la única música que hería sus castos oídos eran los torrentes de mística armonía escapados del órgano de la iglesia: los bailes, los teatros, los galanteos y todo ese séquito de mundanales pasatiempos y locuras que constituyen el desideratum de la sociedad moderna, eran enteramente desconocidos a nuestra heroína.

Colójase, pues, cuán aventajado juicio formarían madre e hija del joven español antes de conocer a éste personalmente; pues en el momento que aquellas señoras penetraron en la fragata, sus ánimos estaban demasiado afligidos y alarmados por el aspecto del capitán, para reparar en los dos pasajeros que se paseaban sobre el puente de popa. Empero la presencia de Eduardo, lejos de desvanecer el favorable concepto que formarían de su persona, la esposa y la hija del capitán por el relato de éste, robusteció más y más la simpatía [332] y aprecio de aquellas hacia

el joven español.

La primera idea que germinó en la mente de mistress Victory al ver a nuestro héroe (idea que mucho antes concibiera su marido), fue la siguiente:

-He aquí el joven que elegiría para esposo de mi idolatrada hija.

Por su parte ésta y Eduardo cruzaron una tímida mirada de benevolencia desde el principio de la entrevista que con harta claridad expresaba la mutua simpatía que sintieron los corazones de ambos jóvenes, cuya circunstancia no se ocultó a la perspicacia del ministro, quien previó desde luego el desenlace de aquel incidente.

Hasta aquí mistress Mac-Kievet y su hija no habían despegado los labios, por lo cual Eduardo estaba anhelando oír el timbre de voz de la última.

-¡Qué viaje tan largo habéis tenido!, dijo por fin la esposa del capitán con cariñoso acento y mirando a Eduardo y mister Brooke. Hace más de un mes que estábamos aguardando con viva inquietud la llegada de la fragata.

-¡Oh! ¡La Virgen ha acogido con benevolencia nuestras fervorosas e incesantes súplicas concediéndonos la gracia de volver a abrazar a papá después de dos años de ausencia!, exclamó la hija del capitán con dulce y tímido acento. ¡Cuán largo me ha parecido este tiempo!

Las palabras de nuestra heroína respiraban un candor tan irresistible, que Eduardo tuvo que hacer [333] un violentísimo esfuerzo para ahogar un sollozo en la tumba de su corazón.

-Puedo aseguraros, señoras, dijo el ministro clavando sus ojos en sus interlocutoras, que me hubiera muerto mil veces de tedio durante nuestra larga navegación, sin la amable compañía de nuestro excelente esposo y la de este ilustrado joven.

Y al terminar su frase el hijo de Escocia dio una palmadita sobre el hombro de Eduardo.

-Si hubieras oído, Victory, las discusiones que se han tenido en esta cámara en los últimos meses de nuestra navegación, ciertamente te pareciera estar escuchando los debates del Parlamento británico, dijo el capitán sonriéndose.

Esta ocurrencia excitó la hilaridad de todos los circunstantes.

-Tengo entendido que Eduardo ha intentado traeros hacia nuestra Religión, dijo mistress Victory fijando la vista en el ministro. ¿Os habéis convencido, por último, de que la nuestra es la única verdadera?

-No enteramente, señora, respondió el interpelado con una sonrisa. Eduardo, a pesar de ser un buen espadachín dialéctico, no ha logrado todavía vencerme por completo; pero es posible que más tarde sienta los efectos de los nobles y brillantes esfuerzos que ha hecho mi compañero para que desertara de las filas del Protestantismo.

-Sí, sí, dejad ya vuestros errores, repuso enseguida la esposa del capitán: veréis, ministro, [334] ¡qué consuelo, qué paz y alegría experimentaréis abrazando nuestras creencias! Puesto que Dios os ha hecho encontrar un joven que con tanto celo ha trabajado para vuestra conversión, no desechéis los saludables consejos de Eduardo... Quizás algún día os pesaría amargamente de haberlos desoído.

-¡Sí, mister Brooke es ya de los nuestros!, exclamó el capitán

mirando a su esposa y alargando la mano al ministro, quien la estrechó entre las suyas. Confío que dentro de poco tiempo nos participaréis vuestra conversión, añadió volviéndose hacia su compañero.

De hecho el ministro se hallaba ya fuera de su errónea secta; puesto que los invencibles razonamientos de Eduardo habían destruido los más hondos cimientos de sus falsas creencias. Así era que el hijo de Escocia atravesaba el periodo crítico de aquellos que acaban de desilusionarse de sus abejas preocupaciones y desvaríos; y ora se ladean hacia la oscuridad, ora hacia la luz.

Por lo que acabamos de exponer no se extrañará que el ministro se viera medio confuso para contestar a las palabras del capitán.

-Si se realizan vuestros deseos y esperanzas, capitán, dijo el ministro tras un minuto de deliberación, os doy mi palabra de honor de que os lo comunicaré enseguida a vos y a Eduardo donde quiera que los tres nos encontremos.

-¡Qué dicha será la mía, exclamó este último con entusiasmo, al saber que habréis derribado [335] los altares y destrozado los ídolos que ocupan actualmente vuestro corazón! ¡Quiera el cielo acoger propicio los votos que le dirige una indigna criatura para que en vuestro entendimiento brille el sol de la verdad y en el santuario de vuestra conciencia resida Jesucristo! Pero no aquel Jesucristo que invocáis en vuestros desmantelados templos; sino el Jesucristo que adora el mundo católico, el cual se alimenta y vigoriza con su sacratísimo cuerpo y sangre, y cuyo Vicario en la tierra es el Soberano Pontífice que ocupa el solio de sus trescientos ilustres y santos predecesores, desde donde ejerce su imperio espiritual sobre las conciencias de doscientos millones de almas diseminadas por toda la haz del globo, ya fulminando sus rayos contra el despotismo, la impiedad y la herejía, ya extendiendo vasto manto paternal sobre el débil, el penitente y el desgraciado.

Las palabras de Eduardo eran escuchadas por su pequeño auditorio con marcadas muestras de admiración.

Miss Mary y su madre cambiaron una rápida mirada de inteligencia como si hubiesen querido decirse entre sí:

-Este joven es un santo.

Al anoecer del mismo día, la familia del capitán regresó a Bristol para esperar allí la llegada del buque. Pero antes de salir de éste, las dos señoras se despidieron con la mayor finura de Eduardo y mister Brooke, a quienes hicieron prometer [336] formalmente el capitán y su esposa, que irían a pasar siquiera dos o tres días en Belfast, en cuya ciudad de Irlanda vivía la familia Mac-Kievet, la cual se proponía partir para aquel punto, tan pronto como la fragata Lord Efigham estuviese fondeada en el puerto de Bristol.

Tanto Eduardo como el ministro se excusaron cortésmente de no poder aceptar la invitación de los esposos Mac-Kievet, pretextando que debían regresar sin demora al seno de sus respectivas familias, a las cuales estaban muy ansiosos de abrazar. Empero el capitán y su esposa no juzgaron insuperables los obstáculos que les oponían los dos compañeros para dejar desairada su petición, e insistieron en ella con tanto empeño, que estos creyeron deber aceptarla. En consecuencia el joven español y mister Brooke se decidieron a pasar a Irlanda con la familia Mac-Kievet.

El capitán estaba demasiado agradecido a los infinitos cuidados y atenciones que los dos pasajeros le habían dispensado, para no darles un testimonio palpable de su reconocimiento para con ellos.

- XVIII -

Cuatro días después de lo que referimos en el capítulo antecedente; la familia Mac-Kieviet, Eduardo y mister Brooke tomaron pasaje en un vapor que les condujo a Irlanda. [337]

Durante la corta travesía marítima se estrechan más íntimamente los vínculos de amistad que unían a los dos pasajeros del Lord Efigham con el capitán y la esposa e hija de éste. Allí fue cuando Eduardo pudo acabar de convencerse de que miss Mary poseía en alto grado todas las cualidades morales que recomiendan a una doncella, únicas que sobreviven a la mano destructora del tiempo, únicas capaces de consolidar la paz y la dicha en el hogar doméstico.

Desde luego nuestro héroe concibió el proyecto de pedir la mano de la joven irlandesa, en quien vio a la compañera que la divina Providencia le paraba para identificar con ella sus destinos.

Sin embargo nuestro joven no se atrevía a declarar abiertamente su propósito a los esposos Mac-Kieviet sin el previo consentimiento de sus ancianos padres, cuya voluntad no quería contrariar a ningún precio. Empero mister Brooke quien tomó a su cargo el definitivo arreglo el asunto que nos ocupa a la entera satisfacción de las partes contratantes, conforme veremos en lo sucesivo.

La modesta vivienda del capitán respiraba aseo y religiosidad, y no carecía de lo que constituye lo confortable de la vida.

De ordinario la familia del capitán se entregaba a sus quehaceres domésticos en un pequeño salón rectangular, en cuyas paredes se veían algunas imágenes religiosas; en el centro se levantaba una mesita redonda con un tapete verde. [338] En cada extremo de aquella estancia había dos puertas fronterizas que conducían a otros tantos aposentos sencillos y cómodamente amueblados. Media docena de sillas, un sofá forrado de terciopelo de Utrecht y un piano componían el mueblaje del antedicho salón. En todas partes descubría el ojo del creyente los objetos más venerados o adorados de nuestra Religión.

En la parte posterior de la habitación del capitán había un bonito y pequeño jardín cultivado con asiduidad y esmero por nuestra joven heroína, cuyo jardín ostentaba a la sazón todas sus más ricas y variadas galas, embalsamando el ambiente con los efluvios odoríferos que se desprendían de las matizadas corolas de las flores.

Eduardo hubiera sido completamente feliz en aquella mansión si su pensamiento no se preocupara a menudo con la angustia de sus amados y ancianos padres por saber lo que había sido de su hijo tras una tan larga ausencia.

El capitán y su familia se desvelaban por complacer a sus dos huéspedes, quienes correspondían a las finezas de sus anfitriones con palabras y ademanes atentos.

A bordo del vapor que les llevara a Irlanda, Eduardo y miss Mary

habían tenido ocasión de hablarse y comunicarse su recíproca inclinación; en términos que nuestros dos jóvenes estaban deseando ya que el sagrado e indisoluble vínculo del matrimonio uniera para siempre sus corazones.

[339]

Los esposos Mac-Kievet se regocijaban interiormente de la simpatía que descubrían entre su hija y el joven español; y mister Brooke el mismo día de su llegada a Belfast aventuró las siguientes palabras casi al oído de mistress Mac-Kievet, en tanto que el capitán se paseaba por el jardín en compañía de su hija y del joven español:

-Eduardo será vuestro yerno.

-¡Eduardo!, exclamó su interlocutora esforzándose en vano para disimular a los ojos del ministro la indecible satisfacción que le causaba aquella noticia. ¿Sabéis algo de positivo?, añadió fijando la vista en el mensajero.

-No, pero es preciso ser muy ciego para dejar de ver que vuestra linda hija y Eduardo son dos tiernos y nobles corazones que tienen idénticas aspiraciones; y por lo tanto creo que el himeneo hará la felicidad de ambos y la vuestra.

Estas palabras vibraron en los oídos de mistress Mac-Kievet como la música más armoniosa; pues aunque ella y su marido habían hablado a solas del mutuo afecto que les parecía que se profesaban su hija y el joven español; con todo la buena mujer se alegraba de que mister Brooke hubiese hecho la misma observación y aprobase el enlace de nuestros dos héroes.

-Si Eduardo pide la mano de mi hija; tanto Patrick como yo estamos dispuestos a otorgársela; pero con una condición, dijo mistress Victory en contestación a las palabras del hijo de Escocia. [340]

-¿Cuál?, preguntó éste con interés.

-Que no queremos absolutamente que se vaya a vivir en España. ¡Dios mío! ¡Cuán desgraciada sería yo si mi hija debía separarse de mi lado!, continuó enterneciéndose. ¿Os parece, ministro, si Eduardo se conformará con nuestra condición?

-No puedo asegurároslo de fijo, señora; pues como Eduardo tiene su familia en España, ignoro hasta qué punto se conformaría con vuestro precepto.

-Pues bien, si la ocasión se presenta, os agradeceré que participéis vos mismo a Eduardo cuál es mi decisión sobre este particular.

-Contad conmigo, señora.

Aquella misma noche Eduardo entró en el cuarto en que estaba alojado el ministro, y enteró a éste de su proyecto matrimonial con la hija del capitán.

-No me decís nada de nuevo, Eduardo, dijo el ministro con tono zumbón.

-¡Cómo! ¿Sabéis ya que yo solicitaba la mano de miss Mary?, replicó el joven con admiración.

-No, pero era muy fácil adivinarlo, contestó su interlocutor sonriendo.

-Pues bien, sí, conozco que la voluntad de Dios es que una mi existencia a la de esa joven. Sin embargo no quisiera dar un paso semejante sin el previo beneplácito de mis amados padres.

-¿Y estáis seguro de que miss Mary os ama? [341]

-Sí.

-Pues en este caso (salva la aprobación de vuestros padres), sólo falta celebrar el casamiento, respondió el ministro comprimiendo una sonrisa.

-¿Es decir que puedo contar con la aquiescencia del capitán y de su esposa?, preguntó el joven español con alborozo.

Mister Brooke hizo un gesto afirmativo, y enseguida le enteró de la condición que le imponía mistress Mac-Kievet.

Eduardo lloró amargamente, pensando que tendría que separarse para siempre de sus amados padres precisamente cuando más necesitarían estos de sus filiales desvelos. No obstante en sus adentros nuestro joven se sentía irresistiblemente compelido a llevar adelante su empresa. Así fue que, después de haber dado una breve expansión al dolor, dijo al ministro con ternura:

-¿Queréis hacerme el obsequio de decir vos mismo a mistress Mac-Kievet que acepto su condición, si mis padres no se oponen a ello?

-Lo haré con el mayor gusto, Eduardo, repuso su interlocutor con amabilidad.

Al día siguiente el ministro comunicó la resolución del joven español a los esposos Mac-Kievet, quienes dieron espontáneamente su consentimiento. Entonces mistress Victory llamó aparte a su hija para cerciorarse de si su corazón pertenecía en realidad a nuestro héroe.

-Querida Mary, dijo la madre de ésta con [342] acento cariñoso, tengo que comunicarte una noticia.

-¿Cuál?, interrogó con timidez la joven irlandesa, y ruborizándose al presumir lo que su madre iba a decirle.

-Eduardo ha pedido tu mano; es un joven muy virtuoso o instruido, tu padre tiene que agradecerle algunos cuidados y favores como tu sabes, y creo que puede labrar tu felicidad. Pero no por eso, hija mía, quiero violentar tu corazón; porque si tu no amases de veras a ese joven, Dios me libre de obligarte ni siquiera aconsejarte a que fueras su esposa.

-¡Oh! ¡Mamá de mi alma!, respondió miss Mary tras un breve silencio, cayendo de rodillas y anegada en llanto a los pies de mistress Victory. Eduardo tiene prendas demasiado estimables para que le rehúse mi mano; y así os declaro desde ahora que creo que Eduardo es el marido que el cielo me envía, pues tengo un presentimiento de que seré dichosa uniendo mi suerte con la suya.

-Hija mía, aunque Eduardo sea un joven recomendable bajo muchos conceptos; con todo antes debes pedir con fervor a la Virgen que te indique lo más conveniente para tu felicidad presente y eterna. Eres demasiado joven todavía, prosiguió la esposa del capitán, para conocer lo que es el mundo, pero a medida que vayas adquiriendo experiencia, verás que todas las vanidades de la tierra no pueden compararse con la [343] paz interior que experimenta el alma pura que no apetece otros goces que los que le proporciona nuestra Religión.

Miss Mary escuchaba, sollozando y con su cabeza reclinada sobre las rodillas de su madre, las palabras de cristiana ternura que salían de la boca de esta.

-Sobre todo no te envanezcas de tu propia belleza, hija mía, añadió mistress Victory; porque este don del cielo dura muy poco y se marchita

como las flores de nuestro jardín. Ayer las gracias adornaban todavía mi rostro; hoy ya empieza a ajarse mi hermosura; mañana ¡ay! ¡No quedará sombra de mi belleza de algún día!... Sólo una cosa permanece y se perpetúa íntegra hasta más allá de la tumba; esto es, la virtud.

Aquella misma noche nuestros cinco personajes se hallaban reunidos en el saloncito de que ya tiene noticia el lector.

Los esposos Mac-Kievet y el ministro sentados en el sofá, hablaban del proyectado enlace de Eduardo con miss Mary, en tanto que ésta tocaba el piano teniendo a su lado al joven español.

De repente, nuestra heroína tocó con admirable maestría el patético final de la Norma. Entonces Eduardo no pudo contener una lágrima con sus párpados; porque se agolpó en su mente el magnífico al par que triste espectáculo que se desplegara ante su vista cuando el velo fúnebre de la noche le ocultó para siempre las hermosas costas del Perú. [344]

-¿Qué tenéis, Eduardo?, preguntó miss Mary con viva ansiedad al sorprender la emoción pintada en el semblante de su interlocutor.

-¡Nada! El trozo de ópera que estáis ejecutando ha evocado en mi mente un triste recuerdo, repuso el joven haciendo un melancólico ademán de cabeza.

Entonces refirió a su futura esposa el panorama que describimos al final del segundo (9) capítulo de esta historia.

Dos días después de este incidente, Eduardo y el ministro se despidieron de la familia Mac-Kievet para dirigirse cada uno a su respectiva patria; pues el primero quiso cumplir con su deber filial antes de contraer matrimonio con la joven irlandesa, como hemos indicado ya.

Es imponderable el sentimiento que causó la marcha de nuestros dos personajes al capitán y a su familia; a pesar de que Eduardo prometió formalmente que regresaría luego para realizar su casamiento con miss Mary, en la hipótesis de que sus padres no suscitaran ningún obstáculo, o que en caso negativo, se lo escribiría al momento.

El ministro y Eduardo viajaron juntos hasta Bristol, en cuyo punto se separaron como dos verdaderos amigos, el primero tomando el camino de Escocia, y el otro en dirección a Londres.

Pero antes de darse el último abrazo, el joven español recordó a su compañero, con toda la [345] elocuencia que le sugirió su cristiano corazón, todas las interesantes controversias religiosas que trataron ambos a bordo del buque inglés y todas las escenas de que éste fue teatro.

-Ministro, dijo nuestro héroe en el acto de separarse de su compañero de viaje, el cielo espera vuestra conversión: ya que juntos hemos atravesado los mares, es preciso que juntos también nos hallemos algún día en nuestra verdadera y eterna patria... Para llegar a ella, no hay otro camino más recto y expedito que el que nos traza el Catolicismo. Os encargo de nuevo muy encarecidamente que leáis y meditéis las obras que han escrito esas grandes lumbreras de la humanidad, esos insignes y virtuosos campeones que han pulverizado con sus rigurosos e indestructibles argumentos las sutiles paradojas de esa falange de heresiarcas de todos los siglos que han asestado sus acerados dardos contra la Iglesia católica.

-Cumpliré mi palabra, Eduardo, repuso el ministro un tanto afectado. En llegando a mi patria leeré y meditaré las obras de los más esclarecidos

autores católicos en defensa de vuestra Religión; y si me convencen, os prometo, os juro por lo más sagrado que arrollaré cuantos obstáculos se opongan a mi resolución para abrazar la nueva doctrina que me proponéis con tanto entusiasmo.

Dichas estas palabras, el ministro y Eduardo permanecieron un minuto abrazados derramando [346] ambos abundantes lágrimas, y por fin se despidieron con un adiós tan tierno y tan significativo, que sólo puede compararse con el adiós de la madre cuando su hijo va a partir muy lejos y para siempre de su lado.

La familia Mac-Kieviet y Eduardo obtuvieron del hijo de Escocia la promesa solemne de que éste no faltaría al casamiento de nuestros héroes. El súbito recuerdo de esta promesa hizo que Eduardo se volviera para decir a su compañero que se hallaba ya a algunos pasos de distancia:

-Confío que asistiréis a mi boda.

-Sí, sí, contad con mi asistencia, repuso el hijo de Escocia volviendo el rostro hacia el joven español con una sonrisa y prosiguiendo su camino.

Entonces Eduardo tomó el ferrocarril de Londres, y en pocas horas entró en la capital del Reino Unido, en la moderna Babilonia inglesa.

- XIX -

Al declinar de una serena y calurosa tarde de verano, un gallardo y apuesto jinete hacía galopar su caballo, cuyos cascos levantaban una densa nube de polvo, por un camino angosto trazado en medio de las llanuras de una provincia de Aragón, dirigiéndose hacia un pueblo de blanco y desparramado caserío, situado en el fondo de un fresco y arbolado valle que se divisaba a poca distancia, semejante a una bandada [347] de palomas posadas sobre una verde y aterciopelada alfombra: aquel jinete era Eduardo.

En uno de los recodos del camino, y muy cerca del pueblo, se veía enhiesta una tosca y maciza cruz de piedra descansando sobre tres anchas gradas circulares. A la espalda del augusto emblema de nuestra redención distinguíase un pequeño campo cercado, sobre cuyas parduscas y agrietadas tapias descollaban algunos cipreses ostentando sus sombrías pirámides que, agitadas a la sazón por la brisa crepuscular parecían otros tantos penachos fúnebres: aquel campo era el cementerio del pueblo.

En el lado opuesto, y a veinte pasos del borde del camino, dos cuervos graznaban sobre la frondosa copa de una secular encina.

Al llegar a aquel triste y solitario sitio, tan a propósito para la meditación, nuestro héroe detuvo de repente su caballo y se apeó para recitar algún Padre nuestro por las almas de los difuntos; y después de atar su montura al tronco de un árbol, se arrodilló devotamente sobre las gradas de piedra que circuían la cruz.

En aquel momento se extinguían los tenues resplandores del crepúsculo; la luna, levantando gradual y majestuosamente su disco de plata, se destacaba del manto azul de los cielos y empezaba a iluminar el paisaje con sus pálidos y helados reflejos, y la campana de la iglesia pregonaba con su lengua de bronce la vespertina salutación angélica. [348]

Aquel conjunto de tristísimos detalles era capaz de conmover el corazón más insensible.

Por lo dicho puede inferirse cuán apesadumbrado estaría en aquel instante el sentimental y cristiano corazón de Eduardo.

Apenas hacía dos minutos que éste estaba orando por los difuntos, cuando fue bruscamente interpelado por una anciana mujer que acertó a pasar por el camino, la cual fijó atentamente la vista en nuestro joven, y al reconocerle, exclamó con agradable sorpresa:

-¡A no engañarme sois el señorito Eduardo!

Éste, que estaba arrodillado de espaldas al camino, volvió lenta y maquinalmente su cabeza para ver quién le hablaba.

-¿Quién había de pensar que regresaríais tan pronto al pueblo? ¡Qué alegría vais a dar a vuestra hermana!, continuó la anciana.

A estas palabras un frío sudor bañó todos los miembros de nuestro héroe, cuyo semblante se cubrió de una palidez mortal: acababa de atravesar por su mente la desgarradora idea de que los cuerpos de sus amados padres descansaban en la mansión del olvido que tenía frente de sí.

-¿Y mis amados padres?, demandó nuestro joven con acento de indescribible angustia.

-¡Cómo! ¿No habéis sabido que murieron a poco de haberos marchado a América y con ocho días de diferencia el uno del otro?, respondió la vieja mirando a Eduardo con estupefacción, y deslizándose como una sombra a lo largo del camino. [349]

Ante la terrible realidad de su fatal presentimiento, nuestro héroe cayó como anonadado sobre las gradas de piedra; y luego levantándose como impulsado por un mágico resorte, fijó sus arrasados ojos en el cielo prorrumpiendo con enternecimiento:

-¡Padres de mi corazón! ¡Seres queridos de mi alma! Echad desde vuestra morada de eternas e inefables delicias vuestra bendición paternal sobre vuestro hijo, que cual peregrino acaba de atravesar los mares, y que, al regresar al hogar doméstico ¡ay! ¡No le queda otro consuelo que orar y llorar en medio del silencio sepulcral de la noche, cerca de vuestros inanimados y yermos despojos! ¡Cuántas veces desde la inmensidad del océano he pensado en vosotros contemplando la pálida faz de esa misma luna que esparce sus melancólicos y helados rayos sobre vuestra tumba! ¡Días risueños de mi infancia, vosotros que os reflejáis todavía en mi juvenil imaginación, reproduciéndoos en ella como la verde y graciosa cabellera de un sauce, mecida por el blando céfiro, al mirarse en el cristalino espejo de un manso arroyo... ¡ah! ¡Traed, sí, a mi memoria, de cuántos desvelos, de cuántas caricias, lágrimas y sudores soy deudor a mis amados y ya difuntos autores de mi existencia! ¿Cómo podré jamás agradecer bastante la cristiana educación que me disteis desde los primeros albores de mi razón y a la cual debo toda mi felicidad en este mundo?... ¡Oh! ¡Cuánto compadezco a los [350] hijos que no han recibido en sus tiernos corazones la fecunda semilla de la Religión!... ¡Mil veces, sí, hubiera sucumbido aplastado por el peso del infortunio sin aquella égida protectora de la humanidad, sin aquel escudo invulnerable contra el cual se han hecho trizas todas las asechanzas de los implacables enemigos de mi alma!

Mientras que Eduardo terminaba su patético soliloquio, realizado por

las circunstancias del lugar y de la hora, fue sorprendido por su hermana, que, sabedora de su llegada por la anciana; que hablara con nuestro joven, y extrañando la tardanza de éste en ir a casa, había salido a su encuentro, acompañada de su marido.

La hermana de Eduardo estaba recién casada.

-¡Oh, querido Eduardo! ¿Qué haces aquí?, dijo con ternura viéndole en actitud suplicante y corriendo a abrazarle.

-Hermana mía, repuso el joven sollozando, acaban de decirme que Dios se ha llevado a nuestros ancianos padres durante mi ausencia, y he querido verter una lágrima, y pedir una gracia cerca de su sepulcro antes de entrar en el pueblo.

Dichas estas palabras, los dos hermanos permanecieron un instante confundidos en un abrazo y anegados en un mar de llanto.

-¿Y quien es ese hombre que te acompaña?, preguntó Eduardo en voz muy baja a su hermana, tras una corta pausa, extrañando la presencia del desconocido. [351]

-Es mi marido.

-¿Tu marido?, repitió el joven con extrañeza y desprendiéndose de los brazos de su hermana.

-Sí, hace medio año que nos casamos, se apresuró a responder ésta designándole a su compañero.

Era éste de agradable figura, y su rostro marcaba de treinta y cinco a cuarenta años.

-No creíamos que volvieras tan pronto de América, Eduardo. ¡Ah! ¡Qué alegría hubieran tenido nuestros padres antes de morir, hallándote en la cabecera de su lecho! El corazón se te hubiera destrozado al oír tu nombre repetido mil y mil veces por ambos en su agonía: «¿Dónde estará mi hijo?, decía a menudo mi padre. ¡Dios mío, amparadle! No permitáis que su corazón se pervierta. Vale más que viva y muera pobre; ¡que no que atesore todas las riquezas de la tierra en la impiedad!» Vamos a casa, Eduardo, añadió la hermana de éste con voz conmovida.

Nuestro desconsolado joven desató su caballo del árbol, y tomándolo por la brida se alejó de aquel sitio con sus dos compañeros.

Eduardo había escrito desde Lima algunas cartas a su familia, y extrañaba no haber tenido contestación a ninguna de ellas. Ésta fue la causa de que ignorase la muerte de sus padres antes de salir de América; pero precisamente ahí está la explicación de la carencia absoluta de noticias domésticas, pues la hermana de nuestro joven queriendo [352] ocultar a éste tan sensible pérdida, adoptó el partido del silencio.

Apenas Eduardo hubo entrado en su casa, dio rienda suelta al intenso dolor que le causara el fallecimiento de sus amados padres, y la vista de los objetos del hogar doméstico, que formaban un mudo coro de indefinible melancolía para recordarle los días venturosos que pasó al lado de aquellos a quienes debía su existencia.

¡Oh! ¡Qué tristeza nos sobrecoge al regresar bajo el techo paterno tras algunos años de ausencia, encontrándolo vacío de los seres que en otro tiempo nos lo hacían tan agradable y encantador!

Después que nuestro héroe hubo aplicado el bálsamo de la doctrina católica sobre las profundas y chorreantes heridas de su corazón, refirió a sus hermanos todos los sucesos que ocurrieron desde el día de su marcha

del pueblo para América. Sus interlocutores escucharon con el más vivo interés la larga narración de Eduardo; pero lo que sorprendió más a la hermana de éste, fue el proyecto de matrimonio con la joven irlandesa.

-¿Has pensado bien en lo que vas a hacer, Eduardo?, decía con admiración. ¡Tú casarte con una inglesa, y ausentarte para siempre de nuestro lado! No creo que nuestros padres hubiesen aprobado tu resolución.

-Pero ¿qué importa que la mujer que he elegido por esposa sea inglesa o española, con tal que sea virtuosa y pueda hacer mi felicidad?, respondía [353] Eduardo con cariño, esforzándose en desvanecer la preocupación de su hermana. He pedido muchas veces a Dios y a su santísima Madre, que me indicaran lo que debía hacer en este caso, y siempre he sentido en el fondo de mi conciencia una voz que me decía, que iba a ser feliz llevando a cabo mi designio. Todo el mundo es obra de Dios; a él pertenecen todas las criaturas; por lo tanto no debemos fijarnos en las distancias que nos separan de ellas para realizar los planes que nos inspira la Providencia. La virtud es tan bella en Inglaterra como en España.

La hermana de Eduardo escuchaba estas palabras con profunda atención; pero dando muestras de no quedar completamente convencida: hasta que por fin su marido, uniendo su voto al de nuestro héroe, inclinó el ánimo de aquélla hacia la aprobación del proyecto matrimonial de éste.

Pocos días después de su llegada al pueblo; Eduardo se despedía tiernamente de sus dos hermanos para regresar a Inglaterra.

- XX -

Han transcurrido tres semanas.

Eduardo acaba de reunirse con la familia Mac-Kievet, que le recibe con entrañable cariño. Sin embargo, los velados ojos de nuestro héroe anunciaban que la benévola y hasta paternal acogida de que fue objeto, por parte de sus futuros suegros [354] y esposa, no era bastante a borrar la huella del sufrimiento que había grabado en su corazón la irreparable pérdida de sus idolatrados padres.

-¿Qué os ha sucedido, Eduardo?, preguntó mistress Victory con aire solícito al estrechar la mano del recién llegado, leyendo en su semblante alguna inquietud. ¿Se oponen quizás vuestros padres a que os caséis con mi hija?, añadió lanzando a ésta (10) una ansiosa mirada.

Miss Mary, que se hallaba al lado de su madre, se puso extremadamente pálida y clavó su azorada vista en la del capitán, como invocando el auxilio de éste en la terrible duda que acababa de suscitar su madre.

-¡Mis padres han muerto! Se apresuró a responder el joven español con amargura y comprimiendo un suspiro.

-¡Dios mío!, exclamaron sus tres compañeros con el mismo tono y mirándose unos a otros con asombro.

A esta exclamación siguió la reseña de Eduardo de lo ocurrido en su hogar doméstico durante su ausencia, cuya reseña arrancó abundantes lágrimas a sus oyentes.

Aquel mismo día se acordó él en que debía tener lugar el matrimonio de nuestros dos jóvenes, cuya noticia se apresuró Eduardo a poner en

conocimiento del ministro, para que éste pudiera honrar el acto con su presencia, conforme había prometido al joven español en el momento de separarse ambos en Bristol. [355]

Pero llegó la mañana prefijada para la boda a que compareciera mister Brooke, o, cuando menos, una carta explicando el motivo de su conducta; lo cual extrañaron muchísimo Eduardo y la familia Mac-Kievet, quienes tras mil comentarios, concluyeron casi por atribuir a desaire el inexplicable proceder del ministro.

No obstante, aquella misma tarde, después de la celebración del matrimonio, y en tanto que nuestros novios radiantes de alegría estaban sentados a la mesa con los esposos Mac-Kievet y algunos parientes y amigos de estos, se recibió una carta que fue inmediatamente entregada al capitán, quien al examinar el sobre vio que procedía de Edimburgo, e iba dirigida a Eduardo.

-Es de mister Brooke, Eduardo, dijo el capitán con tono jovial y alargándola a su yerno, que la abrió con precipitación.

-¡Será alguna excusa cortés!, dijo mistress Mac-Kievet sonriendo y paseando una mirada en torno de la mesa.

-¡Oh! ¡No, no!, exclamó Eduardo con energía al pasar sus ojos con avidez por las primeras líneas de la carta del ministro. ¡Dios mío!... ¡Qué veo!... ¡Es un hermoso sueño!, prosiguió el joven como fuera de sí.

Hubo un minuto de pausa, en cuyo intervalo todos los comensales estaban como pasmados de la inexplicable febril exaltación que se había súbitamente apoderado del ánimo de nuestro héroe.

-¿Qué dice, pues, el ministro?, inquirieron [356] todos los circunstantes con viva inquietud.

-¡Se ha convertido!..., murmuró el interpelado poniendo la carta encima la mesa y prorrumpiendo en tiernísimo llanto.

Aquella agradable noticia enterneció vivamente a todo el mundo.

-Al menos la preciosa semilla, sembrada por mi yerno en el corazón del ministro, ha producido un precoz y opimo fruto, pensó el capitán mientras estrechaba cordialmente la mano del novio.

-Leédnosla, Eduardo, dijo mistress Victory designándole la carta que aquel acababa de recoger de la mesa con ademán de metérsela en el bolsillo.

-¡Sí, sí, leédnosla!, exclamaron todos a coro.

Entonces Eduardo hizo un supremo esfuerzo para dominar su viva emoción, y, poniéndose de pie, empezó con voz algo trémula la lectura de la carta, cuyo contenido estaba concebido en los siguientes términos:

«¡Soy católico!

»Ayer recibí sobre mi cabeza las aguas regeneradoras. Cuando sentí que el cielo me llamaba renuncié con el más vivo placer mi sueldo, cargo y prerrogativas de pastor protestante para formar parte, como el más humilde de los soldados, de ese brillante ejército de doscientos millones de hombres, desparramados por toda la faz de la tierra, que profesan una misma doctrina, abrigan en sus pechos una misma esperanza, [357] y no reconocen a otro jefe supremo que al Soberano Pontífice que ocupa la cátedra de San Pedro, y es el último anillo de la cadena de doscientos varones, santos, sabios y esclarecidos, que viene perpetuándose desde el Príncipe de los Apóstoles (piedra fundamental de la Iglesia), hasta la

consumación de los siglos.

»Reconozco y confieso que Dios ha obrado un patente milagro para mi conversión. En los dos meses transcurridos desde el día de nuestra despedida en Bristol, querido Eduardo, no he cesado de leer y meditar (siguiendo vuestro santo consejo), algunas de las mejores y más eruditas obras que han escrito los insignes apologistas del Catolicismo en contra del Protestantismo... Una de las que ha llamado más vivamente mi atención, ha sido la de ese sabio español que ha bajado a la tumba en el cenit de su juventud; pero que antes de eclipsarse de la escena del mundo ha dejado, en su rápida carrera, un ancho surco de inextinguible luz en el horizonte de la religión católica.

»No obstante, a pesar de una lectura y meditación asiduas de aquellos escritos, impregnados de santa sabiduría; experimentaba aun en mis adentros los terribles efectos de la eterna lucha entre el error y la verdad, entre la saludable fe católica y el funestísimo y embrollado caos de los sistemas filosóficos; y, semejante al ciego de nacimiento, quien por un feliz fortuito accidente puede hacer uso del precioso órgano [358] de la visión; así vacilaba yo, entre abrir mis ojos a los intensos rayos de la fe, o mantenerlos obstinadamente cerrados en el escepticismo.

»Empero, la sed de verdad que abrasaba mi enfermizo y desfallecido espíritu, y más que todo la gracia del Espíritu Santo, me impulsó a penetrar en un templo católico en ocasión que el sacerdote celebraba el sacrificio incruento. Allí me arrodillé ante una piadosa imagen del Crucificado; y le pedí con ardor que me sacara de mi terrible incertidumbre respecto de mis creencias.

»Mas ¡oh, querido Eduardo! En aquel momento mi corazón sintió un gozo indecible, y se disiparon cual fugitivas sombras todas las crueles dudas de mi inteligencia... Entonces pude apreciar la magnitud del beneficio que Dios me dispensaba, y mi pecho reventó de santo alborozo como un torrente desbordado, y besando repetidas veces el pavimento de la iglesia con frenesí, me deshice en llanto de agradecimiento».

En llegando aquí, el pequeño auditorio de Eduardo no podía contener las lágrimas y sollozos; y éste, embargado por la emoción, tuvo que suspender la lectura de la carta del ministro.

«Mientras que mi corazón se anegaba en un mar de delicias (continuó el joven reanudando su lectura, tras una breve interrupción), no me olvidé de rogar a Jesucristo con todo el fervor [359] de que fueron capaces mis débiles fuerzas por la felicidad temporal y eterna de mi buen amigo y compañero de viaje... Nunca se borrarán de mi memoria aquellos días que pasamos juntos, a bordo del Lord Efigham, los cuales se van alejando de nosotros con tanta rapidez como las nubes barridas por el huracán: días ¡ah! ¡Que no volverán jamás!... Tiempo bendito, en que vos, mi excelente amigo, Eduardo, habéis trabajado con un celo, un ardor y una elocuencia imponderables para mi salvación... Lo que vos habéis hecho por mí, no puede pagarse en este mundo... No: todas las riquezas y honores que ostenta la tierra no alcanzan a satisfacer la inmensa deuda de gratitud que he contraído para con vos... Pero el cielo, Eduardo, os reserva el premio a que sois acreedor... ¡Sólo Dios que es infinito en su esencia puede otorgar galardones infinitos a las criaturas que han observado fielmente su santa ley y han procurado inculcarla en sus semejantes

extraviados...!

»Mi esposa y mi hijo no se explican mi cambio de vida y están casi por creer que me he vuelto loco... ¡Ojalá el cielo persuada a entrambos que la locura que ellos sospechan en mí, no es otra cosa que la victoria de la razón sobre las indómitas pasiones, de la verdad sobre el error...!

»Me lisonjeo de que esta carta suplirá con usura mi ausencia en vuestra boda, y será un descargo bastante poderoso para sincerar mi [360] conducta a vuestros ojos y a los de la amable familia Mac-Kievet. Me parece que diréis en vuestros adentros al leer mis mal pergeñados renglones: 'Prefiero un millón de veces que esté lejos de mí sabiendo que es católico, que no a mi lado siendo protestante'».

»Basta, querido amigo, observo que las lágrimas caen sobre el papel en que escribo, y que mi ánimo desfallece... vuestro corazón católico os hará comprender mejor que mis palabras lo que omito y mi pluma no acertaría a explicaros en este instante...

»Sed feliz, sí, muy feliz, en compañía de vuestra bella, amable y virtuosa esposa, y de vuestros excelentes suegros. Pero ¿qué digo feliz?... vuestra felicidad consiste en vuestras creencias religiosas...: no las abandonéis, y vuestra dicha será eterna...!

»¡Entre tanto disponed a vuestro antojo de vuestro amigo que os reserva un señalado lugar en su corazón, y que os abraza con la ternura que sólo es peculiar de los que militan bajo la gloriosa bandera que enarbola Jesucristo cerca de dos mil años ha en la cima del Calvario...!

»B. BROOKE.

»Posdata.- Estoy deseando con viva impaciencia que me enteréis circunstanciadamente de vuestra boda.

»Saludad afectuosamente de mi parte a la familia a la cual tal vez perteneceréis al recibo de la presente». [361]

La cristiana alegría que reinó entre los concurrentes al festín nupcial luego que Eduardo finalizó la lectura de la larga, interesante y satisfactoria carta del ministro, es más para imaginada que para descrita.

Todos se apresuraron a porfía a dar su caluroso para bien al joven español por su brillantísimo triunfo moral sobre la persona del ministro: Eduardo obtuvo una completa y merecida ovación. He aquí como a veces la virtud tiene su recompensa ostensible en la tierra.

Desde aquel momento la felicidad conyugal de nuestros jóvenes fue, pues, grande; porque estaba calcada sobre un grande e imperecedero principio: el de la fe católica.

Pocos meses después del casamiento de Eduardo con miss Mary, el capitán recibió una carta de un amigo suyo de New York, instándole para que se trasladase allí con su familia y ofreciéndole el mando de un vapor mercante.

La familia Mac-Kievet deliberó larga y sesudamente acerca el partido que convenía tomar; y Eduardo fue de parecer de pasar a América, donde era probable que él encontrara una buena colocación mercantil. Habiendo prevalecido la opinión del joven español, todos optaron por emprender cuanto antes el viaje a los Estados Unidos.

Allí fijó, pues, su residencia la familia Mac-Kievet.

A poco de haber pisado el suelo americano, [362] Eduardo entraba en clase de dependiente en una respetable casa de comercio, donde se granjeó

desde luego las simpatías de todos con su afabilidad y talento; y el capitán se encargaba del mando de uno de los más hermosos steamers que surcan el litoral norteamericano.

Miss Mary y sus padres se felicitaban incesantemente de contar en su familia al joven español, quien lejos de defraudar las risueñas esperanzas que concibieran aquellos de su persona, añadió por el contrario, sin cesar en su ejemplar comportamiento, nuevos quilates al aventajado concepto que les mereciera desde el principio.

Podía decirse, por lo tanto, que la familia Mac-Kievet había alcanzado el colmo de su ventura: el cielo se complacía evidentemente en derramar a manos llenas sus beneficios sobre ella.

Eduardo, antes de partir de Inglaterra, no se olvidó de escribir al ex ministro protestante participándole aquel suceso. La contestación del hijo de Escocia fue tan tierna como cabe serlo entre dos corazones unidos con los dulces e indisolubles vínculos de la fraternidad cristiana.

Un día nuestros personajes fueron agradablemente sorprendidos en New York por una carta de mister Brooke, en que éste les enteraba de la muerte de su esposa dentro del gremio de la Iglesia católica, añadiendo, con unción evangélica, que había resuelto pasar a la China en calidad de agregado a una misión próxima a salir para dicho punto, y cuyo exclusivo objeto era [363] sembrar la semilla cristiana en los más remotos confines del celeste imperio.

He aquí, pues, querido lector, terminada mi relación del viaje del Perú a Europa.

Al dejar mi tosca y destemplada lira, pido fervorosamente al cielo que al pasar tus ojos por las páginas que acabo de emborronar, te afiances en tus creencias, dado caso de que poseas todavía en tu ánimo tan inestimable joya; y si hubieses tenido la fatalidad de perderla, para que te decidas a recobrarla a costa de cualquier sacrificio.

Éste ha sido el intento que ha guiado mi pluma hasta ahora. ¿Conseguiré el fin que me he propuesto?... He aquí la duda que tortura cruelmente mi corazón, y que desde luego resolvería negativamente, atendida la magnitud de la tarea que gravita sobre mis débiles hombros, si el eficaz auxilio de la divina gracia no estuviera de parte de aquellos que a pesar de sus cortos alcances, abrigan en su pecho el propósito de reportar algún bien positivo a sus semejantes, ofreciéndoles un ramillete de místicos perfumes, sin el cual es de todo punto imposible alcanzar el bienestar y la tranquilidad en la tierra y la bienaventuranza eterna en la patria celestial.

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

